

1. PREFACIO	2
Agradecimientos	3
Biografía	3
Introducción al pensamiento político de Munis	5
Presentación al primer tomo	10
2. LOS REVOLUCIONARIOS ANTE RUSIA Y EL STALINISMO MUNDIAL	12
I. Necesidad de este trabajo, 12.- II. Planificación y contrarrevolución burocrática, 13.- III. La política exterior rusa y el stalinismo mundial, 28.	
3. LA CRISIS DE LA CONTRAREVOLUCIÓN RUSA	38
I. La crisis de la contrarrevolución rusa, 38.- II. La crisis de la contrarrevolución rusa, 40.- III. La crisis de la contrarrevolución rusa ¿último o penúltimo episodio?, 54.	
4. EISENHOWER-KRUTCHEF	60
5. MÁS SOBRE LA CONVIVENCIA PACÍFICA	63
6. EL MANIFIESTO RUSO «DE LOS 81»	65
7. LA REVOLUCIÓN NINGUNA	67
8. PARTIDO-ESTADO, STALINISMO, REVOLUCIÓN	72
Dedicatoria, 72.- I. El sistema económico ruso y la transición hacia el comunismo, 72.- II. Del bolchevismo al stalinismo, 84.- III. El Partido-Estado y la contrarrevolución stalinista, 93.- IV. Política exterior rusa y el stalinismo mundial, 101.- V. La crisis de la contrarrevolución rusa, aspecto de la crisis del sistema capitalista, 111.	
9. EN RUSIA, SEGUNDA DESESTALINIZACIÓN STALINISTA	124
10. LA GORBATCHADA EN TECNOLOGÍA Y TRANSPARENCIA	126

PREFACIO

En febrero de 1994 se constituyó un «Comité de documentación histórica sobre el trotskismo español (1936-1948)», que publicó en 1996, en Ediciones de la Torre, un libro que contiene una selección de documentos históricos del trotskismo español desde 1936 hasta 1948, expuestos en orden cronológico. El libro permite un conocimiento bastante exhaustivo de las posiciones políticas de los bolcheviques-leninistas españoles durante la guerra civil y los años cuarenta, esto es, durante el período en que éstos militaron en el movimiento trotsquista hasta su ruptura con la mayoría del trotskismo oficial en el Segundo Congreso de la Cuarta Internacional, reunido en París en abril de 1948. El libro recogía el largo y riguroso debate de Munis, Benjamín Péret y Natalia Sedova (la viuda de Trotsky) con las posiciones políticas esclerotizadas del trotskismo oficial de la Cuarta Internacional. Tras la publicación de este primer libro, y gracias a la iniciativa editorial de Muñoz y Moya Editores, se constituyó en noviembre de 1997 un «Comité de edición de las Obras Completas de Munis», formado por Ernesto Bilbao, Javier Chávez, Agustín Guillamón y Eulogio Izquierdo que, en continuidad con la labor de recopilación y edición de documentos del anterior comité, se ha empeñado en un largo y ambicioso trabajo editorial que permita dar a conocer la originalidad, importancia y validez del pensamiento político de Munis, que es sin duda alguna uno de los más destacados militantes y teóricos marxistas del siglo XX.

Sus aportaciones a la comprensión de la naturaleza del stalinismo y del sindicalismo, su teorización de las experiencias históricas del proletariado durante la Revolución Española de 1936-1937, la denuncia de la represión del movimiento revolucionario por la República de Negrín en 1937-1938, las críticas a las tesis del trotskismo oficial desde 1943 hasta 1948, su regreso a la España franquista en 1951 para intervenir en las luchas políticas y en la huelga de tranvías de Barcelona, su detención y años de condena en las cárceles franquistas desde 1952 hasta 1957, la formación de una nueva agrupación revolucionaria: FOR en 1958, sus tesis sobre la decadencia del capitalismo, sus análisis sobre la guerra civil y el curso del capitalismo mundial, y sus artículos sobre los más variados temas, conforman una obra de considerable magnitud, que fundamentan la existencia de un corpus marxista que analiza los acontecimientos fundamentales que caracterizan al siglo XX.

La publicación de las Obras Completas de Munis permiten la difusión de un pensamiento político marxista original y riguroso, conocido sólo en unos círculos muy minoritarios, y aún en estos de forma parcial y dispersa, que darán a conocer una visión marxista inédita de la historia del siglo. La denominación de Obras Completas no pretende una publicación exhaustiva de todos los «papeles» de Munis, sino una selección de sus textos más representativos e interesantes, ciñéndose siempre a un estricto criterio teórico y político.

El orden de publicación no seguirá unos criterios cronológicos sino temáticos, que permitan al lector conocer la evolución y profundización en un mismo tema del pensamiento político de Munis. Ante todo, es preciso subrayar que ese análisis marxista, pese a que es atribuido plenamente y sin ningún tipo de dudas al individuo que utilizó el seudónimo de Munis, es un pensamiento elaborado en el seno de una organización revolucionaria, y es fruto de la asimilación de las experiencias revolucionarias y de las luchas de clases del proletariado español e internacional.

En este primer volumen aparece un estudio biográfico de Munis y una valoración de su pensamiento político como instrumentos para situar históricamente los artículos y textos reproducidos. Del mismo modo, en cada volumen aparecerá una presentación de los textos publicados, para situarlos históricamente, y subrayar las razones de su agrupación temática.

Para terminar sólo nos cabe subrayar que uno de los objetivos de la publicación de las Obras Completas de Munis es el de situar la historia de los movimientos sociales y del pensamiento político sobre sus pies, porque hasta ahora estaba del revés. Hasta hoy era posible leer historias del pensamiento marxista que no citaban a Munis. Desde ahora será posible hacer una historia del marxismo que ponga de relieve la auténtica importancia de Munis. La conquista para la historia y la teoría política del movimiento obrero español e internacional de la militancia y el pensamiento político de Munis no tiene más significado ni valor que la victoria de las generaciones futuras dé a las derrotas de ayer. Porque, parafraseando a Munis, los jalones de derrotas son promesa de victoria.

El Comité de edición de las OC de Munis.
Barcelona, mayo de 1999.

AGRADECIMIENTOS:

Agradecemos especialmente la colaboración de las siguientes bibliotecas y archivos: Archivo Centrale dello Stato (Roma), Archivo Histórico Municipal de Barcelona, Archivo Histórico Nacional de Madrid y de Salamanca, Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC de Nanterre), Biblioteca Comunale de Follonica, Biblioteca Figueras (Barcelona), Centro de Estudios Históricos Internacionales (CEHI de Barcelona), Centre d'Etudes et de Recherches sur les Mouvements Trotskystes et Révolutionnaires Internationaux (CERMTRI de París); Centro Studi Pietro Tresso (Foligno), Centro Ruso para la Preservación y Estudio de Documentos de la Historia Contemporánea (CRPEDHC de Moscú), Fondazione Feltrinelli, Fundación Pablo Iglesias (Madrid), The Hoover Institution (Stanford University), The Houghton Library (Harvard University), Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis (IISG de Amsterdam), Istituto Studi Storici Geatano Salvemini (Torino), The New York Public Library, y los archivos personales de Rodolphe Prager, José Quesada Suárez y Jaime Fernández Rodríguez.

La publicación de unas obras completas es siempre una labor colectiva que precisa y agradece la colaboración y aportación de documentos, cartas, periódicos y todo tipo de documentación pertinente, por lo que el Comité de edición agradece la ayuda recibida a las numerosas personas que han colaborado en el trabajo de recopilación y edición de este primer tomo, y muy especialmente la autorización, apoyo y ánimo recibidos de parte de Arlette, Alcyón y Natalia, mujer e hijos de Munis, sin la cual no hubiera sido posible esta edición de las Obras Completas de Munis. Cualquier información, aportación o petición de documentos, y en fin, toda correspondencia, puede dirigirse a la siguiente dirección:

Comité edición
Apartado de correos 22.010
08080 Barcelona.
E - mail: balance@infomail.lacaixa.es

BIOGRAFÍA

G. Munis (18-4-1911/4-2-1989), nació en Torreón (México). A los dos años sus padres se trasladaron a Extremadura, donde vivió hasta los once años, en que regresaron de nuevo a México. Se inició desde muy joven en las actividades políticas. Intervino en las huelgas campesinas de Llerena. Fue uno de los fundadores de la Oposición Comunista de Izquierda en España, esto es, de la organización internacional impulsada por León Trotsky. Colaboró en la prensa de la *Izquierda Comunista* de España (nuevo nombre adoptado por la Oposición comunista): *La Antorcha*, *El Soviet*, *Comunismo*. Intervino sucesivamente en la campaña de las elecciones municipales de abril de 1931, que consiguieron derrocar a la monarquía, y luego en la campaña de las Cortes Constituyentes. Meses después, en México, contribuyó a la fundación clandestina de la Oposición trosquista. Detenido en un mitin fue expulsado del país, y regresó de nuevo a la península.

De 1932 a 1933 fue miembro del grupo Lacroix. Cumplido el servicio militar fue nombrado a principios de 1934 representante de la Izquierda comunista en la Alianza Obrera de Madrid. Tras la insurrección de octubre del 34 fue encarcelado. Partidario del entrismo en las Juventudes socialistas, como propugnaba Trotsky, siguió la tendencia encabezada por «Fersen» y Esteban Bilbao. La táctica entrista de los trosquistas fracasó totalmente cuando se produjo la fusión de las Juventudes socialistas y comunistas.

A principios de 1936 Munis se fue a México de donde regresó en cuanto tuvo noticia de la sublevación militar y la insurrección obrera de julio. Consiguió pasaje para regresar a España en el primer barco cargado de armamento, que arribó a Cartagena a finales de octubre. Participó junto a sus compañeros en los combates del frente de Madrid, encuadrado en las milicias socialistas.

En noviembre de 1936 Munis fundó en Barcelona una nueva organización: la Sección bolchevique-leninista de España (SBLE), pro IV Internacional. La organización fundada por Munis publicó un Boletín desde enero de 1937, que a partir de abril tomó el nombre de *La Voz Leninista*, en el que se criticaba a la CNT y el POUM su colaboración con el gobierno de la burguesía republicana, al tiempo que se propugnaba la formación de un Frente Obrero Revolucionario que tomase el poder, hiciera la revolución y ganase la guerra.

En mayo de 1937, sólo la Agrupación de Los Amigos de Durruti y los bolchevique-leninistas (BL) de la SBLE lanzaron octavillas que propugnaban la continuación de la lucha y se oponían a un alto el fuego. Fueron

las únicas organizaciones que intentaron dar una dirección revolucionaria al movimiento espontáneo de los trabajadores. La represión estalinista, tras la caída del gobierno de Largo Caballero, consiguió la ilegalización y proceso del POUM, pero también de Amigos de Durruti y de la SBLE. Al asesinato de los anarquistas Berneri, Barbieri y tantos otros de menor fama, siguió el asesinato y desaparición de los poumistas Nin y Landau, pero también de los camaradas de Munis: el hebreo alemán Hans David Freund («Moulin»), el ex-secretario de Trotsky Erwin Wolf («N. Braun»), y su amigo personal Carrasco.

El propio Munis, con la mayoría de los militantes de la SBLE, fue encarcelado en febrero de 1938. Fueron acusados de sabotaje y espionaje al servicio de Franco, de proyecto de asesinato de Negrín, «La Pasionaria», Díaz, Comorera, Prieto y un largo etcétera; así como de asesinato consumado en la persona del capitán ruso Narvich, agente del Servicio de Información Militar (SIM) infiltrado en el POUM. Fueron juzgados por un tribunal semimilitar, a puerta cerrada, e inicialmente sin defensa jurídica. El fiscal pidió pena de muerte para «Munis», Domenico Sedran («Carlini») y Jaime Fernández. Las presiones internacionales y la voluntad de las autoridades de que el juicio se celebrara con posterioridad al del incoado contra el POUM, aplazaron la vista hasta el (26 de enero de 1939).

Jaime Fernández, internado en el campo de trabajo stalinista de Omells de Na Gaia, y posteriormente movilizado, logró evadirse en octubre del 38. Munis, que tras una huelga de protesta de los presos revolucionarios, estaba encarcelado en el castillo de Montjuic, en el calabozo de los condenados a muerte, consiguió evadirse en el último momento. «Carlini», enfermo, vivió algunos meses escondido en la Barcelona franquista, y cuando consiguió pasar la frontera fue internado en un campo de concentración. Munis había alcanzado la frontera francesa con el grueso de la avalancha de refugiados republicanos, que huían ante el avance de las tropas franquistas. Años después, ya en el exilio, le confesaron la existencia de una orden para ejecutar a todos los presos revolucionarios antes de retirarse hacia la frontera.

La Lutte Ouvrière, publicó en sus números del 24-2-39 y 3-3-39 una entrevista con Munis sobre la caída de Barcelona en manos fascistas. A fines de 1939, gracias a su nacionalidad, consiguió embarcar con destino a México, pero los intentos de conseguir refugio para sus camaradas fracasaron ante la oposición de los stalinistas a la concesión del visado. Estableció una asidua relación personal con León Trotsky y su mujer Natalia Sedova. Trotsky le encargó la dirección de la sección mexicana. En mayo de 1940 participó en la llamada conferencia de «alarma» de la IV Internacional.

En agosto de 1940, tras el asesinato de Trotsky, en cuyos funerales tomó la palabra, intervino repetidamente en el proceso incoado contra su asesino como representante de la parte acusadora. Se enfrentó decididamente contra los parlamentarios stalinistas, así como contra la campaña de la prensa estalinista mexicana, que acusaba a Munis, «Víctor Serge», «Gorkin» y Pivert de agentes de la Gestapo. Pese a la amenaza de muerte realizada por los stalinistas, Munis retó a los diputados mexicanos que les calumniaban a renunciar a la inmunidad parlamentaria para enfrentarse a ellos ante un tribunal.

A partir de 1941 se unió a Benjamín Péret, también exiliado en México, y a Natalia Sedova, en las críticas al Socialist Workers Party (SWP), la organización trotskista estadounidense, que tomaba partido por uno de los bandos de la guerra imperialista (Segunda guerra mundial), esto es, por el antifascismo.

Las divergencias se acentuaron ante la crítica del Grupo Español en México a los partidos francés e inglés, apoyados por la dirección de la IV Internacional, que tomaban posiciones favorables a la participación en las distintas resistencias nacionales contra los nazis. El inmenso mérito de Munis, Péret y Natalia radicaba en la denuncia de la política de defensa del Estado «obrero degenerado» de la URSS, conjuntamente con el rechazo al apoyo de las resistencias nacionales antifascistas. El bando militar de los aliados, fueran éstos rusos, americanos, franceses o ingleses, no era mejor ni peor que el nazi. Abandonar la tradicional posición marxista de derrotismo revolucionario ante la guerra imperialista, esto es, optar por uno de los bandos burgueses en lucha, en lugar de transformar la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria, suponía abandonar toda perspectiva revolucionaria de lucha de clases y de transformación de la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria.

Las discrepancias entre el Grupo español y la dirección de la IV Internacional fueron cada vez más amplias e insalvables. Las posiciones de Munis, Péret y Natalia Sedova hallaron eco en varias secciones de la IV Internacional: en Italia el Partito Operaio Comunista (POC) dirigido por Romeo Mangano, en Francia la tendencia Pennetier-Gallienne del Parti Communiste Internationale (PCI), así como la mayoría de las secciones inglesa y griega.

El Grupo español en México de la IV Internacional editó dos números de *19 de julio*, y desde febrero de 1943 una publicación de carácter teórico, titulada *Contra la corriente*, destinada a defender los principios del

internacionalismo marxista, que a partir de marzo de 1945 fue sustituida por una nueva publicación, de carácter más práctico y combativo, titulada *Revolución*.

En la editorial mexicana de mismo nombre Munis y Péret, este último bajo el seudónimo de Peralta, publicaron varios folletos en los que desarrollaron sus teorías sobre la naturaleza del Estado ruso, que es definido como capitalismo de Estado, sobre la guerra imperialista y el papel de los revolucionarios, sobre la guerra civil española y el papel contrarrevolucionario jugado por el estalinismo, así como sus críticas a la Cuarta Internacional.

En junio de 1947 Munis, Péret y Natalia Sedova iniciaron un proceso de ruptura con el trotskismo oficial con dos textos que criticaban duramente a la dirección de la Cuarta: la carta abierta al partido comunista internacional, sección francesa de la IV Internacional, y «La Cuarta Internacional en peligro», preparado para la discusión interna del Congreso mundial.

En 1948, ya establecidos Munis y Péret en Francia, se produjo la ruptura definitiva con el trotskismo en el II Congreso de la IV Internacional. El congreso se negó a condenar la participación de los revolucionarios en la defensa nacional, esto es, en la resistencia, y aprobó una resolución en la que se presentaba la rivalidad USA-URSS como la principal contradicción mundial. Esto, unido a la consigna de la **defensa incondicional de Rusia**, porque pese a todo era considerada como un Estado **obrero** degenerado, suponía defender el stalinismo. Y lo que era aún mucho más grave: suponía sustituir la contradicción **marxista** fundamental de la lucha de clases entre burguesía y proletariado, por la **nacionalista** de apoyo a la URSS en su rivalidad con USA.

Munis calificó estas posiciones del II Congreso de la IV Internacional de aberrantes y elaboró un documento de ruptura con el trotskismo por parte de la sección española, en el que profundizaba y confirmaba la definición de Rusia como capitalismo de Estado, sin vestigio socialista alguno, y como potencia imperialista.

Con la llegada a Francia del Grupo español en México y la ruptura con el trotskismo, se impuso un cambio de nombre de la organización, que tomó el de Grupo comunista internacionalista de España (GCI). La reorganización del grupo en Francia era el primer paso para el inicio de la lucha clandestina en España. El grupo consiguió establecer una mínima infraestructura en Barcelona y Madrid. Publicaron y difundieron algunos folletos y octavillas en los que se denunciaba los horrores y la auténtica naturaleza del stalinismo español y de la dictadura fascista. En marzo de 1951, durante la huelga general de tranvías en Barcelona, el grupo lanzó octavillas en las que se defendía el carácter espontáneo del movimiento, frente a una propaganda franquista que lo atribuía a los consabidos masones y comunistas pagados por el oro de Moscú.

A causa de esas octavillas y de los folletos que denunciaban la política contrarrevolucionaria de los stalinistas en España Munis fue condenado a diez años de prisión, Jaime Fernández a ocho años, y diversos camaradas a un año. Habían sido detenidos aproximadamente un año después de la huelga de tranvías.

A su salida de la cárcel en 1957 Munis reanudó en Francia su actividad política. En 1958 fundó con Benjamín Péret, el poeta surrealista francés, con Jaime Fernández, y otros antiguos camaradas de lucha, el grupo FOR (Fomento Obrero Revolucionario), en el que militó hasta su muerte, y que desde 1959 publicaba *Alarma* como órgano del citado grupo. Benjamín Péret falleció en 1959. Jaime Fernández en julio del 98.

Al no obtener documentación de residencia en Francia, Munis viajaba a Italia para luego poder regresar a Francia. En este periodo sostuvo amplias y profundas discusiones con Onorato Damen, el dirigente del grupo Battaglia Comunista, de las que surgieron una mutua simpatía y respeto. Las tesis de FOR fueron difundidas en Italia por la revista *Azione Comunista*. En Milán fechó dos de sus textos teóricos más importantes: *Los sindicatos contra la revolución* en 1960 y *Pro Segundo Manifiesto Comunista* en 1961.

En el momento de su muerte nos dejó ya acabado un nuevo libro, dedicado al estudio del Estado y los problemas que plantea su supresión en una sociedad comunista.

Munis falleció en París el 4 de febrero de 1989.

INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO POLÍTICO DE MUNIS

Queremos resaltar aquí las aportaciones del pensamiento de Munis a la caracterización del sistema capitalista mundial que le era contemporáneo y sus consecuencias para una auténtica lucha de clases revolucionaria. Ahora bien, insistiremos, como él mismo lo hacía, en el hecho que las ideas no provienen única y exclusivamente del cerebro de quien las plasma por escrito, sino que es expresión de la lucha de clases misma y de los numerosos debates entre los compañeros más afines.

Como ya se ha dicho en la parte biográfica, sus verdaderos orígenes como teórico de la revolución se hallan en el movimiento trotskista en tanto que corriente internacional que se opuso a la degeneración de la revolución rusa y a su transformación en contrarrevolución stalinista. En esta oposición participó plenamente, con cargos dirigentes, durante y después del movimiento revolucionario en España. En y de este movimiento práctico sacará conclusiones que le llevarán a una revisión y a una crítica de los principales postulados del trotskismo, poniendo en tela de juicio a la mayoría de los últimos escritos políticos del propio León Trotsky. Pero su ruptura definitiva con la IVª Internacional trotskista no se deberá fundamentalmente a sus planteamientos adogmáticos que le permitieron romper con ideas muertas, provengan de Marx, de Lenin o de Trotsky, sino a la traición por esta Internacional del internacionalismo proletario durante la 2ª guerra mundial.

Tras la derrota de la revolución en España y durante la 2ª guerra mundial Munis afinó el arma de la crítica, e hizo lo que el propio León Trotsky aconsejaba hacer si durante o inmediatamente después de la segunda carnicería mundial el proletariado, a la misma escala, no se constituía en clase revolucionaria insurrecta, presta a destruir el Estado capitalista. No lo hizo poniendo en tela de juicio a la lucha de clases como motor de la historia, sino reafirmando como tal.

Un movimiento proletario de gran envergadura siempre ha sido, para los comunistas, el momento cumbre del aprendizaje de la revolución. En sí, vale mil veces los mejores textos que hasta entonces se habían escrito, porque hace resaltar lo bueno y lo obsoleto que contienen. Una experiencia práctica y vivida hace estallar en mil añicos las barreras y los límites que las situaciones de retroceso revolucionario, de estancamiento y de paz social, imponen obligatoriamente, incluso a los más avanzados de los revolucionarios. Son momentos en los que la teoría revolucionaria se somete a la verificación práctica, y en las que ésta revierte positivamente sobre aquella.

Munis, claro está, no escapa a esta regla. De su experiencia en la revolución española sacó conclusiones de gran transcendencia. Más todavía cuando la comparó con la gran revolución rusa que había estudiado con la misma pasión que muchos jóvenes de su generación. Su análisis crítico de la revolución y contrarrevolución en Rusia, (léase Partido-Estado... en este primer tomo de sus obras), no hubiera podido ser tan mordaz de no haber vivido y respirado la España revolucionaria de 1936-37. Marx y Engels, tras la experiencia de la Comuna de París, reconsideraron su posición sobre el Estado. Ya no se trataba para ellos de conquistar el poder de la vieja máquina estatal, sino de destruirla. Munis saca otra conclusión de las experiencias rusa y española. Una vez destruido el Estado capitalista, en tanto que organización policiaco-militar de la clase dominante para defender sus intereses, el poder centralizado del proletariado, llámese Estado Obrero o Semi-Estado, no puede ser el organizador del comunismo, menos todavía si el proletariado no ataca desde los primeros días de la revolución al trabajo asalariado y a la ley del valor. Su papel sólo puede consistir en la centralización necesaria del movimiento revolucionario, pero en ningún caso éste ha de erigirse en propietario de los medios de producción y en administrador exclusivo de la economía. Pues en caso de estancamiento o de dificultades de la revolución, el Estado Obrero o Semi-Estado, independientemente de la honestidad y validez de sus representantes, apoderándose de la antigua plusvalía se transformaría en organizador de la contrarrevolución. El Estado, en vez de debilitarse en consonancia con la desaparición real de las clases sociales, se fortalecería de forma capitalista alimentándose de la ley del valor no totalmente aniquilada. En vez de ser derrotada frontalmente por los enemigos visibles y reconocidos del proletariado, la revolución sería vencida, como lo fue en Rusia, desde su interior.

Si bien es cierto para Munis que la revolución rusa, al principio, fue muchísimo más contundente que la española en lo político, también lo es para él, que la española, al principio también, fue incomparablemente superior en cuanto a realizaciones sociales y a conciencia de su cometido por parte de los explotados. Lo que faltó en España fue la destrucción formal del Estado capitalista ya reducido a un mero esqueleto, y la centralización del poder proletario para organizar la nueva economía sin explotadores a escala del país y no de forma atomizada como fue desgraciadamente el caso. Producir según las necesidades sociales y las necesidades de la propia revolución, requerían la constitución de un Estado Obrero o Semi-Estado, pese a la

incoherencia crónica del anarquismo cuyos dirigentes más importantes colaboraron en la reconstitución del Estado capitalista con carteras ministeriales. Pero esto no quita que los campesinos colectivizaron, situándose a años luz de la reivindicación burguesa de «la tierra para los campesinos» como fue el caso en Rusia. Se fundieron como un todo con el movimiento proletario que había expropiado las fábricas.

De las experiencias rusa y española también sacó una conclusión de gran importancia. El stalinismo mostró claramente su carácter capitalista. Por ende no se le podía considerar como una fuerza política centrista, sino como una fuerza anti-proletaria a la vanguardia de la contrarrevolución mundial, por muchos obreros que militasen en los partidos «comunistas» del mundo entero.

El carácter capitalista del stalinismo, afirma Munis, no le viene, como en el caso de la socialdemocracia, de su afán de colaboración con la burguesía en detrimento del movimiento obrero, sino de su propia política que emana de la naturaleza capitalista de Estado en Rusia. Y esta naturaleza se debe a la transformación de una revolución política proletaria en contrarrevolución, política ella también. En efecto, para él, capitalista era la economía rusa antes de octubre del 17, capitalista siguió siendo durante la revolución, porque no llegó a pasar, sin solución de continuidad, de democrática a comunista, tanto más que los bolcheviques supeditaban fundamentalmente este paso a la extensión de la revolución proletaria a Alemania y Europa. La sangría de la guerra civil añadida al retroceso de la revolución mundial favorecieron el poder cada vez más dictatorial de la burocracia en el poder. El partido bolchevique de revolucionario, se transformó en administrador de la plusvalía acaparada por la nueva casta dirigente. De Estado burgués sin burguesía (definición del propio Lenin), Rusia pasó a ser un país cuya economía era propiedad absoluta del Estado dirigido por una casta que eliminó físicamente a la vieja guardia bolchevique fiel al internacionalismo y a la revolución mundial. A partir de entonces, los partidos comunistas, a las órdenes de Moscú, impidieron la revolución en todas partes, con el beneplácito de la clase capitalista mundial.

Los P.ōCō. defendieron un objetivo muy claro, el capitalismo de Estado, representación más cabal y bárbara de este sistema totalmente anacrónico y obsoleto desde el punto de vista de la historia de la humanidad y de sus civilizaciones. Sus alianzas con la pequeña burguesía, con la socialdemocracia e incluso con el nazismo eran, según él, mero tacticismo para evitar la revolución proletaria y para conseguir su verdadero objetivo, administrar y chupar la plusvalía desde el poder de Estado. Cuando todo el mundo hablaba de socialdemocratización del stalinismo, Munis contestaba que lo que había era stalinización de la socialdemocracia. En el capitalismo de Estado veía la expresión más avanzada de la decadencia de todo el sistema de civilización capitalista. Por ello se enfrentó práctica y teóricamente, con todas sus fuerzas y energías, a las nacionalizaciones, consideradas por muchos pseudo-revolucionarios, como avances positivos para el socialismo. Ligaba, como buen materialista, las medidas inmediatas a las históricas. Si para él, el Estado, por muy obrero que fuera, no podía ser el detentador de la economía en plena revolución, no podía ser algo positivo para el proletariado que el Estado capitalista se adueñara ya de sectores industriales enteros, tanto más que ello era el objetivo principal de los que falazmente se presentaban como defensores de la clase proletaria: los partidos stalinistas. Una vez más, sobre este tema, como en otros, echó mano de la experiencia vivida. En España, el Partido stalinista logró deshacer las colectivizaciones, propiedad colectiva atomizada del proletariado, mediante las nacionalizaciones de la economía, propiedad colectiva del Estado capitalista, prueba evidente de lo reaccionario de semejante patraña. Las nacionalizaciones no eran sino medidas económicas ligadas a las necesidades intrínsecas de la acumulación del capital, y no a las necesidades inmediatas e históricas del proletariado, que coinciden con el ataque a esta acumulación en vistas a la destrucción del capital y de su Estado.

Estas consideraciones implicaron, para Munis y sus compañeros, la necesidad de criticar radicalmente el Programa de Transición de la IV Internacional, redactado por «el Viejo». Lo hicieron siendo militantes trotskistas. En efecto, todas las medidas transitorias en él descritas dependían de dicha nacionalización y no de la socialización que la revolución futura había de impulsar. Para esta corriente revolucionaria, las medidas y reivindicaciones inmediatas debían supeditarse no a las posibilidades del capital sino a las posibilidades de la sociedad desembarazada del capital. Desde esta óptica redactaron más tarde, cuando se constituyeron como Fomento Obrero Revolucionario, un «Pro Segundo Manifiesto Comunista» que contiene un capítulo titulado «Las tareas de nuestra época». En ellas aparecen consignas y reivindicaciones cuyo objetivo es la de plantarle cara al capitalismo a todos los niveles: político, organizativo y económico.

Para ello, y ahí radica otra de las posiciones fundamentales de Munis, el proletariado ha de luchar contra el sindicalismo, representante descarado a partir de un cierto nivel de desarrollo capitalista, del mundo mercantil, en detrimento del movimiento proletario que éste pretende representar. Los sindicatos, aunque provengan de la clase obrera, nunca fueron organizaciones revolucionarias. Su función consistía en intervenir

en los conflictos inevitables del «mundo del trabajo», para obtener mejores condiciones generales. De intermediarios en la compra y venta de la fuerza de trabajo, se consolidaron como pieza indispensable del sistema capitalista, logrando además ser directamente propietarios del capital, en los países donde el capital estaba concentrado en las manos del Estado. Y ahí donde mantienen su papel tradicional, reciben subvenciones importantes del Estado (éstas, por supuesto, proceden de la explotación de la clase obrera), y están regidos como cualquier empresa capitalista. Cuando es necesario despiden a sus empleados para mantener una tasa de explotación conveniente y una buena rentabilidad.

La incompatibilidad absoluta de los sindicatos con la revolución no es producto, para Munis, de la contingencia de ventajas imposibles de obtener en el seno del capitalismo. Incluso de poder obtenerse, el carácter reaccionario de estas organizaciones es esencial, no accidental; intrínseco y no extrínseco a los sindicatos; proviene de su propia función reivindicativa. Están directamente interesados en que haya algo que reivindicar, lo cual sería imposible sin que el proletariado siga indefinidamente siendo proletariado, fuerza de trabajo asalariado. Los sindicatos representan la perennidad de la condición proletaria, vender (o comprar) la fuerza de trabajo es la condición de su existencia. Representar la perennidad de la condición proletaria equivale a aceptar y a representar también la perennidad del capital. Ambos factores antitéticos del sistema han de mantenerse para que el sindicalismo realice su función. De ahí su profunda naturaleza reaccionaria, independientemente de los vaivenes que pueden modificar la compra y la venta de la mano de obra. He ahí su carácter contrarrevolucionario, más marcado todavía cuando la única salida positiva para la humanidad es la sociedad sin clases, sin Estado, sin fronteras, sin esclavitud asalariada. Humanidad que no se logrará sino mediante la constitución del proletariado en clase revolucionaria. Es lo que impiden de forma activa y organizada fuerzas como el sindicalismo. Por ello Munis insistió tanto en la necesidad de autoorganización de los proletarios, sin caer nunca en una idealización extrema de la misma, como fue el caso de la corriente histórica llamada «consejista» que, al sacralizar a los consejos obreros mediante la llamada democracia obrera, excluían de esta autoorganización a los revolucionarios organizados en Partido, y por ende, contradecían de hecho su tan adulado postulado.

Para Munis, la organización de los revolucionarios en partido era imprescindible para la victoria de la revolución mundial. Sin embargo, una vez más recurrió al arma de la crítica. Asimismo se opuso en varios textos, y en la práctica, a la concepción bolchevique del partido sustentada en el centralismo democrático, pero también criticó muy crudamente a los anti-partido sacerdotes de una mística espontaneidad obrera. Para él, la distinción entre clase históricamente revolucionaria y revolucionarios es impuesta por el capitalismo, por su propia existencia, que la agranda en épocas de quietud. Pero negar su existencia es igual que negar la posibilidad de la revolución. Confiando en el porvenir al automatismo económico-social se cae en el evolucionismo. Por ello abordó, a la luz de la experiencia histórica, el problema de la conexión entre clase y revolucionarios, entre revolución y organización, entre partido y dictadura del proletariado, no en abstracto, imaginando condiciones ideales, sino en concreto, a partir de la situación de hecho existente y de la experiencia, que no dependen de querer alguno.

Al simplismo de la afirmación de Lenin en «¿Qué hacer?»*, donde el pensamiento revolucionario aparece como una destilación pura de las ciencias y de la filosofía, aplicable luego al movimiento obrero, Munis opone la reflexión de Rosa Luxemburgo que afirmaba que Marx no había esperado a escribir «El Capital» para convertirse en comunista, sino que lo capacitó para escribirlo el hecho de ser comunista. En efecto, la existencia de las luchas obreras y en su seno la existencia de revolucionarios es la condición primordial de la utilización de ciencias y filosofía para elaborar la teoría revolucionaria. Al simplismo de la concepción de Lenin, se suma la idea táctica de responder a la disciplina y a la centralización impuestas a la clase obrera en las fábricas, por una centralización y una disciplina paralelas, pero de signo contrarios. Lenin pasaba por alto que la acción revolucionaria de la clase va enderezada a abatir las formas de organización y de obediencia inseparables del sistema. En tercer lugar, el trabajo político ilegal en la Rusia zarista, que excluía en la mayoría de los casos discusiones y decisiones democráticas. La dirección se veía en la práctica investida de poderes aún más amplios que los que el centralismo democrático le otorgaba. Experiencia mediante, los poderes otorgados a la dirección central, siquiera fuera de congreso a congreso, se revelarían a la postre despóticos y uno de los instrumentos más hirientes de la contrarrevolución en Rusia. Ahora bien, Munis insistió siempre en que el centralismo democrático sólo favoreció el proceso contrarrevolucionario desencadenado en Rusia, nunca fue su causa directa, ¿cómo explicar sino los «diez días que estremecieron el mundo» cuando el Partido Bolchevique jugó el principal papel como partido revolucionario?. Fue la no extensión de la revolución a escala europea y mundial la causa primera de la derrota revolucionaria en Rusia, añadiendo a ello que la revolución política en Rusia se quedó en democrática esencialmente, y no pasó sin

solución de continuidad a comunista. Por ello para Munis, mientras no quede descartada la ley del valor ninguna combinación orgánica (centralismo, federalismo, verticalismo, consejismo, autonomismo, partidismo), ni la más prístina honradez de los hombres más aptos, conseguirán alejar el peligro contrarrevolucionario.

Munis no cree en el Partido único, le repele, siendo además pura invención stalinista. Para él el Partido histórico del proletariado nunca podrá ser otro que el proletariado mismo en acción revolucionaria. Ninguna organización conseguirá birlar esa función sin destruirla, pues lo que conlleva el movimiento de una clase, su devenir, no admite camisas de fuerza ni imposiciones partidistas, por muy sabias y quintaensenciadas que fueren. Es el movimiento de la libertad frente a la necesidad, y en consecuencia, sólo respetando y profundizando la libertad del proletariado es posible pensar la dictadura del proletariado, transición hacia la libertad de todos los humanos.

Para Munis, la revolución social no sólo es posible, sino que hoy es totalmente urgente para la humanidad. En efecto, según él, el capitalismo es un sistema de civilización decadente. Usar esta expresión no es originalidad suya. Sí lo es su definición y comprensión. Los teóricos de dicha concepción, que se basaron fundamentalmente en los escritos de Marx y Engels, revolucionarios todos ellos implicados prácticamente en los grandes acontecimientos de principios del siglo XX, vislumbraron el fin de la fase ascendente del capitalismo en la incapacidad de este sistema para hacer crecer las fuerzas productivas. Su afirmación (poco importa para el caso que hablasen de crisis de sobreproducción definitiva, de saturación de los mercados, de la caída definitiva de la tasa de ganancia) correspondía más o menos con lo que presenciaron concretamente entre las dos guerras mundiales 14-39. Pero seguir defendiendo semejante tesis tras la última gran contienda mundial, cual hicieron y siguen haciendo sus epígonos actuales, muestra una concepción amaterialista y adialéctica de la historia. Para Munis, el comunista jamás ha de hacer coincidir su teoría con la realidad, sino que su visión crítica de la realidad, no inventada, es la que le obliga a replantearse cuestiones. Ello da mayor fuerza y acierto a la teoría revolucionaria para poder contribuir de forma decisiva en la praxis de la transformación social de la realidad.

Por ello, para Munis, no es la ausencia de crecimiento económico e industrial, sino el crecimiento mismo, el que da prueba de la caducidad de todo el sistema de civilización capitalista. La decadencia se manifiesta claramente a través de la contradicción evidente entre los límites económicos y sociales del capital, que se encamina a pasos agigantados hacia su muerte y la de la humanidad, y las posibilidades materiales concretas de las que podría disponer una sociedad liberada del capital, y por ende de sus limitaciones mercantiles. No es la crisis económica irreversible (sobreproducción, baja definitiva de la tasa de ganancia...), sino la persistencia del industrialismo capitalista y del crecimiento de las fuerzas productivas las que inducen a la supresión del sistema, ya que los instrumentos de producción han adquirido más que la capacidad de liberarnos de su mezquindad mercantil. Es el capital en crecimiento económico quien asola el género humano más duramente incluso que durante cualquier crisis cíclica que lo acompañó durante y hasta su pleno apogeo en el siglo XIX.

Dos guerras mundiales y el movimiento obrero mismo han demostrado sobradamente que es un sistema social totalmente obsoleto para el devenir humano.

No cabe otra salida positiva para la humanidad que el comunismo, sociedad sin esclavitud, sin clases, sin Estado y sin ley del valor. Cualquier táctica y estrategia han de supeditarse a este único objetivo. No sirven ya aquellas praxis que han demostrado en los hechos su nocividad reaccionaria para la emancipación del género humano: movimientos de liberación nacional, parlamentarismo, sindicalismo, etc... Las condiciones objetivas ya existen para el comunismo, no hay que contribuir de modo alguno a crearlas apoyando iniciativas capitalistas.

Como bien dice Munis en «Fucilazos sobre el Estado»:

« Los potentados del siglo XX sean burgueses o altos burócratas son enterrados solos, pero antes han chupado en forma de plusvalía a millones de personas. Y si ya no comen carne humana, la devoran en forma de trabajo asalariado, vomitan inversiones como sus semejantes vomitaban manjares en los banquetes romanos, y vuelven a devorar muslos y tuétanos bajo el aspecto de beneficios, de crecimiento industrial y de poder...»

La lectura de estas obras completas permitirá el desarrollo y una mayor comprensión de una teoría que sigue viva a pesar de la falta de reacción de la única clase que pueda revolucionar el mundo: el proletariado. Una generación entera está desapareciendo. La última que dio muestras de la capacidad subversiva de una clase social que sigue explotada, pero hoy mucho más desorientada. Sirvan estos textos para ayudarnos a reiniciar, continuándolo y mejorándolo, el movimiento comunista de transformación social.

PRESENTACIÓN AL PRIMER TOMO

Los textos recogidos en este primer volumen están íntegramente dedicados a analizar en profundidad el surgimiento del stalinismo en la revolución rusa, su naturaleza social y las implicaciones políticas que tiene para el conjunto del movimiento revolucionario. Para Munis, sin una cabal comprensión del stalinismo, el transcurso de la lucha de clases durante el siglo XX es enteramente incomprensible: la continua derrota del movimiento revolucionario, el fuerte crecimiento del capitalismo después de la segunda guerra imperialista mundial, la completa postración del proletariado, la ausencia de una genuina lucha por el comunismo, el afloramiento de ideas y movimientos reaccionarios, son todos aspectos ligados entre sí, aún cuando haya pasado absolutamente desapercibido para la mayoría de personas que han reflexionado sobre los avatares de la lucha de clases en lo que va de siglo.

La mayor derrota del proletariado en toda su historia no ha sido verse rechazado por la burguesía a posiciones defensivas, si no que se produce en el hecho de que del seno mismo de la primera tentativa de revolución comunista mundial haya surgido una fuerza contrarrevolucionaria capaz de desorientarlo hasta el extremo de perder el significado de lo que es la liberación social. Para Munis y sus camaradas, sin una dilucidación previa de las causas y del sustrato material en el que hunde sus raíces el stalinismo, toda tentativa de reevaluación de las ideas revolucionarias estará abocada al fracaso.

Para comenzar a superar esa derrota es necesario destruir la monstruosa mentira que sostiene que en Rusia ha existido una sociedad emparentada con el comunismo, aunque sea de forma imperfecta. Bien al contrario podríamos afirmar que de todos los regímenes políticos habidos hasta el presente, el ruso fue el más alejado de todo cuanto concierne al comunismo, convirtiendo todos los rasgos de éste en su contrario. Ahora bien, engaño de tal magnitud sería del todo inimaginable si el stalinismo no hubiera disfrutado del beneficio de haberse amparado en el prestigio de la revolución y del partido sobre los cuales se encumbró, presentándose como los protagonistas de la revolución rusa y los auténticos herederos del partido Bolchevique, por el contrario el stalinismo es el estrangulador del proceso revolucionario que se había abierto, proceso complejo y dificultoso, y siempre entendido como la avanzadilla de la revolución que se vislumbraba en Europa, sin la cual no se creía posible la realización del socialismo en un país atrasado. Y sí efectivamente hubo continuidad del partido, en modo alguno de su programa político, la perversión reaccionaria stalinista no está determinada por el ideario político del bolchevismo, más bien la aparición de uno lleva aparejada la aniquilación del otro, como así sucedió. Otro factor ha contribuido a prolongar en el tiempo este equívoco, en esta ocasión proveniente del campo mismo de los revolucionarios, ya que los oponentes al stalinismo han mostrado una crítica roma, incapaces de sacar todas las consecuencias necesarias sobre el stalinismo por su apego a nociones políticas que los acontecimientos convertían en ideas del pasado, y es que sin una evaluación crítica de la revolución rusa se hace imposible desentrañar en toda su complejidad lo sucedido. Largo y laborioso ha sido el rearme teórico capaz de permitirnos sondear con mayor penetración en el pasado, abriéndonos a la vez perspectivas más firmes para el futuro, no otra es la motivación de las páginas que siguen.

El primer texto *Los revolucionarios ante Rusia y el stalinismo mundial* pertenece al período de discusión en el interior del movimiento trotskista. Después de la conferencia de Emergencia de la IV Internacional, celebrada en mayo de 1940, comienza la deriva oportunista de la IV internacional hacia posiciones de claro abandono del internacionalismo ante la guerra imperialista: una interpretación derechista de la consigna òdefensa incondicional del estado obreroö formulada por el mismo Trotsky, aunque de la misma no se desprendía tal lectura, y un desplazamiento hacia la participación en los movimientos de resistencia nacional antifascistas en Europa, provoca el primer punto serio de discrepancia, brecha que irá ampliándose hasta la ruptura definitiva en 1948. En este contexto Munis escribe *El socialist Workers Party y la guerra imperialista*, en el que hace un dramático llamamiento a la mayoría de la Internacional para que volviese por los fueros del internacionalismo, único punto de anclaje que podía permitir a los revolucionarios asumir las tareas que tenían ante sí. Es durante el marasmo de la guerra imperialista, analizando los acontecimientos que sucedían en Europa, añadida a una reflexión crítica sobre la revolución española, iniciada en 1941, cuando Munis y sus camaradas más cercanos consideran llegado el momento de acometer una reevaluación de las posiciones políticas que habían defendido con anterioridad. Reevaluación que tenía que desembocar en una nueva caracterización de la naturaleza social del stalinismo, en precisar el nuevo período histórico que se abría y en una redefinición de la táctica comunista proyectada hacia el futuro. *El manifiesto de los exégetas*

de Benjamín Péret¹ y *Los revolucionarios ante Rusia y el stalinismo mundial*, ambos fechados en 1946, era el primer intento de abordar los acuciantes problemas teóricos a los que estaban abocados la totalidad de revolucionarios de aquel periodo.

En esta última obra quedan esbozadas las posiciones que Munis sostuvo hasta su muerte, retomadas nuevamente en *Partido-Estado, Stalinismo, Revolución*, fechado en 1974, donde las profundiza y desarrolla en extenso, enriqueciéndolas con la perspectiva global que proporcionan treinta años de experiencia y reflexión sobre el tema. En ellas Munis contrapone las realizaciones llevadas a cabo en Rusia con las características precisas que definen una sociedad de rasgos comunistas: no hay ninguna relación entre estatalización de los medios de producción y socialismo, más bien lo contrario, cualquier organismo o partido que no sea la clase obrera en su conjunto tenderá a apropiarse la plusvalía y a mantener los mecanismos de la explotación. Por consiguiente, el período de transición debe dar cuenta del carácter comunista de la revolución, también en el terreno de los medios de producción, ya que, como decía Marx, de lo que se trata es de *erigir una barrera infranqueable, un obstáculo social que vede a la clase obrera tener que venderse al capital*. Si bien la toma del poder político es garantía de las realizaciones sociales, estas no podrán enraizar si no es atacando, desde el principio, las bases de la acumulación. La revolución o es social desde sus inicios o está condenada al fracaso. No otra cosa aconteció en Rusia: revolución política, permanente en el sentido que le daba Trotsky, pero que no destruyó la estructura económica del capital, que no reside en el burgués ni en los monopolios, sino en lo que Marx llamaba la relación social capital-salariado. La ausencia de una burguesía poseedora de los medios de producción, ya que todos ellos fueron concentrados en manos del Estado, y la indudable continuidad del partido bolchevique, aunque no de su programa político, provocó la mayor desorientación entre los revolucionarios, confusión que perdura hasta el día de hoy. Tres factores presentes en los inicios del siglo pasaron desapercibidos para la mayoría: la presencia de una sociedad capitalista a nivel mundial que determinaba las tareas a realizar por la revolución, la conversión profundamente reaccionaria de la burguesía en relación al nuevo periodo de revolución comunista mundial y el hecho de que la propiedad privada hubiera dejado de ser fuente de expansión capitalista. En la ligazón de estos tres elementos con lo sucedido en la revolución rusa está la clave del desarrollo posterior. Sin una auténtica realización comunista y la liquidación de la burguesía como factor histórico, el capitalismo de Estado apareció como la última expresión del capitalismo: la máxima concentración del capital, encabezando, segregando y organizando la decadencia social.

El conjunto de artículos seleccionados son testimonio de la permanente atención que Munis prestó a los avatares del stalinismo, analizando pormenorizadamente sus movimientos y aplicándole la acerada piqueta de la crítica, sin dejar pasar las ocasiones que se le ofrecían para mantener vivos los conceptos básicos del marxismo. La muerte le sobrevino a Munis sin poder ver la caída del muro de Berlín, privándonos de su apasionada defensa del comunismo, presta a desenmascarar las más infames mentiras.

Ante los acontecimientos de 1848, apuntaba Marx que la verdadera fuerza de la revolución, el mejor legado que iba a recibir el movimiento posterior a esas jornadas, consistía en desprenderse de falsas concepciones, focalizar mejor al enemigo que se tenía delante y, en momentos históricos de importancia, saber aprender más de las grandes derrotas que de las pequeñas victorias. Las páginas que siguen tienen el mismo tono, la misma rotundidad, la misma hondura que las palabras proferidas por Marx. Una vez en el mundo estas ideas, sólo queda apropiárnoslas, convertirlas en el cerebro de la pasión, de lo que ayer, hoy y mañana seguiremos llamando comunismo.

¹ Benjamin Péret (1899-1959) Uno de los miembros más destacados del movimiento surrealista. Estuvo estrechamente ligado a Munis desde el periodo mexicano. Combatieron la degeneración del trotskismo y acometieron la renovación teórica. Escribieron juntos *Los sindicatos contra la revolución y Pro-segundo manifiesto comunista*.

LOS REVOLUCIONARIOS ANTE RUSIA Y EL STALINISMO MUNDIAL.

Editorial Revolución. México D.F., 1946

I. NECESIDAD DE ESTE TRABAJO

Contrariamente a nuestra previsión, los partidos y grupos de la IV Internacional, salvo excepciones, se han mostrado excesivamente renuentes a modificar su política respecto a la URSS. En Europa por unas razones y en Estados Unidos por otras, allí por las tremendas ilusiones surgidas de los triunfos de un ejército que las masas creían revolucionario, aquí por oportunismo, no se ha sabido cambiar el esquema de la «defensa incondicional» en lucha contra el Kremlin y en derrotismo revolucionario, a medida que con la modificación de la situación militar y la exteriorización de la política stalinista, la magnitud del peligro principal para el proletariado soviético y de Europa oriental, se desplazaba de Berlín a Moscú. Aun en algunos casos, la «defensa incondicional» ha sido modelada en forma derechista ajena a la oposición cuartista. Nuestra esperanza de que la IV Internacional sabría cambiar prestamente su política, se fundaba en la seguridad de que el Ejército «rojo» mostraría brutalmente el carácter opresor y reaccionario de la política exterior del Kremlin, reflejo de la interior. Así acaeció, en efecto, sobrepasando nuestras previsiones. Sin embargo, por regla general, o bien se minimiza la importancia actual y el alcance futuro del vandalismo stalinista en Europa oriental y en Asia, o bien, temiendo mirarlo de cara, se pasa de largo para ir a refugiarse, como en un hemisferio tranquilo, en el carácter de la economía soviética y en la definición «Estado obrero degenerado», de donde antaño dedujimos la «defensa incondicional». La urgencia de un cambio en nuestra política hacia la URSS está presente, en mayor o menor grado, en la intimidad de la mayoría; el problema se nos mete por los ojos y amenaza quebrarnos las costillas, pero casi todo el mundo se detiene supersticiosamente ante él, como los israelitas del desierto se detenían ante el tabernáculo de la alianza, temerosos de caer fulminados a su proximidad.

Lo único que en verdad amenaza fulminarnos, o cuando menos dejarnos para largo periodo en un impotente raquitismo orgánico, es la ya falsa oposición respecto a la URSS y el stalinismo mundial, mera reafirmación de condiciones periclitadas, sin pizca de justificación en todo lo ocurrido durante los últimos seis años. Trastornos enormes han sobrevenido en todo el mundo, incluyendo la URSS; nosotros continuamos parafraseando lo dicho cuando ningún gran acontecimiento se había producido aún. Hay en eso una pereza mental o una pusilanimidad ideológica extraña al espíritu revolucionario, y desde luego peligrosa, independientemente del problema de la URSS. Tenemos, no sólo el deber apremiante de reconsiderar el problema de la URSS a la luz de los últimos seis años, sino también el de echar una ojeada atrás, y señalar lo erróneo y lo acertado que descubramos en el análisis que sustentaba la «defensa incondicional». Esto será muy instructivo, dada la importancia del fenómeno ruso para desbastar la interpretación materialista de la historia. No puedo tratar aquí lo último sino por incidencia, insinuando sin penetrar en el análisis. Lo más urgente, lo que obsesiona a este trabajo, es cambiar nuestra posición frente a la URSS y el stalinismo mundial.

Lo que paraliza a la IV Internacional, y la retiene en posiciones sobrepasadas por los acontecimientos, es la idea del sistema de propiedad reinante en la URSS. Más que estática, esta idea se ha convertido en un mito con el cual se cree responder a todas las objeciones y tapan la boca a todas las protestas. La burocracia es una casta tiránica sólo comparable a la pandilla de Hitler, su sistema policíaco extiende el terror -contra los revolucionarios especialmente- en la URSS y dondequiera penetra ella, sus millones de sanguijuelas chupan enorme parte de la renta nacional, ninguna libertad es concebible bajo su dominio, entre ella y el proletariado existe, económica y espiritualmente, tanta diferencia, o más, que entre el proletariado y la burguesía de cualquier condenado país capitalista, la revolución mundial es para ella el supremo mal y trata al proletariado internacional como vil mercancía, como moneda de transacción en sus asquerosos enjuagues con los grandes países imperialistas. Todo esto y los interminables etcéteras que pudieran añadirse, es del dominio común en nuestras filas; nadie lo negaría. Pero después de haberlo oído con aire de indulgencia, la voz de la costumbre tercia desde su dosel: Si, pero en la URSS existe la propiedad nacionalizada y planificada, por si sola una gran factor progresivo en la historia, la burocracia no es más que una excrecencia, el sistema es bueno, los métodos malos, hay que defender el primero, combatir el segundo, el principal enemigo es el imperialismo, la burocracia caerá después, «il ne faut pas jeter l'enfant avec l'eau de la baignoire»... y todo mundo conoce de memoria el resto. Antes de la guerra esos argumentos tenían una base, aunque no incommovible, y un sentido político serio, aunque incomprobado. Hoy no son más que resonancia hueca, porque falta la base real, y el sentido político es disparatado.

Tomando el problema de sesgo, ¿qué prueba tenemos de que en la URSS exista hoy la planificación de los medios de producción? Ninguna, si no es la falta de un decreto del Kremlin aboliéndola formalmente. Sin duda, hay en nuestra Internacional quienes necesitarían ese decreto, o el restablecimiento del capitalismo por

la violencia, para dejar de recitar fórmulas añejas. Si nosotros no podemos presentar semejante decreto, nadie, en cambio, puede presentar hechos y cifras garantes de la planificación, porque si nunca se ha sabido con exactitud lo que económicamente ocurría en la URSS, desde principios del tercer plan quinquenal se sabe menos aún. Lo poco filtrado en los datos oficiales y las deducciones que permite, no hablan en favor de la planificación. Cuanto podrían ofrecer los de la voz de la costumbre es la palabra plan entre los dientes de Stalin. También Napoleón III solía decir: «Mi nombre es inseparable de la revolución». Y bien, en boca de Stalin, la invocación de la planificación como resto de la revolución de Octubre tiene mucha menos realidad, ¡ójigase bien, mucha menos realidad!, que la invocación de la revolución francesa en boca de Napoleón III. Ya veremos por qué.

II.- PLANIFICACIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN BUROCRÁTICA

¿De dónde se debe partir para analizar el fenómeno ruso, de lo objetivo de la planificación, o de los objetivo-subjetivo de la contrarrevolución stalinista? Si la primera ha existido, y aun si admitimos que exista todavía en X proporción, la segunda (¿quién se atreve a negarlo?) existe desde hace bastantes años y ha afirmado su dominio. No se trata de un dominio puramente político, que se deje catalogar fácilmente dentro de la denominación «excrecencia», sino de un dominio con sólidas bases materiales en el sistema económico soviético. Mal que le pese a la voz de la costumbre, es ese un hecho de una objetividad tan aplastante que no podrá ahogarlo en la objetividad unilateral de la planificación, aun si para obligarla a responder le concedemos hipotéticamente que ésta siga intacta. En el pasado hemos otorgado a la planificación la preeminencia sobre la contrarrevolución stalinista. Se justificaba por la esperanza de un renuevo revolucionario del proletariado soviético, y por la seguridad de que el triunfo de la revolución en algún país, modificaría la correlación mundial de fuerzas y provocaría la caída de la burocracia. De todas maneras hemos subestimado la importancia del factor contrarrevolucionario. La experiencia ha demostrado que la planificación no ha logrado modificar la burocracia, mientras que la burocracia sí ha modificado la planificación, hasta objetivarse ella misma en bien hincadas posesiones económicas. Si ayer, sólo con el poder político y privilegios económicos relativamente limitados, la burocracia logró guiar la planificación en su provecho, hoy puede asegurarse que contempla su gestión económica como una función de sus intereses particulares, con lo que obra fundamentalmente como una burguesía cualquiera, es decir, impulsada por el beneficio. Por consecuencia, es un monstruo disparate continuar hablando de lo objetivo revolucionario de la planificación, que se impone a la burocracia y se manifiesta a pesar de ella en la política interior y exterior. Cualquier manifestación de ese género no exige hoy nada menos que la destrucción revolucionaria de la burocracia y de sus principales instituciones.

Zigzagueando entre la izquierda y la derecha, los diversos regímenes de la historia, basados y todo sobre la propiedad privada, han tenido, en sus mejores momentos, manifestaciones políticas que, sin superar las bases del sistema económico en que reposaban, traducían su progresividad. El capitalismo pudo conceder, por presión de las masas si no voluntariamente, el sufragio universal y las llamadas garantías individuales. Pero en la URSS, de admitir la existencia de una auténtica planificación, tendríamos, sobre la base del sistema económico más progresivo de la historia -sólo superable por la sociedad comunista, sin clases y sin Estado- el más reaccionario de los sistemas políticos, comparable en la época moderna con el fascismo, y en la antigüedad con la fase más podrida del Imperio romano. Incluso sin ningún análisis económico se ve uno constreñido a reconocer que el sistema económico ruso debe estar ya muy lejos de la progresividad, o bien se desmoronan las relaciones entre lo económico y lo político, piedra angular de nuestras nociones y de la interpretación materialista de la historia. Desarrollo económico y desarrollo político tomarían entonces direcciones opuestas; la historia humana sería el caos inexplicable de Schopenhauer.

El argumento de la excrecencia que sin duda alguien nos interpondrá aquí, renquea a primera vista. No queda refutada la afirmación anterior reconociendo que la burocracia no representa un nuevo sistema económico, sino un momento de la indecisión entre dos polos, y que por lo tanto cuanto vemos en la URSS es transitorio. En primer lugar, lo transitorio no concede a ningún régimen permiso para guardarse la leyes históricas en el bolsillo, y desarrollarse progresivamente en el aspecto económico y reaccionariamente en el aspecto político, porque entre el sistema económico dado y la organización política hay una interrelación constante. En segundo lugar, no existe ninguna razón para esperar, en cinco años o en veinte más, un aflojamiento de la bestial dictadura burocrática. En ese sentido se puede contemplar únicamente una nueva revolución que devuelva al proletariado el poder y la economía. Si la gestión económica de la burocracia siguiese siendo objetivamente progresiva, se habría manifestado en la política interior y exterior, especialmente después del aniquilamiento del imperialismo alemán. Por el contrario, hemos visto reforzarse el

absolutismo stalinista en la URSS, y practicar en el exterior una política de expoliación económica y de persecución del movimiento revolucionario, que deja a retaguardia la de los imperialismos. El que se considere la burocracia como algo provisional, lejos de justificar la separación del desenvolvimiento económico y del sistema político, arroja la duda sobre la existencia real de esa separación. ¿Quién no sentirá la necesidad de detenerse y reflexionar seriamente sobre ello?

Por otra parte, calificando de excrecencia la burocracia, señalando su carácter provisional, creemos hacer todo un análisis muy serio y científico, pero no hay tal. Es ahí, por el contrario, donde aparece la vulnerabilidad o insuficiencia de nuestro análisis anterior, que siendo actual para gran parte de la Internacional, y se manifiesta gravemente falsa la continuidad del defensismo. En cualquier forma social transitoria, lo más importante no es su transitoriedad sino la dirección en que marcha, a menos de caer, reconózcase o no, en la hilarante noción de una transitoriedad fija, en la cual la excrecencia burocrática no pasaría nunca de las proporciones de una verruga en el cuerpo humano. La Cuarta ha señalado frecuentemente el carácter contrarrevolucionario de la burocracia y su regresión hacia el capitalismo. No obstante, la defensa incondicional reposaba íntegramente en la confianza que la planificación, al llegar a un determinado grado de ensanchamiento, se desembarazaría de la excrecencia burocrática, recuperando su fisonomía socialista y revolucionaria. Esa perspectiva interior, se combinaba exteriormente con la esperanza que la revolución en Europa daría la mano al proletariado soviético, antes que la burocracia descuartizase el único resto de la revolución de Octubre. Aunque el triunfo de la revolución se haya retrasado más de lo que previó la Cuarta, nos parece hoy a nosotros que la confianza en ella justificaba más la defensa de la URSS que el simple factor objetivo de la planificación, aún dejando en suspenso por el momento su grado efectivo de existencia. ¿Por qué? Justamente porque aguardando un desarrollo ininterrumpido de la planificación atribuíamos a la burocracia, no las características de algo provisional, de una excrecencia, sino las de una clase consustancial con la planificación. En efecto, lo intrínseco de una clase es su unidad con el sistema económico que la sustenta, el que por intereses se ve obligada a desarrollar, creando así las condiciones de su común destrucción. Por el contrario, lo intrínseco de una excrecencia social o régimen provisional es su oposición de intereses con el sistema económico que la sustenta, el que no puede desarrollar sin acoplarlo paralelamente consigo misma, sin suprimir la contradicción. Recogiendo parcialmente esta idea, la organización internacional ha dicho siempre que la burocracia introducía cambios cuantitativos que a falta de nueva revolución se transformarían en cualitativos. Y bien, ¿existe alguien en la Internacional que necesite más explotación de la plusvalía por parte de la casta dominante rusa, más latrocinios legales o subrepticios, más millones de hombres condenados a la esclavitud pura y simple, más asesinatos y deportaciones en masa, más terror policíaco, más miseria de las masas, más distancia económica y social entre «los de arriba» y «los de abajo», más anulación metódica de libertades, más prostitución de la conciencia social, más asfixia de toda manifestación cultural, más saqueo económico y opresión política de los territorios ocupados, más inundación de opio religioso y opio civil, más despotismo totalitario en general, para reconocer una transformación de la cantidad en calidad? ¡Conteste la voz de la costumbre, que frecuentemente se tranquiliza a sí misma asustando a los demás con la palabra dialéctica!

Para retornar nuestra idea, recurramos a la noción del bonapartismo, más o menos familiar a toda la Internacional. Debemos fijar principalmente la atención en las diferencias entre el bonapartismo napoleónico y el stalinista. Hasta ahora nos hemos fijado demasiado unilateralmente en las semejanzas.

Considerada como subversión social, como *acción* del hombre en su historia, la revolución francesa no fue obra de la burguesía sino de la masa pobre de las ciudades y de los siervos feudales. La destrucción completa y rápida del sistema económico y del aparato político del feudalismo hubiese sido imposible sin la conquista, por artesanos y obreros, del derecho de insurrección, algo que el proletariado moderno deberá tener en cuenta contra futuros terribles. Mediante él, los barrios pobres de París arrancaron medida tras medida a la mayoría moderada de la Convención, frecuentemente a los mismo jacobinos, e hicieron una irrupción en el poder político estableciendo el dominio de la *Commune* y proclamando el Gobierno revolucionario. Únicamente así pudo alcanzar la revolución burguesa su propio completamiento. Pero el dominio político de la masa pobre tenía que ser efímero, pues aún no desempeñaba en el sistema económico el cometido necesario para imprimir a la sociedad un rumbo socialista, aún no estaban suficientemente desarrollados los medios de producción. Sin embargo, no faltaron medidas económicas dirigidas contra la propia burguesía. Es un hecho puesto de relieve por Mathiez, que el golpe de estado de Termidor sobrevino cuando el Comité de Salud Pública intentó poner en práctica una ley de expropiación en beneficio de los indigentes, que afectaba a gran parte de burgueses y especuladores. La *Commune* y la masa pobre en general fueron reducidos a la impotencia, pero ya habían aniquilado para siempre el feudalismo.

El proceso de acomodación social y política, que tiene lugar entre Termidor y la época bonapartista propiamente dicha, no puede ser considerado más que como la ordenación estable de la revolución burguesa. El bonapartismo no negaba la revolución, no destruía su obra; le daba legitimidad jurídica y la tranquilidad política indispensable al desarrollo de la economía capitalista. Bajo sus laureles militares y sus destellos de emperador advenedizo, Napoleón ocultaba la sordidez de un sistema cuyo progreso exigía rechazar la incursión política de las masas urbanas, y encerrarlas dentro del orden confinado por la esclavitud del salario y la dictadura de los capitalistas. En suma, dado que la capacidad de los medios de producción obstruía la perspectiva de una revolución socialista, obreros y artesanos, los «sans-culottes» en general tenían que ser alejados de los asuntos de la burguesía, una vez que hubieron destruido el sistema feudal. Termidor empezó esa obra y el bonapartismo la redondeó. Sin tomar la afirmación en un sentido demasiado literal, se puede asegurar que la revolución burguesa necesitaba un termidor y un bonapartismo, pues su cometido fundamental consistía en desarrollar una clase propietaria de los medios de producción y del poder político, y otra clase asalariada privada de ambos.

De la naturaleza profundamente diferente de la revolución proletaria, se deducen los efectos destructores que el bonapartismo debe producir en ella. Es imposible considerar el bonapartismo stalinista como una ordenación estable de la revolución social, ni como su legitimación jurídica, ni como necesario al ulterior destino histórico de la obra de Octubre. El sistema de producción y distribución a que abocaba la revolución francesa era consustancial con la burguesía, y la necesidad de poner a raya las clases inferiores produjo el bonapartismo. Por el contrario, el sistema de producción y distribución a que aboca la revolución proletaria es consustancial con el proletariado. El triunfo del bonapartismo toma, por consecuencia, un carácter completamente diferente, puesto que ataca a la clase identificada con el sistema de producción socialista, la desposee del poder político y de la gestión económica, y éstos pasan a estratos sociales -la burocracia política, técnica y administrativa- sin nada de consustancial con el destino socialista de la revolución. El único rasgo común entre el bonapartismo napoleónico y el stalinista, es la defensa de sus posiciones respectivas contra las clases poseyentes anteriores a la revolución y contra las masas. Pero mientras el bonapartismo napoleónico, asestando golpes a la extrema derecha y a la extrema izquierda, defendía el nuevo sistema de propiedad, el bonapartismo stalinista, particularmente encarnizado contra la extrema izquierda, lejos de defender la propiedad socialista, se constituye él mismo en su principal atacante. Su oposición a las antiguas clases poseyentes no procede de su identificación con la propiedad socialista, sino del imperio que ejerce sobre ella y contra ella, lo que le abre perspectivas económicas propias. El bonapartismo de la revolución francesa era una expresión política de la propiedad capitalista; afirmándose, afirmaba el nuevo sistema económico. El bonapartismo stalinista, por el contrario, siendo una expresión política de los intereses de los estratos sociales no proletarios -excepto la vieja burguesía-, destruye el sistema económico nacido de la revolución, a medida que se establece. Por eso hemos dicho antes de manera puramente afirmativa, que en boca de Stalin la invocación de la planificación como continuación de la revolución de Octubre, tiene mucha menos realidad que la invocación de la revolución francesa en boca de Napoleón III. Este era indiscutiblemente una emanación de las necesidades del sistema de propiedad surgido de la revolución francesa, cuando todavía el capitalismo no había agotado su fase de progresividad. Pero, ¿quién se atreverá a sostener que Stalin y su casta de parásitos estén tan firmemente enraizados en la propiedad socialista? ¿Y de no ser así, en qué para la identificación de los intereses de la burocracia con los de la planificación? A menos de negar con nosotros esa identificación, para en la idea esencial sostenida por la teoría del «colectivismo burocrático». En efecto, según los abogados de éste, la burocracia técnica y política está interesada en desarrollar la estatización y planificación de la economía, se funde con ellas y saca de ellas las características de una clase. Condenándola y todo, una buena parte de la Internacional se halla hoy prisionera de la idea esencial del colectivismo burocrático.

El error proviene de un concepto puramente estático de la burocracia y de una idea demasiado tosca de la planificación. Hemos comparado frecuentemente la burocracia del «estado obrero degenerado» con la de un sindicato amarillo. Hasta cierto punto y por un determinado lapso de tiempo, la comparación era justa y expresiva. Pero entre ambas burocracias existe una diferencia esencial, cuya importancia, mayor con cada año transcurrido, debe constituir hoy una de las piedras angulares de nuestro análisis del fenómeno ruso y de nuestra conducta política frente a él. Tanto la burocracia sindical como la de los partidos reformistas, es retenida dentro de sus propios límites² por la existencia del capitalismo, propietario de los medios de

² Decimos así para simplificar el análisis. Pero en realidad la retención está circunscrita en la evolución del capitalismo. A medida que éste se integra en sus formas decadentes, la burocracia obrera tiende a

producción y del poder político. Su función social está precisamente determinada por el choque entre los polos antagónicos de la sociedad; ella amortigua la lucha de clases compatibilizándola hasta donde le es posible con la sociedad actual. Es útil a la burguesía como rompiendo de actividades revolucionarias, y al mismo tiempo no puede desligarse por completo de los intereses del proletariado, sin destruir la fuente de sus privilegios y perder entre las masas la influencia que la hace útil a la burguesía. De ahí su considerable estabilidad como burocracia obrera.

Muy otra es la situación de la burocracia stalinista en la URSS. También ella se encontraba, al principio, situada entre el proletariado y las tendencias restauradoras de la burguesía, la pequeña-burguesía urbana y los kulaks. Era el período en que podía considerarse sin ninguna reserva como burocracia obrera. Para no perder su posición, tenía que desarrollar la economía estatal planificada. Pero a medida que lo hacía, eliminando por completo la posibilidad de restauración capitalista por conducto de las viejas clases, la burocracia se diferenciaba más y más del proletariado económica y políticamente, constituyendo un centro propio de intereses conservadores. En vísperas de la guerra su imperio sobre el poder, sobre la producción y la distribución, era redondamente totalitario; había dejado de ocupar una posición intermedia. En efecto, aparece innegable que la sociedad soviética o rusa -nosotros preferimos llamarla rusa-, los polos extremos son, desde hace años, la burocracia en la extrema derecha y el proletario en la extrema izquierda. Pero es ese un hecho esencial que modifica decisivamente la función social de la burocracia, y del cual la Internacional debe sacar cuantas consecuencias se derivan, so pena de abandonarse a una modorra teórica de graves consecuencias.

¿Por arte de qué mecanismo o ley histórica, la extrema derecha de la sociedad rusa habría de erigirse en guardiana -siempre a su pesar- de la economía planificada? Si así lo hiciera, la burocracia no obraría a su pesar, sino con plena libertad en defensa de sus intereses. Lo que antaño la obligaba a desarrollar la planificación, era el miedo a ser desalojada de sus posiciones de mando y privilegio por una restauración de las antiguas clases. Ese peligro es hoy absolutamente inexistente. Si bien es cierto que tanto en el campo como en la ciudad quedan viejos remanentes de propiedad privada o se ha creado nueva, en ambos casos la mayoría de ella está estrechamente ligada a la burocracia, y en cuanto tiene de independiente representa una pluma comparada con el abrumador, conservador monto de intereses económicos de la casta dominante. Económica y políticamente, la burocracia es la extrema derecha reaccionaria. Nada existe que pueda obligarla a apoyarse en el proletariado y desarrollar la planificación. Si a pesar de todo la voz de la costumbre insiste en que la burocracia guarda los intereses fundamentales de la planificación, entonces debe despojarse de hojarasca terminológica y reconocer llanamente que la teoría del colectivismo burocrático está en lo justo: burocracia y planificación son consustanciales para toda una etapa histórica, se combinan en un sistema en el cual la primera tiene la potestad de asociar la producción socialista con el sistema capitalista de reparto, explotación y jerarquía.

Conviene salir al paso a una objeción probable. No sería más que un juego de prestidigitación el tratar de colocar la burocracia rusa entre el proletariado y la burguesía mundial, representarla zarandeada y temerosa entre la amenaza revolucionaria del uno y la amenaza reaccionaria de la otra, en consecuencia obligada a seguir cargando con la cruz de la planificación, con el objeto de defenderse de ataques exteriores. Cuando las estadísticas rusas susceptibles de mostrar el proceso molecular de la evolución social puedan ser examinadas libremente, veremos que ha sido precisamente durante el ataque de la burguesía exterior, cuando la burocracia ha concentrado en sus manos mayor cantidad de recursos económicos identificables con los del capital privado, y cuando ha dentelleado definitivamente la planificación. El ataque que de la burguesía exterior, representémos el pasado del imperialismo alemán o un futuro del imperialismo yanqui-británico, no encuentra en el interior de Rusia ninguna clase situada a la derecha de la burocracia, a la que salvar de «la barbarie bolchevique». En caso de futura derrota militar de Rusia, cualquier transformación que impongan los vencedores tendrá que efectuarse con la complicidad de la burocracia y sobre la base de la burocracia. Aún suponiendo -cosa improbable- que indemnizaran con nuevas propiedades a los descendientes de los viejos capitalistas y terratenientes expropiados por la revolución, siendo de creación posterior la abrumadora mayoría de la riqueza, sólo en la burocracia podría encontrar sus más «legítimos propietarios», aparte el botón que se acuerden los vencedores. La situación se parecería a la del imperialismo alemán vencido. Excluida pues toda posibilidad de transformación social derechista que la destruya por completo, la burocracia contempla la amenaza exterior de la misma manera que la clase capitalista de cualquier país, va a la guerra

incorporársele por completo, cambiando su posición y su función social. De todas maneras, la burocracia obrera de los países capitalistas es mucho más estable dentro de sus propias características, que la burocracia soviética dentro de las suyas.

para defender su presa, la aprovecha para reforzar los grilletes impuestos al proletariado, su *principal enemigo*, puesto que es el único que amenaza destruirla por completo, y descarga sobre él la totalidad de los sacrificios. No tiene ninguna necesidad de hacer concesiones al proletariado desarrollando la planificación, lo que no quiere decir que se vede el aprovechamiento demagógico de algunas tradiciones revolucionarias. Ha sido en el momento que los ejércitos alemanes parecían más cerca de la victoria, cuando Moscú colocó todo el proletariado -ya atado a la fábrica como el siervo feudal a la tierra- bajo la ley marcial aplicada por la G.P.U., y cuando anunció ostentosamente la aparición de los «millonarios soviéticos». No son más que pobres revolucionarios desecados en estadísticos quienes, incapaces de inferir lo que esos hechos ocultan, se empuerzan en reclamar: ¡cifras, cifras!

Mirando la cosa de cerca, la intervención de los ejércitos imperialistas, aún concediéndole de antemano la victoria, amenaza hoy a la burguesía como capa social, menos de lo que amenazaba a la burguesía francesa de 1814 la intervención de las potencias feudales. No se trata de una exageración. Ante todo, bajo su organización actual, Rusia es, junto con Estados Unidos e Inglaterra, una potencia contrarrevolucionaria de primera magnitud. Los imperialismos deben sentirse aterrados ante la sola idea que pudieran abrirse los campos de concentración y de trabajo, las cárceles y los aisladores políticos, vomitando por todo el país sus millones de hombres ávidos de venganza contra la burocracia, alimentados por la esperanza de un retorno a Octubre, y entre los cuales quizás sobrevivan centenares o millares de bolcheviques. Un debilitamiento de la burocracia, fácilmente acarrearía insospechadas probabilidades de restauración del poder revolucionario. Washington y Londres, que lo saben, rinden al poder stalinista el respeto debido a un guarda del orden que ellos mismo no superarían ocupando militarmente Rusia. En segundo lugar, la burocracia semeja muchísimo más a la gran burguesía imperialista, que la burguesía francesa de 1814 a la nobleza feudal de sus atacantes. Los jerarcas stalinistas, riquísimos frecuentemente, carecen, cierto, de títulos de propiedad sobre los medios de producción. Pero la propiedad colectiva de éstos ha venido a ser una ficción jurídica cada vez más alejada de la realidad social. La intervención de los imperialistas, todo lo más, aceleraría el proceso de apropiación por la burocracia, *único* canal posible de vuelta completa a la propiedad privada.

No existe pues nada, ni interior ni exteriormente, que ate la burocracia al proletariado, obligándola a continuar desarrollando la planificación. La IV Internacional debe desembarazarse del concepto estático de la burocracia rusa. Su evolución ha ido ya muy lejos. No se tiene derecho a atribuirle los caracteres peculiares de una burocracia obrera, sino más bien los de una clase cuya estructura definitiva se halla todavía en proceso de cristalización, y que para cristalizar enteramente tiene que impedir la revolución proletaria dondequiera surja, e integrarse en las formas decadentes que adopte el capitalismo mundial. Veremos más lejos que la organización stalinista de Rusia podría tal vez representar una avanzada de esas formas.

Pero antes de abordar ese problema más ampliamente, penetremos en la fortaleza de la planificación stalinista, donde se encastillan los partidarios de la defensa de la URSS, definamos la planificación con arreglo al criterio marxista, midamos por ese rasero lo que hay en Rusia. Descubriremos que la fortaleza, carente de cimientos, no sólo no puede ser defendida, sino que amenaza desplomarse sobre las cabezas de quienes siguen refugiándose en ella.

Para situar mejor el sujeto y evitar que el bosque nos impida ver los árboles, hay que recurrir a una noción marxista muy simple, que creemos ha sido bastante descuidada en relación con la economía y la burocracia soviética. Nos referimos al carácter de la sociedad de transición. La diferencia entre ésta y la sociedad capitalista consiste, económicamente, en que la propiedad de los medios de producción ha pasado de la burguesía a las clases productoras, quienes organizan la producción con arreglo a un plan que satisfaga las necesidades sociales. Si tomáramos a la letra esta idea básica de nuestra concepción del desenvolvimiento socialista, habría que concluir rigurosamente que la sociedad deja de estar en transición al socialismo y sufre una nueva expropiación, en el momento en que las clases productoras son desalojadas del poder político y de la dirección económica, lo que desde hace muchos años es un hecho ferozmente impuesto en Rusia. Pero admitamos que entre la pureza de la concepción ideológica y la realidad viva se produzca a veces un desencaje, cuyos intersticios pueden ser llenados diferentemente, según la situación concreta, sin que la sociedad pierda su rumbo fundamental de transición al socialismo. En el caso de Rusia, la burocracia stalinista llenaría los intersticios puestos al descubierto por el desencaje práctico de la sociedad de transición respecto de la concepción pura de la misma, y en ellos encontraría, a la vez la base de su diferenciación del proletariado como *burocracia*, y el nexo de su función particular, en tanto que burocracia *obrero*, con la función histórica del proletariado. De todas maneras, por más amplitud que concedamos al desencaje, no puede rebasar ciertos límites sin alterar la naturaleza misma de la sociedad. Ya es a primera vista monstruoso y repugnante suponer un nexo cualquiera entre la burocracia stalinista -que ha rebasado largamente

todos los límites imaginables- y la función histórica del proletariado. De hecho, tanto la Internacional como Trotsky personalmente han negado reiteradamente la existencia de ese nexo. Pero impongamos mordaza a la sensibilidad, aunque en cuestiones de difícil elucidación ella sea frecuentemente el mejor guía, y llevemos la objetividad hasta el límite máximo, rayando en el disparate. Sabemos por las más aplastantes evidencias que el proletariado no tiene en Rusia más participación en el poder político, que la que le hace sentir el constante terror de la G.P.U.; sabemos que está rigurosamente excluido de la dirección económica y sometido a un sistema de explotación mucho más inicuo que en cualquier país capitalista; sabemos que su lote en el reparto de los productos es exactamente el del esclavo, mientras la burocracia se rodea de un lujo asiático; a pesar de todo, nos resignaríamos a creer que la sociedad rusa sigue estando en transición al socialismo, si la burocracia, siendo y todo criminal y ladrona, ordenase la marcha de la economía con arreglo a las necesidades históricas del consumo general. Esa es la razón y el objetivo de la planificación, que no se debe confundir con un plan de producción cualquiera; sin eso la sociedad puede estar en transición hacia donde se quiera, salvo hacia el socialismo.

Menester es decir aquí que el escamoteo estadístico, practicado con especial prurito por la burocracia al establecer los proyectos y balances de los planes quinquenales, ha logrado tan bien su objeto de ocultar las realidades económicas más importantes para el proletariado soviético y mundial, que aún hoy sigue alucinando incluso a numerosos trotskistas. Más si escrutamos un poco en el farrago de las cifras propagandísticas, nos daremos cuenta que ni nosotros ni nadie, fuera de las altas esferas burocráticas, ha conocido en los últimos diez años las cifras básicas de toda economía que marche hacia el socialismo siquiera sea a paso de tortuga, a saber, la distribución concreta del producto del trabajo social, base de la reproducción y ampliación de la riqueza total. Y era eso lo único que nos hubiera permitido considerar panorámicamente la marcha de la economía, y asegurar sin riesgo si la burocracia continuaba desarrollando progresivamente la planificación o si sus incisiones capitalistas, por nadie negadas en la Internacional, la desviaban y falseaban.

En la sociedad burguesa, la reproducción ampliada del capital se efectúa partiendo de los intereses de la clase propietaria. En la sociedad de transición, lo mismo, ya que en la futura sociedad comunista, la reproducción ampliada ha de efectuarse partiendo de las necesidades sociales. Marx ha dado en su obra fundamental, *El Capital*, la fórmula de la reproducción capitalista, $c + v + pl$, en la cual c representa el capital constante o medios de producción, v el capital variable o medios de subsistencia para los trabajadores, y pl la plusvalía de los capitalistas, la cual se divide en una parte consumida por ellos en forma de medios de subsistencia y otra capitalizada para el aumento de la producción o reproducción ampliada. En la sociedad capitalista, c no puede aumentar sino en la medida en que los capitalistas encuentran mercado para realizar la plusvalía contenida en el excedente de mercancías resultante. Y solamente en una proporción al aumento de c aumenta también v . En una sociedad planificada, por el contrario, el aumento de c depende únicamente de las necesidades de v , en donde queda incluida la totalidad de la población, y de la magnitud de pl . Pero pl ya no es propiamente plusvalía, es decir, beneficio de los capitalistas, sino plustrabajo a la disposición de la sociedad para el aumento del capital constante y la reproducción ampliada conforme a sus necesidades. Dicho de otra manera, en la sociedad planificada los medios de producción necesarios están determinados por los medios de subsistencia necesarios, el consumo preside a la capitalización, al paso que en la sociedad capitalista ambos están presididos por la plusvalía realizada, no existen sino en la medida en que satisfacen los intereses particulares de la clase propietaria.

Tanto Carlos Marx como Rosa Luxemburgo han observado que el esquema de la reproducción ampliada del capital conserva su validez objetiva para la economía planificada, sólo que en esta última relación de los términos $c + v + pl$ queda decisivamente alterada. Procuremos fijar la diferencia para enjuiciar lo que ocurre en Rusia. Bajo el capitalismo, v , salarios o medios de consumo para la clase trabajadora, se halla reducido al mínimo indispensable en relación con las condiciones reinantes en el mercado del trabajo. Lejos de intervenir como factor determinante en el proceso de la reproducción ampliada, no es más que uno de sus resultados. Por su parte, pl , la plusvalía concentrada en manos de la clase propietaria, es gastada en buena parte por el consumo exorbitante de sus detentadores, y va en otra parte a aumentar la cuantía de c , o sea de los medios de producción, pero únicamente si tiene la posibilidad de transformarse de nuevo en plusvalía. Todo el proceso de la reproducción ampliada depende pues, bajo el capitalismo, de pl , más concretamente, de la apropiación del plustrabajo, que se convierte así en plusvalía, por la clase propietaria de los medios de producción. Ahí se originan el desarrollo caótico y todas las contradicciones inherentes al capitalismo. Mediante una unificación o control de los capitales privados -ya en vía de aplicación en los principales países- el desarrollo caótico puede ser atenuado considerablemente, pero sólo para hacer resaltar con mayor violencia la contradicción fundamental, aquella que opone el carácter de la producción y el reparto capitalistas, a los intereses del

consumo y del progreso técnico y cultural de la humanidad. Para superar esa contradicción no basta eliminar la propiedad privada de los medios de producción, hay que eliminar también la apropiación de la plusvalía por una categoría social. En efecto, al llegar la economía a un determinado volumen desde hace tiempo alcanzado mundialmente, el proceso de reproducción ampliada se ve obstaculizado por la dependencia completa de la relación $c + v + pl$, de los intereses de la categoría social a quién beneficia pl . Ello entraña importantes consecuencias, sobre todo en relación con una organización social como la rusa.

La intervención de la revolución proletaria resuelve aquella contradicción poniendo los medios de producción en manos de la sociedad, haciendo desaparecer pl , en tanto que plusvalía manejada por una categoría de la población y, tratándola como plustrabajo, haciendo depender su capitalización de las necesidades del consumo. El punto de reposo de la fórmula $c + v + pl$, pasa así íntegramente de pl a v . Este último se convierte, de un resultado accesorio de la reproducción ampliada, en su factor determinante. Y por su parte pl , devuelto a su legítima naturaleza de plustrabajo social, puede convertirse directamente en nuevos medios de producción, sin pasar por la metamorfosis que para realizarse e invertirse de nuevo se ve obligada a sufrir la plusvalía capitalista, o bien puede dividirse en una parte destinada al aumento subsecuente de la producción y otra al aumento del consumo inmediato. El problema dependerá en gran parte, naturalmente, de la forma en que los productos vengán al mundo, de la relación entre las cifras de elementos de producción y elementos de consumo fabricados en cada ciclo. Nos encontramos ya en el tan ansiado dominio de la economía planificada, y eso no puede ser indiferente a la suerte de ella.

Con el objeto de aligerar este estudio lo más posible, hemos prescindido hasta ahora de la división que establece Marx en la reproducción ampliada del capital. Distingue un sector dedicado a la producción de elementos de producción, y otro a la producción de elementos de consumo. Es preciso tenerlo en cuenta en lo sucesivo, pues no es arbitrariamente que Marx hace partir la reproducción ampliada, bajo el capitalismo, de las necesidades de la sección elementos de producción, mientras en una economía planificada debe originarse en las necesidades de la sección elementos de consumo. La diferencia es esencial e implica todo el concepto *planificación para el consumo*. Sobre base capitalista, el aumento del capital constante se opone al capital variable o consumo de los trabajadores en un doble sentido: constituye un fin en sí mismo para los explotadores de la plusvalía, y la desproporción entre el aumento del uno y del otro es más desventajosa para el capital variable a medida que crece la productividad del trabajo. Sobre la base de la economía planificada desaparece esa doble oposición. Todo cálculo de ampliación de la producción deberá tener por motivo y objeto la ampliación del consumo, de lo contrario no puede haber sociedad en transición al socialismo.

Tratemos, finalmente, de fijar el carácter de los términos de la fórmula $c + v + pl$, y sus relaciones recíprocas, en la reproducción ampliada de una economía planificada.

El capital constante c ha pasado de los capitalistas a la comunidad. Dividiéndose en instrumentos de producción de instrumentos de producción, e instrumentos de producción de artículos de consumo, sólo puede ser contemplado como la cantera de donde la población saca la riqueza necesaria a la organización de la sociedad comunista. Ya no está regido por los capitalistas de pl , sino por los trabajadores de v .

El término v ha dejado de representar trabajadores asalariados o capital variable propiamente dicho. Comprende el consumo de la totalidad de la población, puesto que las categorías no incluidas estrictamente en él, burócratas, soldados, policías, maestros, escritores, enfermos, incapacitados para el trabajo, etc., recibirían su poder adquisitivo del producto total de v , directamente o por medio de la organización social. El hecho que v haya dejado de representar trabajo asalariado, significa que sí bajo el capitalismo las necesidades de la población desaparecen entre c y pl , es decir, entre los medios de producción propiedad de una categoría social y los beneficios de ésta misma, en la planificación v aparece dominando y combinando c y pl , teniéndose a sí mismo por medida de ambos. En cuanto v pierda esa cualidad determinante, se convierte otra vez en trabajo asalariado, la planificación se embrolla, da marcha atrás, se hace imposible todo desarrollo económico progresivo.

A su vez, pl deja también de ser plusvalía de una categoría de la población, quién la reinvierte o gasta según sus intereses o veleidades. No es más que el plustrabajo con que cuenta la sociedad para encarar la reproducción ampliada; está íntegramente a la disposición de v , para el incremento de c y para su propio consumo. La impersonalización de pl es la condición más indispensable para la conservación y desarrollo de la planificación socialista. La concentración de la plusvalía en manos de una categoría social, sin necesidad de que sea propietaria de los medios de producción en un sentido estricto, modifica forzosamente la distribución en forma capitalista, y no puede dejar de imprimir a la reproducción ampliada el rumbo necesario para agrandar las diferencias de reparto. El carácter de los medios de producción resulta así afectado. Sin duda, en la primera etapa de la sociedad de transición, cuando todavía el reparto de los productos y las costumbres

conservan la huella capitalista, algunas categorías de la población se beneficiarán aún de la plusvalía. Ese era el caso, durante los primeros tiempos de la revolución rusa, de los técnicos no afiliados al partido bolchevique, cuyo trabajo pagaba a precio de oro. No obstante, v , la población trabajadora en posesión de los instrumentos de trabajo, disponía la distribución de pl . En cambio, resulta imposible atribuir la misma excepcionalidad inofensiva a la sistemática explotación de la plusvalía practicada por la burocracia stalinista.

Si tomamos un ciclo de producción inmediato a la sociedad capitalista, la reproducción planificada debería proceder a deducir del producto total:

Una cantidad de elementos de consumo para la población, aproximadamente igual a la empleada con los mismos fines bajo el capitalismo.

Otra cantidad de medios de producción para reponer los que han sido gastados, parte que se halla incorporada en los productos obtenidos.

El monto restante de la producción, lo que constituye el plustrabajo, que desde el primer instante sería muy superior al monto restante bajo el capitalismo, debido a la desaparición del derroche de las clases capitalistas y a la disminución de los gastos de administración y gobierno, quedaría en manos de la sociedad para ampliar la producción en el ciclo siguiente.

Esta imagen de la sociedad de transición es la dejada por Carlos Marx en la «Crítica del programa de Gotha». No es superfluo recordar que Marx, después de haber deducido lo necesario para aumentar la producción, supone que aún quedaría para aumentar el consumo inmediato de los trabajadores. Indicaba así, por una parte, que en la sociedad de transición los productos pierden la categoría de mercancías que tienen bajo el capitalismo, por otra parte, que por relación a los fines históricos el reparto es objeto, la propiedad colectiva y la planificación, medios. Nosotros podemos en esto hacer una concesión a la objetividad mecanicista en que se atrinchera la voz de la costumbre, y reconocer que el empleo íntegro del plustrabajo social en aumentar el capital constante no altera el carácter de la sociedad de transición durante sus primeros ciclos. Ello no hace más que plantear con mayor magnitud el problema del reparto en los ciclos siguientes, que arrojarían una masa acrecentada de productos. Incluso si vamos hasta suponer que al principio todo el plustrabajo social aparece en la sección elementos de producción, excepto un mínimo de elementos de consumo indispensables para los trabajadores adicionales que pondrán en movimiento las nuevas máquinas, es imposible contemplar una serie de ciclos de producción de diez o veinte años, por ejemplo, sin que del aumento ininterrumpido de c resulte un aumento del consumo de v . Va en ello la suerte de la sociedad de transición, es decir, de la economía planificada. No se trata solamente de la satisfacción inmediata de una clase obrera que una objetividad coja desestima demasiado desenvueltamente, sino de las condiciones materiales que han de permitir una elevación constante del nivel técnico y cultural, en cuyo defecto la planificación se hace impracticable, se convierte en simple plan y el plan en expresión de los intereses de una categoría social.

En suma, para que la producción ampliada de la sociedad de transición conserve su tendencia socialista, es preciso:

Primero: Que el plustrabajo, pl , deje de concentrarse en una categoría social, sin lo cual su distribución entre c y v no puede ser hecha con arreglo a los intereses de v , sino con arreglo a los intereses de la categoría social que maneja pl . Esa es la piedra angular de la planificación.

Segundo: Que los productos pierdan la naturaleza de mercancías que tienen bajo el capitalismo. De lo contrario el consumo de las masas, y la capitalización, se encuentran trabados por la realización de la plusvalía en forma monetaria o en forma de posesiones, como en la sociedad burguesa, fomentando el desarrollo de capas sociales especialmente interesadas en ella.

Tercero: Que la educación técnica y la cultura general de la población trabajadora comprendida en v se eleve. Esta condición es una consecuencia del reparto. Sin ella, el aumento mismo de c y la planificación se hallan limitadas por la capacidad -que representa también intereses económicos- de la minoría técnicamente capaz. Por otra parte, es también condición del debilitamiento y desaparición del Estado.

Sin estas tres condiciones, la propiedad colectiva de los medios de producción se hace ficticia, y el hombre continúa estando separado de los instrumentos de trabajo, origen de toda sociedad dividida en clases.

Incluso los más calurosos defensores de Rusia no se atreverán a afirmar que la distribución del producto total del trabajo haya sido hecha por la población trabajadora comprendida en v , o siquiera respetando sus intereses elementales. Desde que la planificación empezó a ser un hecho mundialmente conocido, ya triunfante el terribor stalinista, el plustrabajo social ha sido manejado por la burocracia. Tras del pl hubo

desde ese instante, como en el capitalismo, un grupo de hombres. Forzosamente recuperaba así el carácter de plusvalía en la misma medida en que la burocracia afirmaba su dominio. No se dice nada nuevo asegurando que en la planificación rusa han estado siempre presentes los intereses de la burocracia. Pero tenemos el más imperioso deber de reconocer todas las consecuencias a que ha conducido el hecho que la relación $c + v + pl$ no haya estado regida por v , cosa indispensable en un sistema de producción para el consumo, sino por una categoría social emboscada tras de pl .

Lo primero que puede observarse es que incluso en su mejor época, la del primer plan quinquenal, la planificación ha producido únicamente para satisfacer las necesidades militares y las nuevas necesidades de consumo de la burocracia, no menos exorbitantes que las de la burguesía. Sin duda, las necesidades militares, en un país revolucionario cercado por el capitalismo, forman parte de las necesidades generales del país. Pero, interpretadas por la burocracia, llevaban el sello de su carácter político y social reaccionario. Renunciando al gran objetivo estratégico del proletariado, la revolución mundial, el stalinismo no realizaba una maniobra defensiva o un simple error oportunista; traducía a escala internacional sus necesidades contrarrevolucionarias en el interior. La naturaleza y la misión del ejército debía sufrir pues una alteración radical. Le era menester un gran ejército de cuartel, un ejército prusiano en el sentido más prusiano de la palabra, dirigido tanto contra las potencias exteriores como contra la revolución internacional, principalmente en los países colindantes, y sobre todo contra las masas soviéticas. En efecto, el ejército stalinista es ante todo una fuerza de policía contrarrevolucionaria, a través de cuyas necesidades florecen las bases económicas de la burocracia. El ejército brinda a ésta el más basto campo de diferenciación, al mismo tiempo que el aparato armamental indispensable para mantener la población apabullada. Cuando, mediado el decenio veinte, Stalin, ya afianzado en el poder, espetaba a la Oposición de Izquierda: «Los cuadros actuales no podrán ser cambiados más que por la guerra civil», no hacía una frase polémica; se refería al ejército y a la policía y daba la señal para un monstruoso desarrollo de ambos. Tanto que hoy Rusia es el país más militarista del mundo. La España franquista misma le es inferior en ese dominio. Franco destina a gastos militares un poco más del 35% del presupuesto total del Estado para 1946. Stalin, en 1945, dedicaba al mismo propósito más del 45%. Y es sabido que ha prometido aumentar, no disminuir los gastos de guerra del primer presupuesto después de la paz. Por añadidura, en el porcentaje de Franco hemos incluido los gastos de policía, que en el presupuesto figuran como renglón diferente. Es imposible hacer lo mismo con el presupuesto de Stalin, porque oculta los gastos de policía bajo otras denominaciones, quizás bajo el «sector social y cultural».

Desde el año 1929, el nivel de vida de las masas trabajadoras ha estado en descenso continuo. Había llegado a su punto más alto en 1928, un 25% más que antes de la primera guerra mundial, en 1913. A medida que van aplicándose los planes quinquenales, la inflación, el alza de los precios y la masa de impuestos descargados cada vez más abrumadoramente sobre los artículos de consumo popular, restringen progresivamente los salarios reales, de tal manera que si por relación a 1913 eran en 1928 de 125, en vísperas de la entrada de Rusia a la guerra, el año 1940, ya habían caído a 62³. Este desplome del nivel de vida de las masas está indirectamente confirmado por la burocracia, que no publica índices de precios desde 1930. Tres planes quinquenales redujeron el consumo de las masas a la mitad de lo que era antes de que se consolidara el temidor stalinista.

Podemos obtener una idea aproximada de la explotación intensiva a que vive sometido el proletario ruso, por el siguiente dato exhibido con optimismo en las estadísticas oficiales: en 1939, la jornada de trabajo de un koljosiano producía 98 kilos de grano; la paga de la misma jornada equivalía a 4 kilos. Eso arroja un saldo de trabajo no pagado o plusvalía, superior al 96%⁴. Los obreros de fábrica, con toda certidumbre, no salen mejor librados. Así se explica que al presidente de la Cámara de Comercio americana, Johnson, se le hiciera la boca agua observando los métodos de explotación practicados en las fábricas rusas. ¿Qué determina esa horrenda explotación, las necesidades de una economía en transición al socialismo, o siquiera progresiva? ¡Disparate! Únicamente los intereses económicos reaccionarios de la casta dominante.

En la misma medida en que se reducía la parte de las masas en la distribución del producto total del trabajo, crecía necesariamente el plustrabajo social restante. ¿Qué se ha hecho de él? ¿Cómo ha sido empleado? Una enorme parte que nadie está en condiciones de calcular, pues es la que más interés tiene el

³ Cifras calculadas sobre estadísticas stalinistas, por F. Forest, «An analysis of russian economy». New International, diciembre 1942, enero y febrero 1943.

⁴ Société d'Etudes et d'Informations Economiques. «Extrait du Bulletin Quotidien», París, 21-22 septiembre 1939.

Kremlin en ocultar, es despilfarrada por lo que los propios gobernantes rusos llaman la *inteligentzia*, o sea, la casta privilegiada, desde los capataces o stajanovistas hasta el «padre de los pueblos», pasando por los ingenieros y directores de fábrica, los presidentes de koljos, la oficialidad militar, los agentes de la G.P.U. y los escritores mercenarios. Otra parte todavía menos calculable ha sido atesorada por esa misma ralea, de entre la cual han salido los tan ensalzados «millonarios soviéticos». El resto ha sido capitalizado con el más completo desprecio de las necesidades del consumo social, más exactamente hablando, del consumo de las masas, puesto que la producción de artículos de lujo es la única que registra un gran porcentaje de elevación entre todos los elementos de consumo.

La reproducción ampliada se ha polarizado en la sección elementos de producción, y dentro de ella, no en el sector que permitiría incrementar los elementos de producción de la sección artículos de consumo, sino casi exclusivamente en el sector producción de guerra. En 1929, los artículos de consumo representaban el 55.6% de la producción total, en 1940 sólo el 39%; una reducción de más del 16%, lo que representa mucho más relativamente el aumento de la población. Consecuentemente, los gastos de guerra pasaron del 8.9% del presupuesto, en 1933, a algo más del 45% en 1945, y continua el desarrollo en el mismo sentido. Pero no obstante el fantástico tragadero de las inversiones militares, la inversión total en la industria baja del 60.8% del presupuesto en 1933, al 33% en 1940. Evidentemente, la reproducción ampliada se estrellaba en el tope de los intereses económicos de la *inteligentzia*. ¿Y qué objetividad revolucionaria contiene una economía cuyo desarrollo está limitado y determinado por los intereses de una minoría social? Ninguna. Esa misma característica constituye el origen de la índole reaccionaria de la economía capitalista, índole a la que no escapa la economía rusa de hoy. Afirmando lo contrario, los partidarios de la defensa de la URSS caen una vez más en el terreno del «colectivismo burocrático», a menos que identifiquen el cometido del stalinismo con el de la burguesía en su época progresiva.

Podemos aún insistir con datos impresionantes sobre el carácter reaccionario de la economía rusa. Por ejemplo, los impuestos. El stalinismo ha recurrido a un sistema de gravaciones sobre los artículos de primera necesidad, desaparecido en Europa occidental con la Edad Media. El pan paga un tributo de 75%, otros productos agrícolas al 80%. Y mientras los artículos de seda tributan del 21 al 37%, el percal tributa el 48%, y el petróleo para la calefacción popular y para el alumbrado en muchos sitios, el 88%. De ahí resulta que el 20% de los ingresos del Estado, en 1940, procedía de los impuestos indirectos, y en 1945 el 40%⁵. En cambio, los productos de la industria pesada no están gravados más que de 0,05 al 1%, lo que no representa una facilidad para la industrialización, sino para la concentración de la plusvalía en manos de la *inteligentzia*. Los directores de fábricas y truts tienen participación en las utilidades de sus empresas, 4% hasta el límite previsto y 50% del exceso. Pero no insistiremos demasiado en estos datos, considerados bagatelas por quienes se consuelan representándose lo progresivo de la nacionalización y la planificación, «a pesar de todo», en el «Estado obrero degenerado». Ataquémosles en su reducto.

Para ello tenemos que volver por un momento a la fórmula de la reproducción ampliada, si bien árida, implacable para poner al descubierto la naturaleza de una economía. Como hemos visto, desde principios del primer plan quinquenal hasta finales del tercero los salarios reales sufren una reducción del 50%. En la misma medida tiene que haber aumentado el saldo global de pl , o más si el stajanovismo, el universal trabajo a destajo y la mecanización han acrecido la productividad media. Si las relaciones de la fórmula $c + v + pl$ estuviesen regidas por los intereses ulteriores, si no inmediatos, de v , supuesto básico indispensable de la planificación en el sentido marxista, cada ciclo de rotación económica comprendido entre 1929 y 1940 debería registrar un alza geométrica de la capitalización y de la producción. La realidad que se desprende de las cifras dadas en las páginas anteriores no dejan lugar a engaño. El alza registrada es relativamente insignificante, y frecuentemente se convierte en baja. ¿Dónde ha ido a parar el 50% de plusvalía excedente arrancado al proletario entre 1929 y 1940? Necesariamente a los bolsillos de la *inteligentzia*, pues la plusvalía no se evapora, y por otra parte, en una sociedad que acaba de expropiar a los expropiadores, tampoco se pueden constituir los múltiples y monstruosos privilegios materiales hoy detentados en Rusia por varios millones de individuos, sin redoblar la explotación de las masas en grado mayor que bajo las antiguas clases poseyentes. La burocracia, hace veinte años, partía de nada, mientras la burguesía contaba por respaldo con siglos de acumulación progresiva y de consagración de sus «derechos». De ahí que, para la contrarrevolución stalinista, sea un imperativo de vida o muerte, un imperativo histórico en el sentido reaccionario, gravar continuamente a v con mayor trabajo y menor paga. ¡Espléndida transición al socialismo!

⁵ Esta última cifra y las dos siguientes proceden de la revista francesa *l'Economie* 7 junio 1945. Las otras las tomo de los artículos de Forest antes citados.

Desde el momento en que la reproducción ampliada, $c + v + pl$, encuentra en el término pl , no meramente un saldo de plustrabajo indispensable para el progreso social, sino una categoría de la población que se lo apropia y administra, resulta imposible hablar de planificación. Para un revolucionario, planificar significa, no proyectar un *plan* cualquiera de producción, lo que hoy están en condiciones de hacer muchos despreciables países capitalistas, sino un plan que combine las inversiones en c con las necesidades de v . De los términos de la fórmula, c es continuamente pasivo, contémplese el capitalismo o la sociedad de transición. La reproducción puede únicamente reposar sobre v , o sobre pl . Si reposa sobre v , los productos dejan de ser mercancías y se reparten entre v , consumo inmediato, y c , capitalización para aumento subsecuente del consumo, con arreglo a los intereses de la mayoría de la población. Si reposa sobre pl , ni c ni v pueden crecer sino afirmando y aumentando las posesiones económicas de la minoría que convierte el plustrabajo social en propiedad suya, los productos devienen otra vez mercancías, imposibilitando el acrecentamiento normal de c , y el sistema de producción entra en contradicción con los intereses del proletariado y de la humanidad⁶. Sin que pueda precisarse una fecha exacta, es eso lo que ha ocurrido en Rusia. Para afirmar lo contrario tendría que demostrarse que la *intelligentzia* no se ha constituido en *propietaria de la plusvalía*. Hablar de planificación en Rusia es hoy una burla sangrienta para las masas, y una concesión a las tendencias decadentes del capitalismo mundial. Lo más que existe bajo el stalinismo es un plan determinado por los intereses de una minoría acaparadora de pl , plan tan en contradicción con los intereses del progreso histórico como la economía inglesa o la americana.

Sería un entuerto incongruente procurar desnaturalizar el argumento anterior echando mano de las fanfarrias de la «defensa nacional». Las necesidades industriales de la defensa militar no dejan de llevar el sello ominoso de la esclavitud stalinista. Supongamos, haciendo otra concesión al mecanismo defensivo, que un poco por necesidad y otro poco o un mucho debido a las características políticas de la burocracia, la casi totalidad del plustrabajo haya debido orientarse hacia la industria pesada. Con tanta mayor razón la reproducción ampliada en ese dominio debió haberse elevado verticalmente. Los resultados se compaginan poco con la idea de planificación y con el monto exorbitante de plusvalía succionado a las masas. En 1929 la industria pesada suministraba en Rusia el 44.4% de la producción total, en 1940 el 61%. Esa misma proporción en la industria japonesa era de 33.7% en 1929, y de 61.8% en 1939. Partiendo de una base relativamente inferior, un país capitalista de técnica atrasada y de bárbara organización feudal, logra un aumento bastante mayor que la sedicente planificación stalinista. Incluso si a la fuerza hacemos pasar las necesidades de las masas por las horcas caudinas de la defensa nacional stalinista, vemos desvanecerse la planificación ante los intereses particulares de la *intelligentzia*, primeros y anteriores a todo. Sin que quepa la menor duda, la defensa nacional es una función de la minoría social acaparadora de la plusvalía. Como tantas burguesías han hecho recientemente, la burocracia stalinista devendría agente e instrumento del enemigo exterior, en cuanto el proletariado amenazase gravemente a su señorío. Apenas es necesario añadir que la concentración de la plusvalía como propiedad colectiva o semicolectiva de la burocracia -en muchos casos es individual- es lo que imprime al Estado su feroz idiosincrasia contrarrevolucionaria, tanto en el dominio nacional e internacional, como en el dominio económico, el del reparto de los productos.

En suma, la sociedad rusa nos ofrece una imagen totalmente opuesta a la imagen de la sociedad de transición dada por Marx en la «*Crítica del programa de Gotha*». Se parece sorprendentemente, por el contrario, a la descripción del Estado capitalista unipropietario hecha por Engels: «Pero ni la transformación en sociedades anónimas, ni la transformación en propiedad del Estado quita a las fuerzas productivas la calidad de capital. Es cosa evidente para las sociedades anónimas. Y, a su vez, el Estado moderno no es más que la organización que se da la sociedad burguesa para mantener las condiciones exteriores del modo de producción capitalista, tanto frente a los desmanes de los trabajadores como de los capitales individuales. El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo»⁷.

⁶ Es sabido que desde mediados del decenio 30 toda industria no rentable es suprimida en Rusia. Por otra parte, los propios economistas oficiales del Kremlin reconocen que en la «sexta parte del mundo» los productos son mercancías como en cualquier salvaje país capitalista, hecho que, naturalmente, bendicen como una de las adquisiciones del «socialismo» debidas a la genialidad del «padre de los pueblos». (Véase el artículo de L. A. Leontief: «Political economy in the Soviet Union». Traducción oficial hecha por la revista stalinista *Science and Society*. New-York, primavera 1944).

⁷ Federico Engels: «Anti-Dühring», T. III, p. 43 Ed. Costes, París 1933.

En el primer documento del Grupo español en México sobre Rusia, se decía: «La burocracia debe ser hoy conscientemente restauradora». Fue una inexactitud originada por un estudio incompleto del problema. La burocracia es ya un capitalista colectivo, cada burócrata es el «embolsador de beneficios» de que hablaba Engels en relación con la transformación de la propiedad particular en propiedad de Estado. En la economía rusa tenemos un tipo notablemente feroz de capitalismo de Estado, que redobla las lacras fundamentales del capitalismo clásico estudiado por Marx: oposición entre la producción y las necesidades sociales; lujo y despilfarro en las alturas, depauperación abajo; aumento de la esclavitud del salario y establecimiento de una esclavitud semilegal que fija el obrero a la fábrica como una clavija más de la máquina; producción de mercancías y explotación de la plusvalía; interdicción a las masas de toda intervención en la administración económica y en la dirección política; furiosa y degenerada centralización estatal. Y no es menester hablar de los millones de hombres condenados a trabajos forzados, ilotas de la contrarrevolución, ni de las vesañas permanentes de la dictadura policíaca. En ese amplio sentido, la restauración capitalista ha tenido ya lugar; no hacemos más que reconocerlo con retraso. Lo que, rastreando sus intereses, tiene ante sí la *intelligentzia*, no es una ruptura de la planificación que la convertiría bruscamente en una burguesía del viejo tipo. La ruptura es un hecho más que consumado, y lo que sigue llamándose planificación está vacío de significación revolucionaria. La burocracia tiene ante sí la lucha entre sus diferentes clanes, por el reparto de la plusvalía y el control del Estado. No es superfluo señalar aquí que, según estadísticas publicadas por Moscú, la *intelligentzia* o embolsadores de beneficios representa entre el 13 y el 14% de la población, proporción semejante a la de Rusia zarista, donde la burguesía, los latifundistas, los comerciantes y los kulaks juntos constituían el 15.9%.

Definiendo lo que debe entenderse por planificación, hemos señalado como una de sus condiciones el progreso continuo de la capacidad técnica y cultural de las masas trabajadoras. En efecto, el aprovechamiento de todos los recursos económicos y los conocimientos científicos en beneficio de la sociedad, exige la incorporación de las masas a la técnica y a la cultura. Sin eso toda revolución, por profunda que en sí misma sea, se resolverá nuevamente en la explotación del hombre por el hombre. La obra de la burocracia en este aspecto, la denuncia inequívocamente como un capitalista colectivo. Desde 1933 los obreros tienen cada vez más difícil acceso a las universidades, escuelas técnicas y secundarias. Entre los que todavía logran llegar a ellas hay que contar una gran parte de aristocracia obrera en proceso de incorporación a los «embolsadores de beneficios». Con todo, de 1933 a 1938 la proporción de obreros en las escuelas secundarias baja de 41.5% a 27.1%, lo que significa prácticamente que ya no quedaba en ellas más que aristocracia obrera. En las escuelas industriales los obreros tienen aún más parte, el 43.5% el año 1938, pero ya la minoría burocrática o sus hijos acaparan el 45.4% de los puestos, sin contar la aristocracia stajanovista, una de las peores clases de capataces o cómitres que jamás haya existido, camuflada en el porcentaje de obreros. Por otra parte, con el restablecimiento de las matrículas escolares, en 1940, el acceso a las escuelas técnicas o secundarias y a las universidades quedó práctica y definitivamente cerrado para los de abajo. Centenares de miles de estudiantes pobres hubieron de abandonar las escuelas. La burocracia se dibuja así como una institución tan cerrada como la burguesía, obstáculo reaccionario al progreso social. Igual que en el terreno económico, en el terreno técnico el más pequeño paso adelante está confinado por los intereses de la burocracia capitalista colectivo. El monopolio de la cultura es inseparable del monopolio de la plusvalía, incluso si la cultura ha sido tan degradada como bajo el stalinismo.

En vano se harán cabriolas metafísicas tocadas con el marchamo asustón de la dialéctica, tratando de compatibilizar esos hechos con una supuesto continuidad de la planificación. Si la dialéctica no ha de convertirse en una camisa de fuerza más que paralice el pensamiento en lugar de auxiliarlo, si nuestras ideas no han de parar en un credo enjuto y estólido, la dialéctica ha de estar a nuestro servicio y no nosotros al servicio de ella. Ente lo uno y lo otro hay tanta diferencia como entre la ciencia y la religión, como entre lo auténtico y el sucedáneo. Demasiado frecuentemente oímos en nuestras propias filas chasquear expresiones como «desde un punto de vista dialéctico», «el planteamiento dialéctico», «la dialéctica de la situación», etc., coronando o iniciando razonamientos que maldito lo que tienen que ver con la dialéctica. Ahí, la dialéctica empieza a ser ya empleada como prejuicio o dogma, sustituto del razonamiento y la investigación, con el que convencer amedrentando. Mientras más pierde una idea su vivacidad esencial, más recurre a la sonoridad del santo principio, más lo trae, lo lleva y lo manosea, procurando impresionar a los espíritus simples con un «vade retro, satanás». En el caso de la dialéctica, ese empleo es la negación misma de su esencia. Pero veremos a la tendencia defensiva recurrir a él tanto más frecuentemente cuanto más desesperada sea su situación. En realidad ya se ha insinuado en ese sentido, procurando poner en movimiento los posos conservadores que existen en cada trotskista, como en todo hombre en general. ¡No importa! A los «vade retro» prejuiciosos, nosotros oponemos, no conjuros, sino el análisis material del devenir histórico, la esencia

de la dialéctica, irreconciliablemente reñida con el dogmatismo; removeremos con ello el espíritu profundamente revolucionario del trotskismo, en peligro de ser anestesiado.

Pasando de lo general a lo concreto, no se emplea la dialéctica repitiendo hasta el bostezo que la planificación económica es muy progresiva, que su existencia objetiva define la URSS como «Estado obrero degenerado», pese la superestructura burocrática, y que la contradicción entre lo objetivo de la planificación y la superestructura burocrática ha de producir una nueva síntesis, sea el restablecimiento del poder proletario o la vuelta al capitalismo. Sólo espíritus píos en busca de consuelo para las terribles tribulaciones surgidas de la existencia del stalinismo, pueden descarnar la dialéctica hasta reducirla al simple, esquemático y tonto juego de una síntesis establecida en 1917, una antítesis burocrática más o menos creciente, y una futura síntesis brusca, instantáneamente visible, que necesariamente ha de ser burguesa en el sentido clásico de la noción, o socialista. Ni la tesis fue nunca, incluso durante los cinco años siguientes al 17, algo puro y sólidamente establecido, ni la antítesis burocrática se limitó jamás al dominio de la superestructura, ni la síntesis debía ser forzosamente, en caso negativo, una irrupción brusca del pasado burgués. Por el hecho de su creciente diferenciación económica -hoy ya monstruosa-, la burocracia se hincaba progresiva, evolutivamente, como un factor estructural, a expensas de la estructura vacilante implantada por la revolución, a expensas de la tesis, y perdónesenos el recurrir tanto a una terminología empachosa, en gracia a las duchas de dialéctica que ya empiezan a darse los partidarios de la defensa de Rusia. Por otra parte, después de una revolución que haya aniquilado por completo las viejas clases poseyentes, jamás podrá producirse una síntesis reaccionaria bruscamente. A eso se refería León Trosky las diversas veces que ha hablado de asimilación de las costumbres de los vencidos por los vencedores, como uno de los caminos introductores de la contrarrevolución.

Es en ese entrelazamiento y modificación continua de los diversos factores donde la dialéctica debe tomar base para determinar si aún queda algo que defender en Rusia, o el triunfo de la contrarrevolución es ya un hecho consumado. Nosotros ya hemos respondido: el triunfo de la contrarrevolución es un hecho; ni el proletariado ruso ni el mundial tienen nada que defender en Rusia. Pero queremos remachar una idea insinuada al principio. Si el peso objetivo económico de la burocracia era relativamente insignificante allá por 1922-1923, la posesión del poder político la capacitó para extenderlo, extensión que a su vez provoca una orientación general de la economía en beneficio de la burocracia, la transformación de la planificación en plan o economía dirigida. El factor político se ha revelado pues decisivo, lo objetivo-subjetivo de la burocracia, capaz de modificar lo objetivo de las conquistas económicas de Octubre. Una vez triunfante temidor, éste es el factor principal en la determinación de la dirección ulterior, no la propiedad nacionalizada que desde ese momento escapa enteramente al control de las masas. El triunfo de la contrarrevolución debe ser el punto de partida del análisis marxista del fenómeno ruso. Es esa una consecuencia forzada de la naturaleza de la revolución socialista. El proletariado, que contrariamente a la burguesía no puede ser una clase propietaria antes de hacer su revolución, al ceder el poder político a estratos sociales situados a su derecha, cede también posiciones económicas. La revolución burguesa podía sufrir un temidor y un bonapartismo sin que el control económico de la sociedad escapase a la clase capitalista; a la revolución proletaria le escapa, con el control político, el control económico. No olvidemos que es la revolución de las revoluciones, la emancipación de la humanidad a través del proletariado, la revolución permanente. Su dilema es completarse o perecer.

Algunos camaradas suponen que Rusia se encuentra hoy en la etapa de la acumulación primitiva del capital, es decir, la etapa del saqueo de la mayoría de la población por la minoría, con el que ésta constituye su primer fondo de capitalización. La expresión se presta poco a ser aplicada al fenómeno ruso, pues se refiere a una etapa de la historia que en manera alguna se repetirá en Rusia. Sí, con las salvedades necesarias, la aceptaríamos, nosotros no situaríamos ese saqueo primario en 1946, sino a partir de los planes quinquenales, particularmente el segundo y el tercero, a partir del momento en que la burocracia, habiéndose creado en la aristocracia obrera la base indispensable para vencer a los kulaks e impedir el restablecimiento de las viejas clases, se endereza a todo vapor a la consolidación y ampliación de sus propias posiciones económicas, entreviendo, siquiera inconscientemente, una perspectiva propia. Las grandes obras de los planes quinquenales, hechas casi exclusivamente con trabajo de prisioneros-esclavos, literalmente amasadas con la sangre de centenares de miles de hombres, si no de millones, constituyen parte del saqueo inicial de la población por la minoría burocrática. La otra parte procedía de la masa trabajadora en general, plusvalía despilfarrada, atesorada, o convertida por los burócratas individuales, ya en propiedades en el sentido estricto de la palabra, ya en bonos del Estado. La caída del nivel de vida de las masas era una condición de la prosperidad económica de la burocracia. Con todo, nos parece inadecuado la calificación «acumulación primitiva del capital», porque evoca la etapa burguesa a la que sirvió de respaldo el proceso de saqueo

primitivo descrito por Marx en «El Capital». Esta etapa no conocerá en manera alguna una segunda representación en Rusia; se va ante los ojos de todo el mundo, incluso en los países capitalistas que no han sufrido la ruptura de continuidad de la revolución de Octubre, se va de cualquier manera que evolucione la historia, con revolución proletaria o sin ella. Las posiciones económicas y políticas robadas por la burocracia, no constituyen el punto de partida de un nuevo desarrollo del viejo capitalismo, en lo que sin duda concuerdan los camaradas que han hablado de acumulación primitiva; lo que primitivamente contienen es un tipo de sociedad decadente hacia el cual, salvo revolución social, se encamina todo el Mundo.

Esta idea nada tiene en común con el colectivismo burocrático, que considera la estructura rusa actual como una forma ya estable al menos en sus rasgos esenciales, y lo que es peor, como una etapa necesaria en el desenvolvimiento histórico. Recordemos de pasada que Trotsky admitía el colectivismo burocrático como posible tipo de sociedad futura, caso de general fracaso revolucionario. Nosotros, por el contrario, lo consideramos inconcebible, porque la bestial arbitrariedad que supone una dictadura como la stalinista, no puede durar siquiera medio siglo sin corroer todas las relaciones sociales, incluyendo la burocracia misma. Pero se condenan a un estéril materialismo mecanicista quienes se encierran en el razonamiento: si el Estado ruso no es todavía un Estado burgués, entonces sigue siendo necesariamente un Estado obrero degenerado. La física atómica ha probado que el movimiento de una partícula sólo es previsible dentro de una ley de probabilidades. ¿Qué razonamiento científico puede negar a la sociedad, donde el hombre es factor supremo, la libertad de que disfruta una partícula de materia inorgánica? El problema ruso debe ser asido en su dinámica propia, teniendo en cuenta las diversas proyecciones de las clases y las tendencias políticas, su respectivo encuadramiento internacional, las modificaciones recíprocas que sufren en las condiciones dadas por la permanente crisis mundial, y, factor de los más importantes, las experiencias políticas que van desde la revolución bolchevique hasta el triunfo del termostato stalinista, y de éste al triunfo de los Tres Grandes.

Sobre esa base, lo único que se puede asegurar es que el Estado nada tiene que ver con un Estado obrero, por más degeneración que se le achaque. Pero caeríamos en la utopía tratando de predecir que clase de sociedad parirá. Sólo en caso de que el proletariado mundial se muestre incapaz de dar cima a su misión histórica, la contrarrevolución abocará a una forma más estable. En manera alguna se tratará del capitalismo de los siglos pasados, aunque sí se le parecerá, como se le parecen todos los tipos sociales que han desfilaro ante la humanidad desde el comunismo primitivo, en la persistencia de la explotación del hombre por el hombre. Cuando una forma social que ha cubierto sus posibilidades no se resuelve en otra superior, sus elementos constitutivos, las clases, la propiedad, las ideas, se descomponen y refunden durante un largo período de decadencia, del que no está excluidos ciertos auges económicos provisionales. Las viejas clases dominantes, degeneradas y carentes de energía, están irremisiblemente condenadas, y antes de alcanzar una nueva organización estable, la humanidad vuelve a épocas geológicas.

Con toda la disparidad que lo diferencia de nuestro tiempo, el decadente mundo greco-romano nos ofrece una rica experiencia que no debemos pasar por alto. Habiendo buscado en vano una solución positiva a sus contradicciones, se abisma en la prolongada decadencia de la que paulatinamente surge el feudalismo. Pero la vieja clase patricia, que al instaurar el imperio aparece triunfante frente a la plebe, es pronto suplantada, a la vez como propietaria y como gobernante, por nuevos elementos, si bien carentes de abolengo, más enérgicos que los patricios. Durante todo el proceso de decadencia, hasta que la sociedad reposa en la forma feudal, se repite varias veces la transferencia de la propiedad y el poder a manos de nuevos elementos, casi siempre provenientes del ejército. Y en medio de esa constante e inestable refundición, el Estado, dios omnipotente y vengativo, manda, ordena y centraliza todo, incluso la propiedad. El momento en que se inicia inequívocamente la decadencia en dirección al feudalismo, cuando la plebe ha sido ya decisivamente derrotada, es la instauración del Imperio por Julio César y su sobrino Octavio. No obstante, muchos, incluso gran parte de la propia plebe y de los patricios, consideraron a ambos, que se habían impuesto luchando contra Pompeyo y Antonio, directos representantes del patriciado, como continuadores de los hermanos Gracco y en cierta manera de Catilina. Todavía algunos historiadores modernos califican el régimen de César de «primera dictadura de izquierda». En realidad, con César la balanza se inclina definitivamente contra toda solución positiva del conflicto social. El nuevo dictador y sus sucesores utilizan la plebe para imponer a los patricios un compromiso que canaliza la sociedad hacia la descomposición, sin dejar de representar ciertas concesiones formales por parte de los patricios.

En nuestros días los César salen del stalinismo y de la socialdemocracia; preferentemente del primero. La vieja burguesía, sobre todo en Europa, ha perdido confianza en sí misma y tiende a resignar el gobierno en los advenedizos que muestran la energía que a ella le falta. A través de la nacionalización de la gran propiedad, se entreve ya un periodo durante el cual los líderes plebeyos conducirían la sociedad, más esclavizada y

explotada que nunca, hacia el laberinto abismal de la decadencia. A primera vista este proceso parece monstruoso e increíble. Pero considerándolo más de cerca, se llega a la convicción de que ya apunta distintamente. Para cortar el camino se necesita una poderosa acción revolucionaria de las masas. Sin duda, las masas ofrecerán repetidas oportunidades revolucionarias, pero el triunfo exige una reorientación de la vanguardia en el sentido aquí indicado. Cada vez más, los líderes obreros oficiales son *indispensables* para impedir la revolución proletaria. La explotación de las masas y la dictadura de los privilegiados no pueden sostenerse a la larga sino a través de los líderes obreros. La victoria de éstos, que, repitámoslo, necesita cuando menos ciertas medidas de nacionalización de los medios de producción, representará el punto crucial en el curso a la decadencia. La fuerza de vanguardia en ese proceso es el stalinismo. Después de su actuación en Europa oriental, es preciso estar ciego para no verlo. En realidad, la batalla que el proletariado y la sociedad tienen planteada ante sí en la lucha por una solución positiva al conflicto de nuestro tiempo, se define así: o destruir el stalinismo y el reformismo, o estos llegarán, pronto o tarde, a través de muchas luchas en las que se presentarán como a la izquierda, a una fusión o compromiso con la vieja sociedad, que entronizará la decadencia social en medio de un proletariado abatido, sin confianza en nada ni nadie, ni en sí mismo, corrompido ideológicamente y en descomposición material. ¡Y mientras esta perspectiva se insinúa amenazante, hay trotskistas que continúan considerando progresivo el stalinismo, atrincherados en el mísero argumento: dados cifras demostrativas de que la propiedad nacionalizada ya no existe en Rusia! Es imposible no sentir la aprehensión de que la degeneración del movimiento obrero haya hecho también presa en nuestras filas.

A riesgo de parecer prolijos, insistamos, sintetizando, en que un Estado capitalista se define por los siguientes rasgos:

- 1.- La propiedad, privada o estatal, sirve para concentrar la plusvalía en manos de una minoría social.
- 2.- La producción y reproducción ampliada de la economía no se efectúa en razón de los intereses de la mayoría social, sino de la minoría apropiadora de la plusvalía.
- 3.- Con democracia formal (la parlamentaria) o con dictadura declarada, las clases laboriosas son sistemáticamente apartadas de la gestión política, sufriendo la dictadura de la minoría.
- 4.- La distribución de los productos está determinada por la ley del trabajo asalariado (separación del hombre de los instrumentos de trabajo).
- 5.- Los conocimientos técnicos y la cultura en general son guardados como monopolios por la minoría dominante; a la mayoría se le cierra el acceso a ambos.
- 6.- El Estado refuerza cada vez más los rasgos centralistas y dictatoriales que empezó a tomar con la formación de la sociedad capitalista en el seno de la sociedad feudal.

Y bien, cada uno de esos rasgos característicos del Estado capitalista los vemos llevados hasta el paroxismo en el Estado ruso, a comenzar por la explotación de las masas. Añadamos que la propiedad Estatal no priva a la alta burocracia de los derechos de un accionista en cualquier sociedad anónima. Cada vez en cantidades mayores, la burocracia ha emitido bonos y obligaciones con jugosos porcentajes de rédito. Durante y después de la guerra, emisiones de muchos miles de millones de rublos han sido instantáneamente cubiertos con creces. Las reservas atesoradas permitían a los embolsadores de beneficios esas inversiones. Muchos altos directores de la industria poseen personalmente millones de rublos en bonos y obligaciones. Es, sin duda, el hecho principal que ha determinado la nueva ley sobre la herencia. Incluso un vergonzoso stalinizante como Strachey reconocía, desde antes de la guerra, que los bonos y obligaciones eran una manera de detentar indirectamente la propiedad de los grandes medios de producción. Para justificar sus servicios a la contrarrevolución stalinista, daba por seguro que el Kremlin recurría excepcionalmente al capital privado, y que con el éxito de los planes quinquenales desaparecerían las emisiones de bonos y obligaciones. Por el contrario, estas últimas se han multiplicado y han alcanzado enormes cifras, lo que no impedirá a los Strachey seguir prestando servicios de encubrimiento teórico a la contrarrevolución. En fin, son esos intereses, en los que los robos previos de la burocracia adquieren ya una cierta condensación, los que han impedido a la economía rusa planificarse enteramente uniendo los productores a los instrumentos de trabajo, y los que al cabo la han convertido en una economía simplemente dirigida, o sea limitada y regulada por los intereses de la casta dominante, en una economía reaccionaria.

La clase obrera rusa no tiene nada que defender en semejante sistema. Políticamente, la vuelta al poder del proletariado exige la destrucción total del actual Estado, de la misma manera que fue destruido el Estado zarista, o como el proletariado de cualquier otro país deberá destruir el Estado capitalista. Ni la policía, ni los tribunales ni el ejército tienen nada en común con el proletariado. Su organización, su «ideología» y sus

cuadros respectivos están estrechamente ligados a los intereses de la contrarrevolución stalinista. Ya no se trata de emplear la máquina, sino de destruirla. Y en cuanto a los órganos del poder, los que todavía se llaman soviets en Rusia, es sabido que están más desligados de las masas que las cámaras parlamentarias de los países burgueses. El renacimiento de los soviets de 1917-1922 deberá extirpar esos estados mayores de la contrarrevolución.

También en el aspecto económico es toda una revolución social, no simplemente política, lo que el proletariado ruso tiene ante sí. No sólo toda la alta burocracia posee propiedades (casas, tierras, automóviles, joyas, bonos, obligaciones, etc.) y grandes cantidades de dinero; sobre todo, los medios de producción son realmente propiedad colectiva de la burocracia. Al tomar nuevamente posesión de ellos, el proletariado expropiará a los embolsadores de beneficio, hoy dueños absolutos de la plusvalía, y ésta adquirirá la naturaleza de plustrabajo inseparable de toda sociedad en transición al socialismo

Veintinueve años después de la revolución bolchevique, todas sus conquistas han sido aniquiladas por la contrarrevolución stalinista. Si la Cuarta Internacional no sabe tenerlo en cuenta y cambiar rápidamente su política hacia la URSS y el stalinismo mundial, será incapaz de inspirar al proletariado la confianza que hoy le falta, se condenará a la impotencia, la crisis de la humanidad, crisis de dirección revolucionaria, adquirirá estado permanente.

III. LA POLITICA EXTERIOR RUSA Y EL STALINISMO MUNDIAL

«La manera tradicional en que Rusia persigue la realización de sus finalidades está lejos de justificar el tributo de admiración que le rinden los políticos europeos. El resultado de esa política hereditaria muestra bien las debilidades de las potencias occidentales, pero su uniformidad estereotipada acusa igualmente la barbarie interior de Rusia... Recorriendo los más famosos documentos de la diplomacia rusa, se constata que es muy astuta, muy sutil, maliciosa y matrera, cuando se trata de descubrir los lados débiles de los reyes de Europa, de sus ministros y sus cortes, pero que su cordura naufraga invariablemente cuando se precisa comprender los movimientos históricos de los pueblos de Europa occidental... La política rusa puede, mediante sus ardidés, intrigas tradicionales y subterfugios, sobrecojer las cortes europeas, fundadas ellas mismas en la tradición; pero no sobrecojerá a los pueblos en revolución»⁸.

Estas palabras de Marx, escritas hace cerca de cien años, han vuelto a ser válidas por virtud de la contrarrevolución stalinista. Destruída la obra de Octubre rojo, el gobierno ruso reanuda la tradición, agravándola con la bestialidad propia de un época que se sobrevive y con la sevicia particular del stalinismo. Toda la conducta de la diplomacia moscovita está contenida en las palabras de Marx. Ni siquiera faltan los zonzos tributos de admiración, a los que se suman esta vez no sólo los mercenarios, sino también, entre pasmados y amedrentados, una parte de los líderes obreros reformistas, y aún algunos que creen tener conciencia de la significación del stalinismo...

Sin duda por falta de ocasión, la política de los zares nunca dio tan horripilantes pruebas de ignorar los movimientos históricos de los pueblos como ha dado la política del stalinismo. Ya en España, en medio de una guerra civil que debió liquidar cuatro siglos de decadencia, el stalinismo predicó la reconciliación de las masas con las clases pútridas, y la practicó anulando las conquistas socialistas y asesinando a los revolucionarios. Durante la guerra imperialista, la política exterior del Kremlin, seguida con fidelidad esclavuna por los partidos stalinistas de todo el mundo, debutó poniéndose al servicio de Hitler-Stalin, y continuó al servicio de Churchill-Roosevelt-Stalin a partir de julio de 1941. Debido a la capitulación general de la burguesía europea ante Hitler y a la madurez de las condiciones objetivas, la resistencia de los pueblos ocupados tendía a canalizarse espontáneamente en la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, oponiendo a la opresión de Europa por un imperialismo, la unificación socialista de Europa bajo el proletariado. La misma ocupación militar, con todas las facilidades que ofrecía a la fraternización entre las poblaciones ocupadas y los soldados alemanes, era una prenda más a favor del éxito. La historia sonaba a rebato contra el capitalismo. Fue precisa la actividad del stalinismo para atajar el curso histórico de los pueblos hacia la guerra civil y encarcelarlos nuevamente en la guerra imperialista. El nacionalismo estrecho, bárbaro y reaccionario, naufragaba en una última orgía nacionalista del fascismo; sólo la política exterior de

⁸ Carlos Marx: «CEuvres politiques», T. III, pgs. 101-102. Ed. Costes París 1929.

Moscú logró asir el caldero por el mismo sitio que Hitler, y continuar la orgía nacionalista al compás marcado en Moscú, Londres y Washington. Las fracciones aliadófilas de la burguesía nunca hubiesen conseguido tanto, aún teniendo en cuenta el apoyo anglo-americano y la inalterable obediencia de la Segunda Internacional. En todos los países, los movimientos de resistencia empezaron a ser proimperialistas y prorrusos en cuanto el stalinismo, saltando de un bando a otro, entró el primero por esa senda movilizándolo sus inmensos recursos. El movimiento histórico de los pueblos hacia la guerra civil fue así contrahecho hasta convertirlo en un adefesio nacionalista y burgués; en lugar de la victoria internacional de los pueblos en revolución, se llegó a la victoria reaccionaria de los Tres Grandes.

Hasta la guerra, la contrarrevolución stalinista no había tenido ocasión de formular planes de política exterior sino con carácter defensivo, lo que retenía sus aspiraciones y disimulaba sus métodos. Pero a medida que se perfilaba la derrota de Alemania, iba sacando de su colete todas las antiguallas zaristas del paneslavismo, a comenzar por la iglesia ortodoxa como instrumento de penetración. Con la victoria, Moscú, exultante, seguro de sí y fuerte, rompe todas las retenciones y se muestra tal cual es: el realizador de los proyectos zaristas, por los métodos de una contrarrevolución triunfante. Se ha apoderado de Polonia oriental hasta la línea Curzón, considerada por Lenin como injusta para Polonia; se ha apoderado de Carelia, de Lituania, Estonia y Letonia; de Besarabia, Bucovina, Moldavia, más la península de Petsamo y una parte de Prusia oriental; domina enteramente Finlandia, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Hungría, una parte de Austria y la mitad de Alemania; ha saqueado la industria y la riqueza en general de todos esos países; ha exigido elevadas indemnizaciones de guerra, y se ha apropiado como esclavos, millones de soldados alemanes, austríacos, italianos, etc., sin contar los elementos obreros de oposición, condenados igualmente a la esclavitud, cuando no son asesinados. Idéntica conducta ha seguido Moscú en Manchuria, Corea, Mongolia Exterior, pero nos ocuparemos principalmente de Europa, porque ella determinará el éxito o el fracaso final de toda la política stalinista.

El Kremlin se ha impuesto en tan extensos territorios en primer lugar por medio de su ejército, acostumbrado en Rusia a atraillar la población, en segundo lugar por medio de estos tres elementos: el paneslavismo, la iglesia ortodoxa y los partidos stalinistas. Stalin, seguro de que sus partidos acapararán el odio de las masas, cuenta para aplacarlo con el opio religioso y el ahogado racial. La exención de confiscaciones a la iglesia -ortodoxa o católica- en los países ocupados, la devolución al clero ortodoxo ruso de algunas tierras, la entrega al mismo de importantes medios de publicidad, la ceremonia de coronación del patriarca de Moscú y las fotografías del «padre de los pueblos» con los «padres de la iglesia», son otras tantas pruebas de la naturaleza contrarrevolucionaria de la política exterior rusa. Sin dejar de utilizar los servicios de los partidos stalinistas, fundamentalmente servicios de policía, el Kremlin construye un segundo y más durable punto de apoyo en la iglesia, el más ancestral y sutil de todos los instrumentos de opresión. Pero a su vez, la iglesia ortodoxa misma no es más que uno de los canales del paneslavismo, el viejo refrán expansionista de los amos de la Gran Rusia. Recogiéndolas de aquí y allí, Moscú ha aderezado para la representación en un nuevo retablo, todas las basuras de la «unidad eslava». La vasta hermandad racial bajo la protección del gran miembro de la familia, proclamada en el congreso paneslávico tenido bajo el patronato y con el dinero de Moscú, nada tiene que envidiar a la pseudoteoría hitleriana sobre la superioridad de la raza aria. En la práctica, y desde el primer día, toda la zona ocupa por Rusia ha sido infectada con prejuicios raciales. Los no eslavos encuentran dificultades para trabajar y desplazarse de un lugar a otro, incluso teniendo la documentación en regla, y en general son preteridos. Imitando una vez más a Hitler, Stalin ha dado la señal para el desarraigo de poblaciones no eslavas que llevan centenares de años trabajando y habitando en Polonia, Rusia, Checoslovaquia, etc. En Hungría y Austria, las autoridades rusas desalojan de numerosas granjas a los campesinos nacionales, e instalan en ellas, en calidad de colonos, soldados rusos que bien pudieran ser destacamentos de la G.P.U. Una flecha de colonos eslavos queda así establecida entre Checoslovaquia y Yugoslavia. Paneslavismo e iglesia ortodoxa constituyen la clave de toda política exterior rusa que no sea revolucionaria; de la de Stalin igual que de la de los Romanoff.

Sobre la significación histórica y los efectos del paneslavismo, nada más apropiado que recordar la apreciación de Marx: «El paneslavismo no es un movimiento de independencia nacional, es un movimiento que quiere borrar lo que ha hecho una historia de mil años, un movimiento que no puede acabarse sin barrer del mapa de Europa a Turquía, Hungría y la mitad de Alemania, un movimiento que, una vez alcanzada esa meta, no podría mantenerse más que por la subyugación de Europa»^{9,1}

⁹ Carlos Marx: «CEuvres politiques», T. VI, p. 196. Ed. Costes. París 1930.

Estaba reservado a la contrarrevolución antibolchevique acercarse a esa meta más que ninguno de los Romanoff. La primera parte está ya holgadamente consumada. Si bien falta barrer del mapa a Turquía, ese fallo está ampliamente compensado por la ocupación de Bulgaria, Rumania, Yugoslavia y Austria. Nos encontramos *ya* ante la segunda etapa: subyugación de Europa para mantener la supremacía eslava, o el derrumbe de ésta y de la contrarrevolución stalinista.

La subyugación de Europa por Rusia sólo puede ser evitada por la revolución proletaria, o bien cambiándola por la subyugación yanqui, de la misma manera que la subyugación yanqui de Europa y el mundo sólo puede ser impedida por la revolución proletaria, o cambiándola por la subyugación rusa. Damos por entendido que Inglaterra ha quedado relegada a la categoría de segundón, pese su Imperio, y que su capacidad para obrar se reduce aproximadamente a la de ariete del coloso imperialista americano. Por eso mismo, no hay que desdeñar la posibilidad de que los Estados Unidos apacigüen a Rusia a costa de Inglaterra, en cambio de concesiones rusas en Asia. Se alcanzaría así una tregua algo larga, preparatoria de una guerra decisiva entre Estados Unidos y Rusia. La solución inmediata que busca el Kremlin es esa precisamente. Los otros dos Grandes se han dado cuenta, pero aunque los Estados Unidos parezcan decididos a defender el Imperio británico y sus indispensables posiciones en Europa y Asia Menor, la solución de compromiso entre los dos principales jefes de banda no queda en manera alguna excluída. A falta de ella, la ocupación militar de Europa por los dos rivales, y los respectivos gobiernos Quisling continuará, salvo interferencia de las masas sublevadas, hasta la próxima guerra. La perspectiva se dibujaba ya bien claramente cuando todavía la derrota de Alemania aparecía incierta.

Sin duda, siendo los rivales inmediatos en Europa, Inglaterra y Rusia, ésta última no dejará de explotar contra la otra, por medio de sus agencias, los partidos stalinistas, la merecida hostilidad que como nación imperialista ha cosechado durante siglos en todo el continente. Por su parte, Inglaterra pondrá a contribución los saqueos económicos y el peculiar totalitarismo stalinista, revelados por las ocupaciones en escala fantástica, para conjurar el peligro de su derrumbe. En algunos sitios, donde el dominio de unos y otros es incierto, sobre todo en Alemania, cuya inclinación futura será determinante para el dominio ruso o el angloamericano, la competencia se transformará necesariamente -siempre salvo revolución- en una carrera desesperada a la conquista de las clases poseyentes alemanas. Alemania aliada de Rusia o de los angloamericanos, tal es el problema que para ambos contendientes irá destacándose cada día con mayor fuerza de la maraña de la ocupación. Pero Rusia, obsérvese de pasada, tiene la desventaja de verse más obligada que Inglaterra y Estados Unidos a mantener la ocupación militar, porque después de haber mostrado a los pueblos lo que su ocupación significa, su influencia se hundirá instantáneamente de dondequiera retire sus bayonetas, además de que en el terreno de la penetración económica está lejos de poderse medir con sus cómplices-rivales.

Ante los revolucionarios, ante la IV Internacional en particular, se presenta un dilema de gravísimas proporciones, insoluble positivamente sin cambiar por completo de política respecto a Rusia y el stalinismo. Ese dilema no es elegir entre el bloque ruso y el bloque angloamericano, lo que de antemano llevaría consigo una vergonzosa prevaricación, cualquiera de los dos que se eligiera; se trata de unificar las masas europeas contra los Tres Grandes, o desaparecer como corriente proletaria independiente. La evolución de los acontecimientos, y de la casta gobernante rusa, más concretamente, condenan a mísero seguidismo cualquier política que no considere a los Tres como un todo contrarrevolucionario frente a los pueblos. Pretender que el Grande oriental porta en sus querellas con los dos Grandes occidentales, siquiera una infinitesimal parte de intereses comunes con el proletariado, constituye hoy una añagaza más, «bourrage de crâne». El partido que se oriente en tal sentido, inevitablemente se revelará impotente y se dejará enredar en los embrollados hilos del stalinismo, cualesquiera que sean sus intenciones y las tradiciones que pretenda representar.

Hemos sostenido a lo largo de estas páginas que la propiedad en Rusia no conserva ya ninguno de los caracteres de la revolución de Octubre, que el Estado, lejos de dejarse definir como «Estado obrero degenerado», reclama desesperadamente la consideración de capitalismo de Estado, y que a esta noción deben ligarse los atributos decadentes de una sociedad mundial que se pudre por falta de revolución, el principal de los cuales es el exarcebamiento de la función opresora y centralizadora del Estado. Las andanzas de la política exterior moscovita tienen por respaldo y guía esa realidad contrarrevolucionaria interior. Falta en ellas el más remoto vestigio de Octubre rojo, y chorrea por todas partes en borbotones de sangre, opresión, barbarie.

Es absolutamente imposible, en un trabajo de este género, enumerar todos los latrocinios y extorsiones cometidos por el Kremlin en los territorios donde ha penetrado. Hay que decir que no se conoce sino una pequeña parte, aunque en sí sea ésta excepcionalmente impresionante, pues a despecho de sus reyertas los

Tres se encubren y protegen mutuamente. Es la calificación de la obra del Kremlin extrafronteras lo que primordialmente nos preocupa aquí; ella embota o afila la lucha contra el stalinismo.

Enumeremos sólo unos cuantos rasgos. Moscú ha tomado para sí o regalado a sus amigos, diversos territorios, sin más derecho que el de las armas y burlándose de la voluntad de las poblaciones; ha exigido de los vencidos altas indemnizaciones de guerra; ha cogido como botín o destruido enormes instalaciones industriales, además de ganado y productos industriales y agrícolas; se ha adjudicado como trabajadores-esclavos cuantos prisioneros le plugo, entre cinco y diez millones de hombres, ha ocupado militarmente doce naciones con 170.000.000 de habitantes aproximadamente y más de 2.000.000 de kilómetros cuadrados; mantiene en ellas gobiernos marioneta en colaboración con militaristas, reaccionarios, fascistas de ayer y clero, en los cuales el ministerio de la policía es casi siempre desempeñado por un stalinista, es decir por la G.P.U.; mira codiciosamente las antiguas colonias italianas; ha repuesto en circulación el reaccionario paneslavismo, y practica el desarraigo de poblaciones tan caro al racismo hitlerista.

¿Cómo puede ser considerada esta obra sino reaccionaria y antihistórica? Moscú no hace más que imitar la obra y los procedimientos tradicionales de los grandes países capitalistas. Y los lleva a un grado de bestial perfección sin otro antecedente que el de la expansión nazi. El camarada Logan está enteramente en lo justo al calificar de imperialista la política exterior rusa. Para cualquier revolucionario cuya sensibilidad no se marchite, el odio que a las masas de los países ocupados por Rusia inspira el ocupante, basta como elemento de convicción. El hecho que el imperialismo stalinista presente algunos rasgos diferentes de los del imperialismo clásico, ni le quita el carácter de tal, ni lo convierte en un mal menor para las masas. Solamente impone a los revolucionarios un deber más de contraenseñanza y lucha. Algunos de esos rasgos nuevos, por ejemplo, la conversión de millones de hombres en trabajadores-esclavos, la apropiación y la destrucción de industrias por el vencedor, son invención de Hitler, y comportan la descomposición del proletariado como clase y la destrucción de la civilización.

No obstante, hay en nuestra Internacional quienes, silenciando o asordando la amenazadora significación de esos hechos, ven en las realizaciones de la política exterior rusa un reflejo del sistema de propiedad instaurado por la revolución proletaria, y las defienden como algo positivo. «Ved -nos dicen- Stalin «se ha visto obligado» a nacionalizar la industria de los países que ocupa y a distribuir la tierra a los campesinos. ¿No prueba eso su incompatibilidad con la propiedad capitalista, no es eso digno de ser defendido contra los imperialistas de occidente?». Si quienes así nos hablan trataran de esclarecer y de no enturbiar el problema, reconocerían entonces que lo que ellos llaman supervivencia del sistema de propiedad establecido por la revolución, se refleja en el exterior de la siguiente manera:

Primer paso: Reducción a la esclavitud para trabajos forzados en Rusia, de millones de obreros, así movilizados como civiles.

Segundo paso: Robo sistemático de industrias y destrucción de otras muchas, cuando no de la totalidad, como ha ocurrido en Manchuria, lo que representa un demoledor golpe a las condiciones de vida y a la existencia orgánica del proletariado como clase. Robo de aperos y ganado de trabajo agrícola.

Tercer paso: Nacionalización de algunas industrias en algunos países, y reforma agraria.

Pero nuestros controvertores defensistas no pueden imponer a su análisis este rigor, porque ello les obligaría a deducir que el Kremlin comienza por destruir las condiciones de trabajo del proletariado, para tomar después, en algunos sitios, la medida que ellos jalean y aupan como muy progresiva: la nacionalización. ¿Y como pretender entonces que eso es reflejo de la tan cacareada subsistencia de la propiedad socialista en Rusia? Imposible, todo el esquema se derrumba al solo contacto de la obra del Kremlin en el exterior. Por eso vemos hoy a los defensistas de nuestras filas silenciar los dos primeros pasos o minimizar su importancia, mientras se revientan los pulmones inflando el tercero. Su manera de razonar reviste los caracteres del sostenimiento artificial de un mito.

Apartándonos de su método, veamos nosotros lo que hay detrás de la nacionalización y de la reforma agraria. En ningún país, ha sido la nacionalización y la expropiación de tierras una medida general, ni siquiera en los feudos más queridos del kremlin, Yugoslavia, Checoslovaquia y Polonia. Las fábricas y tierras de los industriales¹⁰, generales y junkers que a tiempo supieron convertirse en amigos de Stalin, han sido exceptuadas de expropiación. Igualmente todas las propiedades, agrarias o industriales, de las diversas casas

¹⁰ En un telegrama publicado por el diario stalinista yanqui, la cámara de industriales búlgaros felicitaba a Dimitroff, deseándole mucha salud para que continuara aconsejándola.

reinante y de la iglesia ortodoxa. La medida descubre así inmediatamente, no un objeto social, sino de represalia militar. En segundo lugar, dada la debilidad económica de Rusia, la nacionalización por Estados que sus bayonetas cercan y sus monigotes gobiernan, no es más que una manera de doblegar a sus intereses imperialistas, poderosos grupos industriales que siendo independientes no se dejarían tan fácil, ni tan económicamente, convertir en subsidiarios de Moscú. Pero el día que puedan tenerse informaciones completas y verídicas, tendremos con seguridad noticias de algunos truts capitalistas de los países ocupados, trabajando en perfecta armonía con ese «capitalista colectivo ideal» que es el Estado ruso. También en este aspecto, fue Hitler el maestro de Stalin. Escaso de capital financiero, el imperialismo alemán, sin tiempo ni oportunidad para crearlo, atajó por el camino más corto expropiando acciones de industrias y de bancos en los países por él conquistados. En tercer lugar, la nacionalización, cual queda dicho en el capítulo anterior, es una medida a la que todos los países industrializados se ven compelidos con el objeto triple de reforzar el carácter cada vez más militar de la economía, de mantenerla dentro del sistema de explotación del trabajo asalariado, ya desbordado por las posibilidades mismas de la economía, y de mantener las masas en respecto ante la propiedad del Estado «representante de la colectividad»¹¹. La única nacionalización que hoy puede ser considerada progresiva en Europa y Estados Unidos, es la que parta del poder proletario y sea controlada con plena democracia por los trabajadores. En suma, el género de nacionalización practicado por Stalin o sus esbirros no es sino una manifestación más de penetración del nuevo imperialismo ruso; es su consagración como tal.

La sedicente reforma agraria ha sido también precedida por el saqueo de ganados, aperos, bestias de labranza y productos cosechados. Las condiciones de trabajo del campesinado han sido deliberadamente arruinadas, lo mismo que las del proletariado. Las tierras expropiadas no son en manera alguna entregadas a los campesinos, sino *vendidas*. El campesino pobre y el jornalero sin tierra, carentes de dinero para procurarse los aperos y bestias que los ocupantes han encarecido con su saqueo, quedan prácticamente excluidos de todo beneficio. ¿Y por qué habría de interesarse en los explotados del campo la casta de explotadores rusos, que se envanece de sus koljosianos millonarios? No puede repetirse en los países ocupados el período de la colectivización stalinista iniciado en 1928. Entonces la burocracia buscaba abajo apoyos contra el peligro de restauración de las viejas clases poseyentes; hoy ella misma es un capitalista colectivo en Rusia, y en el exterior no busca el apoyo de los de abajo, sino la amistad sumisa de los de arriba. Su «reforma» agraria tiene por objeto crear núcleos de campesinos satisfechos en los que apoyarse contra los campesinos pobres y contra la ciudad. Por otra parte, el problema del campo es hoy insoluble sin encuadrarlo dentro de la revolución socialista. Mientras esta no se consume, cualquier reforma agraria irá en beneficio de una minoría de la población rural. No debe olvidarse tampoco que, secundando a Washington y Londres, Moscú se ha propuesto desindustrializar los países enemigos, volviéndolos hacia el campo, empresa la más contrarrevolucionaria que jamás se haya acometido. En definitiva, el deseo se verá contrarrestado por las urgencias militares de los dos bloques en perspectiva, pero no por eso subsistirá menos, para los cabezas, la necesidad de mantener las industrias de sus respectivas zonas de influencia en situación de inferioridad, sobre todo en Alemania.

Añadamos que el imperialismo stalinista no carece tampoco del rasgo clásico del imperialismo financiero. La declaración de Postdam establece: «El Gobierno soviético renuncia a toda reclamación en concepto de reparaciones, sobre las acciones de empresas alemanas situadas en las zonas de ocupación del occidente de

¹¹ *En los Estados Unidos, la manera más expeditiva de liquidar una huelga es nacionalizar la industria afectada, y en la mayoría de los países las huelgas contra industrias estatizadas, o constituyen un crimen de lesa patria, o son una hazaña punto menos que impracticable. En Inglaterra, los propietarios de minas han instigado a los obreros para pedir la nacionalización.*

Posterior.-Estando a punto de tiraje este folleto, la prensa ha anunciado la nacionalización, por el gobierno austriaco, de 81 industrias, entre las que se encuentran más de una decena ambicionadas o ya incautadas por los ocupantes rusos. Estos han entrado inmediatamente en conflicto con el gobierno y parlamento, hasta el punto de arrestar a varios diputados. La nacionalización, tan locamente venteadada en documentos oficiales de la IV Internacional como resultado natural y progresivo de la «supervivencia» del sistema de propiedad instaurado por la revolución de Octubre, aparece esta vez claramente como resultado del sistema de propiedad reinante en Estados Unidos e Inglaterra, pues indudablemente estos dos países han inspirado la medida. Por el contrario, el gobierno ruso, tocado en sus designios imperialistas, se opone a ella. El esquema de la contradicción entre dos sistemas de propiedad, progresivo el uno y reaccionario el otro, se derrumba. ¿Serán capaces de quitarse de debajo sus partidarios?

Alemania, así como sobre los valores depositados por los alemanes en todos los países, excepto», en Bulgaria, Rumania, Finlandia, parte oriental de Austria y zona rusa de Alemania. Idéntica renuncia hacían Inglaterra y Estados Unidos en las zonas y países dominados por Rusia. Evidentemente, en su feudo Rusia se ha apropiado como botín de guerra de cuantas acciones y valores le haya convenido, industrias y capital financiero ante los cuales se detiene respetuosamente la nacionalización de sus gobiernos Quisling¹². Por si no bastara esto para aniquilar el mito de la progresividad de la ocupación rusa, acabamos de observar el espectáculo edificante de la disputa en torno a Irán. La sedicente contradicción de sistemas de propiedad entre Rusia y sus dos cómplices-rivales, se manifestó exactamente de la misma manera que si se tratara de dos bandos reconocidamente imperialista. El 51% de las acciones del petróleo del norte de Irán, era el envite de Rusia, además de las servidumbres políticas necesarias para garantizar su explotación sin huelgas ni reivindicaciones obreras. Si todo eso no es imperialismo financiero, entonces el concepto mismo de imperialismo se desvanece en las zonas de lo irreal. ¿Y el proletariado iraní, habría de abrazar la causa de Rusia contra Inglaterra y Estados Unidos? Sería una traición a sí mismo, al proletariado ruso, al mundial.

La obra de Rusia en el exterior es el reflejo de una economía interior de explotación, es la contrarrevolución desbordada. El proletario de los países ocupados, y en general el de todo el mundo, debe combatirla a sangre y fuego, exactamente lo mismo que la obra de Inglaterra y Estados Unidos, y que ayer la de Alemania, Italia y el Japón. Notemos de pasada, a propósito del Japón, que si las medidas tomadas por el imperialismo americano -desdivinización de la monarquía, destrucción de truts, «reforma» agraria, elecciones parlamentarias, voto a la mujer y otras medidas pseudodemocráticas- pudiesen ser anotadas en el carnet de la policía exterior rusa, los partidarios de la fórmula defensista no dejarían de presentárnoslas como otros tantos destellos del «sistema de propiedad soviético». Nadie pone en duda, sin embargo, que el general McArthur esté hincando en Japón los garfios del imperialismo yanqui, y simultáneamente salvando a las clases superiores aborígenes de un severo ataque por parte de las masas. El mismo doble papel desempeña el Kremlin en los territorios que domina. Y su lucha contra la revolución, hay que decirlo, lleva un sello de perfidia y exterminio que sólo conocen bien, además de los trabajadores «libertados» por el ejército stalinista, los trabajadores rusos y españoles.

La existencia de graves contradicciones entre Rusia e Inglaterra-Estados Unidos, es considerada a ojos ciegos por la tendencia defensista cual irrefutable prueba de la contradicción entre dos sistemas de propiedad antagónicos. ¿Se ha parado, o no quiere pararse a considerar el objeto de las disputas? Invariablemente se trata de la opresión económica y política de pueblos enteros, de salidas al mar, de vías de comunicación hacia los territorios dominados, de posiciones estratégicas, de materias primas, de mercados. Asuman amablemente los defensistas por un momento que Rusia sigue siendo, triunfante, el imperio de los zares. ¿No se manifestaría su antagonismo con los imperialistas de occidente esencialmente en la misma forma? Es imposible imaginar una política imperialista rusa radicalmente distinta de la que está practicando el Kremlin. En cambio, la contradicción entre un sistema de propiedad socialista y otro capitalista se manifestaría de manera inequívoca, incluso si imaginamos el sistema de propiedad socialista bastardeado por cualquier «excrecencia». Debería traducirse, no en la lucha por sustituir su dominio al dominio capitalista, sino en la liberación económica de todo dominio, incluso el ruso. La obra devastadora y esclavista del Kremlin, no deja el menor pretexto para creer esto último. Es preciso ser un verdadero creyente y un dogmático engolado para negarlo.

Desde mucho antes que terminara la guerra, los imperialistas de occidente están haciendo substanciales concesiones a Rusia. Empezando por Teherán, y terminando por Postdam y Aberbaiján, el Kremlin se las ha arreglado para extender su penetración con pleno consentimiento de sus aliados-rivales. Hace algunos meses se revelaba bruscamente que en Yalta, Roosevelt, el representante del más poderoso imperialismo de la historia, había regalado a Stalin el sur de Sajalín, algunas islas de las Kuriles, además de haberle concedido derecho para llevarse o apropiarse industrias chinas. Las tropas angloamericanas, habiendo podido avanzar sin resistencia y disminuir la zona de ocupación rusa en Europa, se detuvieron deliberadamente en el Danubio para dar al ejército stalinista la preeminencia, y el honor de entrar en Berlín. Hace unas semanas se revelaba también que el propio Roosevelt se opuso a que el segundo frente fuese abierto en los Balcanes, según

¹² En Hungría, se ha descubierto últimamente, los rusos aceptan generosamente, como indemnización de guerra, el 50% de las acciones de compañías petroleras y de bauxita, cuyo capital es íntegramente desembolsado por el Estado o por burgueses particulares. Y puede tenerse por seguro que las altas autoridades rusas ocupantes sabrán aprovechar la ocasión para hacer sus propias inversiones privadas, o robarlas a imitación del Kremlin.

deseaba Inglaterra. Los imperialistas de occidente, -ha declarado Byrnes-, sólo esperan para reconocer los Gobierno Quisling rusos, que se les conceda el derecho de comerciar con ellos, siquiera en condiciones de inferioridad respecto del «país más favorecido», Rusia. Debería deducirse de todo eso que los imperialistas, ciegos o tontos, dejan blandamente que el «sistema de propiedad socialista» gane terreno. Pero no hay tal. Las masas de Francia o Italia pueden ser engañadas por el falso relumbrón obrerista del stalinismo, particularmente cuando honestos revolucionarios contribuyen a mantener el engaño; los imperialistas saben a que atenerse. Las verdaderas dificultades entre los Tres Grandes empiezan en el punto en que el imperialismo stalinista amenaza las vías de comunicación y lugares de seguridad del imperialismo inglés. Es la disputa del siglo XIX entre Inglaterra y Rusia, agrandada y con desventaja para Inglaterra. Ya Walter Lippmann, uno de los más sagaces defensores del imperialismo yanqui, previniendo que los pueblos se alzarían cada día más contra los Tres, proponía un entendimiento con Rusia a base de mayores concesiones en el Mediterráneo, lo que no es del gusto de la Gran Bretaña. Pero los pueblos no encontrarán la salud más que destruyendo el dominio de los Tres. Estaba reservado a la contrarrevolución stalinista colocar Europa ante su disyuntiva cumbre: «ser cosaca o jacobina».

En suma, la guerra entre el bloque ruso y el bloque anglosajón, estalle mañana o dentro de veinte años, -y sin la revolución europea es inevitable- sería una guerra imperialista más. Entre los dos bloques no existe contradicción de sistemas de propiedad ¹³. Sobre el sistema se entienden perfectamente; contienden por cuanto toca a cada quien en el reparto del botín, y por posiciones estratégicas para la futura matanza. El proletariado debe combatir por igual a los dos bloques, trazar audazmente su política de revolución social, y en caso de guerra practicar el derrotismo revolucionario en los dos bandos.

En todo este embrollo -en el fondo simple como una línea recta- salido de la guerra «democrática», el papel de los partidos stalinistas merece una consideración particular. Nos referimos a los partidos stalinistas de los países no ocupados por Rusia. En los ocupados por ella, por fortuna, tanto el proletariado como los revolucionarios en particular, quedarán definitivamente curados de cualquier espejismo que atribuya al stalinismo o a Rusia un cometido progresivo, debido a recónditos «restos» de la revolución de Octubre. La realidad es demasiado brutal, demasiado sangrienta, demasiado costosa y contrarrevolucionaria para dejar lugar a dudas. Aún sin ningún análisis teórico, la incompatibilidad de los intereses del proletariado con la defensa de Rusia, debe imponerse a los revolucionarios, tanto más abrumadoramente cuanto mayor sea el imperio de los ejércitos de Stalin y de sus mercenarios locales. Esa experiencia nos permitirá sacar algunas consecuencias sobre el stalinismo en general. Considerémosla brevemente. Desde Finlandia a Bulgaria, rodeando por Yugoslavia, Austria y Alemania, los partidos stalinistas se nos ofrecen bajo una nueva luz, ya antes distintamente transparentada en la guerra civil española. Su llegada al poder, solos o en compañía de los fascistones de ayer y de los moluscos socialdemócratas, no ha representado un paso adelante, ni mayores libertades y facilidades al proletariado, ni siquiera un momento de democracia burguesa. Los movimientos revolucionarios que con mayor o menor ímpetu existían en todos los países donde entró el ejército ruso, fueron bruscamente yugulados, y la instauración en el poder de gobiernos stalinistas sometidos al stalinismo, estabilizó la situación, convirtiéndose aquellos en dictaduras desnudas o encubiertas con formas plebiscitarias. El empleo en algunos países de una terminología grata a los oídos de las masas, tal como «control obrero», «comités de fábrica», etc., tiene el mismo valor que el empleo del término «soviet» en Rusia. Se trata invariablemente de organismos controlados y vigilados por el stalinismo, vale decir por la G.P.U. Comités y control constituyen un brazo ejecutor del Estado, y el Estado es el mismo organismo reaccionario de ayer, con el stalinismo montado encima y las ametralladoras del ejército «rojo» por protección. La misión revolucionaria del proletariado empieza con la destrucción completa del Estado actual, monstruoso armatoste reaccionario. En los países ocupados por el stalinismo, por el contrario, éste y el ejército ocupante cumplen una misión diametralmente opuesta a la del proletariado. Nadie podrá negarlo sin obligarse a defender el disparate que Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, etc., han comenzado siendo, por arte de birlbirloque,

¹³ En la correspondencia entre Hitler y Mussolini inmediatamente antes y después de la ruptura del pacto Hitler-Stalin, no se habla ni una sola vez del «peligro bolchevique» ni del «sistema de propiedad soviético». Eso se dejaba para la galería. La necesidad del ataque se funda únicamente en consideraciones militares, y en la esperanza de explotar Ucrania. Por otra parte, uno de los almirantes de Mussolini declaraba en la revista americana Life que su amo, opuesto a la guerra contra Rusia, consideraba la alianza con ella como una garantía de victoria, porque Stalin había liquidado el peligro bolchevique matando los «perros de presa de la revolución». Añadamos que la ocupación hitlerista conservó los koljoses, imponiéndoles al «eficacia alemana».

«Estados obreros degenerados». Recordemos la experiencia de España, que hoy se repite y completa en Europa oriental. El control «obrero» del stalinismo, su nacionalización, su «democracia», su orden en una palabra, asestaron el golpe mortal a la revolución española, entronizando de nuevo el Estado capitalista, hasta el punto que Negrín se jactaba, con razón, de haber impuesto un orden más completo que cualquier otro gobierno en los últimos cincuenta años.

Pero si en España existía una guerra civil que dificultaba, ya que no impedía por completo la conservación del orden staliniano-burgués representado por Negrín, la situación es totalmente diferente en Europa oriental. Aquí no hay posibilidad de ningún otro orden reaccionario que el staliniano-burgués, o sea el orden burgués fundido con el stalinismo y supeditado a los intereses de los embolsadores de beneficio rusos. Para destruirlo es menester una revolución; y para eliminar de él sólo el factor stalinista, se requeriría en la mayoría de los sitios una guerra entre los Tres, la que, en caso de derrota rusa, produciría una nueva galopada de capitalistas y generales, quienes ya en los últimos ocho años han corrido de Londres-Washington a Berlín, de Berlín otra vez a Londres-Washington, y a Moscú los de Europa oriental. Nos encontramos ante gobiernos stalinistas que representan un tope reaccionario a la revolución y al movimiento obrero en general. No se les puede equiparar con aquellos gobiernos de líderes reformistas vistos entre las dos guerras, tipo Kerenski, Noske o Blum, por naturaleza inestables, forzosamente destinados a ser derribados por la derecha o por la revolución proletaria. Lejos de alentar el movimiento revolucionario, la llegada al poder de los partidos stalinistas en Europa oriental ha surtido efectos destructores y regresivos, comparables a los de la llegada al poder de un partidario contrarrevolucionario. El simple ejercicio del derecho de huelga o la reclamación de reivindicaciones obreras se convierten en delitos de alta traición, causan encarcelamiento, trabajos forzados, o el asesinato de los promotores¹⁴. Esto introduce nuevos elementos en nuestras ideas sobre el stalinismo, de donde se deducen importantes modificaciones valederas para todo el mundo.

Aparece con evidencia irrefutable que en Europa oriental cuando menos la consiga, ¡los stalinistas al poder!, es equivalente a la de ¡Hitler al poder!, empleada por el stalinismo alemán en 1932. También ésta llevaba consigo la idea de experiencia. Las masas comprenderían lo que significaba Hitler, y entonces, en unos cuantos meses -incluso se daba la cifra de seis-, tendríamos la revolución. Tal era la explicación táctica de la consigna stalinista. Pero la raíz de las consignas antaño empleadas para inducir al poder los partidos obreros sobre la base del Estado burgués, no era la experiencia de las masas, en cuyo caso el stalinismo habría tenido razón en 1932, sino otras dos condiciones que posibilitaban la condensación de la experiencia en formas más elevadas de organización y de lucha. Ante todo, que la llegada al poder de los partidos reformistas representase mayores libertades para las masas, requisito principal de todo progreso revolucionario; en segundo lugar, que la oposición entre los partidos obreros en el poder y los partidos reaccionarios imposibilitase la creación de un gobierno «fuerte», punto muerto para la revolución. A todas luces, estas condiciones faltan en Europa oriental. El stalinismo en el poder, si bien muestra innegablemente a las masas su naturaleza reaccionaria, impide que la experiencia se condense en forma más elevadas de lucha, suprime todas las libertades, representa un punto muerto para la revolución. Un partido que adopte la consigna, ¡El stalinismo al poder!, da la orden de fuego a su propio piquete de ejecución.

Las características mostradas por el stalinismo en Europa oriental, son aplicables también al stalinismo de Europa occidental, y en general al de todos aquellos territorios asiáticos en contacto directo con el territorio ruso o próximos a él. No significa eso que en las demás partes del mundo convenga empujar al poder los partidos stalinistas; simplemente que el problema se plantea en su máxima acuidad allí donde tienen fuerza y el Kremlin trata de substituir su dominio al dominio yanki-británico. Ciertamente, en los países no ocupados por Rusia el stalinismo puede aparecer como tendencia obrera semejante al reformismo, partidaria de la democracia burguesa, capaz de organizar huelgas y de obtener ciertas mejoras compatibles con el capitalismo. Se inclinará en ese sentido más o menos, según empeoren o mejoren las relaciones de Moscú con Washington y Londres. Pero el valor que para el movimiento obrero mundial tiene la experiencia de Europa oriental consiste precisamente en haber mostrado al stalinismo tal cual es, actuando y manifestándose en las condiciones más ideales imaginables. Ese es el stalinismo en el poder; por él puede juzgarse lo que sería en Grecia, Italia, España, Francia, etc. Lo que hace en Europa oriental es un ejemplo de lo que pretende hacer en todo el viejo continente. Resulta imposible asimilar el stalinismo a una tendencia obrera reformista. No tiene

¹⁴ El primer acto del parlamento finlandés elegido después de la capitulación, en el que stalinismo se encontraba en minoría, fue, por iniciativa de éste, prohibir las huelgas, perjudiciales al pago de reparaciones. En ningún otro país ocupado por el «padre de los pueblos» son tratados los derechos de las masas con mayor miramiento.

sus bases en la aristocracia obrera y en la idea de la evolución progresiva del capitalismo, sino en un Estado poderoso y vencedor, producto de una contrarrevolución, que hoy sólo puede ser considerado como «el capitalista colectivo ideal». De ahí la repulsiva carencia de principios del stalinismo, su reptante elasticidad, su ausencia completa de escrúpulos, su naturaleza totalitaria, incluso cuando «lucha» por la «democracia», y su desfachatez sin precedente para vender las masas de cualquier país, sea a Moscú o a cualquier caro aliado de Moscú. En toda Europa, el porvenir del stalinismo está completamente ligado del porvenir de la contrarrevolución rusa. Empujándolo al poder en Francia, Italia, etc., se ayuda a la consolidación de ésta, cuyo porvenir depende en gran parte de sus maniobras diplomáticas, y éstas, a su vez, de la participación en el poder de los diversos partidos stalinistas de Europa occidental. El ejemplo de España, nuevamente, nos muestra que aumentando la influencia del stalinismo en el poder, disminuye hasta ser anulada por completo la libertad de las masas, y son destruidos los progresos de la revolución. Y en la época de la guerra civil española la casta rusa no había sufrido aún toda la corrupción de la guerra, ni el partido stalinista español disfrutaba del respaldo del ejército ruso. Hoy este respaldo se hace sentir incluso en Francia. Añadamos, para que el cuadro no quede sin una pincelada indispensable, que los partidos socialdemócratas tienden a escindirse en un sector stalinista y otro que desempeñe respecto del imperialismo yanqui-británico, el mismo cometido que el stalinismo respecto de la contrarrevolución rusa.

Las ocupaciones no pueden dejar de zapar el poderío del Kremlin. Son su apogeo, pero también el anuncio de su derrumbe, a menos que esté exhausto el aliento rebelde que durante doscientos años ha permitido a Europa derrocar tantas tiranías y sobreponerse a la degradación en que la hundían las clases dominantes. La línea de desenvolvimiento territorial y económico marcada por las ocupaciones indica a los embolsadores de beneficio rusos el camino de su consolidación; pero ese desenvolvimiento choca violentamente con las necesidades de progreso económico y la libertad política de los pueblos ocupados. Mientras más trate de afianzarse el ocupante, más violento odio despertará, desde Corea hasta Berlín y Viena. Los partidos burgueses y reaccionarios se dividen en una parte fundida económica y políticamente con el nuevo amo, otra pendiente de los intereses anglosajones, que terminará entendiéndose también con el ocupante, aunque no medie acuerdo entre los Tres; los partidos stalinistas, frecuentemente en unión con los fascistas, aparecen como una fuerza de policía del ejército ocupante; la socialdemocracia se somete. Todo movimiento revolucionario, todo paso adelante de las masas, tiene que ir directa e inmediatamente dirigido contra la coalición de stalinistas, fascistas de ayer, reaccionarios y socialdemócratas, apoyados en las bayonetas del ejército ruso. A pesar del terror de la G.P.U., la situación es excepcionalmente favorable a la creación de un vasto movimiento revolucionario antistalinista.

Solamente la IV Internacional, por su tradición de principal enemigo del stalinismo y continuadora de la tradición revolucionaria de Octubre, está en condiciones de aprovechar la ocasión y organizar políticamente el odio de los pueblos oprimidos y esquilados por el Kremlin. Pero no podrá hacerlo sin abandonar radicalmente el esquema de «defensa incondicional de la URSS». De lo contrario, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos se reduce a palabras. El esquema de la defensa incondicional, tal como fue definido durante la guerra con Finlandia, hacía pasar los intereses del proletariado finlandés y polaco por los intereses de la defensa militar rusa. Ante todo apoyar el Ejército Rojo, pues aunque aportara consigo la opresión stalinista, los resultados revolucionarios que se esperaban de la victoria militar de la URSS destruirían el stalinismo. Contrariamente a lo que algunos camaradas pretenden hoy, el apoyo que Trotsky y la IV Internacional dieron al ejército de Stalin en 1939-1940, no se basaba en tales o cuales medidas de nacionalización o de «reforma» agraria tomadas por aquél, sino en las más estrictas necesidades de defensa militar de Rusia. El interés particular de un proletario determinado se subordinaba a lo que se consideraba interés superior del proletariado internacional.

Rusia ha triunfado militarmente, sí, pero el stalinismo ha completado en el interín su curso reaccionario, se siente más firme que nunca, completa su despojo económico del proletariado soviético con el despojo de los países que ocupan. De las dos posibilidades de evolución que preveíamos como consecuencia de la guerra, la revolucionaria y la reaccionaria, se ha manifestado la reaccionaria. En estas condiciones, continuar haciendo pasar los intereses del proletariado de los países ocupados por las necesidades de la defensa militar rusa, es un error de envergadura histórica capaz de acarrear las más graves consecuencias; equivale a renunciar a una lucha seria contra el ocupante, primera condición de desarrollo revolucionario.

Aún para quien crea que la economía planificada, mal que bien, supervive en Rusia, se plantea angustiosamente este problema: ¿qué es mejor para la revolución mundial, posponer los intereses del proletariado de los países ocupados de Europa oriental, a las necesidades de la defensa militar rusa, o anteponerlos y aprovechar a fondo la ocasión tan favorable de asestar múltiples y graves golpes a la

contrarrevolución stalinista? Teniendo en cuenta lo nebuloso y larvado del sistema de propiedad ruso, es concebible que alguien se pronuncie en el segundo sentido sin concordar con nuestro análisis económico. Pero es inconcebible que verdaderos revolucionarios sostengan aún la defensa militar rusa, porque equivale al suicidio ideológico y orgánico en toda la zona dominada por Stalin, y a no trabajar en el resto del mundo más que con vistas a la guerra futura entre el mundo capitalista y el mundo «socialista». La historia no puede marchar adelante en Europa oriental sin pasar por encima del stalinismo. Los intereses de la defensa de la URSS se han mostrado incompatibles con la revolución. Durante todo el periodo en perspectiva, resultará imposible en cualquier parte defender incondicionalmente los intereses de la revolución europea, si se impone al proletariado el deber de sostener el Kremlin contra Washington y Londres. ¡Pídase en Berlín y Viena la evacuación de los ejércitos anglo-americanos, reclamando al mismo tiempo sostén para el ejército del «Estado obrero degenerado», y se verá la reacción de las masas!

Sí, la IV Internacional debe desembarazarse de la defensa de la URSS, fardo paralizador, y lanzarse a fondo a la lucha contra la ocupación rusa, yanqui y británica; la IV Internacional debe aplicarse inmediatamente a organizar la fraternización de los tres principales ejércitos ocupantes con las poblaciones ocupadas; la IV Internacional debe unificar el proletariado de Europa contra los Tres Grandes. Por ese camino únicamente se mostrará capaz de intervenir en la historia de la humanidad. De lo contrario, las condiciones objetivas de la revolución proletaria entrarán en franco proceso de putrefacción, y con ellas la IV Internacional también, aunque ésta, para consuelo de mentalidades religiosas, se pudra a la izquierda de las demás organizaciones obreras.

En 1933, la Oposición de Izquierda rompió definitivamente con la Internacional Comunista, orientándose a la creación de la IV Internacional. La causa fue únicamente la política seguida por el stalinismo en Alemania. No faltaron entonces resistencias al cambio, pero la autoridad de Trotsky las redujo al silencio, y la Oposición en conjunto viró a tiempo y sin sufrir perjuicio. En 1946 nos enfrentamos a una política pérfidamente calculada por el Kremlin para aplastar la revolución europea y mundial, política ya materializada en Europa oriental, mero reflejo de su condensación interior en capitalismo de Estado. Paralelamente tenemos una situación objetivamente revolucionaria, que ha de desenvolverse y alcanzar su meta aplastando a los Tres Grandes, o pudrirse y dejar libre curso a una nueva matanza mundial. Son razones harto más poderosas que las de 1933, para efectuar un cambio radical. Si funesto habría sido, después de la experiencia de Alemania, continuar siendo Oposición de Izquierda, mil veces más funesto será hoy continuar parafraseando el esquema caduco de la defensa del «Estado obrero degenerado». ¡Cambio o aniquilosis! He ahí el dilema.

México, D.F., abril-junio 1946.

I. LA CRISIS DE LA CONTRARREVOLUCIÓN RUSA

(ALARMA, Primera serie N° 9, Marzo 1962.)

El vigésimo segundo congreso del partido gobernante ruso, convocado a bombo y platillo para aprobar el programa de «la realización del comunismo» en 20 años, hubo de expedir éste con un voto de trámite y dedicar la mayoría del tiempo y los discursos a echar culpas sobre Stalin y el grupo «anti-partido»: Molotof, Malenkof, etc. Lo que había sido dicho a puerta cerrada durante el XX congreso fue repetido en esta ocasión públicamente y de mil maneras, sin que los acusados pudiesen siquiera abrir la boca. La presencia de delegaciones del mundo entero, desde el Japón y China hasta Cuba, era de intento para dar a las acusaciones, más que el programa, vasta resonancia. Ocho años después de la muerte de Stalin, la crisis del poder, lejos de haberse resuelto, entra en fase más aguda, y por añadidura la complican quejas y reclamaciones de varios países satélites, China en particular. Hasta ahora aparece exteriormente confinada al forcejeo, mucho más oculto que público, entre dos pandillas de las altas esferas dominantes, cuyo envite es el dominio gubernamental absoluto, lo que en semejante régimen significa también la potestad económica incontestada. Mas la división de la casta dictatorial sólo puede ser considerada dialécticamente como un efecto secundario y bastardo de una crisis más profunda, crisis del capitalismo de Estado, de la contrarrevolución rusa en general.

Sabido es que la sociedad rusa, contrariamente a lo que proclama la mítica oficial, no sólo es capitalista de punta a cabo, sino que sus procedimientos peculiares de explotación del trabajo asalariado hacen de ese capitalismo uno de los más insanos y menos viables del mundo. Así como el torbellino bolchevique de 1917 fue la emergencia, en suelo ruso, de la necesidad mundial de revolución socialista, la obra del stalinismo ha sido un trasplante de las exigencias de la reacción capitalista internacional a las condiciones concretas de la revolución ahogada. Restaurar la propiedad individual resultaba imposible, debido en parte a la exigüidad de ésta, en parte a la tenacidad de las ideas revolucionarias, pero sobre todo porque la fórmula de la nacionalización, engañosa, permitía mejor a la nueva burocracia adueñarse del capital y acaparar la plusvalía. Así se constituyó el Sistema stalinista, capitalismo de Estado que se caracteriza por el monopolio cabal, detentado por escasos individuos, de todos los poderes: económico, legislativo, judicial, político, militar y policíaco. Concentración jamás vista en tal escala, despotismo inigualado y el más inoperante de todos a largo plazo. La figura de Stalin, bestia incensada como dios por su propio aparato, simboliza adecuadamente ese sistema contrarrevolucionario.

Su muerte no ha hecho más que precipitar una crisis latente. El edificio de la contrarrevolución mundial empieza a crujir allí mismo donde ésta había sido llevada a su mayor ferocidad. Sus procedimientos perturban tan gravemente la función *normal* del capitalismo que los propios explotadores se sienten alarmados y quisieran remediarlo. La corrupción, la falsedad y el enchufismo imperan de arriba abajo en el aparato gubernamental; la deslealtad y la delación es el género de relación constante entre burócratas, necesidad y virus del sistema al mismo tiempo. El partido gobernante se ve universalmente odiado por el proletariado y desempeña cada vez peor su función de policía de las fábricas. En efecto, los trabajadores sabotean la producción, hurtan cuanto pueden y desertan los lugares de trabajo en número creciente. Prefieren el hambre o vivir a salto de mata. Es la resistencia que oponen los obreros a normas de producción inhumanas. Tan generalizada es que los gobernantes -tren de vida de millonarios y cuyos vástagos son la juventud dorada del país- esgrimen ahora *contra los trabajadores* el lema, «quien no trabaja no come» tradicionalmente aplicado por el movimiento revolucionario a los explotadores. Tal es el relajamiento social a que ha llevado la contrarrevolución stalinista, causa última de la división entre los propios beneficiarios de ella.

La carencia de información nos veda saber en qué sector del capital se apoya principalmente la pandilla de Khrutchev-Mikoyan y en cual otro la de Molotov-Malenkof. También ignoramos el agarre de cada una de ellas en el ejército y la policía, palancas de primer orden en la política rusa, que mueven directamente determinados ramos de la economía, y cuyos jefes son señalados dirigentes del partido dictador. Esa contienda de intereses entre sí trabados continúa desplegándose en forma encubierta, a pesar de la «desmolotovización de Molotov» anunciada por Moscú. Mas para el proletariado es de la misma naturaleza, salvando las diferencias de procedimientos, que la división de la alta burguesía americana en demócratas y republicanos. En ambos casos, los victoriosos representan a la totalidad de los explotadores.

El heredero que Stalin se designó era Malenkof, único hombre que tenía conocimiento de las decisiones más ocultas del jefe en materia de crímenes. Beria disponía de la policía en general, la destinada a lo que en toda sociedad de explotación se llama mantenimiento del orden. Pero existía un sector muy escogido de la policía, una policía de la policía mandada por Stalin en persona, de cuyos encargos sólo Malenkof estaba al corriente. Beria, Molotov, Khrutchev, los más cercanos colaboradores del jefe, comité central, buró político y

gobierno comprendidos, se sabían vigilados y amenazados de continuo. El jefe era reverenciado y odiado al mismo tiempo por sus criaturas, como todavía lo es hoy, momia inane. De ahí que, apenas desaparecido, se entendiesen Molotof, Beria, Khrutchef, Bulganin, etc., para «liberar» a Malenkof de sus funciones, las policíacas en primer término. El paso siguiente, contra Beria, es otra medida de autoseguridad burocrática y halla todavía juntos a Molotof y Khrutchef. Los altos jefes quisieran concederse una «dirección colegiada» (léase dictadura de grupo), pero el sistema no admite siquiera eso, pues toda la estructura social la mantienen tremendas coacciones cuyo aflojamiento causaría un derrumbe brusco. La alta burocracia misma ha de vivir en la incertidumbre y el miedo. Y la dirección colegiada se ha quedado en mera diversión táctica de Khrutchef, bulla que le ha permitido preparar por decisión administrativa, cual 30 años atrás hiciera Stalin, sus legiones de votadores asoldados.

Es evidente, sin embargo, que Khrutchef se siente todavía amenazado, y no sólo por los secuaces de Molotof-Malenkof, contra los cuales sus medidas son amistosas teniendo en cuenta las prácticas ambientales. Otros candidatos al rango de primer dictador, tan oscuros hoy como aquel hace años, preparan cautelosamente sus celadas en la jungla burocrática. Y para cualquiera de ellos será un juego *revelar* la criminalidad de Khrutchef, como lo sería para éste salir al paso poniendo en evidencia la de sus presuntos sucesores si los conociese. Y así sucesivamente, pues en la casta que tiraniza al pueblo ruso no existe una sola persona que esté exenta de responsabilidad criminal, igual que, tratándose de Alemania o España, entre nazis y franquistas. No hay más que grados de criminalidad, según las responsabilidades mayores, medianas o pequeñas de cadaquién.

Sea lo que sea, la rapaz y tiránica burocracia rusa está lejos de haber llegado a un remanso con Khrutchef. La crisis que la agita viene de muy hondo, de la crisis general del capitalismo mundial, cuya supervivencia es hoy, fundamentalmente, obra de la contrarrevolución stalinista. Stalin duró decenios precisamente porque representaba la victoria de la contrarrevolución sobre un proletariado extenuado y privado, por el asesinato o la deportación, de sus representantes revolucionarios más capaces. Son las mismas razones por las que dura Franco. Pero la revolución es muy tenaz. Se insinúa de mil maneras, hasta volver a la carga, cuando sus enemigos la creen definitivamente vencida. En realidad no puede estarlo a menos que la sociedad mundial entre de lleno en la descomposición y la decadencia. Puede, sí, ser gravemente derrotada, puede matarse a sus más decididos defensores, puede erigirse un capitalismo de Estado como el ruso y persuadir a todos los persuadibles por la propaganda o el interés de que se trata de socialismo; de todas maneras, la revolución proletaria vuelve pronto o tarde a la escena. Sencillamente porque el capitalismo, cualquier disfraz que adopte, contraría las necesidades históricas ya inmediatas de la humanidad. Así reaparece la necesidad de revolución en la España pateada por la iglesia y el ejercicio, en la Alemania que rampa en «volkwagen» en torno a Adenauer, en la Rusia de campo de concentración y tiro en la nuca. La construcción de grandes industrias a costa del consumo y la libertad de las masas, así como el amaestramiento de andróides a la Gagarín, hacen urgente hasta la exasperación la necesidad de acabar con el sistema.

La más metódica privación de derechos, la exterminación completa de los revolucionarios, la falsificación permanente de ideas y hechos, han conseguido únicamente, al cabo de 35 años a bajar casi a cero la conciencia social. Pero lo que planteó la marcha histórica a un alto nivel en 1917 reaparece al cabo en forma turbia y bruta, cual río de lava en ciega, inexorable progresión, nueva petición de conciencia ideológica. Los gobernantes rusos hallarán cada día mayores dificultades para gobernar y explotar pasivamente a las masas. Cualquier cosa que hagan, la crisis de su sistema irá agravándose lenta o vertiginosamente, hasta que aparezca en liza el proletariado. Lo fundamental para éste es no dejarse embaucar por Khrutchef ni por sus sucesores, que harán mayores esfuerzos aún para impedirle organizarse y adquirir conciencia revolucionaria. Las instituciones de la contrarrevolución deben ser hechas añicos, todas, y el partido gobernante el primero. Sin esa condición la revolución socialista no podrá triunfar, e incluso la reorganización de los soviets de 1917 serviría para entronizar de nuevo el actual capitalismo de Estado.

La denuncia de Stalin como criminal, déspota, etc., se le impuso a la burocracia. Por más que ella misma hubiese temblado ante el tirano, no podía dejar de comprender el peligro que representaba reconocer siquiera una parte de sus asesinatos. No lo ha hecho alegremente, sino a cierraosjos, como medida urgente para evitar peores males. El mito de «Stalin padre de los pueblos» no tenía ninguna vigencia en Rusia y en el extranjero cada vez menos. Khrutchef mismo ha dicho en varias de sus peroratas, tranquilizando a sus adversarios alarmados, que se había hecho indispensable acusar al exgenio para remediar el distanciamiento completo entre el pueblo y el Partido. Palabras que demuestran, a quienes necesiten prueba, que la «destalinización» es una maniobra de gran envergadura destinada por una parte a engañar al trabajador ruso, y por otra a recuperar aliados en el terreno internacional.

La propia camarilla de Khrutchev rinde honores a su criminal como constructor del «socialismo». Contradicción escandalosa por la forma, pero no en el fondo, pues la burocracia sabe perfectamente a qué atenerse cuando emplea esa y otras palabras del vocabulario de la revolución. Su falacia verbal embrolla aún más sus explicaciones. Ha sido incapaz de dar una explicación, no ya marxista, cosa imposible, sino medianamente sería de los crímenes de Stalin, sólo reconocidos en la parte que conviene hoy a la burocracia. Nos sirve en su lugar la demonología estúpida, digna de la iglesia medieval, del culto de la personalidad, como si ese culto no fuese una exigencia de toda la estructura y la superestructura del sistema.

Evidentemente, la burocracia recurre a sus explicaciones para deficientes mentales a fin de ocultar los hechos esenciales; la destrucción sistemática de la revolución de 1917, la restauración del capitalismo en forma estatal y la contribución decisiva de Moscú a la derrota de la revolución proletaria en todo el mundo. Para llevar a cabo esos crímenes de lesa revolución se hicieron indispensables tantos asesinatos, el de Smilga, el de Kirof que dio pretexto a los procesos de Moscú y al exterminio de los compañeros de Lenin, igual que los de Berneri, Nin, Tresca, Trotzky y miles más en Rusia y en el mundo. De ese conjunto de crímenes políticos y de sangre estrechamente interdeterminados surge paso a paso el sistema stalinista. La culpabilidad recae colectivamente sobre la alta burocracia y sobre sus perros guardianes en los demás países, los Pasionaria, Togliatti, Thorez, etc. Y nada da tan cabal idea de la vil calidad humana del personal stalinista como el espectáculo del XXII congreso. Funcionarios de 81 partidos aplaudían la denuncia del hombre a quién juraban ayer fidelidad personal, cuyos crímenes ensalzaron y a los cuales colaboraron de palabra y obra, sin hablar de los cometidos por propia cuenta.

Por otra parte, las «izquierdas» europeas, incluyendo las españolas, no se han lucido con la «destalinización». La han acogido con más o menos simpatía, calificándola en algunos casos de «esperanza para el socialismo». Ninguna ha dado una interpretación revolucionaria. En realidad son esas izquierdas las que han dado un paso hacia el stalinismo, como preveía Moscú. Se trata de las mismas que antaño respaldaron la acción de éste contra la revolución en España y otros países.

Aún suponiendo, cosa imposible, que el stalinismo se democratizara, seguiría inalterado su naturaleza de capitalismo de Estado. En fin, si el stalinismo se hace cada vez más insoportable al pueblo ruso, en Rusia no cabe otra forma de capitalismo que la stalinista. Es imposible salir de él sino por la intervención directa del proletariado en armas, sin la más ligera concesión a los amos actuales ni a cualquier nueva bandería que formasen.

¡Salud a la próxima revolución social rusa!

II.- LA CRISIS DE LA CONTRARREVOLUCION RUSA

(ALARMA, Segunda serie, Nº 5, Junio 1964.)

El resquebrajamiento de la contrarrevolución stalinista es mucho más hondo e irreparable de lo que a primera vista parece. Su derrumbe podría producirse bruscamente en cualquier instante, porque lo anhela la totalidad de la población; sin embargo, dada la tremenda obra destructora de ideas y hombres revolucionarios por aquella efectuada y el consecuente desamparo ideológico de la juventud, lo probable es que presenciemos aún una o varias fases más agudas de resquebrajamiento, preludio al desenlace¹⁵.

Antaño, la crisis del despotismo zarista duró decenios, a despecho de la existencia ora clandestina, ora pública de partidos revolucionarios con arraigo en la población obrera. Y en el último instante, el sacrificio de Rasputín por los palaciegos erró el designio de conservar el zarismo asesinando al más odiado de sus representantes. Así también, los nuevos palaciegos del Kremlin, asustados del abismo que les circunda, errarán el designio de salvar su contrarrevolución sacrificando... «el culto de la personalidad de Stalin», sujeto tan execrado por las masas como otrora Rasputín. El monje mistagogo de la orgía y el sanguinario mistagogo de la policía tienen, a más de un estrecho parentesco de bestialidad psíquica, un destino análogo como símbolos exultantes de un despotismo en vísperas de su catástrofe. Si a la denuncia de Stalin por sus criaturas no ha seguido de cerca el hundimiento del régimen débese, no a solidez de éste, sino a su peculiar

¹⁵ La primera parte de esta trabajo fue publicada en Alarma nº 9, serie primera y bajo el mismo título será siendo completado a medida que los acontecimientos lo requieran. Antecedentes: «Los revolucionarios entre Rusia y el stalinismo mundial», y «La antigua China de los Mao Tse-tung», Alarma nº 5 serie 1ª.

negativa, rasgo el más temible de la contrarrevolución stalinista, cuyas repercusiones se hacen sentir de polo a polo y en Rusia con redoblada fuerza.

El exterminio meticuloso de todos los hombres -y las mujeres- leales en cualquier grado que fuere a la revolución proletaria, la implacable y constante represión llevada a cabo contra millones y millones de trabajadores, la confesión, la delación, la calumnia convertidas en honroso principio de ciudadanía, el servilismo y la cobardía premiados con privilegios contantes y moneda sonante, la supresión total de libertades y derechos, la reducción del proletariado a un ilotismo asalariado a destajo, los campos de trabajo forzado llamados de reeducación, la transformación de todas las instituciones existentes, partido ejército, sindicatos, diversas iglesias, escuelas, centros intelectuales y deportivos en otros tantos auxiliares del terror policíaco, la falsificación de la historia del proletariado ruso e internacional, y de remate la del pensamiento revolucionario machaconamente practicada con fabulosos recursos durante 40 años, todo eso que constituye la nocividad del stalinismo, ha degradado la conciencia social rusa en medida nunca vista en parte alguna, salvo en sociedades pretéritas legalmente basadas en la esclavitud y decadentes. Esa colosal operación de envilecimiento de las mentes y tullición de los ánimos ha satisfecho, en lo inmediato al menos, su propósito: hacer imposible la acción organizada y la orientación ideológica de las masas. De ahí que el colapso mortal de la contrarrevolución se haga esperar. Durante decenios, los explotados no han tenido otro recurso de defensa que la resistencia pasiva individual, y aún ésa expuesta a la reproducción gracias a un Código tan trapacero como draconiano.

Tal situación sin precedente acusa la profundidad de la crisis, y también su naturaleza. En efecto, la supresión física e intelectual de la oposición revolucionaria, desideratum de la reacción tradicional casi alcanzado por el stalinismo, aboca a la asfixia de cuanto existe de valía, a la atrofia de los resortes vitales del individuo y de la sociedad, y con tiempo a la descomposición de ésta. Los mismos creadores de esa situación se han alarmado. Por otra parte, la resistencia pasiva de millones y millones de trabajadores, acentuándose después de la guerra, descarándose en algunos casos hasta convertirse en huelgas, protestas, motines, muchos otros en indisciplina y agresión a los burócratas responsables, siempre en desinterés de los trabajadores por la producción, sobresaltaron finalmente a los gobernantes, provocando la pequeña y muy stalinista revolución de Palacio de Khrutchev y los suyos.

Tampoco es ajena a la lentitud de descomposición del stalinismo relativamente a la del zarismo en su última etapa la diferencia entre victoria y derrota militar para gobiernos explotadores. La causa principal, sin embargo, reside en el apretado entrelazamiento entre contrarrevolución rusa y contrarrevolución mundial, que cimienta la mencionada negatividad del stalinismo. Mas el alargamiento de la crisis, lejos de contener su peoría va haciéndola más palpable, consentirá a las masas cierta conciencia política, tal vez organización clandestina propia, mientras cunde la discordia entre los gobernantes enfebleciendo su absolutismo, y creará finalmente las condiciones de un derrumbe estrepitoso.

Van transcurridos 40 años pletóricos de acontecimientos tan importantes cual ninguna otra época presenciara, desde que Stalin formuló el credo del «socialismo en un solo país». Y desde entonces no ha cesado la colaboración económica y política de ese país con el capital en todo el mundo, chitacallando hasta el frente popular, sin lacha luego, con las armas en la mano y policías mediante a partir del período supremo de la revolución española, 1936-37, colaboración generalizada ya con el Eje, ya con los imperialismos occidentales. La acusación de Trotzky afirmando que «el socialismo en un solo país» era señuelo burocrático conservador que llevaría sus partidarios a desentenderse de la revolución mundial, se ha visto confirmada muy allende la previsión. El desentendimiento se transformó sin solución de continuidad en beligerancia contra la revolución en todos los países. Para gozar sin trabas de su omnímodo poderío, el stalinismo necesitaba no tanto la paz entre las naciones cuanto la tranquilidad política inter-clases. Cualquier revolución victoriosa habría exaltado de nuevo al proletariado ruso, cuya domesticación condicionaba el poderío burocrático. Por ello, de China, en 1926 a Alemania en 1932 y España en 1936-37, la intervención de Moscú contra la revolución se transforma de política en policíaca, de colaborante en dirigente. Mientras tanto, Moscú hacinaba atraillando al proletariado, un capitalismo de Estado y una industria de guerra que le consentirían tratar de potencia a potencia con los gobierno fuertes y afirmarse candidato nuevo al reparto imperialista del mundo.

En poco más de un decenio se había pasado del Credo del socialismo en un solo país a la devastadora realidad del socialismo en ninguno y después a la infeudación del mundo a los dos grandes imperialismos americano y ruso. Las etapas de la revolución internacional vencida gracias a los hombres de Moscú, fueron anudando las alianzas militares con los antiguos imperialismos así salvados y reforzados, pero también echando los jalones de una capacidad imperialista rusa aún más temible, como rival, que la del Reich

hitleriano. En Yalta y Postdam, el antiguo imperialismo reconoce su igual en el nuevo y lo retribuye poniendo a su discreción buena parte del botín de guerra, desde Alemania oriental y Rumania hasta China, donde le fue concedida mano libre. Sobre tal base los reunidos simbólicamente en la que fuera residencia de los reyes de Prusia -Truman, Stalin y Churchill- se comprometieron al «mantenimiento del orden» en cualquier parte donde se hiciese necesario, compromiso mutuamente honrado por los signatarios en cuanto se ha tratado de la alteración del orden capitalista respectivo por los trabajadores. Grecia, Alemania del este, Hungría y Polonia lo atestiguan. Ello no impide, sino que por el contrario supone, continuas tentativas de cada bloque para sustraer al dominio del otro determinadas zonas. Tal es el caso de Yugoslavia, Cuba, Indochina y de todas las guerras y movimientos nacionalistas, quienquiera los auxilie, y en general de la pretensa ayuda a los países atrasados.

La propia porfía de cada bloque por modificar a favor suyo la correlación de potencias, y de manera no menos imperiosa la carrera a la acumulación ampliada del capital, de donde en definitiva depende cual de los dos grandes haya de encaramársele al otro, los aúnan contra la lucha de clases y la revolución proletaria que pondría fin a su contienda. Como cualquier otra potencia capitalista tradicional, Rusia no puede permitirse contra su rival exterior otros procedimientos de lucha que los ajenos a la sublevación del proletariado. Si desde la aparición del stalinismo hasta 1939 rechazó la revolución a sabiendas de que significaría otra guerra, ahora que es parte primerísima del equilibrio imperialista resultante de ella, su suerte como sistema político y económico está definitivamente ligada a la del bloque adverso, con el cual forma un todo frente al proletariado y frente a las exigencias del devenir humano.

La euforia de la industrialización durante tan largo tiempo alimentada a fuerza de propaganda, ha demostrado ya su deliberada falacia en cuanto «construcción del socialismo», y en cuanto simple industrialización su mezquindad. No griten al escándalo los devoradores de estadísticas y demás paletos gagarinescos; la estimación cuantitativa de la industrialización rusa, referida al monto de plusvalía arrancado a las masas desde principios del Plan hasta hoy, única medición válida, es pobre y ciertamente inferior en proporción a la de la mayoría de los países de mediano desarrollo. Es el gigantismo demogeográfico y su posición militar de potencia vencedora lo que acrece el peso específico de Rusia en los asuntos mundiales, no su capacidad industrial.

Política y económica se influyen y modifican recíprocamente, sobre todo en esta época tan larvada y sujeta a cambios bruscos. El arrellanamiento económico de la burocracia «comunista» a principios del decenio 20, fárrago de intereses retrógrados post y pre-octubrinis, llevó al abandono de la revolución mundial y enseguida a la lucha contra ella. Bien entendido, la lucha contra la revolución empezó en Rusia antes que en el exterior, y al paso de su desarrollo iba concretizándose allí mismo en explotación de las masas trabajadoras y en plusvalía capitalizada, causando ésta, a su vez, por la inercia de su propio movimiento, medidas y «teorías» políticas aún más reaccionarias. Siempre que una acometida revolucionaria del proletariado ha sido rechazada, la economía capitalista entra en el periodo de bonanza y acumulación acelerada, produciendo formas de centralización del capital tanto más oprimientes cuanto menos puede defenderse contra la explotación el trabajador. Los mismos efectos de consolidación y expansión del capital acarreo, en el resto del mundo, la derrota de los sucesivos intentos revolucionarios de que fue clave la política de Moscú.

En resumen, la crisis de la contrarrevolución rusa es parte, muy importante cierto, pero parte sólo, de la crisis del capitalismo internacional. Todas las contradicciones internas de éste las padece Rusia, la mayoría enconadas, más algunas otras peculiares a su monolitismo stalinista. La propaganda puede todavía engañar a muchos hablando de «economía socialista», pero las leyes y hechos del capitalismo aparecen en carne viva apenas se mira de cerca esa economía e invaden las estructuras y superestructuras del bloque ruso entero, China incluida. Sin esa abrumadora realidad, ante la cual la propaganda se revelará impotente, no existiría crisis en Rusia ni en el seno de su bloque.

Esta última es en realidad efecto de aquella otra, manifestación la más espectacular de la crisis de la contrarrevolución, la más amenazante también en lo inmediato para la posesión de Rusia como potencia mundial. Pero Mao Tse-tung y secuaces no pueden llamarse a engaño. Durante 40 años han servido en cuerpo y alma a la contrarrevolución y el sistema de ésta impusieron en China a sabiendas de lo que hacían. No podían esperar otro trato que el reservado a un mayordomo de casa grande. El chovinismo de gran potencia de que ahora se quejan es el mismo que les ha consentido existir y despotizar sobre China. Es sí, odioso y despreciable a ojos de revolucionario; para los hombres de Pekín es sólo un papel codiciado. Sus gesticulaciones y soponcios «teóricos» no tienen otro objeto que desempeñarlo. Por el momento se conformarían con que Rusia les permitiese desplegar su propio chovinismo de gran potencia asiática. Pero Rusia misma siente «vocación asiática», y los rublos, las mercancías y las armas indispensables para

disputarle allí el terreno a Estados Unidos entiendo colocarlos y sacarles fruto directamente. Por los demás, como nación aliada o protectora de otras más débiles China no hace mejor papel que Rusia. Quizás antes de mucho lo digan voces de Corea o de Vietnam del Norte, ya que las de Manchuria, Sing Kiang, el Tíbet, etc., son cortadas en los pescuezos mismos de quienes hablan. Sólo con un retraso de años, cuando ha convenido al Kremlin revelar una parte de la verdad, dejó éste correr noticias sobre sublevaciones en el Sing Kiang y sobre la ejecución de nacionalistas en Manchuria, incluyendo un general que sin duda alguna se entendía con Khrutchef.

Aparece ya evidente, cual previsto en *Alarma* desde 1959, que la jácara anti-imperialista de Pekín alude a Moscú tantas veces como no nombra a Washington, y a menudo a los dos Grandes. Desde el acuerdo de Moscú sobre la suspensión de experiencias nucleares hasta la conferencia afro-asiática de Argel (marzo), las alusiones a Rusia como imperialismo han ido perdiendo vaguedad. En esa conferencia la delegación china ha hablado de la política *reaccionaria* seguida por Rusia, favorable a la ocupación por los imperialismos de territorios pertenecientes a otros. En ese aspecto, la indignación del stalinismo pekinés es más sincera que en otros. La suscita una reivindicación varias veces formulada en público después de haber sido denegada, con toda seguridad, en negociaciones secretas, a saber, la revisión de tratados del siglo XIX que transfirieron al imperio zarista territorios del imperio chino. Trátase de vastas zonas de Extremo oriente sobre todo, de las cuales Mao Tse-tung y secuaces se consideran legítimos propietarios, pero también sus interlocutores moscovitas por derecho de «obra histórica» según dicen. De ahí la tensión y los incidentes continuos en la larga frontera de los dos países, que ha llegado al acantonamiento de divisiones de ambos ejércitos de determinados puntos. A su vez, el delegado Ruso en la asamblea de Argel, a su paso por París, alertó visiblemente a los gobiernos occidentales contra la política china tachándola de fascista. Así van las relaciones entre los falsarios del comunismo. Tocante al litigio territorial, puede asegurarse sin miedo a errar que antes de concederle «el partido hermano» lo que pide, China recibirá Formosa como presente del imperialismo americano¹⁶.

El gobierno de Pekín se encuentra en la situación del estafador estafado, que denunciando se denuncia. Tiene conciencia -y cifras que no publica- de la rapacidad imperialista de Rusia. Pero esa conciencia es la misma que tiene de sí como explotador del pueblo chino y organizador del capitalismo de Estado. Sus quejas velan la verdad, pero no pueden silenciarla por entero. Los 25 puntos del Comité Central chino dan de esa verdad una idea vaga, apostada deformada pero no invisible. El punto nº 21, al cual se reduce en realidad todo el conflicto, divergencias «ideológicas» comprendidas, declara:

«Si un país socialista, cualquiera sea, partiendo únicamente de sus necesidades particulares exige unilateralmente a los otros países hermanos que se sometan a sus necesidades...

Si, so pretexto de «división internacional del trabajo» y de especialización» se impone su voluntad a los otros, se atenta a la independencia y a la soberanía de los otros países hermanos y se perjudican los intereses de sus pueblos, se tratará entonces de chovinismo de gran potencia.

Aún más absurdo es trasponer a las relaciones entre países socialistas la práctica consistente en realizar beneficios a costa de otros, práctica que caracteriza las relaciones entre países capitalistas, y llegar incluso a considerar que la «integración económica» y el «Mercado Común» puestos en pie por los grupos monopolistas a fin de acaparar salidas y distribuir beneficios, podría servir de ejemplo a los países socialistas en su asistencia mutua y cooperación económica».

(*Versión oficial francesa de Pekin Information, 24 junio 1963*).

Así pues, un país, Rusia, exige de China someterse a sus necesidades, atenta a su soberanía e independencia y realiza beneficios a su costa. Los quejosos no pueden decir que esa conducta no depende de la buena o mala voluntad de quienes gobiernen en Moscú (Stalin habría tratado a China con más rigor que Khrutchef), sino del sistema económico por ellos representado. Un sistema socialista no tiene medios de imponerse a otro, ni de atentar a soberanía alguna, ni de explotar a nadie, pero en cambio un sistema capitalista no puede dejar de hacerlo sin debilitarse. La queja es un reconocimiento tácito de la naturaleza capitalista de Rusia y de China conjuntamente. Permite verlo de otro modo, y más claro, el mismo punto 21 proponiendo:

¹⁶ A última hora, declaraciones de Chu En-lai indican la posibilidad de un entendimiento con Chiang Kai-chek.

«... el principio consistente en apoyarse para la edificación esencialmente en las fuerzas propias y desarrollar la economía de manera «independiente» en cada país, que «es la expresión concreta del internacionalismo proletario».

En suma, Pekín, llama internacionalismo proletario aquello que es práctica inmemorial de los países capitalistas fuertes entre sí: el intercambio de mercancías en el respeto mutuo de la soberanía, etc. Rusia ha dado a China el trato de los países capitalistas fuertes a los débiles, el del imperialismo a la semi-colonia y China reclama la paridad. El principio de la unanimidad que rige entre los monopolios europeos del Mercado Común no se lo consiente Rusia a China y demás «hermanos». Los quejosos han de ir a buscarlo si pueden, Tito ayer, hoy Mao Tsetung, al otro bloque imperialista, más rico. Mientras palabrea en torno a la lucha contra el imperialismo americano, el gobierno de Pekín va dando la espalda al pretense «bloque socialista», pisa de hecho terreno neutral, se conchaba con el gobierno francés y colea ante el japonés, que figuran entre los primeros imperialismos y son importantes aliados de Estados Unidos. Orientando hacia occidente sus relaciones comerciales, sus requerimientos de ayuda técnica, etc., no ocurre en China ningún cambio cualitativo, pero sí obtiene cierta ventaja cuantitativa, reduciendo los márgenes de beneficios que el capitalismo extranjero percibe sobre el capitalismo chino.

A despecho de sus ataques a Tito, los stalinistas chinos se ven impelidos, quíeránlo que no, en la misma dirección de aquel después de 1948. Al principio, Tito atacaba sólo al Kominform, loando a Stalin y apelando a él. Luego intentó maniobrar con los otros partidos stalinistas contra la metrópoli, y no sin cierto éxito, cual lo testimonian los procesos y ejecuciones de los seides del gran criminal, que se veían atados demasiado corto. A continuación, Tito vociferó en terminología pseudo-revolucionaria, publicó cifras sobre la extorsión económica practicada por Rusia, dejó que la IV Internacional, ya vacía de contenido revolucionario, lo jalease como trozkista. Fracasados sus intentos de permanecer en el bloque ruso con cierta independencia económica, acalló fraseología y abrió la mano a la tesorería yankee.

Es muy probable que dentro de China, cual ayer en Yugoslavia, la campaña contra Rusia tenga aplauso, puesto que las masas han visto lo que significa estar en su órbita. No obstante, tanto dentro de sus fronteras como en los «países hermanos» Mao Tse-tung y Chu En-lai serán menos venturosos que Tito, a pesar de la fuerza nacional y económica incomparablemente mayor que representan. En cambio, se verán obligados a ir más allá en la denuncia de Rusia y en el entendimiento con los antiguos imperialismos. Aunque todos los gobernantes stalinistas de Europa resienten duramente las condiciones económicas que les son impuestas so capa de «división socialista del trabajo», centralización militar, etc., y de que desearían apaciguar la reyerta con China, su propia existencia como poderes les veda la secesión. A lo sumo sacarán partido de la situación para recabar o tomarse alguna libertad de movimiento. Ejemplo el gobierno rumano. Por otra parte, los satélites europeos representan un territorio comercial rentable en lo inmediato para Moscú y la influencia exterior que puedan ejercer concuerda con su estrategia de largo alcance, mientras toda influencia afroasiática de China va a contrasentido. Añadamos que los afro-asiáticos y demás remedadores del gran capitalismo en los que Pekín deposita todas sus esperanzas, preferirán siempre los millones rusos a la calderilla china. Así lo han manifestado sin muchos circunloquios en la asamblea de Argel.

El revés allí sufrido por los delegados chinos ha repercutido sin tardanza en nuevas y tremeundas declaraciones, otro importante paso en la crisis de la contrarrevolución stalinista. En efecto, por primera vez públicamente Pekín hace llamamiento para derrocar a Khrutchev, el «mayor revisionista y capitulador» y «arrojarlo al estercolero de la historia». En cuanto a Khrutchev, que sabe armar ruido sin obrar y obrar sin ruido, probablemente no ha esperado la nueva perorata para desplegar en China trabajos de zapa contra el equipo de Mao Tse-tung. Pero lo mismo Moscú en China que Pekín en Rusia, no actuarán sino entre la alta burocracia, contraponiendo determinadas camarillas o grupos de intereses a los que dominan hoy. La naturaleza reaccionaria de los respectivos partidos y gobiernos, origen el uno y producto el otro de la contrarrevolución, circunscribe el conflicto en la esfera de la misma capa social explotadora de dos Estados principalmente. Está absolutamente excluido que ninguno organice o favorezca siquiera la rebelión del proletariado en el otro. La gente de Pekín quisiera, claro está, disponer cual antaño Stalin y todavía Khrutchev, de partidos «comunistas» como factor de maniobra y chantaje políticos en otros países. Su fracaso es seguro, por carencia de las condiciones que consintieron al Kremlin usurpar en favor de su contrarrevolución el prestigio de una revolución por él mismo aniquilada. El «marxismo-leninismo-stalinismo» de Mao Tse-tung tiene que contentarse compitiendo con Khrutchev en la distribución de certificados de «socialistas» y «revolucionarios» a toda clase de bellacos y de burgueses nacionalistas. Y así hasta lo grotesco. Por ejemplo, en Cambodia funciona una «Juventud Socialista» real o de Su Majestad, capitaneada por el príncipe Narodom Sihanuk, muy compinche de los dirigentes chinos. Ello está en conformidad con el punto número 9 de la

respuesta de Pekín a Moscú antes citada, según el cual se hallan englobados en la lucha contra el imperialismo, además del proletariado y los campesinos, «La burguesía nacional patriota, e incluso ciertos reyes, príncipes y aristócratas patriotas».

En medio de sus desplantes y de sus embaucadoras invocaciones de Lenin, el partido capitalista-colectivo de Mao Tse-tung sabe cómo tranquilizar a su parigual ruso, y no sólo a él. Un artículo del *Diario del Pueblo* de Pekín indicaba el 30 de marzo lo que debe entenderse por «violencia revolucionaria»:

«En febrero de 1948 los reaccionarios checoslovacos había proyectado un golpe de Estado contrarrevolucionario y el derrocamiento del gobierno por la fuerza de las armas. El gobierno, dirigido por el partido comunista, puso entonces en acción sus propias fuerzas armadas».

La verdad es que esa «revolución violenta» fue meticulosamente organizada desde el ministerio de gobernación por su titular stalinista, a fin de dejar en el poder a su partido sólo, operación desplegada al grito de «¡La policía defiende los derechos del pueblo!». En efecto, sin una intensa acción policíaca ningún partido pseudo-comunista se mantendría en el poder.

Más explícito, otro párrafo del mismo artículo halaga los intereses reaccionarios de la alta burocracia rusa, cuyo concurso contra Khrutchev busca Pekín:

«La única conclusión lógica es que el revisionismo de Khrutchev no solamente está cortado en el mismo paño que el kautskismo, sino que converge con el trotskismo. La etiqueta de trozkista conviene pues mucho mejor a Khrutchev mismo».

«*El trotskismo, avanzadilla de la burguesía contrarre-revolucionaria*».

Palabras semejantes darán a Khrutchev un predicamento entre los trabajadores rusos que está muy lejos de merecer. No lo ignoran sus autores, pero lo único que les interesa es mostrarse por entero solidarios de la alta burocracia que cercenó simultáneamente la obra revolucionaria de 1917 y las cabezas de los trotskistas. Para los explotados rusos, trotskismo y revolución son sinónimos, y correlativamente anti-trotskismo y contrarrevolución para los gobernantes. Por eso mismo, Khrutchev, que no anduvo ocioso durante el asesinato de los trotskistas, ha tenido buen cuidado de calificar de trotskista a Mao Tse-tung y al trotskismo de «enemigo de clase». En boca de los gobernantes de Moscú o de Pekín, esa definición tiene el mismo significado que en boca de Roshschild, o Franco. Los revolucionarios no pueden sino sentirse satisfechos de verse así considerados por los embolsadores de beneficios del capitalismo estatal, y desdeñarán a quienes, diciéndose trotskistas, pordiosean de éstos camaradería.

La amalgama y la falsificación consustanciales del stalinismo, así como las decisiones y votos unánimes, infalible ciencia policíaca, siguen siendo denominador común a los dos bandos nacionales. No pueden desprenderse de esos procedimientos sin reconocer que donde ellos dicen «dictadura del proletariado» hay que poner *esclavitud del proletariado*, y donde dicen «comunismo», hay que entender *capitalismo en monopolio estatal*. Amalgamas irrisorias son también las acusaciones de revisionismo y de dogmatismo lanzadas por Pekín sobre Moscú y por Moscú sobre Pekín. No estamos en presencia de dos concepciones de las tareas y posibilidades del proletariado mundial, oportunista la una y ultra-izquierdista la otra, tampoco ante apoltronados capituladores y aventuristas exaltados; estamos ante un mismo movimiento reaccionario cuyos apremios de conservación exigen en lo inmediato pausa digestiva para Rusia, leva patriota expansionista para China. El argumento más revelador de tal «divergencia» lo dio Walter Ulbricht el año pasado, en presencia de Khrutchev, durante el congreso stalinista reunido en Berlín-este: «Todavía no ha llegado el momento en que podamos considerar al imperialismo como un tigre de papel». Se trata de un balance evidente de potenciales destructivos. En tales condiciones, Rusia no puede dar su aval a las correrías militares que necesita China, ni en Formosa, ni en la India, ni en los diversos países de la península indochina. Ahora bien, la contradicción imperialista entre Rusia y Estados Unidos es mucho más amplia y duradera que cuanto alegue China, comprendida su algarabía anti-colonialista. Pasárase el gobierno chino al bando yankee, lo que podría hacer con medro, y la contienda ruso-americana proseguiría, pues dadas las condiciones actuales del mundo no cesará sino con la revolución proletaria generalizada, y a falta de ella desembocará en la guerra. Mientras tanto, cuanto digan, callen o hagan los dos bloques y sus respectivos amigos díscolos, son meras maniobras tácticas dentro de una estrategia a largo plazo.

No es la menor de las dificultades del gobierno ruso que sus criaturas de Pekín se le solivianten. Impedirlo caía fuera de la voluntad de los protagonistas, pues el conflicto no es más que una de las manifestaciones de la crisis irremediable de la contrarrevolución rusa, que ya lleva plomo en el ala. El estrangulamiento de la revolución de Octubre, la liquidación de la revolución mundial, la creación del capitalismo de Estado, la victoria militar sobre las potencias del Eje y las posiciones territoriales y económicas así adquiridas, no

podían evitar que apareciesen en Rusia y su zona de dominio todas las contradicciones propias del capitalismo y algunas otras engendradas por la tremenda tiranía stalinista. A despecho de lo que ocurra en la periferia asiática o europea del bloque oriental, el epicentro de la crisis, la causa del mal está en la naturaleza del sistema económico y político de la contrarrevolución.

A los 40 años de absolutismo stalinista, más de 30 después de la «liquidación de los kulaks» y de la sedicente colectivización de la tierra, las contradicciones entre el campo y la ciudad, entre producción agrícola y producción industrial siguen presentes y con igual virulencia. El rendimiento de koljoses y sovjoses es bajísimo comparado a los cultivos de la mayoría de los países europeos y al del propio suelo en Rusia trabajando al margen de los dictados gubernamentales. En efecto, los minúsculos lotecitos de tierra que la ley consiente cultivar personalmente a cada obrero de los koljoses, rinden proporcionalmente bastante más que éstos. Los obreros no disponen de otros implementos que los rudimentarios utilizables con los brazos, a lo sumo con una yunta; los koljoses disponen de tractores y máquinas, peritos agrícolas, administradores, etc. No consiguen, sin embargo, igualar siquiera la productividad del trabajo agrícola primitivo. Un hombre y su familia con el azadón en la mano, labrando un girón insignificante de tierra, se revelan económicamente más eficaces que la planificación agrícola «socialista». La razón de ese hecho increíble es que koljoses y sovjoses representan, para el obrero agrícola, el trabajo asalariado -y muy mal pagado-, la explotación capitalista, mientras que en su mota de tierra es dueño de sus instrumentos de trabajo y de sus productos. En tal sentido, está menos alejado de una economía socialista que los establecimientos estatales, donde la separación entre instrumentos de trabajo y hombre adquiere una de las formas más desgarradoras y alienantes.

En los antiguos países capitalistas siquiera de mediano desarrollo material, los cultivos familiares y los propios minifundios labrados en cierta escala con mano de obra asalariada, tienen rendimiento inferior al de la gran propiedad que admite numerosos obreros y maquinaria. Rusia entraría en la misma regla si las condiciones de trabajo de los obreros agrícolas en koljoses y sovjoses fuesen por lo menos las normales de la contratación del trabajo por el capital. Pero los salarios, siempre a destajo, son impuestos al trabajador y no pagados directamente en dinero, sino en genero a precio de venta una parte, y la otra en bonos convertibles en dinero al cabo de meses. Por añadidura, el cobre de tales bonos requiere papeleos engorrosos, prefiriendo muchas veces los así asalariados vender sus bonos a cualquier burócrata, dándole a ganar un descuento. Recientemente, apoyando la campaña pro-agricultura de Khrutchev, la revista *Komunist* (Moscú, febrero 1964) reconocía que los koljosianos reciben su salario «con un retraso de tres a tres meses y medio», lo que sólo indica a partir de la fecha en que los bonos hubieran debido ser convertidos en dinero. No es de extrañar que el autor de dicho artículo, K. Karpof, reconozca que en muchísimos casos los koljoses no alcanzan rentabilidad.

La explotación extremada no va siempre de par con el mayor beneficio. Una increíble proliferación de burócratas, controladores y supuestos técnicos abruma a los koljoses igual que toda otra empresa del sistema stalinista. Y éstos no están ciertamente pagados a destajo, ni con avaricia como los obreros. Ellos, que en numerosos casos constituyen un grupo de propietarios absolutos cual si dispusiesen de escrituras catastrales, dilapidan gran parte de la plusvalía, encima de la que el Estado les confiere en calidad de sueldo. Como unidad capitalista agrícola están, por añadidura, en contradicción con el Estado capitalista central, pues éste les encaja caro los productos industriales, comprándoles *sus* cosechas a bajo precio, sin que ello impida a ese mismo Estado vender los comestibles a la población con gran margen de beneficio. A esa devaluación de los precios agrícolas por relación a los industriales, contradicción existente en mayor o menor grado en todo el mundo, se agrega el pobre, a menudo rudimentario nivel científico de la labranza rusa. El esfuerzo técnico y científico del Estado lo acapara la industria de guerra y sus adyacentes en detrimento de la producción de consumo, la industrial tanto como la agrícola. Esa distribución de las inversiones cuadra a la perfección con los intereses económicos y políticos, nacionales e internacionales, de la burocracia capitalista-colectiva. Por más que la propaganda siga presentándola (ese fue ya el argumento de la reacción stalinista incipiente) como necesidad de defensa del «mundo socialista», es cualitativamente de la misma naturaleza que las inversiones bélicas de Estados Unidos o de Europa occidental, cuantitativamente más gravosa para las masas trabajadoras.

A pesar de las inversiones agrícolas patrocinadas por Khrutchev en los últimos años y de la roturación de numerosas tierras vírgenes, la penuria de cereales estuvo a punto de causar una oleada de pánico el otoño último. El gobierno corrió a prevenirla comprando en Canadá, Estados Unidos, Australia, Argentina, etc., decenas de millones de toneladas de trigo y harina. A los mismo graneros han tenido que recurrir los satélites europeos y la propia China. Déficit tan enorme no tienen explicación climatológica como pretenden los únicos que hablan. En realidad es permanente en proporciones diversas, según las cosechas. La vasta superficie arable del país, cuya capacidad podría alimentar en cereales al mundo entero, no llega nunca a

cubrir con holgura las necesidades interiores. Las exportaciones han sido siempre a costa de los consumidores y en ciertos casos causando hambruna. Khrutchev mismo lo ha reconocido así, culpando como de costumbre a Stalin sólo. Ahora que el abatimiento y la pasividad de la población están virando en sus contrarios, es preferible para el gobierno cambiar lingotes de oro por trigo. Hostilizar a la población presenta peligros inexistentes en tiempos de Stalin.

No obstante, Khrutchev será pródigo en palabras y en acusaciones a la fracción que él llama anti-partido con tanta razón como ésta, si estuviese en el poder, se lo llamaría a la suya¹⁷, pero de realizaciones será avaro. Sabe por sus estadísticas, función cerebral casi exclusiva de los hombres de cepa stalinista, que la sequía tiene tan poco que ver con la falta de pan y demás alimentos, como con la escasez de medias, camisas, etc. El apenas podrá hacer otra cosa que comprar trigo al «enemigo» imperialista, porque el mal está en la médula, ya putrescente, del sistema económico-político, y dentro de sus normas es insuperable, gobiérnelo quien lo gobierne; reside en la destructora antítesis entre la necesidad de una distribución socialista a la cual se armonicen crecimiento industrial y agrícola, y el aplanador capitalismo de Estado que la contrarrevolución ha impuesto. Por eso las preocupaciones y medidas agrícolas de Khrutchev aspiran sólo a menguar las desproporciones entre producción urbana y campesina, entre industria ligera e industria pesada, exacerbadas en Rusia más que en ningún otro país capitalista. Pero las decisiones tomadas con tal fin se revelarán de poco o nula eficacia.

Empieza el «agricultor» Khrutchev por desdoblarse los aparatos del partido y del Estado, ya pesadísimo enjambres parasitarios, en sendos sectores respectivamente al cuidado de la industria y de la agricultura, lo que hace cuatro sistemas burocráticos en lugar de dos. Los costes por concepto administrativo se elevan en 100%. La medida consentirá sin duda a su promotor seleccionar personal adicto, es maniobra política antes que medida económica, como siempre ha ocurrido desde que Stalin se soltó con sus métodos. Enseguida Khrutchev propone conceder mayor independencia en la aplicación del plan a quienes él llama los «agricultores», no los hombres que trabajan la tierra, sino los dirigentes y administradores locales, que si bien están estrechamente subordinados a los burócratas superiores ejercen ya un despotismo irrestricto sobre los obreros. A tales «agricultores», patronos inmediatos de los obreros, el primer patrono actual aconseja imitar «lo que hay de precioso en los procedimientos americanos, que es el sentido de las realidades y de los negocios». (Informe de Khrutchev al Comité Central, el 28 febrero 1964). Para despertar ese sexto sentido burgués, la remuneración de los dirigentes locales estará en relación directa con los resultados, a imitación de los especialistas yankees. Se trata pues de darles participación en los beneficios de la explotación, según el rendimiento que consigan arrancar a los trabajadores, regla vigente en la industria desde hace largo tiempo. En los sueldos muy altos que el capital asigna a especialistas y directores, el movimiento revolucionario ha visto siempre un dividendo sobre la explotación, si bien fijo e independiente del volumen de la misma. Cuando ese dividendo representa un porcentaje de la plusvalía, o sea, del trabajo impagado al obrero, sus beneficiarios resultan ser copropietarios del capital y pondrán máximo empeño en aumentar la parte de trabajo no pagado.

Por tal procedimiento del más brutal carácter capitalista, Khrutchev puede estar seguro de granjearse la simpatía de la burocracia koljosiana, envite nada secundario para él. Pero es dudo que consiga disminuir a proporciones «occidentales» las contradicciones entre agricultura e industria, pues ello depende de ésta tanto como de aquella, y además de condiciones políticas que se le auguran mal. Fuere lo que fuere, la enemiga de las masas a la contrarrevolución stalinista y a su capitalismo de Estado no dejará de exacerbarse. En efecto, Khrutchev les depara trabajo más intenso con menor paga. El jornal a destajo medido por la extensión de tierra labrada, regla hasta ahora, queda substituido a partir de este año por el destajo según la cosecha de esa tierra. El gobierno hace recaer así sobre los obreros agrícolas las consecuencias de las malas temperies o de la incompetencia de sus peritos, mientras que la norma determinante del nuevo sistema de destajo forzará los obreros a mayor esfuerzo sólo para conservar la actual mezquina paga. A fin de amortiguar la pésima impresión que las disposiciones mencionadas causan, se habla a los trabajadores agrícolas de pensiones de vejez, alojamientos, vacaciones, estancias en los establecimientos de reposo reservados a la burocracia. Pero

¹⁷ En el informe de Souslof contra Pekín se achaca a Molotof la ejecución de un grupo de «esposas de enemigos del pueblo», o sea de opositores a Stalin. La desfachatez con que esa gente acusa a sus antiguos cómplices de crímenes en los que colaboraron con el entusiasmo de rigor, revela su catadura moral. Se ven en la obligación de salpicarse a sí mismos de criminalidad confirmando lo denunciado por los revolucionarios desde hace 30 años. Espléndida demostración del resquebrajamiento gubernamental. Mucho más vendrá.

todo ello *pendiente del rendimiento* y de la *buen conducta* personal inscritos en una cartilla o «pasaporte de trabajo» de que me ocuparé líneas adelante.

La extracción de plusvalía a la clase trabajadora y su conversión en capital fue llevada a efecto desde el primer plan quinquenal por procedimientos tan bárbaros que venializaban los de la acumulación primitiva en Europa occidental, que Marx ha descrito. Añadiéndose a la novedad anacrónica de la operación, de contornos vagos al principio, el azoramiento causado por un fenómeno reaccionario de rasgos completamente imprevistos y la falsificación oficial de cifras y hechos, resultaba difícilísimo discernir en él las debilidades y contradicciones capitalistas. Mas después de la guerra, a favor de los fabulosos beneficios económicos y territoriales de la victoria, el Estado ruso alcanza un grado de acumulación del capital y se ve acuciado por problemas que ponen de relieve las contradicciones internas del capitalismo y lo retrógrado de toda economía basada en el trabajo asalariado.

Ya se ha visto que el aspecto agrícola y en el de las relaciones con sus «aliados», el Kremlin se ve asediado por dificultades de naturaleza idéntica, si bien agudizadas, que los constantes de la vieja sociedad. Otro tanto acontece en el dominio industrial hogaño circo predilecto del charlatanismo político. Así, la preeminencia concedida a todas las industrias no destinadas a la producción de artículos de consumo -salvo algunos de lujo-, uno de los rasgos más peculiares del capitalismo moderno, alcanza en Rusia proporciones aterradoras. Los gobernantes han tenido que inquietarse de ello y el problema mismo se convierte en argumento de lucha inter-burocrática. Procurando achicar el foso abierto entre una producción de consumo debilísima pese la mejoría de los últimos años, y la industria de los elementos de producción, más la de guerra tan inútil como enorme, Moscú pide auxilio al capital y a la técnica extranjeros. Estados Unidos, Japón, Alemania occidental, Inglaterra, Francia, Suiza e Italia, han contratado, o están en vías de hacerlo, la creación en Rusia de diversas empresas destinadas a una producción de consumo. Los datos concretos, sin interés aquí, han sido ofrecidos por la prensa especializada y parte por la diaria. El hecho tiene mayor significación política que económica. Por primera vez desde que ahogó la revolución, la nueva casta explotadora se halla en la necesidad de ceder al clamor de las masas, todavía furtivo e inorgánico. Con todo, aunque lograrse reducir el desnivel entre las dos ramas de la industria más o menos como el capitalismo occidental, remota perspectiva, descubrirá resultados opuestos a los que busca. La aparición de artículos adquiribles sin otra limitación que la del salario cobrado, redoblará la oposición de las masas, aguzando también su intuición revolucionaria. El hambre y la penuria tan prolongadas, no son muy favorables a la rebelión. La necesidad de una industria única y exclusivamente consagrada a saciar las necesidades de consumo y de ocio, resaltarán contrastando con las largas horas de faena y el racionamiento por el salario de las mentidas «economías de abundancia» a las cuales quisiera acceder el capitalismo ruso. Pero antes hablarán las masas.

Tampoco está exenta Rusia de la calamidad endémica mundial: el ejército de reserva proletario, la multitud de hombres y mujeres sin oficio ni beneficio, necesitados de vender su fuerza de trabajo en cualquier peonaje, al precio que les ofrezcan. La población rural parece inagotable como cantera de materia prima humana. En ella vuelven a reabsorberse gran parte de los sin trabajo, costumbre de la época zarista que la contrarrevolución ha estimulado a fin de amañar sus cifras de propaganda exportada. Un criterio económico estricto, a mayor abundancia un criterio revolucionario, ha de juzgar como parados a los obreros llegados del agro y a cuantas personas se hallan en los campos de concentración. Eran muchos millones, más de diez según avalúo cauto. Khrutchev se ha guardado de publicar la cifra verdadera, de indicar cuantos han sido libertados y cuantos quedan, además de que la dictadura «colegial» continúa condenando a trabajos forzados por toda clase de motivos. La demanda normal de fuerza de trabajo no daría cabida a cuantos penan sin otra paga que el rancho y el petate. Por horrenda que sea *Una jornada de Ivan Denissovitch*, de Alejandro Soljenitsyn, la verdad cruda sobre los campos de concentración nos vendrá de quienes no consienten acicalarla según dictados oficiales.

A pesar de que el abarrotamiento de mercancías invendibles, primer manifestación de una crisis cíclica, no corre riesgo de producirse en una economía tan carente de ellas como la rusa, sus plantificadores apenas están en condiciones de medirse con el capitalismo occidental y el japonés en cuanto a asignación de inversiones en las diversas ramas, encauce del mercado y demás dirigismos auxiliares para evitar la crisis o quitarle gravedad. La mayoría del paro obrero en los países industrializados lo origina actualmente la automatización. Ahora bien, mientras que en el capitalismo la automatización arroja a la calle dos tercios o más de los trabajadores en cada industria y a los restantes les destruye músculos y mente, en sociedad socialista la reducción de dos tercios correspondería a las horas de trabajo, y no con disminución de paga, sino con aumento. Las máquinas al servicio de consumo y libertad, no de la acumulación de capital. Lejos de eso, en

Rusia la automatización echa proletariado a la calle, e igual que en Estados Unidos constituye un instrumento de explotación y opresión redobladadas.

La concatenación de los acontecimientos ha querido -¡con cuanta parsimonia llega!- que las masas se solivianten contra sus condiciones de vida material y política cuando los tecnócratas del Kremlin planean someterlas a la automatización generalizada, a fin de realizar su sueño imperial de sobrepasar la producción yankee y subordinarse a Estados Unidos por el capital y si no por las armas. A eso es a lo que los dominadores llaman «construir las bases del comunismo en grande». Por fortuna para los trabajadores rusos y de todo el mundo, los falsarios del Kremlin encuentran cada vez mayores dificultades para mantenerse. Al despertar y al espíritu de rebeldía naciente en la población oprimida agréganse la insostenible situación de la agricultura, la venenosa querrela con China, preñada de repercusiones en el bloque ruso y allende, más la suprema contradicción entre la automatización según reglas capitalistas («controlada por el rublo», puntualiza el programa del XXII congreso), y las necesidades de las masas, que requieren imperiosamente subordinársela con vistas a una distribución socialista, única manera de acabar con la acumulación ampliada del capital. Como consecuencia de todo ello, el monolitismo contrarrevolucionario de la casta gobernante, sin par en la historia, irá agrietándose sin remisión. El proceso está ya iniciado, pues tras el relumbrón optimismo de congresos, discursos y piruetas espaciales las bases del régimen están carcomidas por su propia naturaleza anti-histórica. Quienes, sin motivos interesados, lo consideran sistema socialista, o siquiera a cubierto de las negatividades del viejo capitalismo, despertarán tal vez de su modorra al estruendo del tiroteo insurreccional.

El restablecimiento de la pena de muerte por delitos económicos recuerda los peores tiempos de Stalin y permite entrever la corrupción imperante entre los «natchalniks» que constituyen la jerarquía opresora en todos los escalafones de cada institución. De seguro que Khrutchev no ha recurrido de buen grado a tal medida, pues él aspira a normalizar el disfrute del poder poniendo los individuos que lo ejercen a recaudo de encarcelamientos y de ejecuciones capitales. Pero en achaques de organización estable de una nueva clase poseyente, querer no es ciertamente poder. Aún suponiendo lo peor, que la revolución proletaria desaparezca del horizonte histórico columbrable, transcurrirán siglos antes de que el magma social fragüe otra clase dominadora representante del devenir. La burocracia rusa no es más que la continuadora del capitalismo, una burocracia burguesa por su función económica y por su mentalidad política, sin más porvenir que la aventura del advenedizo en las postrimerías del capitalismo. La prevaricación ideológica y el monolitismo lacayuno que la auparon al absolutismo, son inseparables de la corrupción material, y ésta la justificación individual de aquellas. Además de la corrupción legal, nada escasa, cada director de esto o de lo otro, potentado en su dominio, irresponsable ante los de abajo, está en situación de trapichear bienes y cifras estadísticas en proporción a su rango. En los últimos meses, menudean los procesos por malversación, venta clandestina de mercancías y robo. Los nombres a menudo judíos de los fusilados o encarcelados sugieren el sacrificio de algunos testaferreros, responsables menores, para reafirmar el prestigio de las instituciones. Pero es innegable que en un sistema donde nada se hace sino bajo mandato o supervisión del partido gobernante, los principales responsables son miembros y comités de éste. La conclusión es congénita a la victoria del stalinismo y se ramifica de arriba abajo en toda la estructura gubernamental.

No se trata de una característica de los niveles inferiores o medianos de la burocracia. Alcanza de diversas maneras a las más elevadas jerarquías, sin excluir en ciertos casos la venta a los servicios de información extranjeros. Los asuntos de espionaje juzgados en Moscú el pasado año, han descorrido un poco el velo, a pesar de que el Kremlin no da al público sino noticias muy expurgadas. Poco antes de ser juzgado y fusilado por espía, Oleg Penkovaky era vicepresidente de la sección extranjera del Comité de Estado pro-coordinación de la investigación científica. Estaba pues al tanto de los principales secretos militares rusos. Era también héroe nacional, amigo o compañero de grandes personajes, yerno de un mariscal, protegido de otro, colaborador personal de Khrutchev durante la guerra, en uno de los comités militares de Ucrania. Se había puesto al servicio de Estados Unidos. El jefe del Estado Mayor, mariscal Zakharov hubo de ser destituido, otro mariscal, Nadine, dejado en general. Era el jefe de la sección de cohetes balísticos de alcance intercontinental. Las medidas ocultas son ciertamente mucho más graves. Sin citar otros casos de corrupción de la alta burocracia, vale la pena recordar la desertión a Estados Unidos, en febrero último, de uno de los miembros de la delegación rusa a la conferencia del desarme en Ginebra, Yuri Nosenko. La lista completa de casos semejantes sería larga. No se trata de espías ordinarios, de los que siempre encuentran las potencias interesadas, sino de dirigentes de primera línea de la casta gobernante, lo que denota tanto la extremada venalidad de la misma como el relajamiento incesante de su poderío. Tal es la calaña de los hombres que asesinaron, difamándolos, a los revolucionarios de 1917.

Otra seria dificultad con que tropieza la contrarrevolución es la organización económica de sus territorios. El COMECON no es hasta ahora sino una mala imitación del Mercado común europeo. Pero mientras aquí desaparecen gradualmente los aranceles y reina el principio de la unanimidad para todas las decisiones, en correspondencia con un nivel no muy disímil de desarrollo capitalista, y sobretudo con una concentración supranacional previa de los principales trusts, el COMECON quiere empezar estableciendo «la división socialista del trabajo». Despojado de hojarasca terminológica, eso significa implantamiento de la concentración supranacional de capitales, que de hecho exige supeditación al más poderoso de los trusts estatales. Realizada tal división del trabajo a partir de las inversiones, los Estados stalinistas quedarán convertidos en provincias de Moscú, incluyendo Checoslovaquia, cuyo desarrollo medio es superior al de Rusia. El gobierno rumano ha protestado en tal sentido al socaire del alboroto chino, y por su parte el yugoslavo prefiere «la división *internacional* del trabajo». Con los americanos los negocios, con Khrutchev el compadreo socializante. Los otros capitalismo estatales del COMECON agachan las orejas, pero en un momento u otro se verán obligados a gruñir. Las obligaciones financieras e industriales que Rusia desempeña sin suficiente acumulación de capital, han de ser cubiertas con índices superiores de explotación. Y los países «hermanos» no van a ser tratados mejor que el proletariado ruso. De ahí surgirán conflictos que desgarrarán a la casta dictatorial, y en determinadas condiciones choques que propiciarán la sublevación de las masas en esos países y en Rusia misma.

La rebeldía de que aquí dan ya muestra nos la cuentan las leyes proyectadas o recientemente decretadas y el mismísimo programa del XXII congreso. Sabido es que la disciplina del trabajo es impuesta en toda Rusia mediante reglamentos de fábrica, taller, etc., de severidad máxima, que refuerzan sanciones administrativas y condenas penales que pueden ir hasta varios años de trabajo forzado. Sin embargo, la renuencia de los obreros es tan obstinada que el gobierno ha añadido otras leyes represivas. A principios de 1962 fueron sucesivamente publicadas en el *Boletín Oficial* dos de ellas, a cual más bárbara. Dicta una condena de 2 a 5 años de trabajo forzado¹⁸ para los «ociosos, holgazanes, parásitos y otros elementos antisociales»; la otra, pena de muerte en los casos de «ataque a la policía, corrupción y violación». Ambas leyes van incuestionablemente dirigidas contra la clase trabajadora, como lo corrobora la campaña de toda la prensa del país, simultánea a la publicación de aquellos, contra los obreros que roban productos en fábricas y koljoses, faltan al trabajo, renuncian por completo a él o no rinden la norma. El número de éstos, en particular de desertores de las fábricas, aumenta año tras año; deben contarse por decenas, si no por centenares de miles, sin que la *violación* cuente en la ley sino para disimular su reaccionario carácter. Para esos hombres, huir del trabajo es la única manera de disfrutar de alguna libertad. En él no sólo están sometidos a normas y destajos agotadores, sino expuestos de continuo a que la dirección o la célula del partido dictador les imponga multas, castigos disciplinarios, o los mande a un campo de concentración en calidad de «holgazanes», si no de «enemigos del pueblo». Recuérdese que por simples retrasos reiterados en la llega a la fábrica pueden verse condenados a 6 meses de trabajo obligatorio con paga reducida. Al agobio físico añádese la asfixia policíaca. Sin medio legal de contrarrestar uno ni otra, excluida la defensa colectiva mediante huelgas, agitación oral o escrita, es natural que numerosos obreros prefieran escabullirse, vivir al azar o de los muchos expedientes que todavía ofrece la circulación económica no estatal. Es una forma de resistencia a la opresión, de igual manera que el hurto de mercancías es un paliativo a los jornales miserables.

En vista de tal situación, la última charranada gubernamental constituye una declaración de guerra a las masas en general, a los hombres más recalcitrantes y avisados en particular. El secretario general, jefe del gobierno, generalísimo de todos los ejércitos, Khrutchev en persona laureado con todos los títulos de Stalin, se pronunció a favor del establecimiento de una libreta o «cartilla de trabajo» obligatoria como documento de identidad¹⁹. Habrán de consignarse en ella los méritos y deméritos del titular, el trabajo que desempeña, los medios de vida con que cuenta, más su ficha policíaca o judicial. La presentación del documento será indispensable para toda gestión, desde la más trivial hasta la más importante. Quedará así convertida en documento de identidad obligatorio una ficha policíaca tan completa como no existe siquiera en los archivos judiciales de ningún país del mundo. En efecto, comprenderá, además de las notaciones que correspondieren

¹⁸ Las condenas son prorrogables por otro tanto, por decisión policíaca comunicada al reo en vísperas de la fecha en que debiera irse libre.

¹⁹ La idea de tal libreta procede, según decir oficial, de tres obreros de la cuenca del Don. El ritual hipócrita del régimen exige que las leyes más antiobreras sean sugeridas por los mismos que las sufren. Es tradición desde los primeros tiempos de Stalin, de igual forma que los acusados han de confesar sus culpas ante los tribunales, especialmente cuando no tienen ninguna.

de la policía, calificaciones patronales de este jaez: «falta al trabajo», «viola la disciplina», «haragán», «crítico», «no cubre la norma de producción», o bien, por el contrario: «disciplinado», «sobrepasa la norma», «obrero de choque», etc.

Los gobernantes no se han atrevido aún a decretar su proyecto, pese a sus poderes absolutos, señal cierta de la repulsa general que encuentran. Han de preparar el terreno mediante campañas propagandísticas en que la falsificación de ideas y la intimidación van de par, a fin de obtener «aprobaciones unánimes y entusiásticas» en asambleas de asistencia obligatoria, en las cuales hacer acto de oposición es señalarse a represalias patronales y policíacas. Discurseando el 28 de febrero, el sucesor de Stalin daba la pauta a la campaña de falsificación y engaño, comparando su proyecto con el carnet del trabajo establecido en tiempos de Lenin. El carnet de 1919, en medio de la guerra civil y de una carencia pavorosa de productos, concedía a los obreros precedencia y equidad en el racionamiento de suministros, sin notación alguna susceptible de perjudicar o aventajar a ninguno de sus titulares. La cartilla de «trabajo» ideada, pretende colocar a cada trabajador un marbete que especifique su grado de oposición, de sumisión pasiva o de servilismo respecto de la contrarrevolución imperante; privará a unos de derechos y posibilidades, concederá a otros ventajas materiales y poderes, pondrá la mayoría ante el dilema de someterse calladamente o incurrir en represalias, y todo el mundo quedará a merced de cualquier burócrata. En suma, y al contrario de lo que Khrutchev pretende, se trata de una extensión policíaca y terrorista de la cartilla del trabajo establecida por Stalin en 1938.

Es imprescindible recalcar la trascendencia reaccionaria del susodicho proyecto. Una vez aplicado, distribuidas las cartillas policíacas con sus notaciones a la totalidad de los habitantes, la capacidad represiva del régimen, ya enorme, no concederá otro límite que el desbarajuste de los 16 o 18 millones de funcionarios de todas categorías y actividades, líderes políticos y sindicales, polizontes, militares, científicos e intelectuales rampantes que constituyen el aparato económico-estatal. Cuantos resisten o hayan resistido de cualquier manera que fuere a la explotación y al absolutismo, cuantos abandonan el trabajo, faltan a él, no cumplen o cumplen mal la norma de producción, se verán convertidos en ciudadanos de ínfima categoría, privados de derechos, de posibilidades de trabajo, de alojamiento, de suministros, hostigados como bestias o enviados al trabajo forzado. Y las propias campañas de la prensa rusa indican un crecimiento de la rebeldía proletaria que hará ascender a centenares de miles, a millones, el número de obreros que llevarán notas infamantes en la cartilla de identidad. La aplicación del proyecto empujará gran parte de ellos al vagabundaje, o a echarse al monte y vivir en guerrilla. Probablemente ambas cosas están ocurriendo ya. Así lo sugiere el decreto penando de muerte los ataques a la policía.

En vano la prensa presenta el odioso proyecto como correspondiente a una «civilización del trabajo» y un paso «hacia el comunismo». El género de vida que las masas padecen las inmuniza contra el parloteo. Tienen plena conciencia de que el gobierno, los sindicatos y el partido único son sus enemigos y la sede de la explotación. Su odio a éstos arreciará con motivo de la cartilla policíaco-patronal, es evidente. La medida es tan amenazante que bien podría dar ocasión a que los trabajadores más valerosos transformen la oposición pasiva en oposición activa. Los gobernantes se verán quizás en la necesidad de recular. Mas aunque así no fuere, el conflicto de clases irá ganando amplitud y vigor, hasta que rebrote el espíritu revolucionario de 1917. No se puede contemplar la aplicación del proyecto durante largo tiempo, sin ver convertida legalmente la sociedad en una sociedad de esclavos.

Mientras la prensa y la radio repiten machaconamente el programa del XXII congreso, las disposiciones administrativas y policíacas van encaminadas a persuadir de grado o por fuerza al proletariado de que es necesario trabajar y rendir más con igual paga, en realidad inferior proporcionalmente. En el país entero resuena día a día la amenaza: «Quién no trabaja no come». El lema tradicional del proletariado contra la burguesía y los estratos parasitarios de la sociedad, la burocracia capitalista rusa, ella misma parasitaria de todo en todo, lo convierte en antifrisis y lo aplica a los desposeídos. Todo obrero sabe que si no trabaja no come y que carecer de trabajo es tragedia terrible. Sólo en determinadas circunstancias históricas muchos de ellos han preferido esa tragedia a una paga miserable en condiciones de trabajo insufribles. Por ejemplo, en la España del siglo XVII, cuando gran número de trabajadores de la ciudad y del campo preferían ser buscones errantes o ir a la cárcel antes que trabajar para malcomer y bajo la amenaza de la Inquisición. Evidentemente, los trabajadores rusos aguantan cada vez peor las condiciones económicas y políticas que el Kremlin les impone.

La «construcción del comunismo en grande para 1980», señuelo del Programa nuevo, no contrarrestará la situación descrita, antes al contrario, ni suscitará la aparición de otros «obreros de choque» que los acostumbrados capataces y limpiabotas de la dirección. Más y mejor que el equipo de Khrutchev había

prometido Stalin para una fecha ya bastante pretérita. Hartas de escarmientos, las masas trabajadoras no retendrán como verdad sino la letra de las leyes represivas y los números de la hoja de paga. El ideal de la alta burocracia sigue siendo igualar y sobrepasar la producción actual de Estados Unidos, o sea su volumen capitalista. A tal fin, ni más ni menos que hace 30 años:

«... se hace necesario aumentar la *productividad del trabajo* en la industria, de más del doble en los próximos 10 años, de cuatro a cuatro veces y media en 20 años»²⁰.

Concretamente, ello requiere:

«Ritmos más elevados de aumento del rendimiento del trabajo relativamente a su retribución, fijación más sensata de las normas de trabajo, eliminación de las pérdidas de tiempo... y «perfecciona constantemente las normas técnicas, los sistemas de salarios y de primas, *controlar mediante el rublo la cantidad y la calidad de trabajo*, rechazar la nivelación de la retribución, reforzar las formas colectivas de incentivo material que estimulan el interés de cada trabajador...»

«En la edificación comunista es indispensable *utilizar a fondo las relaciones mercantiles y monetarias* conforme a un contenido nuevo que les es propio en período de socialismo. Para ello se atribuirá un gran papel a la utilización de medios de desarrollo de la economía tales como: gestión equilibrada, la moneda, el precio, *el precio de coste, el beneficio, el comercio, el crédito, las finanzas*».

El contenido «nuevo» en todo eso, pero nuevo a partir de Stalin es el obscuro descoco con que se mezcla la palabra comunismo, a nociones y prácticas capitalistas entre las más capitalistas. El régimen stalinista - decía Trotsky - es susceptible de deshonrar la idea misma de comunismo. A estas alturas y analizados los métodos y objetivos de lo que el Programa designa como «construcción del comunismo», no puede caber duda de que denigrar el contenido verdadero del comunismo es propósito nada involuntario para los oligarcas del Kremlin.

Los gobernantes y economistas de todos los países están tan familiarizados con los procedimientos relatados en el Programa ruso como los redactores del mismo. Baste citar palabras de un representante del capitalismo tan oscurantista como lo es el dictador Francisco Franco. Durante las huelgas de 1962 decía en su discurso del monte Garabitas reprochando a los obreros pedir aumento de salario:

«Las mejoras que las remuneraciones del trabajo hayan de tener han de salir principalmente de las mejoras de producción, de la modernización de la maquinaria, del perfeccionamiento de la organización del trabajo y del esfuerzo del propio trabajador».

Y el programa del XXII congreso:

«Elevación de la remuneración individual de los trabajadores según el trabajo cumplido».

Personalmente, Khrutchev se mide bien con Franco en un discurso a los obreros de Yugoslavia en agosto de 1963:

«Frecuentemente la gente quiere tener más bienes, pero se rebelan cuando son aumentadas las normas de rendimiento. ¿Pero, se puede consumir más sin producir más?».

Ninguno de los muchos tópicos característicos de las clases explotadoras es tan manido como ese. Marx lo refutó en su tiempo reiteradamente, y en el opúsculo *Precios, salarios y ganancias* demuestra que no es verdad ni siquiera bajo el capitalismo. En este mismo, la clase trabajadora puede, dentro de ciertos límites dados por su lucha política y por la técnica, consumir más sin producir más, y sobre todo trabajando menos. Pero, claro está, no sin mermar la parte del producto social que se apropia el capital, cuyos poseyentes, gobernantes, polizontes, etc., sí que consumen sin relación alguna con el trabajo útil que suministren y a menudo en relación inversa de él.

Sentando nuevamente por escrito el camelo económico consuetudinario de la burguesía, el vigésimosegundo Congreso se limita a programatizar la realidad rusa, ya vieja. El trabajo asalariado y pagado según criterio mercantil, ayer presentado como provisional, se transmuta en ley definitiva, palanca del devenir.

²⁰ Ésta y las siguientes citas del Programa las tomo de la traducción francesa del órgano central del stalinismo en Francia, *l'Humanité*, de los días 31 de julio y 1 de agosto de 1961. La primera cursiva es original, las otras mías.

Ni que decir que si por tales procedimientos se llegase a la sociedad comunista, la mayoría de los países occidentales y el Japón se encontrarían hoy mucho más cerca de ella que Rusia. Por su parte, los Estados Unidos estarían ya abordando el comunismo, puesto que dar alcance a su nivel general es lo que el programa tilda de «bases del comunismo en grande».

Como signo de orientación al comunismo, el Programa no presenta otra cosa que índices de producción, además futuros la mayoría. Rellenar así de cifras la sesera de la gente, los «milagros» alemán, italiano, japonés, no digamos el milagro ruso, lo han convertido en plaga. Pero no se trata sino del economismo lerdo que ha sido siempre la médula espinal de la sociedad de explotación, y elevado a la enésima potencia por el reflujo del proletariado y la rivalidad inter-bloques. Ahora bien, lo que ha de distinguirse de cualquier otra a una sociedad en marcha hacia el comunismo son los *índices de consumo*, y ni siquiera ellos solos, sino como consumo en aumento a partir de los estratos más pobres y tendente a la desaparición de clases. En Rusia la diferenciación de ingresos va desde la indigencia hasta la opulencia ultrajante, y los planes favorecen la contraposición de categorías obreras, instrumento reaccionario por excelencia.

La meta de la supresión de las clases, ideal revolucionario, es una necesidad y una posibilidad inmediata del momento histórico y de la técnica misma. Sin una distribución que rompa la ley del valor a partir de la paga según el trabajo realizado, la humanidad no podrá dar un solo paso hacia delante. Crecerá el número de técnicos y hombres de ciencia, pero serán otros tantos chupadores del sudor ajeno; se perfeccionarán los planes de producción, pero para mejor racionar el consumo de la masa rigurosamente separada en categorías, y para dar suelta al despilfarro de la «intelligentzia»; se pondrá en funciones la automatización, pero sólo para agrandar el abismo entre instrumentos de trabajo y trabajo humano. En una palabra, no podrá pasarse del desenvolvimiento económico raquíutico y de la regimentación de la pretensa sociedad de consumo, alias de abundancia, alias *öfluent society* misma por que suspiran en el Kremlin.

Ahora bien, la dolencia de la humanidad reside precisamente en esa enquistación del capitalismo que los dirigistas llaman *öfluent society*, cuyo secreto es la aplicación premeditada de la ley del valor en todos los planos sociales, inseparable de la fisgas policíacas y los lavativos cerebrales altamente organizados. La *öfluent society* no atenúa ciertas contradicciones del capitalismo liberal (la importancia de las crisis cíclicas) más que para ahincar la contradicción histórica entre éste y la sociedad. Hace un siglo que Marx consideraba el desarrollo económico de Inglaterra asaz amplio para permitir al proletariado emprender la etapa de transición al comunismo, es decir, el período en que la ley económica del valor es quebrada en su base misma, la venta del trabajo humano, y finalmente liquidada. Tan sólo ese tajo revolucionario al mercantilismo consentirá disminuir las horas de trabajo de 50% o más, assimilar al trabajo útil a millones y millones de personas emboscadas de tantísimas maneras en la actualidad, poner en juego la automatización a fin de colmar las inagotables exigencias de consumo y cultura adrede estranguladas en la actualidad, acabar en poco tiempo con las clases y el Estado, y también ofrecer a los trabajadores de los países rezagados, sin contrapartida mercantil, cuanto necesitan para alcanzar a los otros.

Para adentrarse en la senda del comunismo hay que derribar en la economía rusa los mismos obstáculos que en la occidental. Precísase que el rublo pierda el *öcontrol* de la cantidad y la calidad del trabajo, lo que supone como acto previo, arrebatarse el dominio de la sociedad a quienes lo detentan hoy, hombres e instituciones. La revolución de 1917 quiso romper la ley del valor. No pudo o no supo, es cuestión que no toca elucidar aquí. La resaca de esa tentativa que estremeció al mundo, trayendo a flote la escoria de la vieja sociedad, restituyó a aquella su entera función, con una fuerza coactiva y premeditada jamás vista. Mas por tal camino los éxitos económicos, éxitos pírricos desde el punto de vista revolucionario, habrían de abocar en un momento u otro, según su propia cuantía y el ámbito mundial, a un tope a partir del cual reaparecería con nueva rudeza y en sus múltiples indicios, la incompatibilidad original, puesta de relieve en 1917, entre el capitalismo y el devenir colectivo. El rotar dialéctico de la historia es más contumaz y lúcido que los hombres. A éstos los doblega a menudo el terror o los desquician situaciones contingentes; aquél carcome por sí solo terror y contingencias y vuelve a arrojar luz más viva sobre sus verdaderos problemas.

El período de triunfo de la contrarrevolución rusa y el de su desbordamiento en Europa y Asia, es en el resto del mundo período de derrotas para el proletariado, de reconstrucción y nuevo auge del viejo y maltrecho capitalismo. No se trata de dos procesos diferentes, sino concomitantes, que de continuo se han auxiliado a la recíproca, hasta parar en la colaboración-rivalidad de un solo imperialismo con dos capitales. Cuarenta años de derrotas del proletariado jalonan ese resultado, que sella la unidad del capitalismo americano-ruso, para bien y para mal, frente a la futura revolución comunista, y déjese hablar a agiotistas y falsarios de hablar de revolución allí donde no hay otra cosa que transferencia o redistribución de dividendos. Nunca se sintieron tan optimistas y seguros de sí los representantes del capital. Quizás sus cerebros electrónicos, interrogados al respecto, les hayan vaticinado luengos lustros de expansión. Pero no será sin

reducir cada hombre a mecanismo de servidumbre de los aparatos electrónicos. En cambio, un cerebro humano sin teclas de mando -demasiados las tienen ya- ve diáfano que la economía capitalista ha sobrepasado con creces los límites compatibles con el devenir del individuo, base de la sociedad, los límites indispensables para acometer su organización comunitaria. Ello a tal punto, que está en condiciones de destruir en pocos minutos la totalidad de los habitantes del Planeta sin ser capaz de darles siquiera proteínas y calzoncillos, no digamos libérrimo florecimiento de sus aptitudes. El cénit industrial del capitalismo es esa amenaza de muerte que desde Washington y Moscú amaga la vida noche y día.

Característico de la contrarrevolución stalinista es haber recorrido todo su camino atrás, hasta primera potencia militar, prevaliéndose del comunismo. De ahí se deducen matices importantes en lo inmediato. En occidente, los partidos «comunistas», después de haber contribuido decisivamente a la derrota de la revolución comunista, aparecen en la oposición, siquiera modosamente burguesa, engañan todavía a muchos, y con ayuda de leyes y propaganda de los poderes constituidos aprisionan orgánicamente a las masas. Son grave obstáculo para el renacimiento del proletariado como clase combativa y aún podrían volver a destruir la revolución resurgente. En Rusia y doquier gobiernan esos partidos, su nombre no engaña a nadie. Se mantienen allí sobre todo mediante el terror policíaco, comprendiendo el del ejército. No están pues en condiciones de empujar a una vía muerta cualquier posible movimiento de masas. Eso podrían hacerlo sólo un trotskismo prevaricador, incapaz de dismantelar todas las instituciones stalinistas, u otra tendencia que a ojos de las masas tampoco esté vinculada con el poder actual. En Rusia y sus territorios, las masas no pueden dejar de chocar frontalmente con el partido pseudo-comunista; será esa su primera acción, como ya se ha visto en Alemania, Polonia y Hungría. En Europa occidental, América y demás países, el choque inicial será contra el poder existente, y enseguida actuarán como fuerza reaccionaria de reserva los secuaces de Moscú, o los de Pekín, tanto da. Pero mientras en occidente y ciertos países de Asia quedan a pesar de todo núcleos revolucionarios que llegado el momento podrán ganar la confianza del proletariado y dar cima a la revolución, en Rusia no existe uno siquiera de esos grupos, por razón de completo exterminio. Fue sin embargo en los presidios y aisladores políticos rusos donde sonaron las primeras voces, hacia 1930, estigmatizando al stalinismo como contrarrevolución ya instalada, no sólo en cierne como creían entonces Trotzky y la mayoría de la Oposición. En esas fuentes hoy cegadas por el lodo de la propaganda oficial deberá buscar hálito inspirador la rebelión de la juventud.

Esos matices subrayan la unidad de la contrarrevolución mundial y de la crítica histórica del capitalismo. Si en el bloque ruso es el terror policíaco y el asesinato de los revolucionarios la principal dificultad para la sublevación del proletariado y lo que prolonga el desenlace, en el bloque americano es la obra anterior del stalinismo, que ha desmoralizado las masas, y su dominio orgánico, que el Estado respalda en la mayoría de los casos, sobre el proletariado. El capitalismo occidental no sobreviviría a la toma del poder, de las armas y de la economía por el proletariado ruso, ni la contrarrevolución stalinista a la revolución en occidente.

Un esclavófilo del siglo XIX predicaba: «Dos Romas han caído, la tercera será Moscú y ya no habrá una cuarta». No sospechaba que la caída de Moscú a manos del proletariado sería andando el tiempo condición para acabar con Roma y expulsar a dios del Arbol de la Ciencia.

Mayo 1964. G. Munis

III. LA CRISIS DE LA CONTRARREVOLUCION RUSA, ¿ÚLTIMO, O PENÚLTIMO EPISODIO?

(ALARMA, Segunda serie N° 6, Diciembre 1964.)

El estupor causado en el mundo por la repentina caída de Khrutchev pone al descubierto, una vez más, la ignorancia general respecto a la verdadera naturaleza de la sociedad rusa y de sus sobresaltos. Los enfáticos «kremlinólogos» del bloque occidental no aciertan una, a pesar de que escrutan con ilimitados recursos cuanto se dice y hace bajo el signo del Kremlin. Los más estupefactos y asustados por el suceso son, sin embargo, la turba de antiguos encomenderos de Stalin, y sus casquilucios, los llamados «intelectuales de izquierda». Khrutchev, su Nikita, habíales aligerado las conciencias, pringosas de asesinatos policíacos, y dádoles una esperanza. Se consideraban ya lavados, al menos a ojos de quienes más les interesaba, de criminalidad gepeista y andando camino hacia los ministerios en honorable compañía de los viejos administradores del capitalismo en Europa occidental. Incluso la reyerta con China les convenía, sin dejar de atemorizarles, pues

les daba ocasión de echar sobre la banderita de Pekín el propio baldón stalinista y también de hacerse querer por Moscú, demasiado acostumbrado a tratarlos con soberbia.

De la noche a la mañana, desapareció el Nikita, secuestrado por sus íntimos sahumadores. Mientras siga en pie el monstruoso aparato policíaco-burocrático, sirve lo mismo para acreditar a Stalin de genio y a Khrutchev de liberal, que para dejarlos respectivamente en sus rangos más verídicos de criminal y de bufón incompetente. No por ello dejarán de ser condenados a trabajos forzados los obreros y escritores más rebeldes, y calumniados igual que en vida de Stalin. Pero no es esto, sino aquello lo que angustia a los encomenderos en todos los países. Las noticias sobre la represión incesante contra los de abajo raramente consiguen salir de Rusia, pero el episodio de la caída de Khrutchev destapa, cuando menos se lo esperaban, el característico funcionamiento stalinista del sistema, que pretendían cambiado. El primer personaje del país, investido de todos los poderes, fue atraído a una encerrona por sus ascendidos compinches, y desde entonces nadie le ha visto la cara ni cambiado con él un saludo. Ya antes de la reunión del Comité Central, policía y ejército habían decidido elevar a Brejnev y Kosiguin. Khrutchev puede darse por satisfecho con que no lo manden, por holgazán o enemigo del pueblo, a acarrear cascajo en cualquier construcción de Siberia. Después de tanta palabra sobre la pretendida destalinización, incluso el más babieca de los afiliados pseudo-comunistas terminará preguntándose si no lo embaucan.

El asunto engorra a los dirigentes stalinistas de Europa occidental muy particularmente. Para hacerse ministeriales en un futuro más o menos próximo, tenían casi convencidos ya a exreformistas y burgueses de que, muerto y maldito Stalin, ellos habían echado piel nueva de ponderados y leales demócratas con quienes se podía pactar sin miedo a puñaladas por la espalda. Moscú les inflige un mentís y les hace perder terreno. De ahí que se hayan visto en el trance de formular tímidas demandas de explicación cerca de los novísimos jefes rusos. Pero los que más arrestos se han descubierto, los italianos, ni tan siquiera se han atrevido a exigir entrevistarse con Khrutchev, no ya que se deje hablar e intervenir libremente a los trabajadores. De todos modos es síntoma cuyo origen conviene discernir.

La importancia de los murmurios del stalinismo italiano, así como de la última declaración de Togliatti, no reside en el contenido, nulo en sí, sino en lo que los inspira. En todo el occidente, es ése el partido pseudo-comunista más ligado a su capitalismo nacional. La muerte de Togliatti dio a burguesía e iglesia ocasión de mostrar sus tiernos sentimientos hacia el líder y su partido. En efecto, desde sindicatos, municipios, parlamentos, innúmeras instituciones y órganos de publicidad, ese partido es el *primer protector* del capital desde hace 20 años. Su papel le procura beneficios y fuerza orgánica. Dentro de la mecánica de su capitalismo nacional cuenta trepar a los ministerios o adquirir el poder completo. Ello le fuerza a presentarse como más civilizado y libre que su colega ruso, y sobre todo a dar muestras de alguna independencia. Además, visto el tambaleo cada día mayor del régimen ruso, le conviene dejar abierta la posibilidad de un repliegue completo hacia el capitalismo nacional. Trátase, en suma, de otra manifestación del proceso de descomposición del stalinismo mundial, que irá generalizándose. Sería, sin embargo, equivocación grave, preñada de graves consecuencias, esperar la metamorfosis del stalinismo en partidos reformistas o demócratas semejantes a los de la antigua II Internacional. No estamos todavía en el apogeo, sino ya en la decadencia del capitalismo. No hay lugar para las ilusiones de evolución democrática hacia el socialismo por aquel engendradas, y por otra parte los partidos pseudo-comunistas han sido amamantados en la contrarrevolución stalinista; su única razón de existencia a la larga, es alcanzar el capitalismo de Estado por cualquier medio que fuere, incluso haciéndose muertos como totalitarismo stalinista.

Hace luengos años, en realidad, que la estabilidad gubernamental en Rusia, cual en tantos otros países, es una ficción mantenida por la represión policíaca, el Código, los tribunales, el ejército. Y era de esperarse que en cualquier momento Khrutchev diese de bruces. Sus segundones, colégiense de veras o subyúguelos quien fuere, no tendrán más, sino menos tiempo que él de arrellanarse en el poder, probablemente mucho menos. Por muy cabezas sentadas que quieran aparentar tachando a su exjefe, *después* de doblegado, de «cabeza de chorlito», chapotean en las arenas movedizas de la alta canalla stalinista, que no dejarán de tragárselos. La estabilidad que el terror policíaco confiere la disfrutó con demasía Stalin. Estaba tan agotada a la muerte de éste, que sus legatarios hubieron de agenciarse un respiro imputándole personalmente el terror y las siete plagas de la sociedad. Sabían bien que atacar a Stalin les granjearía cierta tolerancia de las masas. Pero la moratoria así obtenida no podía prolongarse mucho. La contradicción entre las necesidades de las masas -las inmediatas no menos que las históricas- y las exigencias de la contrarrevolución gobernante no se soluciona, ni se soslaya siquiera con palabras. Más que la persona, es la obra de Stalin lo que necesitase atacar y aniquilar, en lo económico, en lo político y hasta en lo psicológico. Pero la casta gobernante lleva el stalinismo metido en la médula y sin remisión, puesto que ella ha sido y sigue siendo, como estructura

burocrática capitalista, agente y beneficiario universal de la obra de Stalin, crímenes incluidos. Le está vedado resolver los problemas que aquella contradicción pone al descubierto. Ese cometido recae sobre el proletariado y los revolucionarios. Confinada por sus propios intereses retrógrados, la casta gubernamental se limita a buscar a tientas un reajuste de las masas a su dominio, procura dar a éste cimiento más sólido, o por lo menos entibararlo. Su monolitismo sacramental, lejos de aunarla en tal designio, introduce en sus disensiones una violencia sorda y felona que reserva nuevas sorpresas. Tras de cada medida y cada relegación «votadas» unánimemente, otras «unanidades» apuntan que volverán a zarandear el aparato gubernamental. No es extraño que determinados jerarcas sientan la nostalgia de los buenos tiempos en que el terror parecía prometerles una estabilidad inacabable.

Lo más significativo del pronunciamiento de Brejnev, Súslov, Kósiguín y socios es la anulación de las medidas administrativas de Khrutchev. Separando éste cada uno de los aparatos del Estado y del partido en sendas secciones supervisoras de industria y agricultura, seleccionaba una clientela burocrática particular desafecta a sus colegas inmediatos. No cabe duda de que esa es la causa principal, si no la única del lazo tendido por los mismos que poco antes proclamaban ser un sólo hombre detrás del secretario general. Mas la trifulca por el dominio supremo del aparato proseguirá entre los pronunciados. Los demás problemas interiores o de política internacional, trasfondo permanente de discordia, han desempeñado en la operación, al parecer, tan sólo el papel de cargos a posteriori. Los vencedores no tienen nada diferente que emprender. En efecto, la política de colaboración-rivalidad con Estados Unidos sigue siendo idéntica (por propia iniciativa no podrá cambiar durante años) e incluso hay razones para creer que Johnson fue tranquilizado y puesto al corriente del pronunciamiento antes de darle publicidad.

Tocante a agricultura, preciándose Khrutchev de experto, sus birladores no iban a dejar pasar la oportunidad de apuntarle el fracaso. Sabido es que la producción de toda la red estatal de koljoses y sovjoses es escasa y mala. Pero el equipo vencedor está tan convencido de antemano de fracasar también él, que su segunda medida de importancia ha sido aumentar la extensión y las facultades de los lotes individuales cultivados por los koljosianos. Así puede confiar con cierta seguridad en que el año entrante habrá en el mercado mayor volumen de productos alimenticios. Khrutchev procuraba forzar los trabajadores agrícolas a aumentar la producción de los establecimientos estatales, limitando a tal fin las parcelas individuales; Kósiguín y Brejnev piden públicamente auxilio a la producción agropecuaria individual. Reconociendo implícitamente la incompetencia estatal, se ven obligados a hacer una concesión a la inmensa población rural del país. El poder no resultará fortalecido, téngase por cierto.

Al revés de lo que muchos creen, si el conflicto ruso-chino ha tenido algo directo que ver en el enjuague del Comité Central, será más bien por haber transmitido Khrutchev a Pekín informes militares, tal vez atómicos, y consentídole actitudes de potencia nacional dañosas para Rusia como jefe de bloque. De todos modos, las nuevas tentativas de arreglo nada conseguirán de duradero, a menos que el Kremlin se comprometa a amparar con su dispositivo termo-nuclear la puja expansionista de Pekín. Eso está totalmente excluido. Y como, por otra parte, el comercio con el bloque occidental resulta en general menos gravoso para China, la reanudación de la querrela en términos aún más increpantes no dejará de producirse. En el área internacional, pro-rusos y pro-chinos siguen haciéndose las jugarretas en que son expertos.

El barómetro más exacto de la atmósfera reinante entre Rusia y China es la actitud de la primera hacia el Japón, y sobre todo, en lo inmediato, hacia la India. No sólo ha ofrecido Moscú a Tokio contratos comerciales por muchos miles de millones de rublos, sino que le promete devolverle algunas islas, y de propina participación de capital en la industrialización de zonas siberianas codiciadas por Pekín. Respecto de la India, la política de Moscú es directa y militarmente hostil a China. Un dato es sobrado convincente: el gobierno de la India acaba de anunciar la reorganización de su defensa aérea con 25 escuadrillas de Mig 21, cazas supersónicos «Made in Rusia», a los cuales en Pekín no han visto aún el fuselaje. La explosión de la bombilla atómica china, amenaza actual para sólo la India, acarreará nuevas convergencias militares entre ésta y Rusia. En fin de cuentas de megatonas, ¿quién facilitará a la India las armas atómicas o la cubrirá con su dispositivo, Rusia o Estados Unidos? El hecho es que desde hace años Rusia viene actuando *como si* se propusiese cercar a China entre la India al sur, su Siberia al norte y el Japón al oriente. Su política en la India no es temporal, ni sólo de competencia con Estados Unidos; es permanente como concurrencia con éstos y como valladar contra la expansión china.

Bien mirado, el origen de la contienda ruso-china está, preciso es repetirlo, en la crisis de la contrarrevolución stalinista como *caso particular* de la crisis histórica del capitalismo mundial. A ella hay que referirle todo. China no esquivará las consecuencias internas de dichas crisis, por más que sea el último de los

metidos en la horma peculiar del capitalismo ruso, y que husmeando chamusquina tome distancia. Volvamos pues al epicentro de la crisis.

Hay quienes piensan que cuanto acontece desde el Vigésimo Congreso obedece a una necesidad intrínseca a la economía, que la impele a adaptarse, una vez industrializada, a los cánones distributivos y políticos de los países occidentales, donde reina la pretensa «economía de abundancia». Disparate. En primer lugar esta última economía es indigente y esclavizante en todos los dominios. En segundo lugar, es más bien ella la que ha imitado los procedimientos distributivos (salario base, normas, primas, destajos) de la economía rusa. En tercer lugar, ambas a dos deben su crecimiento y acumulación ampliada ininterrumpida durante decenios, a la pasividad del proletariado, consecuencia de su derrota en el período anterior, derrota que a su vez tiene por causa mayor la -al principio sigilosa- victoria de la contrarrevolución en Rusia. Las dificultades de la casta gobernante rusa las crea, no la economía de por sí, sino la oposición de las masas trabajadoras a esa misma economía. Y a menos de admitir de rondón que el capitalismo es todavía una sociedad de porvenir, se trata de una oposición total, histórica y no parcial, que por ende no puede satisfacerse con mejoras dentro de la explotación. Desde lo más hondo de la entraña social se alza un ingente descontento que tiende irresistiblemente a convertirse en acción. Los omnipotentes individuos del Kremlin no pueden ya gobernar como antes y lo podrán menos cada día. Sus divisiones son signo de la amenaza que hace pesar sobre ellos la marea montante de las masas. Cuarenta años de terror policíaco, padecimientos inenarrables de las masas, despilfarro y superchería de los gobernantes, han retensado contradicciones, exaltado odios y evidenciado problemas que están fraguando una futura explosión de los oprimidos. Un nuevo período revolucionario se columbra en el orto.

Frente al peligro, la casta dictatorial se comporta como cualquier clase burguesa en igual situación. Idea reformas con el propósito de tranquilizar a los suyos asustados y de paliar el descontento de las masas, sin dejar de abatir sobre éstas la represión. Franco no obra de otra manera en la actualidad. La principal de dichas reformas, la autonomía de producción ya introducida en buena parte de la industria textil y en proyecto para la industria pesada (la de guerra excluida) causará sin duda nuevos dolores de cabeza a la alta burocracia. Contrariamente a lo que afirman a coro la prensa rusa y la occidental, la medida no introduce el sistema de beneficios, sino una nueva contabilidad de los beneficios, presentes en todos los planes de producción rusos, desde el primero. Son los poderes de los organismos centrales del plan tocante a proyectos de plusvalía y a distribución de *una parte* de ella, los que pasan a los directores de las empresas, debiendo éstos también calcular producción y precios según el mercado. Aumentará por lo tanto la parte de beneficios que enriquece a directores industriales y administrativos, pero la dispersión del poder burocrático resultante no será en modo alguno negativa para la rebeldía naciente de los explotados.

Con razón han dicho los comentaristas americanos más avisados que con tal medida la industria rusa funcionará exactamente de la misma manera, y con «los mismos incentivos» que la de su país. Muy tardos han andado en comprenderlo, puesto que de antiguo la diferencia era sólo de órganos de decisión, sin que cuenten para el caso los desniveles de pujanza y eficacia entre una y otra. Los economistas rusos, puestos en danza para refutar esa afirmación (elogio en boca de los americanos), no tienen nada que contrargüir. Se limitan a enredar nociones y hechos para impedir, como de costumbre, que los trabajadores comprendan. Uno de ellos, A. Vorenf, pretende decir el argumento decisivo en la revista *Tiempos Nuevos*, de diciembre: «La empresa pertenece en el primer caso al Estado, es decir al pueblo entero, y en el otro caso a un puñado de propietarios individuales. En el primero los beneficios no son más que un índice que permite evaluar la eficacia del trabajo de la empresa para la sociedad entera, y en el otro son una forma de plusvalía, de acaparamiento del fruto del trabajo ajeno».

La habitual falsificación stalinista se explaya ahí en toda su irritante imbecilidad. Los beneficios no pueden ser en ningún caso índice de otra cosa que de las cantidades en que la plusvalía extraída a los trabajadores se reparte entre los explotadores, desde los directores de cada empresa, hasta los del Estado y sus organismos ejecutores, policíacos, judiciales, militares, sindicales, etc. Los altos jefes rusos acopian para su uso particular una parte de esa plusvalía, de trabajo ajeno, no ciertamente inferior a la que se llevan por igual concepto propietarios, accionistas y directores americanos. La nueva regla les permitirá servirse aún más copiosamente. Por otra parte, todos ellos tienen invertidas en bonos del Estado cantidades que reditúan nuevos beneficios, más trabajo ajeno, como las acciones de los propietarios de que Voronof habla. En cambio, para evaluar la eficacia social del trabajo es indispensable ver lo que cada actividad aporta a los trabajadores mismos en bienes materiales y culturales. Sin suprimir los beneficios bajo cualquier forma que fuere, eso es imposible, pues lo que entonces se evalúa es la eficacia del trabajo obrero para los embolsadores de

beneficios, que se llevan, no símbolos abstractos, sino dinero contante. El valor como medida del trabajo y de sus productos es inseparable de la explotación y absolutamente inservible en una sociedad socialista.

Que el Estado sea propietario de los instrumentos de producción, constituye garantía suplementaria para la casta explotadora, pues le permite reprimir indisciplinas y huelgas obreras como crímenes contra el Estado. «El Estado de todo el pueblo», superchería burguesa e incluso fascista, es confesión llena de la naturaleza capitalista y contrarrevolucionaria del sistema ruso, que la ha adoptado. En efecto, ese es el bagazo de la idea prusiana del Estado, recogida por Hegel, despreciada por Marx, aprontada otra vez como constancia de «un socialismo alemán» por el racista Spranger y teorizada por Schmitt para glorificar el Estado hitleriano. El pueblo -decía éste- «ha de existir y ser supuesto como unidad política para que sea sujeto de poder»²¹. Así también, para los hombres del Kremlin el pueblo *es supuesto* como unidad y como sujeto de poder, precisamente porque, en realidad, sólo es objeto del poder, objeto maltratado y sin ningún derecho.

El quehacer más fastidioso de los revolucionarios en esta hora de marasmo es tener que refutar los decires del stalinismo. En él nunca se trata de pensamientos, de teorías más o menos erradas cuya discusión valga algo; ofrece tan sólo falsedades y lugares comunes hilvanados de cualquier manera que permitan esconder lo que importa y servir a su consustancial superchería. Lo que quieren tapar los argumentos de economistas y gobernantes moscovitas es la quiebra de su particular dirigismo capitalista y la copia de los procedimientos occidentales, que sobre el terreno han venido a estudiar, desde hace años, emisarios oficiales. Ahora bien, la quiebra se debe, por una parte, a la oposición creciente de las masas frente a explotación y tiranía política, por otra el robo y la falsificación de cifras practicados de arriba abajo en el escalafón burocrático. El cambio de contabilidad y de distribución de la plusvalía es una cesión importante a los detentadores individuales del poder económico, invitados a agrandar su parte de explotación protegidos por la ley. Ello no garantiza que dejen de robar y de falsear estadísticas.

Al proletariado industrial el poder no cede ni concede nada, pero él hallará forma de tomarse mayores libertades a medida que la contrarrevolución ande su ya iniciado cuetabajo. La citada reforma consentirá a muchos obreros prescindir de la odiosa cartilla de trabajo, con la tolerancia interesada de los directores de fábrica, ya que no por abolición oficial, y disputarles salarios y condiciones de contrata a despecho de lo por arriba decretado. Por trivial que eso parezca, es aire nuevo en los pulmones del proletariado ruso, y le dará aliento para empresas de mayor monta.

Pese a la grave ausencia de oposición organizada, la usura del poder contrarrevolucionario está muy avanzada. Para darse cuenta de ello, basta observar cómo los escamoteadores de Khrutchev han sentido el vacío a sus pies. La operación fue evidentemente urdida por el alto aparato político-policíaco y militar, asustado del reblandecimiento y la pérdida de autoridad que va invadiendo sus estratos medio o inferior. Pero los promotores percibieron en toda la población un suspenso pavoroso, de muy mal agüero. E inmediatamente tomaron y anunciaron medidas indicativas de que ellos no se proponían ser peores que Khrutchev. Entre otras destinadas a tranquilizar engañosamente a unos y otros, es reveladora la libertad de la mujer de Pasternak y del poeta Brodsky, que habían sido condenados para da satisfacción a ese mismo aparato. En suma, queriendo acendrar el monolitismo totalitario, los suplantadores de Khrutchev lo han debilitado y desprestigiado algo más. El mangoneo y la zancadilla entre gobernantes, enteramente a espaldas de los gobernados, empeora todo. Únicamente una derrota eventual de la acometida proletaria que empieza apenas a fraguar, concedería a la casta burocrática un nuevo plazo de estabilidad política e imperio incontestado. Lejos de eso, en lo inmediato las masas irán ganando terreno y dislocando el aparato, y aún suponiendo que no pasen de repente a la acción -lo que puede bien ocurrir- en la canalla burocrática misma aparecerán tendencias que quiebren tajantemente el monopolio del partido-Estado, base de la contrarrevolución. Ello propiciará la organización independiente del proletariado. No se trataría, ciertamente, de una solución, pero sí de la apertura de un período de lucha organizada de la masas que consiente las esperanzas más ambiciosas.

El nudo de la crisis, la contradicción que ha de estallar, consiste en que las masas aguantan cada día peor el capitalismo estatal-policíaco impuesto por la contrarrevolución stalinista, mientras que allí *no cabe* otra forma capitalista. O ella, o el salto en el abismo para la burocracia, y con él la certidumbre casi de que las masas reconstituyan los soviets de 1917, echen mano a las armas, al poder, a la economía, disuelvan policía y ejército. Las maniobras y las falacias de los gobernantes no lograrán posponer por largo tiempo el estallido de tal contradicción, que aparecerá netamente en cuanto vuelva a resonar la voz del proletariado, más de cuarenta años ahogada. Lo que cabe preguntarse es si los substitutos de Khrutchev representan el último o el penúltimo

²¹ K. Schmitt: *Verfassungslehre*, p. 50. En español: *Teoría Consitutucional*

avatar del poder stalinista, antes de que el proletariado invada la palestra. ¡Será ese día de gran júbilo para los revolucionarios!

Diciembre 1964. G. Munis

EISENHOWER-KHRUTCHEF

(ALARMA. Primera serie nº 4, Octubre 1959)

El viaje de Khrutchef a Estados Unidos representa un acontecimiento importante de la política mundial, aunque nada de lo dicho y proyectado por el nuevo amo de todas las Rusias sea nuevo. La política de convivencia pacífica entre los países capitalistas y los «socialistas» fue inaugurada por el amo anterior, Stalin, y a su modo razonada en unos cuantos artículos que poco antes de su muerte la prensa mundial publicó: lo que hoy Khrutchef emprende es deducción de lo que proyectaba Stalin, y el todo interés de la contrarrevolución gobernante.

Aún antes de terminar la guerra, Rusia se vio confirmar por Roosevelt la posesión de los bocados que le concediera Hitler: países bálticos, partes de Polonia, Finlandia, Bulgaria, y otorgar muchas más, mediante las ocupaciones. Así empezó la «convivencia» a ser un hecho a costa de la muerte y la esclavitud de los pueblos, antes de que se pretendiese elevarla al rango de teoría. El enorme desbordamiento del imperialismo ruso se realizó con pleno y deliberado consentimiento del imperialismo americano. Tan consciente y contento de ello estaba Moscú que por entonces hizo circular a sus partidos en el mundo un documento advirtiéndoles que en vista del entendimiento tenían que aprestarse a la más sumisa colaboración con sus respectivos gobiernos durante un tiempo ilimitado. El mundo era ya mirado en Moscú como propiedad privada suya y de Washington, y en colaboración con Washington aspiraba a hacerlo producir gobernándolo. El propio derecho de veto en la Sociedad de Naciones, brutalmente denigrante tal como existe, Rusia pretendió reservarlo en exclusividad para sí y Estados Unidos. Los gobernantes rusos exultaban de júbilo ante la posibilidad de entenderse con la alta finanza yankee a costa de Inglaterra, Francia, y de todos los demás.

La «guerra fría», iniciada cuando Estados Unidos quiso limitar la expansión rusa es insostenible sin desembocar, a la improvisada quizás, en la guerra fogueada o la atómica. Y a pesar de su potencia y de sus progresos en el dominio balístico y nuclear, Rusia está lejos de descontar la victoria. Basta con ver como, en la propia guerra fría, lo que ha hecho sobre todo es incitar a los otros (Corea, Indochina, China, Grecia, Alemania Oriental) a crearle problemas a Estados Unidos, sin comprometerse ella directamente en ningún conflicto. Por otra parte, en la propia Rusia y en sus satélites la guerra fría repercutía negativamente para los gobernantes convirtiendo en espíritu levantisco y sublevación el descontento permanente del proletariado y los oprimidos en general. Añádase que los reiterados intentos de desarticular el Pacto del Atlántico se revelaron infructuosos. En esas condiciones, la desaparición del gran déspota Stalin, poniendo su puesto a subasta entre los altos dirigentes había de favorecer el cese de la guerra fría, pues todo nuevo déspota, para consolidar su poder frente a las asechanzas de sus rivales requiere tranquilidad y una aureola, de guerra o de paz. Forzando la mano a Eisenhower, Khrutchef ha obtenido evidentemente una buena ventaja sobre todos los candidatos a primer déspota de todas las Rusias, más numerosas hoy que bajo los zares.

Con todo, no cabe hacer del acercamiento a Estados Unidos un mero episodio de la rivalidad por la dominación en el interior de Rusia. Por el contrario, es este último episodio el que se encuadra dentro de la política nacional y mundial de la contrarrevolución rusa. Como segunda gran potencia imperialista, Rusia está interesada en gozar de un período de explotación y ordenación de sus

dominios, demasiado vastos y aún inciertos. Antes de emprender ningún paso más, o antes de lanzarse a la guerra le es preciso poner a contribución económica desde China hasta Checoslovaquia, y sus fuerzas en orden de batalla. Pero los gobernantes rusos tienen no menos conciencia que los americanos de que con promesas de paz o con palabras de guerra el gran problema es decidir cuál de los dos imperialistas quedará subordinado al otro. Tan descarada es esa competencia, que si formalmente se trata de firmar el tratado de paz con Alemania, vencida y desarticulada hace 16 años, todos obran y hablan como si la paz a firmar fuese entre Estados Unidos y Rusia.

Mas el éxito de esa operación de reparto del mundo y paz provisional entre los dos grandes imperialismos depende de otro factor que desempeñará en las negociaciones un papel secreto de primerísima importancia. Más aún que Estados Unidos, Rusia necesita mantener aherrojado y dócil al proletariado, impedir que se subleve. Los ejemplos de Hungría, Polonia, Alemania, Vorkuta, pueden cundir hasta Rusia entera y provocar una gran marejada revolucionaria mundial. Haciéndoselo presente a sus compadres de Washington, los gobernantes de Moscú tienen necesidad de establecer con ellos, en protocolo secreto, garantía de que les dejarán completa libertad de represión. A cambio de ello, los partidos stalinistas de todo el mundo «democrático» recibirán orden de subordinarse por entero a los intereses yankees. No se trata solamente de hacer la paz inter-imperialista, sino de garantizarse mutuamente la paz social, el libre dominio sobre las masas explotadas. La «convivencia pacífica» que el gobierno ruso se propone realizar con el «mundo capitalista», es perfectamente hacedera, pero precisamente porque los que a sí mismos se califican «países socialistas», muy lejos de serlo, pertenecen, y con muchos agravantes, al mismo mundo del capital. La convivencia, más que posible, les es natural, tanto, que continuaría después de cualquier guerra. Incluso suponiendo una futura victoria militar de Estados Unidos sobre Rusia, la estructura económica y política de ésta no sufriría ninguna alteración de clase, como ya ocurrió, durante la pasada guerra, en el territorio ruso ocupado por Hitler. En cuanto a los cambios que Rusia realiza donde llega a dominar, se tienen ya múltiples ejemplos: absorción de la explotación capitalista en manos del Estado y utilización privilegiada de los capitalistas individuales. En ningún caso sale beneficiada la clase proletaria ni menos desaparece el capitalismo.

Pero precisamente por tratarse de dos bloques rivales del mismo mundo capitalista, la paz entre ellos, además de gravosa y oprimente para los pueblos, sólo puede ser una preparación para la guerra. Todo lo contrario ocurriría, en cambio, si de veras existiese en el mundo de hoy un sector socialista. Éste sería radicalmente incompatible con el sector capitalista, pero en cambio no necesitaría para nada la guerra, porque el combate contra el mundo capitalista es de clase, no de ejércitos y han de librarlo, en cada país, los propios trabajadores. Así pues, la misma fórmula propagandística del gobierno ruso traiciona su verdadera naturaleza capitalista. Añadamos que esa lucha de clases en pro de la revolución estaría de antemano ganada, si esta última no hubiese sido machacada en Rusia por Khrutchev y sus antecesores.

En demagogo experimentado, Khrutchev ha hablado de desarme total, disolución de los ejércitos, etc. Y Eisenhower, tan sincero como el otro, aceptó la idea enseguida. El cinismo de los enemigos del proletariado nunca había alcanzado tan enorme desfachatez. La operación no solamente es irrealizable bajo el capitalismo, sino que el tiempo que requerirían las negociaciones, acuerdos, controles e innumerables trámites burocráticos, sería, por lo corto, varias decenas de años. Sobrado

tiempo para que la guerra estalle o la revolución mundial la impida. En cambio, Khrutchef se ha guardado mucho de hacer ninguna alusión a la supresión de la policía. Al contrario, ha propuesto conservar una parte del ejército como fuerza de policía, inseguro con los varios millones de polizontes uniformados y civiles que sirven de sustento a su régimen. Ahora bien, la libertad del proletariado, la revolución y el socialismo, son tan incompatibles con la policía como con el ejército permanente. Desarmar y disolver aquella y éste es la primera tarea revolucionaria del proletariado en todos los países sin excepción. A menos que el proletariado se apreste a ponerlo directamente por obra, el mundo será nuevamente anegado de sangre.

MÁS SOBRE LA CONVIVENCIA PACÍFICA

(ALARMA, Primera serie N° 6, Mayo 1960.)

El viaje de Khrutchev a Francia podría revelarse con el tiempo mucho más cargado de consecuencias que su gira por los Estados Unidos. En ambos países, Khrutchev fue acogido calurosamente, cuando no con entusiasmo, por la alta burguesía monopolista, aquella misma que por otra parte es presentada al hombre de base como «el enemigo». Esos desplazamientos no tienen otra intención que la de entenderse con los altos capitalistas en el doble aspecto económico y político. En el primer aspecto, los hombres de negocios americanos y franceses no tienen sino motivos de regocijo. Su intercambio de mercancías con Rusia y países satélites aumentará considerablemente en el inmediato futuro, con el consiguiente incremento de beneficios. En el aspecto político, en cambio, el designio del dictador ruso es en Francia muy diferente del que le llevó a Estados Unidos. Aquí trataba con el rival número uno, con el cual aspira a repartirse el mundo en zonas de influencia económica y política mutuamente reconocidas e indisputadas, que constituiría la base de lo que Khrutchev llama «convivencia pacífica»; en Francia, trata con una potencia de mediana categoría, por más que oficialmente pertenezca al círculo de los «grandes», que por añadidura se encuentra a pocas marchas militares de las bases rusas de Europa central y oriental. En la brutal crudeza que guía todas las negociaciones de potencia a potencia, manejada por los gobernantes rusos con sin igual descaro, esa relación de «grande» a mediano debe transformarse, en la cabeza de Khrutchev, en relación de grande a pequeño, por no decir de señor a palafrenero. Si bien en las relaciones protocolarias y discursos oficiales, la camelística campechanería de Khrutchev ha sido idéntica a la de otras ocasiones, como idéntica su insistencia en la conservación de *statu quo*, la convivencia pacífica y la sublevante demagogia sobre el desarme, tras todo ello se descubre, más allá de la primaria intención de amansar al gobierno francés antes de la futura reunión de los «cuatro grandes», la de halagar el nacionalismo de los círculos burgueses más reaccionarios. Humillada por su actual estatus dentro del Pacto del Atlántico, presa de contradicciones y debilidades internas que acusan un alto grado de descomposición, Francia es hoy el más propicio de los terrenos para una maniobra diplomática de gran envergadura estratégica: su utilización como factor de disloque del Pacto del Atlántico, mínima aspiración rusa, y como desideratum su incorporación -con los honores debidos- a la órbita del Bloque oriental. Por imposible que esta última maquinación parezca, los celos nacionales de Francia la llevan, por el momento, a un juego de amenazas y regateos con su jefe de fila susceptible de transformarse, en una coyuntura internacional propicia, en completo vuelco del otro lado. Aunque éste podría tomar oficialmente el aspecto de una posición «neutral», cual fue el caso de Yugoslavia, el hecho sería idéntico de naturaleza, pero más importante y de signo contrario.

Concorde con esa perspectiva del Kremlin, el partido stalinista francés hace una oposición moderada, de pura forma en cuanto no concierne a la política internacional. Da pábulo a las aspiraciones de grandeza de los altos círculos capitalistas y gobernantes incitándoles a alzarse contra el Pacto del Atlántico, y ofreciéndose él mismo como el más alto exponente de la «grande France éternelle». La movilización de la clase obrera, en la medida en que todavía está en condiciones de hacerla el stalinismo, lleva esa finalidad pro-rusa y en el fondo para-militar, cualesquiera sean las consignas-cebo.

Como revolucionarios, el paso de cualquier país de un bloque a otro, no nos interesa sino por las repercusiones directas o indirectas que el hecho pueda tener en la conciencia del proletariado mundial y en su lucha práctica por la revolución. Dejemos bien sentado que Tito rompiendo con Moscú y tendiendo a Washington mano pedigüeña, mañana Francia, Turquía un tercero dando la voltereta contraria, cambian de campo relativamente a los bloques imperialistas, pero siguen en el mismo vistos desde el ángulo revolucionario del proletariado mundial. Para éste, los dos bloques mundiales y sus respectivos jefes, Rusia y Estados Unidos, son un solo enemigo a abatir. Toda división en bloques es contrarrevolucionaria; la única frontera que puede reconocer el proletariado es la que separa a los explotados de los explotadores, y la única lucha legítima la de aquellos contra éstos. Si éstos se contraponen entre sí, en la guerra fría o en la atómica, no es por ideas, sino por la absorción de la plusvalía mundial extraída hoy y a extraer en el futuro a los trabajadores.

Solamente sobre esa base pueden enjuiciarse desde un punto de vista revolucionario las maniobras y propósitos de unos y otros, en particular la cháchara de Khrutchev sobre convivencia pacífica, y competencia económica entre «los dos sistemas». *Alarma* ha señalado más de una vez que la fórmula de convivencia pacífica tiene, tanto para los gobernantes rusos como para los americanos, un valor social que sobrepaja con mucho al de su aplicación en las relaciones internacionales. Las potencias capitalistas conviven siempre entre sí mientras no están en guerra, y la guerra misma no es sino otra forma de convivir, no por recurrente

contradictoria con la primera. Si la paz es la competencia por la venta de mercancías, el control de las fuentes de materias primas y la colocación de capitales en el exterior, en suma, por la apropiación de la plusvalía arrancada a los trabajadores en diversas partes del mundo, la guerra es la forma en que el vencedor se impone a su colega capitalista vencido, como primer apropiador de la plusvalía mundial. Rusia misma no ha alcanzado el rango de primera potencia, ni está en condiciones de hablar el lenguaje de Khrutchef, sino porque la guerra imperialista hizo de ella uno de los principales centros de concentración de la explotación mundial, que hoy sólo cede en importancia a Estados Unidos. El alcance que en las relaciones internacionales tiene para ella la fórmula de convivencia pacífica es el de un período de lucha mercantil por la plusvalía, que pronto o tarde ha de desembocar en lucha militar. La necesidad para ella de ese período, que Estados Unidos no está en condiciones de rehusarle, se explica en gran parte por la deficiencia de su actual control sobre sus inmensos dominios. Pero más allá de ese hecho incontestable, otro cálculo no menos importante inspira la demagogia de Khrutchef. El capitalismo ruso, monopolio estatal exclusivo, cree sacar ventaja para la futura guerra de un período de concurrencia pacífica, no porque su técnica y nivel cultural medios superen los del rival, sino porque, a costa del proletariado cuyo salario y consumo él dicta a capricho, los procedimientos de «dumping»²² le permiten vender más barato, comprar más caro y exportar capitales con menor rédito que los demás colegas conviventes. Su influencia y agarre más allá de los países del bloque oriental le daría indudablemente fuerza bastante para confiar en una victoria militar posterior.

Por importante que ese aspecto de la convivencia pacífica sea para los explotadores rusos y estadounidenses, el aspecto social es con mucho el decisivo, y el que debe concentrar la atención de los revolucionarios y del proletariado mundial. Khrutchef mismo lo ha repetido a saciedad: Rusia no necesita para nada la revolución proletaria, segura de vencer por otros medios. En realidad la Rusia actual, donde ser revolucionario es condenarse al hambre o a la muerte, siente un pánico cerval ante la revolución proletaria, y no puede vencer sino como fuerza contrarrevolucionaria más eficaz que la particular del viejo imperialismo occidental. Lo que Moscú ofrece es, ante todo, la paz social: «yo no incitaré a la revolución y la combatiré donde surja, pero vosotros debéis garantizarme que en mis territorios no apoyaréis ninguna actividad contra mí». Se trata, en primer término, de mantener esclavizado y políticamente inmóvil al proletariado occidental y oriental por igual, para consentir a sus respectivos explotadores la competencia pacífica introductora de la futura guerra. La convivencia pacífica es pues la fórmula más netamente contrapuesta al principio: clase contra clase, explotados contra explotadores, socialismo contra capitalismo, revolución contra reacción. El gobierno ruso, tan odiado en su territorio como el de Franco en España, no podía dejar de ofrecer a los viejos países capitalistas esa garantía contra la sublevación del proletariado. La exigen imperiosamente su superchería de capitalismo de Estado ataviado propagandísticamente de comunismo, el peligro de sublevación de su propio proletariado y los cálculos para la futura guerra imperialista.

Mas los gobernantes americanos tienen sobradas pruebas de la naturaleza contrarrevolucionaria del gobierno de Moscú. Saben bien que en ningún caso, ni por demagogia, sería capaz de incitar a la revolución proletaria, y que como él mismo, como cualquier viejo gobierno nacional -ejemplos a voleo durante la pasada guerra- el gobierno ruso preferiría su derrota a manos del «enemigo nacional» antes que la sublevación anti-capitalista de su propio proletariado. La revolución proletaria en Estados Unidos acarrearía la caída instantánea de la contrarrevolución en Rusia; Moscú no puede auspiciarla. Lo inverso siendo igualmente cierto, el principal problema que se plantea a Estados Unidos es si la «convivencia pacífica» le consiente o no a él mayores probabilidades de victoria en la guerra que le sucedería. Si no fuese por las incertidumbres que sobre la victoria dejan cernir las armas atómicas, la guerra nos amenazaría inmediateamente, caso de no estar ya desencadenada. El desarrollo terrorífico de la técnica militar redundaría venturosamente en favor de una reacción del proletariado mundial frente a los dos jefes de fila del capitalismo.

En paz o en guerra, Estados Unidos y Rusia representan la contrarrevolución capitalista. Cualquiera de los dos que triunfara en una guerra futura, las consecuencias para la humanidad serían igualmente fatales. Sin distinción de bloques, el proletariado de todos los países debe aliarse contra la guerra igual que contra la paz inter-capitalista. Hay que romper la «convivencia pacífica» o la guerra entre la canalla mundial por medio de la organización revolucionaria del proletariado. De Moscú a Washington, una sola lucha: la del proletariado contra sus respectivos gobernantes y explotadores.

Lenin no pretendió nunca, cual dice el falsificador Khrutchef, que el socialismo pudiese convivir con el capitalismo, ni imponerse a él por evolución o por la guerra. El socialismo sólo puede ser obra de la

²² Venta de mercancías a otros países a precio inferior al de coste, lo que no puede hacerse sino comprimiendo el consumo obrero.

sublevación de cada proletariado contra su respectivo capitalismo, suprimiendo fronteras, ejércitos, policías. Y la primera condición es un partido revolucionario mundial del que aspiramos a formar parte.

EL MANIFIESTO RUSO «DE LOS 81»

(*ALARMA, Primera serie N° 8, Mayo 1961.*)

El cónclave de 81 partidos stalinistas reunido en Moscú, capital de la obediencia, tuvo dos objetos: dar atuendo ideológico al arreglo de la querrela entre Rusia y China, causada por crudos intereses, y delinear el programa mundial del imperialismo ruso en contienda con el americano.

Las divergencias y la discusión que admite una asamblea stalinista, trátese de una célula en cualquier país o del consorcio de los 81 altos jefes, son limitadísimas. Moscú dicta la ley y a los demás toca loarla y discutir su aplicación, más o menos como la aplicación del reglamento de tráfico puede ser discutido por una asamblea de policías esquineros. A los propios dictadores stalinistas chinos, pese a su importancia como aliados militares de Rusia, no les está permitido contraponerse al amo en pública discusión. Pero Rusia es un amo muy duro y astuto. La «ayuda» que ha prestado a China (unos 60 mil millones de pesetas desde hace 10 años, más centenares de empresas por ella creadas) es expoliadora. La pandilla de Mao Tse-tung se ve y se desea para pagar a Rusia réditos de capital y utilidades de empresas. Por añadidura, Rusia no da un kopek, no crea una industria, no ofrece un técnico, sin que el todo se aplique en consonancia con sus planes económicos y estratégicos mundiales. El gobierno stalinista chino ve evidentemente en las condiciones de la ayuda rusa una de las causas de su acrecentada impopularidad. Para colmo, Rusia no muestra ninguna prisa en que Formosa pase a la soberanía de Pekín, y ha frenado todas las tentativas expansionistas de éste. En suma, muestra sobrado interés en mantener a China como potencia subsidiaria. De ahí el descontento evidente del gobierno chino y sus rezongues a la convivencia pacífica de Khrutchev (de Stalin antes) y al «oportunismo» yugoslavo, que practica por su cuenta ese camelo de doctrina hoy oficial. Antes de la reunión de los 81, algunos periódicos chinos de provincias llegaron a murmurar de Rusia, sin nombrarla, como de un país imperialista, mientras que otros periódicos rusos de provincias igualmente y sin nombrar tampoco a los líderes chinos, los trataban de aventureros, casi de agentes «objetivos» del imperialismo americano, y claro está, también de trotskistas.

Resumiendo, se trataba de capital financiero, de inversiones industriales, de posiciones estratégicas y de distribución, entre Moscú y Pekín, *de la plusvalía arrancada a los trabajadores chinos*. Eso ha sido calificado por los expertos americanoides en cuestiones rusas, de querrela ideológica; y por la mayoría de la izquierda obrera occidental también, comprendiendo eso que sigue llamándose, como por internacional chacota, trotskismo.

Antes de que los 79 comparsas moscovitas estuviesen a la escucha, ya los delegados chinos y el gobierno ruso habían arreglado, «tête à tête», los negocios en disputa. Arreglo provisional evidentemente, pero que consentía la aprobación «entusiasta» del manifiesto ruso firmado por los 81. Qué porcentaje de la plusvalía esquilada a los trabajadores chinos haya de ir en lo sucesivo a la gente de Khrutchev y cual otro a la gente de Mao Tse-tung, es cosa tenida por ellos en secreto. Empero, puede afirmarse que el choque de intereses continuará en curso furtivo hasta encontrar ocasión de salir más netamente a la luz.

Como cualquier otro imperialismo, el ruso prepara la guerra hablando de paz. Su manifiesto no es otra cosa que un proyecto de extensión de su influencia financiera, militar y política, cuya realización le daría la seguridad de vencer a Estados Unidos en la próxima guerra. La importancia que el manifiesto acuerda al llamado «tercer mundo» neutral y a los movimientos nacionalistas, indica el sentido en que el imperialismo ruso piensa ir ganando terreno al de enfrente. Los neutrales, no lo son sino en la medida en que pueden sacar ayuda económica y técnica de los dos bloques; están interesados en prolongar el equívoco, prolongar la amistad prestamista de occidente y de oriente e inclinarse con el tiempo, ya sobre seguro, al más fuerte y probable victorioso de los dos bloques. Por añadidura, dos de los principales, la India y Yugoslavia, tienen en sus fronteras la amenaza apabullante de las fuerzas militares rusas, y el tercero, Egipto y su filofascista Nasser, necesita la complicidad rusa para sacar adelante la reaccionaria política panárabe, con capital en El Cairo.

Más directamente rentable para Rusia es el apoyo a los movimientos nacionalistas burgueses, incluyendo lo que el manifiesto llama, falsificando los hechos, «guerras justas de liberación». Evidentemente, cualquier país que se independice del bloque occidental con ayuda armamental y financiera rusa, queda por entero a merced de Moscú, y le será difícil volver bruscamente al girón yankee. Así lo corroboran todos los ejemplos

conocidos: Corea del Norte, Indochina del norte, la propia China, más los países de Europa oriental, y recientemente Cuba. Puede asegurarse que Rusia no irá a la guerra para «liberar» país alguno, salvo el día en que se encuentre en condiciones de neta superioridad sobre Estados Unidos. Pero las inversiones económicas, ya en armas, ya en industrias o en instructores técnicos, no pueden sino aventajar su posición mundial frente a Estados Unidos, que por el momento lleva gran delantera. Los Estados Unidos podrían adoptar línea a línea el manifiesto de los 81 con vistas a la zona del rublo.

Desde el siglo XIX, el capitalismo mundial no cesa de hablar de desarme y eliminación de la guerra de las relaciones internacionales. El manifiesto sigue la tradición, precisamente por tratarse de un documento preparatorio de una nueva guerra. Pero en ese sentido, el imperialismo americano está en condiciones de sobrepasar su demagogia, sin que por ello se ponga coto, entre conferencia y conferencia de desarme, al desarrollo cada vez más terrorífico del armamento. Moscú y Washington tiemblan juntos ante la idea de una disolución de todos los ejércitos y de todas policías por aquellos mismos que pagan los gastos y sufren la represión: los explotados.

Todo partido fiel a Moscú («comunista» dice el manifiesto) «se identifica con el supremo interés nacional». He ahí una franca profesión de fe contrarrevolucionaria, en la cual Moscú deposita las mayores esperanzas. La declaración se refiere a todos los países sin excepción, atrasados, coloniales o adelantados, incluyendo los Estados Unidos. Kennedy, cualquier gobierno pasado o futuro de los Estados Unidos no representa el «interés supremo *de la nación*» tan excelsamente como el partido de Moscú. Ahora bien, el «interés supremo de la nación» es siempre y en todas partes la sumisión obediente de los asalariados a las necesidades del capital, y a su vez, el capital domina superlativamente a los trabajadores unificándose en capital de Estado. Moscú ofrece así, a todos los países, los aparatos de sus partidos como los más genuinos representantes del orden capitalista. Teniendo en cuenta que el capitalismo mundial tiende por su propio automatismo a concentrarse definitivamente en el Estado, y por otra parte, la probada capacidad de los partidos stalinistas para contrarrestar y aniquilar los ataques revolucionarios del proletariado, se deduce sin la menor duda que Moscú cuenta con la política del «supremo interés nacional» para ir modificando en su favor la correlación mundial de potencias. La victoria del capitalismo de Estado coronado por sus partidos, es lo que Moscú llama socialismo.

El gobierno ruso acaba de aprobar una ley que condena a trabajos forzados por dos o cinco años, a los «ociosos, holgazanes, parásitos y otros elementos antisociales». Todos esos adjetivos no conciernen a los parásitos y holgazanes gobernantes, administradores, polizontes, militares y miembros del partido dictador, sino a los trabajadores, a los proletarios explotados. Desde hace varios meses, los principales periódicos rusos hacen campaña contra los obreros que roban mercancías en las fábricas, trabajan poco o mal, o desertan por completo el trabajo. El número de desertiones de fábricas y koljoses ha ido creciendo sin cesar en los últimos años, pues las condiciones de explotación y la intensidad del trabajo son tales, que los obreros prefieren, antes que someterse a ellas, vivir de cualquier expediente o pasar hambre. El mundo no había visto una ley tan reaccionaria desde el siglo XVII, cuando eran condenados a trabajos forzados por holgazanes y vagabundos también, millares de hombres arrojados a esa situación por el propio capitalismo. En todo caso, la nueva ley rusa ilustra con buena luz lo que vale el programa mundial de Moscú y sus 80 partidos.

Lo más lamentable y grave para el futuro del proletariado, es que las organizaciones que se pretenden revolucionarias califiquen el manifiesto de los 81 simplemente de oportunista, asimilándolo a la colaboración de clases de la Internacional Socialista entre 1914 y 1939. No ven que el frente popular era ya una política de guerra -frente a la revolución mundial- por métodos democrático-burgueses, mientras que la política moscovita de hoy, ya cuajada la contrarrevolución stalinista en capitalismo de Estado, es una política calculada de guerra y *contrarrevolución mundial*. Es preciso guiarse por ese criterio para crear nuevos partidos revolucionarios que, sin hacer en manera alguna el juego de Moscú o de Washington, restablezcan la lucha de clases y el internacionalismo proletario.

Es copia fiel

Una ley o «código del trabajo» promulgada por el gobierno de Alemania oriental el mes de abril último, sigue casi al pie de la letra la legislación rusa. Las mismas penas de trabajos forzados o cárcel por los retrasos de horario, falta de asistencia, etc.; los mismos calificativos de «perezosos», «hulligans» y «parásitos» aplicados a los obreros que resisten como pueden a la intensa explotación y a la coerción policíaca que padecen.

Los trabajadores de Alemania oriental quedan sujetos al mismo régimen que sus hermanos rusos, la semiesclavitud. Nuevo mentís a quienes han querido paliar la brutalidad de la legislación moscovita,

arguyendo el atraso general del pueblo ruso y la necesidad de «educarlo en el trabajo». Ese género de legislación es consustancial a la contrarrevolución capitalista de Estado, lo mismo en países atrasados que adelantados culturalmente; la requieren las exigencias de explotación del sistema. Cuando la economía y la *distribución* de los productos está organizada por el proletariado mismo *en forma socialista*, sobran las leyes tipo ruso, incluso para aplicarlas a los verdaderos parásitos: los gobernantes, sus policías y chivatos.

LA REVOLUCIÓN NINGUNA

(*ALARMA, Segunda serie No 9. Julio 1966*)

El tipo de contrarrevolución que se ha producido en Rusia, nada nuevo por el contenido, lo es en cambio enteramente por la forma. Nadie intuyó que la contrarrevolución se introdujera, después del grandioso Octubre Rojo, por los vericuetos que siguió. Ni siquiera Rosa Luxemburgo quien señaló con mayor tino los defectos de la revolución soviética y los peligros que recelaba el centralismo del partido bolchevique, sospechó que éste mismo sería transformado en su propia negación hasta emplear el marxismo como torniquete detractor de plusvalía. La «restauración del viejo armatoste» de que hablaba Marx caso de que una revolución fuese incapaz de suprimir el trabajo asalariado, era contemplada como la vuelta del dominio político de la burguesía pre-octubrina, cuando no del zarismo. Incluso al tomar superficie la hez política de la sociedad, ya con el stalinismo, los mejores hombre vieron en éste el introductor cierto del viejo tipo de reacción, no una contrarrevolución «sui generis».

Esa equivocación, con todas las excusas que tenía dada la situación mundial y la inexperiencia de grandes trastornos sociales, se reveló preñada de consecuencias tan graves como diversas. La peor de ellas en lo inmediato fue la reducción de los dirigentes comunistas a siervos siempre prosternados ante un Kremlin que se alejaba del proletariado a marchas forzadas. La aparente continuidad del poder en Rusia, adormeció conciencias que ya no se despertarían sino envilecidas hasta la traición y el crimen. Esa contrahechura costó la vida a la revolución mundial, que fue aldabonando país tras país entre 1918 y 1936. En nombre de una revolución rusa suprimida hasta el último vestigio antes de finalizar el decenio 20, los partidos ya stalinistas actuaban alevosamente contra la revolución doquiera surgía. Lo hicieron con tal eficacia, que a su intervención política, o *policíaca*, se deben las derrotas sufridas por el proletariado desde 1923, no una ni dos. Sin duda el saldo de los acontecimientos habría sido muy diferente si el stalinismo se hubiese visto en la necesidad de fusilar a Lenin, Trotzky, Bujarin, Rakousky y otros revolucionarios internacionalmente conocidos. Eso habría delimitado campos y permitido, al menos, reagrupar nuevos partidos aptos para el cometido histórico que los de Moscú traicionaban, cosa que durante largos años impidió el error inicial sobre la forma que habría de tomar la contrarrevolución. Todavía en 1926-1928 era tiempo de cortar la propagación al mundo del equívoco existente en el partido ruso desde antes de la muerte de Lenin, y de abrir nuevas perspectivas internacionales, ya que no de salvar la revolución de Octubre. Visto retrospectivamente, hubiera sido necesario rebelar las masas y la base del Partido contra la dirección, asiento del poder ya anti-soviético de hecho. Incluso un intento insurreccional fallido, tal el de Robespierre y los suyos el 9 thermidor del año II, hubiese alertado al mundo sobre el fin de la revolución y quitado a Moscú la influencia que aun sigue pagando tan caro el proletariado.

Pero ninguna de las dos personalidades mas fuertes de aquella revolución vio tal necesidad. Más bien al contrario, pues si pensaron en ella la descartaron temiendo dar pábulo a la vieja reacción. El *Testamento Político de Lenin* no veía la luz en Rusia, pero la razón principal de su ocultación era la denuncia de la deslealtad de Stalin y la proposición de destituirlo como secretario general. Las restantes consideraciones y medidas políticas propuestas en él, yerran. En el mejor de los casos hubiesen enlentecido, no impedido ni puesto en evidencia lo que vino a ser la contrarrevolución. Repite Lenin que la base del poder revolucionario era la alianza del proletariado y los campesinos, cuando la tal alianza había sido desbaratada en detrimento de las dos clases, que ya no desempeñaban papel alguno en los soviets, atezados, ni en los principales organismos. Lenin mismo lo había dicho muy claro bastante antes. Por otra parte, creyendo conveniente evitar la escisión del Partido, latente, a nivel de la dirección, entre Trotzky y Stalin, el moribundo revolucionario recomienda doblar el número de miembros del Comité Central. Ahora bien, la realidad de la estructura política, a espaldas del proletariado y los campesinos, puestos al margen en silencio, desde las secretarías, era la alianza todavía agachona, pero bien anudada por múltiples beneficios mutuos y vínculos personales, entre los nuevos señores burocráticos y los antiguos estratos rectores procedentes del zarismo. En

tales condiciones la ruptura entre revolucionarios y termidorianos habría sido, a todo evento, lo menos perjudicial. Por motivos comparativamente triviales había empujado Lenin, a principios de siglo, a la escisión de tan fecundo porvenir entre bolcheviques y mencheviques.

A su vez Trotzky, viendo debilitarse su posición en el consejo de Comisarios del pueblo y en la dirección del Partido a medida que Lenin se acercaba a la muerte, movido sin duda por el consejo principal del *Testamento*, se retrajo ante la mayoría stalinizante hasta aceptar su disciplina en la ocultación del documento y en decisiones derechistas. El propio Trotzky ha referido cuantos sacrificios políticos y personales hubo de consentir para evitar la lucha y la escisión. Mientras tanto los termidorianos, a quienes no interesaba la unidad sino sobre su política de marcha atrás, iban expulsando de sus posiciones a los revolucionarios y circundando a Trotzky hasta destituirlo del Comisariado de guerra. Al caer éstos en cuenta su asedio era total. La dominación del aparato político-estatal por los acólitos de Stalin era hasta tal punto completa, que cuando el hombre que había organizado la toma del poder en 1917, la victoria sobre los diversos ejércitos reaccionarios, dirigente tan popular como Lenin, quiso revolversse y atacar, no halló otro medio de publicar su Plataforma de la Oposición que tirar algunos ejemplares a multicopista, como cualquier grupo incipiente en la clandestinidad.

A los termidorianos, ideas y hombres revolucionarios ya no les interesaban sino para azuzarles la policía, de manera que cuando Trotzky es puesto ante la Comisión de control, sus jueces, desentendiéndose de las divergencias políticas sobre la actualidad y el porvenir del proletariado, le lanzan una acusación falsa, del género calumnioso e imbécil que llegaría a ser inseparable del terror stalinista. La vigorosa respuesta de Trotzky, sin duda alguna la declaración más lúcida de aquellos años, evidencia que a la fracción stalinista no le repugnaba encarnar el termidor. Pese a todo, él lo veía como un peligro más o menos inminente, como algo que amagaba pero inconsumado todavía. Tal retraso en justipreciar la realidad político-social lo reconoció Trotzky años después, en el opúsculo *Termidor y bonapartismo*. Sin embargo, nunca fue recuperado por completo, falla cuyas malas consecuencias siguen haciéndose sentir diariamente.

Si el peor resultado del tipo particular de contrarrevolución que es la stalinista consistió, en lo inmediato, en la perversión de los partidos comunistas, en lo mediato repercutió incapacitando a la mayoría de sus propios opositores para el renuevo teórico indispensable a la formación de otros partidos. Ahí siguen todavía atascados en sus ritos, como privados de sus cinco sentidos, cuantos grupos, díganse o no trozkistas, no han sabido desprenderse del error básico de Trotzky, que es también el de Lenin, y de lo que implica como táctica.

Se me puede reprochar no tener en cuenta, en el proceso de luchas internas que abocó a la victoria de la contrarrevolución, lo dicho por la llamada Oposición obrera, cronológicamente anterior a la oposición trozkista. Es que no hay razón para exaltarla hoy, como hacen algunos grupos de Inglaterra y Francia. Se trataba fundamentalmente de una oposición de la burocracia sindical, no ciertamente mejor que la del partido, cuyo propósito era suplantar a éste en la gestión del capital y del trabajo asalariado. Por eso sus principales dirigentes hallaron pronto acomodo en la contrarrevolución. En cambio, habrá que desenterrar un día de los archivos de la policía las *Tesis sobre la contrarrevolución stalinista* redactadas en la prisión de Suzdal antes de 1930, y las de la minoría trozkista deportada en Verkneural, sobre el capitalismo de Estado, cuya existencia reveló Victor Serge en *S'il est minuit dans le siècle*.

El primer error de Lenin y de Trotzky, de donde se desprende luego la posición del segundo, consiste en no haber recurrido a las masas contra la dirección del partido y contra el poder. Pretendían regenerar uno y otro desde dentro, valiéndose de una discusión política que en la práctica la burocracia resolvía con ukases administrativos, cuando no a pistoletazos en los calabozos. Los revolucionarios fueron el primer y único enemigo real del stalinismo. En efecto, desde antes de la deportación de Trotzky a Alma-Ata empezó el trastrueque de hombres en comités y organismos de todo género que también Victor Serge, testigo presencial, ha descrito. Los reaccionarios y popes volvían de Siberia para ocupar puestos de mando, mientras quienes los habían desempeñado a partir de 1917 eran enviados a la cárcel o a la deportación, donde perecerían por millares, aun antes de su exterminio sistemático, entre 1936 y 1940. El partido ante cuya escisión reculaban los más puros revolucionarios desencadenó sobre éstos una represión incomparablemente más feroz que la del zarismo.

Al mismo tiempo que Trotzky admitía haberse equivocado no identificando en la victoria del stalinismo el termidor, sino tan sólo una amenaza de él, definía esta fase del poder ruso, en el folleto referido, como bonapartismo, frente al cual ya no era válida la política de reforma, requiriéndose a partir de entonces (la complicidad de Moscú en la subida de Hitler al poder) toda una revolución política para enderezar la situación. Por primera vez, Trotzky y la oposición admitían la necesidad de organizar el proletariado contra el partido y poder rusos, hasta la insurrección armada. El paso adelante era considerable, pero dado en una

dirección en que el pie no podía encontrar apoyo. En problemas de trascendencia histórica las cortapisas nublan el objetivo a alcanzar y esterilizan cualquier actividad proletaria. Dejando en revolución política la futura sublevación del proletariado contra el stalinismo se fijaba un objetivo peor que errado, irrealizable, y se quitaba a las masas los motivos de rebeldía más importantes, los de la lucha contra la explotación del trabajo asalariado, no sólo contra sus formas extremas, introducidas por el stalinismo, y lo que era no menos importante, por la disolución del aparato represivo.

La terminología de la revolución francesa era adecuada para ilustrar la regresión política en Rusia, a condición, sin embargo, de no aplicar el paralelo a lo social, pues siendo radicalmente diferente tenía que impregnar lo que se llama termidor y bonapartismo de consecuencias desemejantes en un caso y otro.

El decreto convencional del 9 termidor expulsó del poder al Comité de Salud Pública robespierrista y con él a las capas sociales que habían sido su apoyo. Ahora bien, esas capas sociales se situaban todas a la izquierda de la burguesía. Sin su intervención y empuje en la acción de todos los días, forzando a menudo las decisiones de la Convención, la revolución democrático-burguesa de 1789-93 jamás habría sido tan radical y paradigmática. Su continuidad en el poder hacía planear una amenaza sobre la propiedad capitalista, cuyo libre desarrollo era el contenido histórico de los trastornos sobrevenidos. Termidor puso fin a la intervención política de las capas sociales ajenas a la burguesía y el bonapartismo consolidó el reino de ésta. No en balde el código Napoleón se convirtió en arquetipo del derecho capitalista. Pero el primero vociferaba hipócritamente en lenguaje jacobino, mientras el otro ostentaba la pompa y el conservantismo de los poseyentes desembarazados de trabas a izquierda y conciliantes con la antigua derecha.

Así también el termidor ruso, todavía cuando Stalin se convirtió en señor absoluto, hablaba el lenguaje de 1917 y valido del bolchevismo suprimió hasta el último vestigio de poder obrero y atralló en el trabajo a las masas hasta constituirse en potencia capitalista ávida de expansión como las primeras de entre ellas. Mas en semejante proceso, el contenido histórico de la revolución rusa, a la inversa de lo ocurrido en Francia, lejos de sobrevivir siquiera maltrecho, fue destrozado. Es sin lugar a duda el mayor error en toda la vida del gran revolucionario que fue León Trotzky haber afirmado que el bonapartismo stalinista se veía obligado a defender y desarrollar las bases económicas de la revolución, a semejanza de lo que el imperio napoleónico hizo con la propiedad burguesa. Extremando su equivocación, creyó que en caso de guerra la burocracia omnipotente no podría dejar de hacer concesiones al proletariado, que darían pie a éste para recuperar el poder. Lo contrario fue lo que se produjo, y el asesinato de Trotzky, en 1940, por un mercenario de Stalin, anunció una nueva oleada de terror anti-proletario en Rusia. Durante la guerra, un obrero no podía trasladarse de un barrio a otro de la misma ciudad sin un salvo conducto especial. En los campos de concentración eran liquidados cuantos de cerca o de lejos podían contribuir a la rebelión de las masas.

El punto falso de tal error que a tantos sigue maltratando, consiste en homologar capital nacionalizado y cometido histórico de la revolución. Verdad que el poder bolchevique decretó la nacionalización, pero aún más verdad que lo históricamente latente en él era muy distinto. Puede citarse al propio Trotzky diciendo, en polémica con el stalinismo, que «la propiedad nacionalizada no es *todavía* la propiedad socialista». El adverbio es elocuentísimo. Se insinúa en él, quizás involuntariamente, lo característico de la revolución de Octubre, empezada como revolución permanente (democrático-burguesa hecha por el proletariado) que debía convertirse en socialista. Empero, una vez impedida esa conversión por el saldo negativo de la lucha de clases que origina la victoria del stalinismo, la nacionalización se redujo a una centralización del capital sobre la cual operaría luego a mansalva la contrarrevolución. Así pues, lo que el poder burocrático ha preservado es la forma de capital de los instrumentos de producción y el trabajo asalariado, no unas bases económicas de la revolución social que jamás pasaron de proyecto. La puesta en manos de la sociedad de los instrumentos de producción y de todas las fuentes de riqueza, cometido histórico de nuestra época, nada tiene que ver con la estatización de los mismos.

El socialismo nunca fue otra cosa en la ex-URSS que un símbolo representado por el poder de los soviets y en su seno el de los revolucionarios. De ahí que la contrarrevolución pudiese alcanzar sus objetivos mediante una retrogresión política, desembarazándose de los soviets y matando o corrompiendo a los revolucionarios. El terror contra éstos fue tremendo, pero las estructuras de capital y salario, lejos de necesitar cambio componían, precisamente por virtud de su centralización, el caldo de cultivo ideal para una contrarrevolución germinada en el seno del partido bolchevique. La experiencia lo ha demostrado a saciedad y desbordado de Rusia a otros países.

La creencia de que una nueva revolución en Rusia necesita ser sólo política, ha sido siempre un desatino. Hoy contribuye a hacer el juego del stalinismo en todo el mundo, y mañana, cuando el proletariado ruso pase a la acción, se revelará sin equívoco una idea reformista cual la de la antigua social-democracia respecto del

capitalismo clásico. La contrarrevolución pudo ser tan sólo política porque la revolución no alcanzó el grado de transformación socialista de producción y distribución.

Es conveniente precisar. En el supuesto de que algo sucediese en Rusia que se automotejase revolución política, ¿cuál sería su obra? Admitamos, como el caso más favorable a ella, que resurgiesen los soviets de 1905 y 1917. Puesto que éstos por sí solos son el terreno de libre expresión de los trabajadores, cuya orientación buena o mala la dan las tendencias en ellos mayoritarias, los secuaces de la revolución política se esforzarían en convencerles de no desbaratar todas las estructuras y superestructuras actuales, las económicas y políticas tanto como las policíacas, militares y judiciales. Y si se encontrasen en el poder, caso no improbable, con el señuelo de la revolución política echarían mano de la coerción para impedir que los soviets y el proletariado por su propia mano pasasen a la obra. Cada posición política tiene su lógica y sus imperativos. La máxima medida por ellos consentida sería cierta libertad política. Tal vez se verían también en la necesidad de disolver la policía, hacia la cual apuntan odios que se revelarán incontenibles, pero no prescindirían de cualquier otra policía profesional. El ejército se contentarían con reformarlo, y so capa de «defensa de la revolución contra el imperialismo» -estribillo usado- conservarían las industrias de guerra, incluyendo las atómicas. La economía seguiría funcionando, independientemente de las concesiones que se consintiesen a los obreros, como capital que emplea mano de obra asalariada, punto *sine qua non* de la pretensa revolución política. En fin, el partido stalinista, centro de la contrarrevolución, alma del sistema policíaco, principalísimo embolsador de la plusvalía, sería, a todo tirar, muy reformado, disuelto no, o bien, si las masas impusieran la disolución, cual en la Hungría de 1956, sería una ficción marrullera para ganar tiempo y reconstituirlo. De cualquier manera que fuere, sin desintegrar todas las instituciones actuales, sin entregar los instrumentos de trabajo, más lo que hoy es capital líquido y plusvalía a los trabajadores en escala local, regional e internacional, burocracia, policía y ejército recuperarían el poder. En suma, la mentada revolución política es la revolución ninguna, irrealizable por carencia de bases históricas.

El ejército y la policía, que se confunden con el partido dictador y juntos constituyen la trinca estatal, son los más numerosos del mundo proporcionalmente a la población, quizás con excepción de China actualmente. Ni su amplitud numérica ni su función represiva y de defensa nacional se comprenden salvo como instrumento preservador de intereses reaccionarios, por ser el trabajo trabajo explotado y los instrumentos de producción capital, riqueza creada por la población, pero ajena a ella, como en todas partes. Ahora bien, acabar con el trabajo asalariado restituyendo los instrumentos de trabajo y cultura a la sociedad, no a Estado alguno, es la necesidad histórica urgente de nuestra época y el cometido del proletariado. Acometiendo tal empeño, las masas derruirán de arriba abajo «las bandas de hombres armados» profesionales que encarnan el Estado de la contrarrevolución stalinista. Y eso bastará para que del partido inspirador no quede vestigio. Esa revolución será incomparablemente más profunda que la de 1917. Será la revolución social, y si se produjese en Rusia antes que en otros países, no sólo volverá a conmover el mundo, sino que lo cambiará pronta, radicalmente.

La óptica de la revolución permanente, que prestó el inmenso servicio de llevar los soviets al poder, siquiera por tiempo limitado, impidió a Lenin ver en la degeneración del poder por él reconocida, la invasión de los termidorianos y retuvo a Trotzky en el error hasta el fin de sus días. A todas luces, la revolución política, en la medida máxima concebible, fue la de 1917, cuya inmanencia socialista, rechazada, se transformó en la catástrofe que ha sido la contrarrevolución en torno al capitalismo de Estado.

Los errores de los maestros son a menudo escollos de naufragio para los discípulos, cuando no pretexto de oportunismo interesado. Pero no se puede hoy hacer responsables a Lenin y a Trotzky de las necesidades en que incurren tantos grupos trotskistas, ni de las inepticias y debilidades de otros, trotskistas o no. Los mejores de esos grupos siguen apegados a la táctica bolchevique, adaptada con mayor o menor fidelidad, pero siempre en vano, pues las tareas actuales y el ámbito del proletariado han cambiado tanto que en determinados aspectos son lo opuesto del período 1917-1937. Con todo, lo más exasperante a fuerza de ser estúpido es la derivación que la idea de la revolución permanente ha encontrado, y no sólo en los adeptos de la revolución ninguna. Cuando no nos hablan de revolución permanente en China, Cuba, Argelia, Ghana e Indonesia hasta ayer, Vietnam, Egipto incluso, es la mayoría de las veces por el prejuicio de no parecer trotskistas; sin embargo, quienes tal afirman dicen lo mismo que los Pablo, Posadas, y otros Frank-Maytan apellidando «revolución colonial» o «doble revolución» (sobreentendido: democrática a transformarse en socialista) lo que sucede en los mentados países.

Tenemos ahí sin duda el último de los resultados nefastos del decurso cazarro de la reacción rusa. Donde el proletariado no ha tenido el poder ni las armas ni aun por corto tiempo, no puede existir siquiera intención revolucionaria por parte de los gobernantes. Los Mao Tse-Tung, los Nasser y los Castro no han empezado

donde los bolcheviques en 1917, sino donde terminó el stalinismo. Son «condottieri» afortunados del siglo XX; su acción no procede de las necesidades históricas humanas, sino del bandidaje inter-imperialista. Sus medidas son de capitalismo estatal o tendentes a él y causan sobre el proletariado mundial efecto contrario al de Octubre rojo: lo desmoralizan, le quitan confianza en sí mismo como sujeto histórico inmediato, lo empujan a actividades ajenas a las órdenes de otros «condottieri», lo aborregan en lugar de educarlo y sublevarlo. Que ellos se permitan usurpar la designación de revolucionarios, poco original es después de Mussolini, Stalin, Hitler, Franco. Pero, que les den su aval, siquiera crítico, quienes se dicen enemigos del stalinismo, es prueba de que en el fondo sufren su influencia deletérea. El mal producido por la contrarrevolución habrá ido así hasta el extremo máximo imaginable, desvirtuando el pensamiento de gran parte de sus adversarios, quitándoles valía como fermento de nuevas luchas proletarias.

Se trata en verdad, en la mayoría de los casos, de hombres resignados que han renunciado a sí mismos. La organización del proletariado en todos los países se formará por fuerza al margen de ellos y elaborará sus ideas rompiendo sin duelo con cuanto se ha revelado rito y tabú. Uno de los tabúes más peligrosos es la idea de que los países atrasados seguirán la huella de 1917. La revolución permanente debe ser amputada de su primera parte. Ha de empezar de lleno con medidas socialistas o al socialismo tendentes, no en tareas de una revolución democrática hoy quimérica, pero de cuya apariencia sacarán siempre partido los enemigos del proletariado.

La vieja polémica sobre la naturaleza de la revolución en los países que no habían tenido su 1789, ha sido zanjada definitivamente -¡a que costo!- por el malhadado destino de la revolución rusa.

Junio 1966. G. Munis

PARTIDO-ESTADO , STALINISMO, REVOLUCIÓN

(Este texto fue traducido y publicado en francés:
Parti-État, stalinisme, révolution.. Spartacus, Paris, 1975.)

A mi mujer, Arlette, a mis hijos, para todos los niños, para todas las mujeres, para todos los hombres del mundo.

G. Munis.

I. EL SISTEMA ECONOMICO RUSO Y LA TRANSICIÓN HACIA EL COMUNISMO

La pronta recuperación del capitalismo occidental y su crecimiento después de la guerra, la parálisis generalizada del proletariado y su atonía ideológica, el ascenso de la potencia rusa -tras el de la americana- y la extensión de su stalinismo en Europa y Asia, el equilibrio del terror termonuclear, la ausencia de una lucha por la revolución mundial, la presencia muy tardía y reaccionaria de tantos nacionalismos, el desbarajuste teórico, cuando no la ruindad, de los partidarios de la revolución proletaria, son fenómenos muy entrelazados unos con otros. Están, en realidad, codeterminados, pero su recíproco determinismo pasa inapercibido o está falseado para la mayoría de la gente, gracias a una mistificación sembrada a voleo durante medio siglo, tocante a la naturaleza del sistema de propiedad ruso. Que tal mistificación tenga por origen una revolución, o más bien, dicho con exactitud, una grandiosa tentativa de revolución comunista mundial, hace la mentira aún más torva y odiosa

Desmitificar poniéndola en evidencia ha de ser pues paso inicial de un cometido teórico que prefigure el trastrueque de la actual situación. Tanto más, cuanto que requiere atacar no sólo el stalinismo y a sus clientes, sino también a la mayoría de sus enemigos, asidos a nociones falsas, mecanistas o muertas, y que debe dar por resultado un cuadro bien trazado del curso reaccionario de los acontecimientos y el esbozo de una estrategia revolucionaria en escala mundial.

Jamás régimen alguno ha disfrutado allende sus fronteras de tan vasto prestigio como el régimen ruso. Sus propios opositores, han contribuido a ello por la naturaleza limitada o lo erróneo de sus críticas, mientras que sus incondicionales y simpatizantes transformaban sus expoliaciones, sus asesinatos, sus crímenes contra el proletariado ruso y mundial, sus abyectas calumnias del adversario en otros tantos actos de salvación. ¡Y aún no han terminado!

Ese régimen ha sometido el proletariado a intensa explotación doblada de penuria alimenticia y de una estrecha vigilancia policíaca hasta la vigilancia del pensar; ha condenado a trabajos forzados decenas de millones de hombres; ha ejecutado a centenares de miles sin decisión judicial; ha torturado física y moralmente a millares de personas para arrancarles «confesiones»; ha organizado los procesos más falsificados de la historia; ha exterminado metódicamente a los bolcheviques de 1917. Por otra parte, ha invadido Polonia y países bálticos en contubernio con la Alemania de Hitler, conquista ratificada por Estados Unidos, abandonándole además cinco países y la mitad Alemania; en fin -y me limito a lo más grueso- después de haberle arrimado el hombro a Hitler, ese régimen empuja sus partidos a la defensa nacional en el Bloque Americano, regimenta por su intermedio al proletariado, y al terminar la guerra lo fuerza a deponer armas, lo unce a la productividad y revigoriza así el sistema zozobranante con mayor eficacia que el plan Marshall. A su vuelta de Moscú, Thorez y Togliatti fueron los verdaderos salvadores del capitalismo occidental, en manera alguna el Estado Mayor yankee-británico, y menos De Gaulle.

Nada de eso importa. «La URSS país del socialismo»²³ sigue poniéndola por las nubes una monstruosa e incesante publicidad, tan obscurantista como los hechos mismo que ella falsifica, oculta, deforma o glorifica. Era de esperarse, puesto que los partidos pseudo-comunistas están ahormados cuerpo y alma, pasado, presente y futuro, por el sistema social imperante en Rusia, cuya naturaleza quedará definida aquí. Ahora bien, dicha publicidad tiene por objeto, antes que nada, hacer leva de una futura «inteligentzia» a imagen de la que tiene en el Kremlin su Cuartel General, pues los obreros y los simples individuos honrados no pueden ser ya engañados sino a medias, no por largo tiempo, y nada por completo en cuanto partido e «inteligentzia» trepan al poder. Desempeña cerca de los trabajadores la misma función de engañifa que la publicidad burguesa. El

²³ Desde hace mucho tiempo, yo no puedo decir sino Rusia, pues la sigla URSS comporta una mentira en cada inicial.

stalinismo sabe, por Marx mismo, que la ignorancia de las ideas revolucionarias entre el proletariado es necesidad para la extracción de plusvalía. Planificar tal ignorancia es para aquel cuestión vital.

Después de todo, el stalinismo juega su papel. Son las tendencias críticas respecto de él, incluso las antistalinistas, las responsables de que no se haya alzado en su contra un movimiento obrero fuerte. Entre ellas, la culpa más grave recae en el trotskismo, cuyos argumentos, bajo auspicios de Trotzky y de Lenin, causan mayor impresión en los jóvenes y los arriman a posiciones conservadoras. La acusación más completa y valiente del régimen stalinista (caso que ya no es el de ninguna tendencia trotskista actual) a nada conduce, salvo a la castración política, si no se engloba en ella el sistema social, y una apreciación crítica de la Revolución rusa. Para el trotskismo, en efecto, la burocracia stalinista es una cosa, y otra cosa enteramente diferente su base social, la propiedad de los instrumentos de producción. Así pues, la noción en que se inscribe tan pasmosa diferenciación: «URSS Estado obrero degenerado», es lo primero a considerar.

Los argumentos trotskistas son conocidos. El régimen político es malo, incluso reaccionario, el sistema económico bueno, pese las distorsiones que le inflige aquel. Hay que combatir el uno y defender el otro, pues a sus ojos, la nacionalización y la planificación son el modo de producción más progresivo de la Historia. En suma, «no hay que tirar el niño con el agua sucia de su baño». Por consecuencia, «defensa incondicional de la URSS» frente a todos sus enemigos exteriores.

Al empezar los planes quinquenales esos argumentos podían causar cierta impresión, y la causaron. De todas maneras, hubo precipitación al identificar la designación y lo designado, en detrimento de los factores esenciales, se verá a continuación. Mas hoy, después de 45 años de dicha planificación, con cuanto se sabe de la economía rusa, lo que nos oculta obstinadamente y lo que se nos dice de falso y de verdadero, ¿qué relación con la idea revolucionaria de la planificación y con el socialismo se le puede encontrar?. Quienes todavía creen ver alguna están, ¡ay! a merced del Kremlin. No ha restablecido la propiedad privada, es evidente, y sigue hablando de planificación, de socialismo y hasta de defensa de la revolución. Y los de la incondicionalidad continúan repitiendo cual eco mortecino: «lo que nosotros defendemos es lo que queda de la revolución, no la burocracia». No comprenden que su pretenso resto de la revolución es el caldo de cultivo nutricional del despotismo stalinista. También Napoleón III solía decir «mi nombre es inseparable de la revolución». Mera engañifa populachera, si bien la economía de su época había surgido incontestablemente de la revolución burguesa. Por el contrario, no ha habido *propiedad ni planificación socialistas* surgidas de la revolución de Octubre.

Pero admitamos hipotéticamente, en aras de la interpretación teórica y a fin de combatir al adversario en su propio terreno, que la nacionalización y la planificación, tal como han sido practicadas en Rusia desde el primer día, proviniesen de una revolución socialista. ¿Cuál deberá ser entonces el punto de partida para analizar el fenómeno ruso, el carácter objetivo de la planificación, o el carácter objetivo-subjetivo del poder político, cuya tendencia contrarrevolucionaria reconocía Trotzky? Los defensores de Rusia parten de la planificación, que según ellos habría debido desembarazarse del poder burocrático, mera excrecencia, al paso de sus propios resultados, o bien repentinamente, por revolución política. Mas la burocracia stalinista no es catalogable en la categoría de excrecencia que tantos le disciernen, no sólo trotskistas. Su poder político no habría encontrado manera de mantenerse, a menos de ser una objetivación superestructural del sistema económico. De forma que, incluso desde el punto de vista del análisis de Trotzky, la ley dialéctica de la transformación de la cantidad en calidad tiene que estar ampliamente confirmada al cabo de 50 años de la más absolutista de las dominaciones burocráticas...

En realidad no había necesidad ni posibilidad alguna de semejante transformación, porque en el terreno de la revolución socialista es aún más imposible que en cualquier otro que poder político y economía se desplacen en direcciones opuestas. Pero hay que guardarse de anticipar.

Culebreando entre la izquierda y la derecha, los diversos sistemas conocidos en el decurso del tiempo han tenido manifestaciones políticas reveladoras de sus características progresivas. El capitalismo pudo conceder, forzado por las luchas obreras cuando no voluntariamente, el sufragio universal, el derecho de organización y de huelga, la libertad de prensa y la llamadas garantías individuales. Nunca ha sido un régimen de opresión para la burguesía. Pero admitiendo en Rusia la existencia de una verdadera planificación descubrimos, sobre la base del más progresivo de los sistemas, el más reaccionario de los regímenes políticos, comparable al fascismo hitleriano en la época moderna, y en la antigüedad a la fase más despótica del Imperio Romano. Aún fuera de cualquier otra consideración, se impone por ende reconocer que la economía rusa no conserva la más remota relación con el socialismo. De lo contrario se arroja por la borda la concepción materialista de la sociedad y de la Historia, desenvolvimiento económico y desenvolvimiento político tomaría direcciones contrarias, la historia humana sería entonces el caos incomprensible de que hablaba Schopenhauer.

El argumento de la excrecencia provisional, *Deux ex machina* que el trotskismo pone aquí en escena, se derrumba por su propia inconsistencia. En primer lugar, el carácter provisional de un régimen político no le confiere en absoluto posibilidad de sacar adelante una economía revolucionaria, mientras él mismo se hace cada día más reaccionario. En segundo lugar, si la gestión económica de la burocracia fuese siquiera algo positiva, se habría reflejado en su política interior y exterior, sobre todo durante y después de la guerra. Lo contrario salta a la vista. En tercer lugar, recurrir a tal argumento, ni demuestra ni ayuda a comprender nada tocante a la naturaleza del sistema ruso. En cambio, sí nos pone en claro el pensamiento de quienes lo aprontan. En efecto, no admitirán la existencia del capitalismo en Rusia sino el día que descubran una clase de propietarios individuales. No lo admitirán jamás, puesto que el propio capitalismo antiguo tiende a eliminar la burguesía; ya ha hecho baratillo de buena parte de ella.

Por otro lado, la pretendida antinomia entre planificación y burocracia, o sea, entre sistema económico y régimen político, reposa en una idea más general, la concerniente al período de transición entre el capitalismo y el comunismo. Los defensores de Rusia creen dar con ella una explicación científica de los extravíos de la economía por relación a lo que debiera ser en cuanto economía socialista y hasta de los crímenes del poder. No hay tal. Al contrario, ahí aparece la vulnerabilidad y el desacierto de los análisis de Trotzky, convertidos hoy en adulteración derechista del concepto revolucionario por los trotskistas actuales y por ciertos marxólogos eruditos como Naville.

El período de transición (Marx hablaba de fase inferior del comunismo) imagínesele corto o largo, debe dar testimonio de su propia naturaleza, se sobreentiende, por una progresión continua hacia la desaparición de las clases, la clave de una libertad individual y colectiva inaccesible bajo el sistema del salariado, incluso el liberal. Ahora bien, las diferencias sociales se han multiplicado durante los planes quinquenales y el terror policíaco no ha aflojado. La democracia, incluso la más restricta, es intolerable a los déspotas del Kremlin. La esperanza de un conflicto entre la naturaleza del sistema económico y la burocracia, reputados contradictorios, se ha revelado por completo vana.

Es que desde el origen había error grave en suponer la existencia de un hiato entre el sistema económico y la burocracia, entre la estructura y la superestructura, cuando, por el contrario, sólo *su unidad*, su concordancia de intereses permitía a entrambos su afirmación respectiva. Con otras palabras, la industrialización de Rusia, por muy intensa que se la imagine, no podía ni podrá jamás por sí propia, por simple saldo mecánico de su función, dar cuenta del régimen burocrático.

Ahondando esa idea, hay que considerar ahora la noción de bonapartismo, aplicada por Trotzky al régimen político ruso y todavía utilizada a tuertas o a derechas por quienes dícense discípulos suyos. Establecía un paralelismo insostenible entre la revolución francesa y la revolución rusa. Por ello precísase analizar a continuación el bonapartismo de la primera.

En tanto que subversión de la sociedad, en cuanto acción práctica del hombre en su propia historia, la revolución francesa no fue obra de la burguesía, sino principalmente de la masa pobre de las ciudades y de los siervos feudales. La destrucción completa y rápida de las sobrevivencias económicas del feudalismo y del aparato político de la monarquía absoluta no habría tenido lugar (es el caso de muchos otros países capitalistas desde hace largo tiempo) sin la conquista, por artesanos y obreros, del derecho de insurrección, algo a tener en cuenta por el proletariado moderno en futuras situaciones postrevolucionarias. Gracias a tal derecho, los barrios pobres de París arrancaron una medida tras otra a la mayoría moderada de la Convención, a menudo a los propios Jacobinos, llegando hasta hacer una incursión en el poder político al proclamar el Gobierno Revolucionario e instaurar la dominación de la *Commune*, llamada a repercusiones lejanas y fecundas. Así consiguió la revolución democrático burguesa en Francia alcanzar su plenitud, caso único, y eso es lo que por momentos nos transmite una fragancia de la futura revolución comunista mundial.

Pero la dominación política de la masa pobre tenía que ser efímera, pues todavía no ocupaba el lugar ni las funciones indispensables para imprimir a la sociedad una orientación comunista... El propio capitalismo estaba poco desarrollado. No obstante, fueron adoptadas medidas económicas contra ciertos burgueses. Es un hecho evidenciado por Mathiez que el golpe de Estado de Thermidor sobrevino cuando el Comité de Salud Pública quiso poner en aplicación una ley de expropiación en beneficio de los indigentes, que afectaba buen número de especuladores y nuevos ricos. La *Commune* y las masas pobres en general, ya embridadas por Robespierre, quedaron reducidas a la impotencia, pero habían aniquilado por siempre monarquía y feudalismo.

El proceso de reorganización social y político que transcurre entre Thermidor y el período bonapartista propiamente dicho, no puede ser visto sino como pulsión, estabilizadora de la revolución burguesa. El

Bonapartismo no la negaba, no destruía su obra; le daba la legitimidad jurídica y la calma política indispensables al desarrollo de su economía capitalista desembarazada de trabas. Bajo sus laureles militares y sus fulgores de Emperador advenedizo, Napoleón encubría la sordidez de un sistema cuya progresión exigía alejar las masas del poder y someterlas al orden definido por la esclavitud salarial y la dictadura de los capitalistas. En una palabra, dado que la capacidad de los instrumentos de producción en escala francesa y mundial cerraba toda perspectiva socialista, obreros, artesanos, «sans culottes» en general tenían que ser alejados de los asuntos de la burguesía, una vez destruido el antiguo régimen. En lo sucesivo no recogerían sino las migajas del desarrollo de la sociedad capitalista. Thermidor acometió esa obra y el Bonapartismo le dio término.

Todo ocurre como si la revolución burguesa hubiese tenido necesidad de un thermidor y de un bonapartismo, puesto que su contenido esencial la impelía a desarrollar una clase propietaria de los instrumentos de producción y del poder político, y otra clase desprovista de ambos, asalariada.

Por completo diferente es el efecto de un thermidor, no digamos de un bonapartismo, tratándose de una revolución proletaria, siquiera del tipo ambiguo que fue el de la revolución rusa. Y no sólo el efecto, sino también el origen, preciso es dejarlo dicho aquí, sin perjuicio de lo que se leerá más adelante respecto de la toma del poder por los soviets en Octubre de 1917.

Es a todas luces imposible, y en la hora actual estúpido, considerar el poder ruso como un bonapartismo de la revolución comunista, como su afirmación jurídica, o siquiera como provisionalmente indispensable al destino ulterior de la misma. El sistema de producción y de distribución que la revolución francesa debía llevar hasta la cima era consustancial a la burguesía, y la necesidad de hacer marcar el paso a las clases inferiores engendró el bonapartismo, que así aparece cual emanación directa del capital. La burguesía, no sólo encontraba clases a su izquierda, sino que también las producía. Ahora bien, el proletariado ni encuentra ni puede crear clases por debajo de él y a su izquierda, pues el sistema productivo y distributivo que ha de instaurar requiere la supresión de todas las clases, la suya comprendida. De su seno pueden, sí, destacarse estratos que se sitúen por encima de él, lo opriman y lo exploten, pero al hacerlo tienen que oponerse al proletariado y al socialismo más encarnizadamente aún que la burguesía. No tienen otro medio de conseguirlo. Ergo, para la revolución obrera thermidor representa una destrucción, una derrota total; no puede pues proceder de su propio sistema económico. Hay incompatibilidad entre uno y otro, al contrario de lo que ocurrió durante la revolución francesa.

Los thermidorianos de 1794 continuarán utilizando un léxico revolucionario, a tiempo que, yugulando la acción revolucionaria propiamente dicha, ponían proa hacia la consolidación del capitalismo. En eso sentido, la noción de thermidor es muy útil para explicar el proceso reaccionario observado en Rusia. Si el thermidor de la revolución burguesa no confesó sus intenciones, induciendo a error a numerosos hombres, uno de los futuros comunistas entre ellos, Graco Babeuf, menos aún podía hacerlo el de la revolución rusa, pues iba a contrasentido de la Historia.

Con esos límites y únicamente dentro de ellos, la noción de thermidor es valedera y muy elocuente. Señala un desplazamiento a derecha en el seno de la revolución, apoyado por revolucionarios que no se lo confiesan o que no lo ven, conducente, en Francia al libre juego de la aristocracia del dinero, en Rusia a la contrarrevolución, al absolutismo económico y político de la alta burocracia.

En cambio, la noción de bonapartismo no es aplicable a ninguno de los aspectos o facetas de tal contrarrevolución. El único trazo común entre el régimen de Bonaparte y el impuesto en Rusia contribuye también a diferenciarlos. Consiste en la defensa de sus posiciones respectivas frente a la restauración del antiguo poder y frente a las masas a la vez. Pero con ésta salvedad: haciendo frente a su derecha y a su izquierda, el bonapartismo defendía estrictamente los intereses de la nueva clase dominante, la burguesía, mientras que el stalinismo ataca directamente al proletariado, clave de la sociedad comunista. Y si también se opone a la burguesía, es para incorporársela o para ponerla a su discreción, pues está muy lejos de negar su *sistema* igual que Bonaparte negaba el antiguo régimen. El bonapartismo -ha sido dicho a menudo- arbitra entre la vieja nobleza y la burguesía. Se vanagloriaba de ser el reconciliador nacional. Al revés, el despotismo stalinista no encuentra tan siquiera los factores necesarios a semejante arbitraje. La burguesía que quedaba, se la ha incorporado; al proletariado, por su parte, lo ha sometido a condiciones de semi-esclavitud legal.

Tocamos ahí el problema más importante de nuestra época. La burocracia stalinista defiende incontestablemente la nacionalización de los instrumentos de trabajo o propiedad estatal, no menos que la planificación. Pero semejante propiedad nada tiene de socialista, ni por consecuencia los planes que la rigen. Tampoco hay manera de considerarla como un primer paso en dirección del comunismo, pues una revolución

obrera tiene que pisar enseguida terreno económico socialista, o bien está vencida de antemano. Hay que recordar a tal respecto un error fundamental de Trotzky, al que ni Lenin ni los mejores bolcheviques escaparon. Según él, la propiedad estatal había sido instaurada por la revolución, sin dejar de reconocer que todavía no se trataba de propiedad socialista. Entonces, ¿existiría un tercer tipo de propiedad no capitalista y tampoco socialista? En tal caso sería imperativo reconocer la existencia de una nueva clase propietaria destinada a reinar por un tiempo indefinido. El desenlace del drama histórico a que el capitalismo aboca no correspondería al proletariado, sino a la clase identificada con ese nuevo tipo de propiedad. Se ve uno así empujado, quíerese que no, hacia la teoría del colectivismo burocrático, mera vacuidad. Volveré sobre ello, pero antes conviene añadir que esa supuesta clase surgiría, por así decirlo, de un día para otro y sería, desde el principio, reaccionaria.

Trotzky perdía de vista su propia teoría de la revolución permanente, cuya primera fase tuvo lugar en Octubre de 1917 e inmediatamente después, sin que la segunda fase prevista, la socialista, tuviese jamás lugar. Así pues, la propiedad de Estado no fue en manera alguna obra de la revolución, sino, al contrario, del no completamiento de la revolución hasta su fase socialista, pues ésta ha de caracterizarse, no por la propiedad de un organismo cualquiera, Estado, sindicato o partido, sino por una posesión directamente comunista de los instrumentos de trabajo, única que permite la apropiación individual de los productos del trabajo social. La distribución desigual de los productos presupone siempre -decía Marx- una distribución previa desigual de los instrumentos de trabajo. Imposible escapar a ello por subterfugios sobre el período de transición. En una palabra: toda revolución que concentre la propiedad en el Estado (o en los sindicatos, igual daría) se condena haciéndolo. He ahí uno de los principales trazos de delimitación de los revolucionarios en el momento presente.

La burocracia stalinista -la experiencia lo dice- hace cuerpo con la propiedad de Estado, que somete a un plan. Representársela oscilando entre el proletariado y la burguesía, o entre el socialismo y el capitalismo es pifia enorme. El surgir de la burguesía europea como clase estructurada llevó siglos. En Rusia no puede siquiera resurgir, pues la abrumadora mayoría de la riqueza ha sido creada sin ella. Quedan, en el campo, pequeños propietarios de lotes de tierra, incluso *kulaks*. Pero una restauración burguesa no puede tener lugar por conducto agrícola. La mayoría de campesinos han sido reducidos a la categoría de trabajadores asalariados en las empresas estatales llamadas *Kolkhoses* y *Sovkhojes*. Su condición no obstante, se aproxima, sin serlo por completo, a la de los trabajadores industriales. Tiene también un viso de la situación de los siervos feudales, cuyo tiempo de trabajo estaba netamente dividido: una parte no pagada para el señor, la otra para ellos. Así los *kolkhosianos* dan al Estado una parte importante de su tiempo de trabajo, pagada sólo en parte, y consagran el tiempo que les queda a sus lotecitos, cuyos productos les pertenecen. Sea como sea, en el cuadro de las clases y capas sociales rusas, la burocracia ocupa la extrema derecha. Como tal se comporta, y para los trabajadores de la industria y de la tierra ningún otro enemigo que ella es susceptible de existir.

Siendo incontestable esa realidad, algunos desplazan el problema al área internacional. La supuesta oscilación de la burocracia se produciría entre el proletariado y la burguesía mundiales, y en ese espacio defendería aún «lo que queda» de la revolución frente a las tentativas imperialistas de imponer la propiedad burguesa *manu militari*. Esa elucubración suministra a sus inventores, por lo menos, una coartada para desentenderse alegremente de los hechos más elocuentes. Algunos ejemplos entre mil: el Kremlin es el principal culpable de la derrota del proletariado después de la revolución rusa, y en particular de la victoria de Franco. No obstante, sabía que tal derrota acarrearía la guerra imperialista. Más concretamente, el Kremlin permitió a Hitler instalarse en el poder, transmitiendo a sus vasallos alemanes orden de no presentarle batalla, a despecho de que Hitler no dejaría de invadir Rusia en un momento dado. En plena guerra, Hitler reiteró a los imperialismos occidentales ofrecimientos de paz, a fin de asegurar la derrota de Rusia. Los ofrecimientos fueron rechazados. Así pues, quienes han salvado los pretendidos restos de la revolución son esos imperialismos, que se habrían apresurado a aceptar las proposiciones de Hitler si resto alguno hubiere existido. La incompatibilidad entre los sistemas de propiedad capitalistas y socialista acalla las mayores rivalidades imperialistas, es decir dentro del mismo sistema.

Nada existe pues, ni dentro ni fuera de Rusia, que ligue la burocracia stalinista al proletariado. La guerra ha sido y será siempre para ella una manera de defender su presa, la explotación del proletariado ruso, y de echar mano a otras presas, a cuantas le permita su fuerza militar.

Lo anterior sentado, es el momento de examinar el sistema económico en torno al cual montan la guardia, el gigantesco ejército ruso, otro ejército de policías y delatores, los partidos stalinistas de todos los países, más

toda suerte de déspotas arcaicos de los países atrasados, sin hablar de los intelectuales de izquierda y de los secuaces del «Estado obrero degenerado».

Para plantear bien el problema y distinguir los árboles tanto como el bosque, es indispensable recordar la noción revolucionaria de la planificación, puesta siempre de lado cuando se habla de los planes rusos. Tiene relación muy estrecha con el período de transición del capitalismo al comunismo, tras el cual se agazapan los defensistas.

Si desde Marx el movimiento obrero ha hablado de someter la economía post-revolucionaria a un plan de producción, es precisamente con el designio de asegurar la travesía rápida de ese período, hasta la sociedad comunista, que funcionará espontáneamente como un todo tendente a la armonía. No se trata en manera alguna de eliminar o suavizar tal o cual contradicción interna del capitalismo: crisis de producción, concurrencia entre capitalistas, entre monopolios o entre naciones, contradicción estructural entre valores de uso y valores de cambio. La planificación post-revolucionaria debe ir derecho a la supresión del capitalismo y de sus secuelas. Debe terminar con la contradicción entre la forma de producción actual y los intereses inmediatos tanto como los históricos de los trabajadores. La incompatibilidad absoluta, que la revolución ha de resolver, se da entre el sistema y el devenir humano. Y la planificación es un instrumento para que la economía dé ese vuelco, prenda única de la futura civilización comunista.

No hay escapatoria posible. Durante el período de transición el sistema de propiedad es necesariamente el mismo que en pleno comunismo. ¿En qué consistiría, si no, la revolución social? Admitamos no obstante, en aras de la polémica con los soviéticos (en realidad rusófilos) que entre la concepción teórica y la realidad pueda producirse un desajuste cuyos intersticios sean colmados diversamente, según cada caso preciso, sin que por ello vire en redondo la situación post-revolucionaria. En el marco de Rusia, y siempre según las argucias de sus defensores, la burocracia stalinista colmaría los intersticios puestos al descubierto por dicho desajuste; en ellos se localizaría su diferenciación del proletariado en cuanto burocracia, y la junción de su actividad social en cuanto burocracia *obrero*, con la función histórica del proletariado.

A primera vista, es impensable y repugnante suponer cualquier vínculo entre la burocracia stalinista, cuya putridez colectiva e individual, social y psíquica sobrepasa todo límite y la función histórica del proletariado. Incluso Trotsky negaba ese vínculo desde 1933, al contrario de sus discípulos hoy. Pero aquí hay que poner freno a la sensibilidad, por más que sea un sólido componente de la dialéctica materialista, a fin de llevar la objetividad hasta el lindero de la aberración.

Quienquiera esté algo informado sabe que en Rusia el proletariado no tiene otra participación en el poder político que la que el terrorismo policiaco le impone; que está rigurosamente excluido de la dirección de los planes; sometido a una forma de explotación más inicua que en los antiguos países capitalistas; que no puede recurrir a la huelga sin verse acosado por la represión; que su parte en la distribución de los productos del trabajo es mínima, y siempre impuesta, mientras la burocracia se rodea de un fasto asiático. Podría aceptarse, a lo sumo, la pertinencia de la idea de dicho vínculo, si la burocracia, a despecho de su aidez y de sus incontables crímenes, orientase la economía hacia la igualdad de posibilidades materiales y culturales. En ausencia de eso no puede tratarse de planificación, sino de un plan que deja intactos los cimientos y el objeto de la producción, de un plan deliberadamente concebido para no satisfacer las exigencias de los hombres. La sociedad puede estar entonces en etapa de transición hacia donde se quiera, salvo hacia el comunismo.

La manipulación y el escamoteo de estadísticas practicados desde el primer plan quinquenal han ocultado siempre las realidades económicas más importantes para el proletariado, incluso siendo explotado. Se nos presentan, sobre todo, índices de crecimiento industrial, de veracidad dudosa por añadidura. A pesar de todo y mistificación política mediante, los «progresos económicos de la URSS» embaucan todavía a numerosos militantes, no sólo trotskistas. También economistas y sabios de cabeza sentada participan del embaucado y contribuyen a él. Parfraseando a Engels sobre el anti-semitismo, cabe decir que es esa causa de exaltación para imbeciles y trepadores.

Lo que es indispensable conocer, en lugar del crecimiento general, el de ciertas industrias o las hazañas espaciales, es el nivel y el *modo* de consumo de la población trabajadora. Por algo las estadísticas son mudas tocante a eso. El nivel de consumo es muy bajo, a despecho de la mejora consecutiva a las ganancias de guerra, y por añadidura en extremo jerarquizado. En cuanto al modo de consumo, está dado, va impuesto por el salario. Ningún obrero puede consumir más de lo que gana, según la ley de racionamiento del capitalismo. No se celebra congreso o conferencia económica que no se proponga «mejorar el sistema de salarios», es decir, arrancar a cada obrero «mayor producción por cada rublo pagado». En tales condiciones la economía

no puede dar el menor paso hacia el socialismo. Cae dentro de la economía dirigida, no de la planificación socialista.

En la sociedad burguesa, la reproducción ampliada se efectúa partiendo de los intereses de la clase propietaria, lo cual hace de ella una acumulación de capital, o sea de trabajo no pagado, o bien, bajo su forma de bienes, una acumulación de productos sustraídos a sus productores. Durante el período de transición, igual ya que en plena sociedad comunista, la reproducción ampliada de los instrumentos de trabajo debe efectuarse a partir de las necesidades materiales y culturales de la sociedad, la sociedad comprendida desde ese momento, no como lo contrario del individuo, caso actual, sino como el terreno natural de florecimiento del individuo. Por tal modo el capital acumulado se transforma en *no-capital*, incluso en anti-capital, vale decir, en instrumentos de trabajo colectivo, dominados por quienes los crean y los mueven.

En su obra principal, Marx ha dado e interpretado la fórmula de la reproducción capitalista: $c + v + pl$, donde c designa el capital constante o instrumentos de trabajo, v el capital variable, los salarios o medios de subsistencia para los trabajadores, y pl la plusvalía o valor añadido en el proceso del trabajo, parte de la cual es consumida por los capitalistas y la otra invertida (capitalizada) para el crecimiento ulterior de la producción. Este último pasa pues, obligatoriamente, por la acumulación ampliada del capital. En la sociedad burguesa, c no aumenta sino en la medida en que los capitalistas realizan la plusvalía vendiendo las mercancías en que está contenida. Y en los últimos tiempos, para facilitar la venta a mejores precios, recurren a la destrucción pura y simple de una parte de la producción. Por su parte, v aumenta sólo en cierta proporción de c . Por el contrario, en una economía planificada (sobrentendido: no capitalista), el aumento de c depende sólo, exclusivamente, de las necesidades de v , que abarca la totalidad de la población, y de la magnitud de pl . Esa vuelta del revés suprime las relaciones de producción capitalistas. C deja de ser capital, v no es ya el precio de la fuerza de trabajo que reduce la mayoría de la población a un consumo exiguo, y a su vez pl aparece bajo forma de bienes recién creados, listos para un consumo mayor individual y colectivo. Ha dejado de haber beneficios, es decir, trabajo ajeno apropiado por los burgueses, por los funcionarios o por instituciones. La reproducción ampliada deberá ser pues prevista como respuesta a las exigencias directas del conjunto humano que integra la sociedad; ha dejado de ser acumulación de capital. En otros términos, durante el período de transición la extensión del consumo en sus múltiples órdenes preside a la acumulación ampliada (el antiguo capital constante) y la determina.

La relación de los factores económicos y humanos contenidos en la fórmula $c + v + pl$ cambia de todo en todo. Tal es, en profundidad social e histórica, la revolución social. Importa recalcar la diferencia, para ver mejor lo que sucede en Rusia. Bajo el capitalismo, v , salarios o medios de subsistencia para los trabajadores, está siempre reducido al mínimo indispensable por relación a las condiciones reinantes en el mercado de la mano de obra.

Lejos de pesar como factor determinante en los proyectos de producción, es tan sólo uno de sus resultados. Por lo que se refiere a pl , la plusvalía o valor nuevamente creado, que cae en manos de los detentadores de la plusvalía anterior o capital previamente acumulado, es despilfarrado por éstos en buena parte, sumándose la otra parte a c como inversiones suplementarias, pero con el fin exclusivo de hacerle rendir más plusvalía aún. Todo el proceso de la reproducción ampliada depende, bajo el capitalismo, de pl , dicho con mayor precisión, de la apropiación de la totalidad del producto social por los poseedores de los instrumentos de trabajo. De ahí las contradicciones inherentes al capitalismo, en escala nacional no menos que internacional.

La primera categoría de contradicciones puede ser considerablemente atenuada mediante el control de capitales, o su absorción general por el Estado. Así se ha visto claro desde la segunda guerra mundial. En cambio, las contradicciones entre los diversos capitalismos o grupos de capitalismo resaltan hasta amenazar el mundo de exterminación. Por otra parte, cuanto más se extiende el dirigismo (o, si se prefiere, la planificación basada en la dualidad capital-salariado), cuanto más eficaz parece, más desgarradora se hace la contradicción entre el sistema mundialmente considerado y el desarrollo social, a saber, entre la forma de producción y distribución actual y los imperativos de todos y cada uno, entre una técnica de alto nivel y la clase de los asalariados. Porque esa contradicción no es intra-capitalista, sino supra-capitalista. Es, sumariamente dicho, la contradicción entre la civilización del capital en todos sus aspectos y el progreso humano, cuyas posibilidades son grandiosas y sus realidades tan mezquinas como oprimidas. A la inversa de la planificación según concepción revolucionaria, el dirigismo calcula sus planes para la no-satisfacción de necesidades; o lo que equivale a lo mismo, los calcula en función de la acumulación ampliada de capitales. No se sale pues del crecimiento de c mediante la succión de pl por una categoría social, y de paso domina la mano de obra mucho mejor que el capitalismo «anárquico». Que se le dé como justificación la defensa de la patria, la

modernización, el interés general, la industrialización o el propio socialismo, la superchería es siempre la misma.

La aparición del dirigismo es uno de los fenómenos de mayor importancia en la historia contemporánea. Está estrechamente ligada al resultado negativo de la lucha del proletariado mundial entre guerra y guerra. Volveré sobre ello en su aspecto político al final de este opúsculo. En este lugar, lo que importa es aprehender su contenido material. El dirigismo es un expediente de la sociedad capitalista en sus últimas. Ya el desarrollo anterior de ella permitía y requería el paso a la sociedad comunista, porque la estructura creada por el capitalismo era desde entonces demasiado estrecha y constrictiva en todos los dominios. «Alcanzado ese punto, toda evolución posterior es declinamiento, y cualquier desarrollo nuevo deberá efectuarse sobre una base nueva»²⁴.

Ahora bien, en nuestro caso, la base nueva excluye las relaciones económicas, las relaciones entre los hombres y la naturaleza y entre los hombres mismos, emanantes de la dualidad capital-salariado. El dirigismo tiene precisamente por función conservar esas relaciones antañonas, y así las transforma de constrictivas en oprimentes. Si crece el potencial económico, es a costa del desarrollo de los individuos y de la colectividad, agobiando al hombre, saqueando y contaminando la naturaleza. El dirigismo encabeza, segrega y organiza el declinamiento. Al contrario de lo que creen tantos marxistas vulgares -impónese notar- jamás ha comenzado un declinamiento social por la destrucción o la mengua del dispositivo económico. En ese dominio se manifiesta, en primer lugar, por la diferencia, en aumento, entre lo que realiza el viejo sistema y lo que podría realizar un sistema nuevo; la posibilidad no realizada (que es *necesidad*) acarrea una descomposición de todos los valores creados por la antigua civilización, desde las costumbres y la moral hasta los regímenes políticos. El dirigismo es una expresión del capital, no ya ciega y caótica, sino relativamente consciente de sus propias leyes. Utilizándolas, atenúa sus contradicciones internas, a tiempo que pretende velar la contradicción histórico-social que lo hace incompatible con el devenir humano. Pero haga lo que haga, lejos de desembarazarse de esta última contradicción la exacerba sin cesar. Debido a ello, el gigantismo del capital acumulado abruma cada vez más a todo el mundo. Supone una degeneración de cuanto permitió y acompañó la gran expansión de la civilización capitalista. En fin, el dirigismo es reaccionario porque apuntala la explotación salarial, y porque en lugar de transformar la necesidad en libertad encadena más apretadamente el hombre a la necesidad y reclama el totalitarismo. Suponiendo que terminase por crear un tipo diferente de sociedad, sería peor y no mejor que el antiguo sistema capitalista.

Si la reproducción ampliada no se efectúa a partir de un saldo de trabajo social indispensable a la incesante elación del espíritu humano en libertad, sino de ese mismo saldo administrado por cualquier categoría de hombres, continúa siendo plusvalía (pl) o vuelve a serlo si hubiere desaparecido, plusvalía de su propiedad y la planificación se convierte en imposible. Partiendo de los intereses de esos propietarios puede establecerse un plan, es evidente. Pero no se trata entonces de dar libertad a las condiciones de trabajo y de vida, sino de aherrarlas manteniéndolas en el cerco del antiguo sistema y haciendo cada día más ajenos a los productores instrumentos de trabajo y productos del mismo. Por eso casi todos los países elaboran hoy planes de ese género, subordinando la iniciativa privada -cuando la hay- a la del Estado, cómitre de la colectividad capitalista y capitalista él mismo. La equivalencia de tales planes entre sí la confirman las condiciones impuestas a la clase obrera, criterio supremo y también el hecho poco conocido que dirigistas rusos y chinos vienen a estudiar sobre el terreno, en Occidente, los métodos de elaboración y aplicación. Ocurre que de los tres términos de la fórmula: $c + v + pl$, c es siempre pasivo, cualquiera sea el sistema. La reproducción ampliada no puede hallar impulso sino en los intereses de una minoría agazapada tras pl , o bien en los intereses a corto y a largo plazo de la masa humana comprendida en v . En éste caso únicamente, está claro, resultará una planificación en el sentido revolucionario del término, en ruptura con el valor de cambio; todo lo demás es programación retrógrada. En resumen, el dirigismo es a la planificación lo que una brújula en posición vertical es a otra brújula a la horizontal.

No hay sobrepase revolucionario posible sin suprimir la contradicción entre los bienes de consumo, desde los alimenticios hasta los culturales, y esos mismo bienes en cuanto valores de cambio o mercancías. O sea, sin pegar un corte tajante a la venta y a la compra de cuanto existe. Y ¿quién ignora que semejante venalidad, que penetra hasta el saber y las conciencias, tiene su fuente en la venta (compra para el capital) de la fuerza de trabajo?. Terminar con el salariado es pues condición *sine qua non*, clave de todos los enigmas, dintel de toda esperanza.

²⁴ Karl Marx: *Fondaments de la critique de l'économie politique*. Ed. Anthropos, t. II, p. 34.

Cabe sin embargo recordar, precaviendo un peligro poco perceptible, pero no inexistente, que los esclavos no eran asalariados. Para que no se instaure otra forma de explotación, precísase que el dominio de los instrumentos de trabajo, de los productos y de la sociedad entera, pase al conjunto de los trabajadores, excluyendo cualquier estrato social o institución particulares.

Con su intervención, la revolución proletaria ha de encontrar la solución del problema, haciendo desaparecer *pl* en cuanto plusvalía manipulada a su guisa por una minoría. Entonces, *pl* no será sino producto nuevamente creado a voluntad, a fin de aumentar el consumo inmediato y la capacidad de producción siguiente. El punto de apoyo de la fórmula $c + v + pl$, a saber, la dinámica misma de la producción emigra de *pl* a *v*. No queda ya nadie para acaparar *pl*, ni por consecuencia *c*. Dominando ambos términos, los trabajadores dejarán de ser una clase, y la crítica revolucionaria de la economía política desembocará en la negación de la misma, mediante un sistema de relaciones sociales en que el ser humano, aligerado de las múltiples coacciones que lo chafan, podrá dar su propia medida.

La distinción entre producción de instrumentos de trabajo (bienes de equipo en la jerga actual) y producción de bienes de consumo debe adquirir un aspecto muy diferente desde el primer día de la organización comunista. Bajo el capitalismo, la reproducción ampliada parte de las necesidades del sector instrumentos de trabajo, mientras que la planificación no puede calcular su ensanche sino partiendo del sector bienes de consumo. La diferencia es radical e implica por sí sola el concepto entero de *planificación para el consumo*. Fuera de ella, no puede hacerse sentir necesidad de industrialización que no comporte o no reintroduzca la función esencial del capital: la succión de plusvalía.

Incluso la creación de industrias de guerra frente a un asedio capitalista real, no ficticio cual ha sido el caso de Rusia a partir del stalinismo, desataría otra vez el mecanismo a partir del sector instrumentos de trabajo, tras el cual se guarecería pronto, si no previamente, una banda de amos ávidos. A una revolución comunista la defensa nacional le sale sobrando. Su salvación está en la lucha insurgente del proletariado de otros países, en primer lugar de los que amenazarían atacarla. La guerra entre tribus y grupos sociales primitivos desempeñó un papel decisivo en la aparición de las clases y del Estado. El proletariado no puede servirse sino de la guerra civil. Por lo demás, las armas electrónicas y termonucleares bastan para rechazar al dominio de la demencia cualquier tentativa de victoria *militar* de una revolución. Esas armas deben ser paralizadas y destruidas desde el interior de cada país; los ejércitos, disueltos

En aras de la demostración precísase recurrir aquí al cuadro de la sociedad de transición o fase inferior del comunismo esbozado por Marx en la *Crítica del programa de Gotha*²⁵. Durante los primeros ciclos de su reproducción ampliada debería retirar del producto total:

1º- Una cantidad de productos de consumo para la población, aproximadamente igual a la destinada a ese fin antes de la revolución;

2º- Una cantidad de instrumentos de producción para compensar la usura de los instrumentos existentes, cantidad que se encuentra incorporada en los productos obtenidos.

El excedente, bienes nuevamente creados (*pl* o trabajo no pagado bajo el capitalismo) Marx lo divide en dos partes; una destinada a agrandar los instrumentos de trabajo, la otra vertida al consumo inmediato, así aumentado, de los trabajadores. Ponía pues de relieve, por una parte que en la sociedad de transición los productos pierden el carácter de mercancías, y por otra parte que por relación al objeto comunista la distribución es lo esencial, la propiedad colectiva y la planificación, medios.

Puede hacerseles a los defensores de Rusia una concesión más tocante a ese momento. De todos modos quedarán refutados. Admítase que la totalidad del plustrabajo social sea utilizada como instrumentos de producción, sin que los trabajadores saquen mejora alguna. El problema del reparto se plantearía a continuación con amplitud y acuidad redobladas. Incluso suponiendo que al principio el plustrabajo social consista entero en máquinas y materias accesorias a las máquinas, resulta imposible considerar varios ciclos económicos sin que del crecimiento reiterado del antiguo *c* no resulte mejoría de consumo proporcionalmente amplia. No se trata sólo de la satisfacción *inmediata* de una clase obrera que el economismo moderno - siempre de pretensión marxista- desestima con sabihondo desparpajo; se trata también de las condiciones materiales que han de condicionar una elevación ininterrumpida del nivel cultural y técnico, no de la sociedad considerada en su tradicional división de trabajo manual y trabajo intelectual, sino de cada uno de sus componentes. A falta de ello, nada de esencial cambia.

²⁵ Marx y Engels: *Programmes socialistes de Gotha et d'Erfurt*. Ed. Cahiers Spartacus.

Signo de los tiempos, se ha hecho indispensable precisar que la elevación material y cultural resultante de la planificación no tiene absolutamente nada que ver con los añagazas de la «defensa del nivel de vida de la clase obrera», la «defensa del empleo» y similares. El quid consiste en terminar con la venta de la fuerza de trabajo que produce y reproduce año tras año esa clase y su explotación. A partir de la planificación revolucionaria, ningún problema reivindicativo se plantea, todos serán potestativos para la clase obrera. Hay que acometer pues las causas y no los efectos. Mientras que el consumo y el saber dependen de la venta de la fuerza de trabajo, será imposible salir de la opresión. Por ende, el período de transición tiene que caracterizarse, ante todo, por una ruptura neta de la dependencia del consumo respecto del precio de la fuerza de trabajo. Hay que quebrar la ley del valor, para dejar libre juego a los valores de uso, medibles, no en precio, sino en necesidades humanas, gama ilimitada.

Para los economistas rusos encargados de justificar el sistema, la ley del valor sigue aplicándose en el período de transición, dicho socialista no sin dolo. Fue ése un «descubrimiento» de Stalin en persona, hecho al mismo tiempo que llenaba de millones de hombres sus campos de trabajo forzado y que asesinaba a centenares de miles, partidarios de la revolución en cabeza. Ni siquiera tienen a bien esos economistas indicarnos cuando, en tal caso desaparecerá la mentada ley. Y no sin razón muy seria, pues saben que, como primera medida, se impone derrocar el poder y todas las instituciones a que ellos sirven. La indignancia de su argumentación proviene del sistema, cuya naturaleza tienen por tarea ocultar y justificar. Si calculan en dinero los beneficios de las empresas, las inversiones, etc., no se trata, como pretenden ellos, de «una manera de contabilizar» sin nada en común con la de otros países. Sencillamente, no conocen sino la forma capitalista de contabilizar, lo que está explícitamente confirmado por la existencia reconocida de la ley del valor (enteramente capitalista). Por si no bastare, lo vuelve a recalcar su propio argumento: «los beneficios van al Estado», un Estado que identifican, cual un burgués cualquiera, con la sociedad («el Estado del pueblo entero»). En efecto, por intermedio de tal Estado, los economistas y otros 15 o 20 millones de burócratas semejantes cobran dividendos, en dinero y en bienes, sobre los beneficios extraídos de la diferencia entre el precio de la fuerza de trabajo pagado al obrero y el producto total de ese mismo trabajo. La regla que guía todos los planes quinquenales: «obtener de cada rublo invertido el máximo de beneficios posible», impera en cualquier economía actual. Tal clase de contabilidad es inseparable de la explotación e inversamente.

Pero en balde se refuta la mentira deliberada: no cabe sino ponerla en la picota. Los economistas rusos son vulgares mercenarios. En cambio, hay que responder a las tesis de los no stalinistas que pretenden persuadirnos de que existe en Rusia algo de socialismo, a despecho de cuanto pueda decirse. Pierre Naville es quien ofrece hoy a los diversos matices de rusófilos la argumentación más sapiente. Sus razonamientos deben ser pues considerados. Su exégesis minuciosa de Marx en *Le nouveau Leviathan* no hace al caso, excepto la parte relativa al destino de la plusvalía en período de transición. En ese dominio consigue algo mucho mejor que los remendones venales del Kremlin. Porque, también según Naville, la ley del valor, ciertas alteraciones salvadas, prepondera aún en la fase inferior del comunismo, tal un maleficio que en vano tratarían de conjugar los hombres, por ser la máquina económica de por sí, el exclusivo taumaturgo redentor. Como de ritual, se apoya o cree apoyarse en Marx. Y no cae en la estupidez de presentar la sociedad rusa como algo parecido al esbozo delineado en la *Crítique del programa de Gotha*. Dice explícitamente lo contrario. No obstante, habla de «socialismo de Estado» haciendo de la voz *socialismo* un sinónimo de primera fase del comunismo. Dejando de lado esta última falla, Naville no consigue asociar términos tan contrapuestos como socialismo y Estado, sino haciendo de Rusia una sociedad en transición... hacia la sociedad de transición al comunismo. Eso ¡después de 50 años!. El retroceso es enorme y arrastra consigo un nuevo mirar revisionista, en el doble sentido económico y político del antiguo revisionismo, o evolucionismo reformista. Oígamele:

«La organización de la producción y de los intercambios depende de determinadas relaciones de producción, es decir, también de relaciones de clases, en definitiva de determinada forma de apropiación semi-colectiva del producto y del sobreproducto. De esa apropiación es de donde hay que partir. Verdad es que en la URSS tiene lugar de manera distinta que en el capitalismo privado; pero todavía existe de forma no-socialista, porque estamos en un capitalismo de Estado angosto en todos sentidos, y ese socialismo está lejos de alcanzar el nivel de relaciones teóricas descrito por Marx. A lo sumo suministra algunas premisas»²⁶.

Rusia se encuentra pues, según eso, muy aquende la sociedad de transición. Naville concede al stalinismo que las premisas en cuestión «suponen ya importantes transformaciones», pero- se lee cuatro líneas arriba- se trata tan sólo de las premisas del período de transición al comunismo; por lo claro, de aquellas que

²⁶ Pierre Naville, *Le nouveau Leviathan*, T.3, p.8.

son creadas por el capitalismo crudo y que existen en escala mundial desde hace múltiples años. Sin ellas, jamás habría tenido lugar la revolución de 1917.

Por otro lado, la coherencia de la definición citada esta lejos de ser satisfactoria. Nos habla de una apropiación del producto y del sobreproducto que se haría en Rusia «de manera diferente que en el capitalismo privado», sin dejar de reconocer que es «no-socialista». Ni capitalista, ni socialista. La manera «distinta» es un misterio que lleva a pensar en el «colectivismo burocrático». Mas Naville rechaza esa idea tanto como la de capitalismo de Estado. Deslizándose entre una y otra, descubre que la apropiación no socialista es hechura de un socialismo de Estado, sin que la «manera distinta» quede por ello aclarada. Entonces, ¿qué esconde esa apropiación «semi-colectiva del producto, y del sobreproducto», lo que significa de todo?. La apropiación estricta no puede concernir sino al sobreproducto plusvalía, acumulado o comido por los administradores, y con él va el dominio social correspondiente; el producto necesario está definido por la suma de salarios, aunque el Estado haya de poseerla antes en líquido. ¿Quién participa, a medias o siquiera en pequeña parte, a la apropiación del sobreproducto?. ¿Los trabajadores?. Naville no se atrevería a afirmarlo. Ahora bien, su manera «semi-colectiva» no podría encontrar otra justificación que ésa. Puesta a parte la clase obrera, no quedan sino los servidores del Estado, aparato económico comprendido. Son ellos -el Estado personificado- quienes se apropian el sobreproducto. Y así, puede concederse, de forma semi-colectiva, puesto que participan en grados diversos y que tan sólo una minoría decide. Con tal fin, el mecanismo que ponen en actividad es, y no puede ser otro que el de la esclavitud asalariada, igual que el capitalismo privado. Toda apropiación arranca forzosamente de ahí.

En espera de abordar la naturaleza del Estado ruso y su posición en el mundo, precísase indicar que Naville resbala a su conclusión contradictoria gracias a un artículo de fe que sienta plaza de verdad axiomática, a saber la naturaleza de la revolución rusa. En efecto, la da sin más como socialista, flagrante carencia de rigor en una obra que se considera de sociología marxista científica. Ahí se injerta la concepción teórica del período post-revolucionario inmediato, mismo en que, siempre según la *Crítica del programa de Gotha*, el derecho conserva *estigmas* del derecho burgués, y por ende el reparto de los productos. Con todo, ¿qué viene a hacer ese estadio inferior del comunismo si no borrar todos los estigmas, que no son, ni con mucho, quede dicho al paso, el derecho burgués pleno?. Se hace imperativo, es evidente, caracterizar ese estadio, no por las trazas tan resobadas del pasado, mero componente secundario, sino por la dinámica de su componente esencial: la organización del comunismo.

Tocante a lo último, el «salario socialista» de Naville embrolla el problema tanto como cualquier «participación en los beneficios». Sin referirme al contrasentido formado por esas dos palabras, restallido injurioso, por mucho que tal salario sea, según el trazado de nuestro autor, un intercambio social de trabajos o de facultades de trabajo desiguales, no permite entrever senda alguna que borre las diferencias de clase y la división misma del trabajo. El desarrollo de la industria y de la productividad, supuestos agentes de tal resultado, tendrá que ir guiado, para producirlo, por una apropiación de los bienes de consumo (desde los alimenticios hasta los culturales y artísticos) que rompa la dependencia de todo salario. De lo contrario, el «intercambio» del obrero es el del monto completo del producto de su trabajo contra una pequeña parte del mismo. Entonces es cuando se tomará rumbo a la desaparición de las clases (transformación que se concretiza por la desaparición del proletariado) hasta que los instrumentos de producción, más cuanto necesita cada individuo para no sentirse escarnecido, se confundan con la distribución, y ésta con el trabajo social y el tiempo libre. Su separación del hombre, o de sus posibilidades de trabajo en términos económicos, es la fuente del actual intercambio de equivalentes que empieza con el precio de la fuerza creadora de bienes; está excluido acabar con ella sino simultáneamente a tal suerte de intercambio.

Naville saca su idea de un salario socialista del siguiente hecho innegable: el producto total del trabajo deberá sobrepasar siempre el consumo colectivo. No cabe duda que así será incluso en pleno comunismo. Más para que semejante excedente de trabajo, cualquiera magnitud tenga, deje de ser explotación del hombre por el hombre; es preciso que su empleo, consumo adicional, almacenamiento, nueva extensión técnica, aplicaciones de utilidad social, lo que sea, repercuta en la supresión del salariado. Los obreros e hijos de obreros no dejarán de encontrarse en situación de inferioridad, dominados por fuerzas económicas y culturales ajenas, mientras no dispongan sino del equivalente de su capacidad de trabajo, medida capitalista por autonomasia. A la inversa, será desechando esa medida como podrán manifestarse las múltiples capacidades

físicas e intelectuales, suprimiendo al mismo paso la división del trabajo en intelectual y manual y por natural consecuencia la cohibición de todos. *Sin anhelos satisfechos no hay floración del hombre*²⁷.

En la *Crítica del programa de Gotha*, Marx se proponía sobre todo y no sin lenitud, refutar a los charlatanes que reclaman «el producto integral del trabajo». Contemplaba la fase inferior del comunismo tal como hubiera podido surgir del nivel de las fuerzas productivas de su época. Con todo, ni sombra de duda cabe de que para él los famosos estigmas del derecho burgués se volatilizarían a medida de la reorientación del maquinismo por y para los productores mismos, y de que así aparecería un derecho *desigual*, sin equivalente, única equidad verdadera. Lo dice explícitamente:

«los elementos de producción están distribuidos de tal modo, que el reparto actual de los objetos de consumo dedúcese de por sí. Sí las condiciones de la producción fuesen propiedad colectiva de los trabajadores mismos resultaría también de por sí, un reparto de los objetos de consumo enteramente diferente del de hoy». (Véase comentario n° 3 de la Crítica).

Por añadidura, las posibilidades que hoy presentan los conocimientos técnicos por una parte, por otra las aspiraciones de los individuos, son incomparablemente mayores que en los tiempos de Marx. La jornada de trabajo podría reducirse pronto a menos de la mitad actual, y ello multiplicando por 4 o por 6 el producto total, mientras que el funcionamiento mismo de la sociedad reclama premiosamente el más alto nivel cultural para todos, la formación del hombre universal. En suma, las clases en cuanto a su base económica pueden desdibujarse con presteza, y finiquitan los estigmas del viejo derecho. Sólo la distribución cultural tardaría más en revestir iris comunista. Mientras tanto, nadie venga a hablarnos de un salario socialista. Esa monstruosidad no disimulará la cruda realidad de la explotación, ni en Rusia, ni en cualquier hipotética situación futura.

Dicho lo anterior, puede hablarse con certidumbre del sistema económico ruso. Ninguno de sus aspectos es asimilable a los de la sociedad en transición al comunismo. Los tres componentes de la fórmula $c + v + pl$ conservan en él plenamente, e incluso con brutalidad particular, sus caracteres capitalistas. Y por esta causa mayor entre otras; los planes quinquenales han copiado a la letra -lo que no quiere decir con la mayor competencia- el mecanismo de la acumulación ampliada del capital descrito por Marx, y eludido, gracias a la centralización completa, determinados inconvenientes del antiguo desarrollo caótico de los capitales privados. Tanto, debe afirmarse, que ese capitalismo ha sido intencionalmente organizado según el modelo preexistente en Europa y en Estados Unidos. Marx y Engels decían del Reino de Jerusalem, fundado por Godefroy de Bouillon en 1099, que su feudalismo era más completo que cualquier otro, porque erigido (planificado diríase hoy) tomando por norma el de Francia, a su vez el más completo de Europa. Así los hombres del Kremlin han puesto a contribución los conocimientos de Marx sobre la acumulación del capital, y la experiencia de los países occidentales.

En efecto, nunca el sector de la población que acapara pl y el producto bruto de un país, ha puesto tal virulencia en el aumento de c . Ese sector dicta salarios y precios fuera de toda concurrencia; comprime los primeros e infla los segundos a discreción; multiplica las categorías de obreros; reduce jurídicamente a esclavitud hombres por millares, por millones (campos de trabajo forzado); endilga castigos y multas a sus asalariados con mayor severidad que la burguesía de los siglos XVIII y XIX; fija el proletariado entero en los lugares de empleo; impone a cada hombre una «libreta de trabajo» policíaca, y por decreto les prohíbe la libertad de residencia. En fin, distribuye entre los suyos parte de la plusvalía y reinvierte la otra como le da la gana. La inmensa mayoría de la población no dispone sino del salario (v). Lejos de ser el jefe del proceso económico, lejos de dominar pl y c , se ve aplastada entre uno y otro, hasta tal punto, que es presa de la represión en cuanto insinúa la menor resistencia económica o política. Jamás burguesía alguna tuvo ni tiene imperio tan absoluto sobre las condiciones de explotación, ni despotismo político tan acabado como los amos del Kremlin. No hay equivocación posible: son las condiciones mismas de la producción capitalista llevadas al paroxismo por avatares de la historia bien concretos, de los que hablaré después.

El crecimiento económico obtenido a tan alto precio de miseria, de represión, de envilecimiento de la conciencia colectiva e individual es, en fin de cuentas, pobre, y aparece sobre todo en el dominio militar, siempre negativo. El Japón ha conseguido mucho más, incluso antes de la desdivinización de la monarquía y la entrada de capitales yankees. Cualquier país de Europa occidental algo industrializado goza de una

²⁷ «Saldremos airosos del problema muy sencillamente, sin que intervenga el famoso *valor*», escribe Engels en el *Anti-Düring*. Ed. Costes 1955, C. III, p: 97.

productividad media superior a la de Rusia, sin hablar de su productividad agrícola, todavía a nivel de las zonas atrasadas.

El embaimiento de tantos técnicos e intelectuales de izquierda tiene en verdad razones muy diferentes de la observación de los resultados económicos, y de los métodos políticos rusos. La depravación de éstos últimos sobrepasa a menudo la de los métodos fascistas, mientras que el simple crecimiento de la economía no podría ser bien medido sino disponiendo de los datos relativos a tres puntos esenciales:

1º- Cantidad de horas de trabajo puestas en obra durante un período determinado en todos los sectores. La demostración sería más irrefutable cuanto más prolongado fuese el tiempo elegido.

2º- Parte de esas horas correspondiente a los bienes nuevamente creados, es decir, monto del sobretrabajo social o plusvalía.

3º- Parte de tal monto incorporado al dispositivo de trabajo o capital constante, para la ampliación ulterior de la producción, ramas especificadas.

Los déspotas del Kremlin no serían lo que son si estuviesen en condiciones de suministrarnos los datos relativos a esos tres puntos, en lugar de atiborrarnos de cifras de producción trapaceras, que aún si fuesen verídicas nada significan en cuanto a la realización del socialismo y muy poco tocante a la simple eficacia del capitalismo ruso. Débese a que, por un lado los bienes nuevamente creados tienen una relación muy débil con la cantidad de horas de trabajo utilizadas, mientras el consumo obrero ha hecho progresos insignificantes, y por otro lado a que las inversiones son exiguas relativamente a la cantidad de plusvalía sustraída. Cualquier capitalismo occidental y el Japón llevan la delantera a Rusia en ese dominio.

Procurando explicar o exculpar la explotación intensiva allí impuesta, algunos hablan de «acumulación primitiva del socialismo», otros llanamente de acumulación primitiva capitalista. Absurdo lo uno y lo otro. El socialismo se burla de cualquier acumulación de capital. En cuanto hace acto de presencia se apodera de la acumulación anterior y queda abolida con ese acto. En la medida en que se vea en la necesidad de crear sus propios recursos industriales (países atrasados o atrasadísimos) procederán éstos en la línea recta del trabajo regido por el consumo de los trabajadores, no de la venta contra un salario, en una palabra, no de una fuerza *alienada*. Creer en la hora actual que los trabajadores de un país, incluso indigente, nada pueden hacer sin dejarse arrancar una plusvalía que terceros se encargarían de acumular, testimonia, por lo menos, de cautivación por el pensar económico del sistema explotador.

Referente a la acumulación *primitiva* capitalista, estaba ya bien cumplida en la Rusia de los Zares. El stalinismo no la remueva ni la refuerza. Verdad es que su régimen atraílla proletariado y clases pobres con salvajismo sólo comparable al de ese período del capital en Occidente, cual lo ha descrito Marx. De todos modos, no cabe establecer ningún paralelismo significativo. En Europa occidental empezaba una era de desarrollo social. En Rusia no hay nada que empiece, sino algo que perece. Y lo que perece es el mismo mundo capitalista a cuya expansión dio suelta la acumulación primitiva. Toda filosofía de la historia que no registre ese hecho quedará convicta de reaccionaria. Lo han puesto de relieve los 50 años recién pasados, en Rusia y en todas partes.

II.- DEL BOLCHEVISMO AL STALINISMO

La aparición del stalinismo en el seno del bolchevismo ha dado lugar desde el principio a las interpretaciones más diversas sobre las fuentes y la naturaleza de uno y otro. Para Moscú y su clientela no existe problema; hay continuidad, siquiera salpicada de lo que llaman «culto de la personalidad», la del Moloch Stalin. Pekín, por el contrario, sigue reverenciando al Moloch, que presenta en paradigma a los sucesores del mismo... desde que empezó la querrela entre ambas capitales. Nada que merezca consideración. La verdadera discusión hay que situarla muy lejos de cualquier afirmación o veleidad stalinista.

El stalinismo surge dentro del partido bolchevique. La continuidad de partido es evidente. Pero reconocer eso no esclarece el problema, ni lo plantea siquiera en sus verdaderos términos. Lo que se precisa saber es el por qué de tal continuidad, cómo tuvo lugar en los acontecimientos y lo que de ella ha resultado. ¿El stalinismo y la sociedad rusa actual, estaban contenidos desde el origen en las ideas y en la obra de los bolcheviques? ¿El paso del uno al otro constituye un encadenamiento riguroso de causa a efecto?. He ahí como debe plantearse el problema.

Para descubrir la solución es menester definir antes con exactitud la naturaleza de la revolución rusa, situándola en el ámbito de 1917, lo que no puede hacerse sin considerar esmeradamente las concepciones revolucionarias de la época.

La guerra desencadenada en 1914, fue la manifestación mortífera inicial del alcance de los instrumentos de producción allende toda frontera, y por ende de su incompatibilidad bajo la forma capitalista y nacional, con la sociedad entera. En ese instante preciso, la Segunda Internacional dio de bruces ante los fetiches patrióticos, asintió en todos los países a la unión nacional, se convirtió en furriel de carne de cañón. La mayoría de los anarquistas, a comenzar por Kropotkin, tomaron también bandería en la degollina imperialista. El proletariado internacional quedó desbaratado en toda la línea, el pensar revolucionario naufragaba de repente en la vorágine. Raros grupos cuyos componentes se contaban por unidades hubieron de reanudar la actividad internacionalista. Lo que podía haberse convertido en situación insurreccional desde Inglaterra y Francia hasta Austria-Hungría, Alemania y el imperio zarista adoptó el aspecto de un nauseabundo aquelarre patriótico generalizado.

Verdad es que, desde el Frente Popular y la segunda guerra mundial, el estado de obsesos del patriotismo es permanente para los stalinistas y su cohorte de falsos revolucionarios, flanqueados esta vez por burgueses e izquierdistas. Nada semejante hubo entonces. Después del hundimiento de 1914, la situación quedó repentinamente modificada en 1917, y la guerra civil contra la guerra imperialista volvió al orden del día. El internacionalismo, sin el cual el proletariado no dejará de ser nunca la bestia de tiro del capital, resurgía por todas partes y resquebrajaba el sistema. Era el alba de la revolución comunista mundial que apuntaba en la revolución rusa.

Falsa luminaria, esperanza mentida -murmuran hoy voces cascadas, nihilistas. No, no, puesto que la oleada revolucionaria suscitada por la revolución rusa rugía aún en España (Julio de 1936, Mayo de 1937) veinte años después, y habiendo recorrido antes decenas de naciones. Ha sido la más persistente y honda de la historia, el porvenir salvado, y ello a despecho de Moscú, convertido mientras tanto en centro de irradiación contrarrevolucionaria. Ese esbozo nos lleva de lleno a la naturaleza de la revolución realizada en 1917.

A nadie se le ocurría imaginar la instauración del socialismo en el imperio de los Zares. Casi todos los teóricos, encasillados en las ideas aprendidas tocantes a la concatenación de los diversos tipos de sociedad (feudalismo, capitalismo, socialismo) no descubrían allí sino el reclamo de una revolución burguesa que desarrollase el capitalismo y los derechos políticos, a imagen de Francia e Inglaterra. No percibían la presencia de una sociedad mundial cuya unidad real y potencial constituía el verdadero fermento revolucionario, mucho mejor, y más allá que lo resultante del desarrollo desigual. Tampoco veían, que la clase burguesa era ya tan reaccionaria incluso en los países atrasados que su propia revolución le daba calofríos. Menos podían sospechar que la propiedad privada había dejado de ser el principal generador de la expansión capitalista. El partido bolchevique mismo -sabido es- estaba cogido en la trampa de un 1789 ruso. Las teorías revolucionarias pueden hacerse conservadoras también; lo enseña el pasado, y el presente en grado superlativo.

Lo que permitió a los bolcheviques desembarazarse de esquemas muertos y emprender vuelo alto fue, no cabe duda, su internacionalismo, enérgicamente defendido durante la guerra, a despecho de algunas fallas al principio. Echando por la borda la idea de una indispensable revolución burguesa, postularon la toma del poder por el proletariado, *en función de una revolución socialista inminente en el mundo occidental*. Certera y audaz decisión. Así, el Comité Central bolchevique que votó por la insurrección armada, daba como primera motivación de la misma: «la rebelión de la flota alemana, expresión extrema del auge de una revolución socialista mundial en toda Europa». Sí, el espectro del comunismo aherrojado por la capitulación socialdemócrata volvía a deambular por el mundo.

Precisando, la toma del poder por el proletariado no constituía por sí sola una revolución socialista; no era más que su alegoría, una revolución política que debía desenvolverse hasta el socialismo, respaldada por la revolución en Occidente, inmediatamente socialista. La idea que Marx se había hecho de la caída del Zarismo y de sus consecuencias difería apenas de lo emprendido por la revolución de Octubre de 1917.

Desde 1905, Trotzky preconizaba una revolución permanente a partir de la revolución democrática que ya no podría ser hecha sino por el proletariado. Lenin y la mayoría de los bolcheviques hicieron suyo el proyecto en 1917, con las Tesis de abril. Y así, tomaron base en la unidad fundamental del proletariado sin distinción de países, y a despecho del desarrollo tan desigual entre unos y otros. La idea de una etapa revolucionaria burguesa con el desarrollo consecuente del capitalismo como condición de una revolución proletaria ulterior, fue abandonada y a partir de entonces tenida como irrealizable en todas partes. En el momento preciso en que

la mayoría de los teóricos de la II internacional doblaban el espinazo ante el poder financiero, un nuevo auge de la acción y del pensar revolucionario emprendía el vuelo desde Rusia. Se hacía imposible en adelante hablar de una revolución hecha por y para a burguesía en los países atrasados sin incurrir en mistificación. Lenin mismo calificó de reaccionario el programa anterior de los bolcheviques, su propia obra. Mérito único hasta el presente, que nada ni nadie podrá arrebatar a los bolcheviques, ni aún siquiera sus propios desatinos posteriores, digan lo que digan sus detractores actuales.

Al rojo Octubre de 1917 no le ajusta pues otro calificativo que el de *revolución permanente*. Tanto mejor cuanto que fue acometido en función de una revolución comunista considerada inminente en Europa occidental, lo que nada tenía de calenturiento. Una ojeada retrospectiva después de medio siglo corrido, permite localizar mejor los factores de esa revolución y redefinirla como una revolución política, obra del proletariado, cuyas medidas sociales, comunistas, debían aparecer a medida de su propio desarrollo permanente en junción con la revolución comunista occidental. Su proceder económico directo atañía la expropiación de la burguesía y de la nobleza, el control obrero de la producción como aprendizaje a la gestión completa, más el usufructo de la tierra por los campesinos en espera de poder transformarla en propiedad común. Obra enorme por relación a las condiciones imperantes bajo la autocracia zarista; pero todavía nada por relación al socialismo. Por el contrario, el poder al proletariado en los Soviets, prerequisite de tales medidas, las sobrepasaba de todo en todo; era una medida política socialista y no tenía sentido sino yendo sin solución de continuidad hacia el porvenir comunista, del cual era la cifra y el cual constituía su única razón de existencia.

Caía por completo fuera de lo imaginable que el completamiento socialista de tal revolución dimanase de sus propios haberes, muy flacos y para colmo destruidos por la guerra imperialista seguida de la guerra civil. Tenía que ofrecérselos su propia repercusión allende las fronteras. Su limitación interna, reconocida al principio por los bolcheviques, representaba de todos modos el empuje de la humanidad en marcha hacia el comunismo.

No significa lo anterior que el catastrófico curso ulterior de los acontecimientos deba imputarse por entero al fracaso de la revolución en Occidente. Lejos de ello, cualquier revolución, aunque se tratase de un país industrializado al máximo, depende inmediata o mediatamente de su prolongación en el espacio. Pero su salvaguarda hasta ese momento, que puede serle discontinuo, estará en gran parte determinada -salvo intervención militar exterior- por una rigurosa equidad en el acceso a los bienes de consumo disponibles, por escasos que sean. Y no se necesita hablar de equidad política, que arrastra consigo todo el porvenir del poder revolucionario.

Un factor ha obscurecido mucho más que cualquier otro la naturaleza de la revolución rusa, y luego la del stalinismo: la expropiación de la burguesía. A fuerza de representarse el capital encarnado en los propietarios individuales, el aspecto tangible que ha adoptado durante siglos, todos los revolucionarios han preterido la función social del mismo, cual si fuese siempre apareada con la burguesía y únicamente con la burguesía. Mas lo que decidirá la muerte del sistema actual es la supresión de las relaciones de producción-distribución inherentes al capital, cuyo prerequisite es una distribución o propiedad de los instrumentos de trabajo que excluye por completo a los trabajadores. Eso es lo que los fuerza a vender su capacidad de trabajo a quienes detentan los instrumentos complementarios. Ahora bien, el capital puede endosar, además del conocido aspecto burgués, la forma anónima de las sociedades por acciones, y la forma estatal, todavía más indivisa, impersonal; anónima hasta la abstracción. Ahí están la revolución y la contrarrevolución rusas que nos lo enseñan. Y si no estamos sobre aviso, la historia próxima podría llevarnos a un nuevo cepo, el de un capitalismo agazapado tras la llamada autogestión. La explotación sería en él regida por los propios consejos de los explotados. Equivale a decir, que la regulación más democrática imaginable de la economía no será ni por asomos revolucionaria, a menos de suprimir la clase obrera precisamente, piedra angular de la relación económica capitalista.

La revolución expropió sin miramientos a la burguesía, y puso todo el capital, instrumentos de producción y finanzas, en manos del Estado. Por muy obrero que los bolcheviques considerasen entonces el Estado, lo que no iba sin reservas, la significación de tal medida no les engañaba sino a medias. Sabían que la nacionalización de la propiedad no es el socialismo, pero sí la consideraban preludio al socialismo. Tanto más cuanto que contaban con la revolución en Occidente para ir más allá, y que se consideraban ellos mismos como los garantes del porvenir socialista, yerro preñado de malas consecuencias. Se inspiraban, no cabe duda, en algunas definiciones de Marx y Engels referente a la nacionalización, pero desatendiéndose de otras más significativas y en consonancia con el nivel de las fuerzas productivas del siglo XX. En suma, la revolución rusa se posó en la contradicción entre un poder político proletario, que exigía aunarse con la revolución

comunista, y una forma de propiedad no burguesa, pero tampoco socialista. Uno de los dos términos tenía que salir avante a costa del otro.

La victoria del proletariado en los principales países industriales habría permitido tal vez resolver positivamente tan inconciliable contradicción. Pero hubiera sido menester, entonces, evitar la propiedad de Estado, alejarse del ejemplo ruso en tal dominio. Las exigencias de la situación y los recursos materiales de que carecía Rusia habrían impuesto probablemente medidas directamente socialistas. Sin embargo, no hay que olvidar que entre todos los revolucionarios coetáneos prevalecía tocante al problema opinión semejante a la de los bolcheviques. La única excepción la constituían los anarquistas, pero era excepción negativa, pues se trataba, para ellos, de establecer el «libre intercambio entre productores libres»²⁸, que no excluye la mercancía ni tampoco las clases. Lo uno con lo otro, quedaba que la existencia o la muerte de la revolución dependería del antagonismo entre su poder político revolucionario y la forma de propiedad estatal.

La supresión del mercado y de la moneda durante el comunismo de guerra intercaló un factor distributivo de naturaleza anti-capitalista, aunque situado en muy bajo nivel. No se trataba de mero expediente militar destinado a desaparecer con la guerra civil, como lo afirman todavía hoy incluso ciertos enemigos del stalinismo. Medida empírica, improvisada con medios de rebusca y en circunstancias de extrema gravedad para la revolución, estaba de todos modos inspirada por el paso de un derecho capitalista a un derecho comunista, a contrasentido del valor. Lo dicho por Marx a tal respecto en la *Crítica del programa de Gotha* no le era ajeno. En el pensar de los bolcheviques, que no tuvieron latitud de precisar por escrito, ese comunismo debía organizarse en nivel superior y abarcar todos los dominios una vez derrotados los ejércitos de la contrarrevolución burguesa. Pero siempre ayuda del proletariado internacional mediante. Trozky y Lenin han recordado diversas veces tal designio.

Es ocioso cavilar ahora sobre el curso de los sucesos caso de haberse cumplido ese designio. Cabe señalar, no obstante, para el conocimiento teórico y su aplicación práctica venidera, que el modo de producción, propiedad comprendida, habrían tenido que seguir las huellas de la distribución para hacerse socialistas. No sujeta ésta última a las leyes del mercado, acercándola su mejora cuantitativa y cualitativa de la distribución comunista, los instrumentos de trabajo, fundamento de toda la distribución, habría pasado a la comunidad, vía clase trabajadora. Producción y distribución habrían quedado sujetas a los hombres, no a organismo alguno y menos aún al Estado, que en tal caso se habría visto precipitado a la muerte.

Antes de poner la vista en la virada del comunismo de guerra a la NEP (Nueva Política Económica), señalada por tantos conceptos, se hace indispensable considerar la opinión que define como burguesa la revolución rusa. Sostenida por la Izquierda alemana y holandesa, pero sólo años después de entrar en conflicto con la Internacional Comunista y con Lenin²⁹, tal definición ha sido adoptada hoy por determinados grupos tildados ultra-izquierda, todos más escaldados por la experiencia rusa que impelidos por el rigor teórico.

La definición de la izquierda germano-holandesa se apoya en este hecho innegable: lo que se hizo en 1917 no fue la revolución social, comunista. De todos modos, no puede poner en duda que revolución ha habido. Conclusión de lógica formal, pero aberrante: no puede tratarse entonces sino de la revolución burguesa, en una Rusia atrasada, «feudal», asiática, incluso tribal, que tanto camino tenía que recorrer antes de llegar al nivel de los países pletóricos de industria y maduros para el paso al socialismo. Otra verificación indiscutible en abono de esa lógica formal: a partir del primer Plan Quinquenal, la acumulación capitalista ampliada, por ende también la explotación del proletariado, arreciaban con vesánica furia en una Rusia aterrorizada por la policía.

¿E pur si muove³⁰, débese replicar a razonamiento de apariencia tan sólida. Si es verdad que la revolución no fue comunista ni llegó a adquirir tal carácter, quien la hizo es la clase obrera ganada por su sector

²⁸ Todavía Volin postula esa idea en *La Revolución Desconocida*.

²⁹ Consúltense sobre el problema: *La enfermedad infantil del comunismo*, de Lenin, *Respuesta a Lenin*, de Gorter, *Lenin filósofo*, de Pannekoek, y del mismo *Los Consejos Obreros*. También los artículos de Korsch, Ruhle, Wagner, Pannekeek, en el volumen *La Contre-revolution bureaucratique*, (Paris 1973, colección 10 x 18), más *Gründrinszipien Kommunistischer Produktion und Verteilung*, trabajo colectivo de la Izquierda holandesa (1930), cuya reedición en Berlín occidental lleva una introducción de Paul Mattik traducida al francés en la revista *Economie et Société*, nº 11, noviembre 1970, Ginebra.

³⁰ «Y sin embargo se mueve». Contestación de Galileo a sus inquisidores que le torturaban para que negase el movimiento de la Tierra en torno al Sol.

comunista, los bolcheviques. Aparte los desertores socialdemócratas, que se esforzaban en echarla a pique, nadie negó entonces esa realidad, ni aún siquiera los futuros componentes de la Izquierda germano-holandesa. El hecho era tan palmario como estremecedor. Podría objetarse que los bolcheviques chaquetearon, o bien que se trataba de burgueses demagógicamente disfrazados de proletarios, o tal vez inconscientemente, puesto que determinados intérpretes recurren hoy a la inhibición freudiana para descubrir en Lenin, desde 1905, un psiquismo burgués bajo apariencias contradictorias. ¡Qué de psiquismos comunistas podrían entonces existir en las mentes capitalistas!. La revolución se reduciría en tal caso a un problema de psicoanálisis, de divanes, por así decirlo. Recuerden esos curas de almas que el mismísimo Freud calificó a los revolucionarios en bloque de gente fracasada, rencorosos por incapacidad de medrar en la sociedad actual. La revolución no sería, en consonancia con eso, otra cosa que delirio de psicópatas.

En el partido bolchevique hubo más de un policía disfrazado de revolucionario; no consiguieron evitar el derrumbe del zarismo, ni aún su propio fusilamiento. ¿Cómo el psicópata Lenin y un puñado de lunáticos se las arreglaron para influenciar la historia y comunicar su propia chifladura a decenas de millones de personas normales?. Se ve enseguida que en el dominio de las conmociones sociales el psicoanálisis prohíbe toda comprensión y envilece cualquier concepto. El problema de la naturaleza de la revolución rusa y de su aniquilamiento por el capital de Estado queda insoluto.

Si Lenin y sus camaradas hubiesen sido revolucionarios burgueses, como lo afirmaba Pannekoek en *Lenin Filósofo* y lo dan a entender Otto Rühle y otros, debería verse en Rusia una sociedad burguesa, propiedad individual y Derecho de la misma conexos, cual lo exige la dominación de una clase. Nada semejante se observa allí, es la evidencia misma. Lo que ha descaminado a la Izquierda germano-holandesa es descubrir un capitalismo de Estado donde, como todo el mundo, ella también esperaba ver organizarse la fase inferior del comunismo. Por eso se ha sentido obligado a inventar una revolución burguesa que habría ocurrido universalmente desapercibida y cuya imposibilidad absoluta en 1917 provocó precisamente el carácter proletario de Octubre. Además de tardía, la ideación de Pannekoek y los suyos está tan en contradicción con los sucesos, que ellos mismos formaron entre los más ardientes defensores del «burgués» Lenin. Sus inventivas le rebotan a la cara. En fin, el establecimiento y la consolidación del capitalismo de Estado no tiene el más remoto parecido con una revolución, cualquiera fuere, sino con la más tremenda contrarrevolución imaginable, que ha reprimido la revolución comunista en Rusia y en todas partes.

Ninguna dificultad se opone a ésta última interpretación. Al contrario, su coherencia con el carácter proletario del poder político no deja intersticios oscuros. No habiendo alcanzado la revolución su fase socialista, la base más sólida de la contrarrevolución, política a su vez, era de necesidad la propiedad de Estado, pues el capitalismo había sobrepasado ya el estadio individual. Su crecimiento reclamaba en adelante la más alta concentración, muy especialmente en países atrasados. El proletariado ruso se vio disparado hacia delante por las posibilidades mundiales de revolución comunista; correlativamente, la contrarrevolución tenía que asirse a la concentración suprema del capital, en consonancia con la estructura del mismo en los países delanteros. Sobrepasaba en eso el sistema entero, ya de signo negativo, del mismo modo que, con signo positivo, el proletariado ruso actuó en primera línea del proletariado mundial. La disimetría entre revolución y contrarrevolución es perfecta y dialéctica.

Añádase que la idea de una revolución burguesa en 1917 es incompatible con la de contrarrevolución posterior. El stalinismo con su capital de Estado sería una continuación natural de aquella y un desarrollo social positivo. Y a partir de ahí, nada se opone, muy al contrario, a admitir la posibilidad de revoluciones similares en países poco o nada industrializados. El capitalismo disfrutará aún de un largo período de salud y de expansión. Sería vano, en tal caso, postular la revolución comunista en país cualquiera. Por tal modo se ha descarrado la Izquierda germano-holandesa, pese a algunos aciertos tácticos frente a Lenin, y hoy mismo contribuye a desmoronar el pensamiento de sus imitadores.

En cuanto a la Izquierda italiana (bordiguista), el mismo absurdo la descamina, agravado por dos factores. Pretende localizar en Rusia una revolución política del proletariado, y simultáneamente una revolución burguesa en lo económico. En segundo lugar, preconiza un «centralismo orgánico» que eleva a la enésima potencia el centralismo bolchevique y retrolleva a sus defensores del materialismo dialéctico al materialismo naturalista.

El año 1921 fue crucial en los principales aspectos. Los ejércitos de la contrarrevolución burguesa y zarista estaban por fin vencidos. Pero la revolución perdía vida.

Su esfuerzo titánico la extenuaba y sus propias faltas iban preparándole un desenlace contrarrevolucionario jamás imaginado. Una antigua estadística del Instituto Rockefeller referente a ese

período evalúa la producción rusa en 3% de la de 1913, último año normal. Sabido es que frente a las requisiciones forzosas del comunismo de guerra los campesinos se negaban a producir otros víveres que los indispensables para su propio consumo, mientras que en ciertas regiones el hambre abatía personas por millares. En las ciudades, un racionamiento miserable exasperaba a todo el mundo, el mercado negro abarcaba todos los bienes y establecía relaciones subrepticias con hombres del Estado, de los sindicatos, de los soviets, del partido, y hasta con ciertos comisariados del pueblo. Tan inaguantable situación no podía dejar de producir una crisis. Incidiendo en ella y destapando la crisis, la sublevación de Kronstadt, la Nueva Economía Política (NEP) y las decisiones del X Congreso del partido bolchevique, causan una mutación cuyos resultados políticos y económicos se revelarían incontrolables y profundamente negativos.

No hay relación de causalidad entre Kronstadt y la NEP como creen algunos. Al contrario, rebelión y NEP tienen una y la misma causa. Una es la protesta contra el gobierno señalado como responsable de la situación; otra la aceptación gubernamental de un cambio largo tiempo esperado, en general deseado y bien recibido por la gran mayoría de la población, no sólo por los burgueses y pequeño-burgueses, sino también por los trabajadores industriales, no digamos por los campesinos. Sin la espantosa hambruna que desolaba el país lo de Kronstadt no se habría producido. La mejor prueba de ello es el carácter desesperado, local e incluso accidental de la sublevación. No era la conclusión de un proyecto político o de un movimiento más o menos amplio que se propusiese sacar del atolladero la revolución. Ni tan siquiera podía esperar apoyo activo por parte del proletariado de Petrogrado, que acababa de utilizar poco antes sus restos de energía en huelgas reivindicativas terminadas por los bolcheviques entre negociación y represión.

Incluso dando por buenas las acusaciones de los sublevados contra los bolcheviques, habría sido indispensable, si se quería sacar adelante la revolución, un persistente y circunstanciado trabajo de oposición, legal o clandestina, que desembocase en una acción de conjunto basada en un programa comunista hasta escala internacional. Los hombres de Kronstadt no se planteaban el problema. Su pensamiento estaba circunscrito en el carácter político de la revolución, como el de los bolcheviques, pero en forma muy empírica ellos, sin los consecuentes interiores e internacionales concebidos por éstos. El grito «¡libertad en los soviets!» no llenaba el vacío de un programa o perspectiva revolucionaria general. Estaba justificado, hay que decirlo sin reservas, más por sí sólo y en aquel momento de hambruna, su realización como consecuencia de Kronstadt habría probablemente acarreado la introducción de una democracia capitalista. Ese había sido el caso de los soviets alemanes en 1918-1919, a despecho de haberse encontrado en medio de condiciones materiales mucho menos graves. Los portavoces del capitalismo suponen que la miseria engendra la revolución. Buena copia de revolucionarios disparatan de igual modo atribuyendo a la miseria la virtud de suscitar conciencia en el proletariado. En realidad, nada es tan funesto a una revolución, esté ya hecha o por hacer.

No hay en lo dicho una defensa disimulada de la represión practicada por los bolcheviques sobre los sublevados. Al contrario. Los de Kronstadt no representaban la continuidad y el desarrollo de la revolución, pero sí constituían, mal que bien, parte integrante de su corriente general, la del proletariado, del mismo modo que los bolcheviques en cuanto partido. Tampoco se trata de aplicar el mismo rasero a unos y otros, lavándose las manos ante un acontecimiento lejano e inquietante. Los bolcheviques tenían sobre la revolución en Rusia e internacionalmente ideas mucho más claras que los sublevados. Eso agrava su culpa, pues fue precisamente la convicción de tenerlas lo que los llevó a la represión para desembarazarse de un conflicto interno a la clase obrera, y luego a retumbar, de una medida mala en otra peor, hasta caer en el error absoluto de substituir su propia dictadura a la dictadura de la clase, siquiera negasen a la substitución carácter definitivo y de principio. Su propia lucidez teórica hubiera debido inspirarles otro desenlace que el de la imposición coercitiva. De hecho, se dejaron enloquecer por lo precario de su poder. No pensaron sino en salvar a todo costo ese poder, indispensable a sus ojos para enlazar con la revolución occidental, que se hacía esperar. No previeron que, en contraposición con su esperanza, esa represión iba a vigorizar, en los aparatos entrecruzados del Estado, el Partido, los soviets y los sindicatos, el influjo de los elementos más horros de escrúpulos y más derechistas, que no tardarían en desentenderse de la revolución mundial. De entre ellos surgiría, en efecto, el poder más intencionalmente contrarrevolucionario que jamás haya existido.

Se ve uno tentado a pensar que los de Kronstadt fueron impelidos por la impaciencia, tan frecuente en hombres empíricos y entre los revolucionarios en cierne, y los bolcheviques por la infatuación de su propio saber. De lo uno y de lo otro hubo, de seguro, pero un acontecimiento de tanta importancia no puede explicarse sino por causas más profundas, surgentes de la naturaleza misma de la revolución y de su situación concreta. Permanente, política, no debe olvidarse un instante, esa revolución se empantanaba; su marcha adelante aparecía vedada por los estragos de su economía y pospuesta sine die por la derrota del proletariado

alemán. Para colmo, a nivel de los individuos y las tendencias, el hambre azuzaba los unos contra los otros, sin que la revolución dispusiese de instrumentos sociales de concordia dentro de la clase. En semejante tesitura, las disensiones entre los revolucionarios se multiplican, se envenenan y peligran transformarse en enfrentamiento belicoso, siempre presentándose cada facción como lo mejor. No otro fue el caso de Kronstadt. La causa última de la sublevación y de su liquidación represiva por los bolcheviques dimanaba de las condiciones de vida -vida concreta y vida política- en que se atascaba el poder de los soviets. Los bolcheviques no eran responsables de eso, pero su parcialidad política, los llevó a acumular estorbos ante ese mismo poder, lo que no tardaría en resolverse contra ellos. De cualquier modo, todas las fracciones constituidas entonces se inscribirían, con mayor o menor clarividencia, en la gran corriente revolucionaria. Por el contrario, caso ejemplar, la facción que en definitiva sacaría pleno beneficio de los acontecimientos, la facción contrarrevolucionaria, todavía no se presentaba a plena luz.

Por sarcasmo de la historia tan singular como preñado de enseñanzas, fue la facción más clarividente la que al final pasaría por ciega. Añadiéndose el choque de Kronstadt al clamor y a la fatiga universales, los bolcheviques consienten restablecer la libertad de comercio. La NEP legalizó el mercado negro y la producción que lo abastecería, hasta ese momento clandestinos, y con ellos, inevitablemente, las relaciones personales entre sus beneficiarios y hombres del aparato, numerosos burócratas, técnicos, administradores, dirigentes sindicales y políticos. Se produjo entre ellos una mixtura, una simbiosis, podría decirse, que sin tardar mucho originaría la casta reaccionaria stalinista.

Casi simultáneamente, la prohibición de las oposiciones impuesta por el X Congreso incluso en el interior del partido gobernante, serviría de toque de asamblea a cuanto existía de conservador y de torvo, intenciones y hombres. Ponía a discreción de éstos mismos, por muy *provisional* que la prohibición fuese, el instrumento legal indispensable para convertirla en definitiva y estructurar así el Estado más despótico de la historia contemporánea, si no de la historia humana entera. Sin embargo, en trasfondo de tan terrible instrumento y de la propia NEP, otro factor económico aún más poderoso iba a jugar en ventaja de la contrarrevolución y a ofrecerle sólidos cimientos. Tal fue, con sorpresa general de los revolucionarios, la nacionalización y la centralización estatal de los instrumentos de producción.

En el proyecto bolchevique y habida cuenta de la naturaleza de la revolución, la nacionalización debía desaparecer cediendo paso a la gestión del proletariado. Hasta el momento de que se trata aquí, la posibilidad de tal transparencia seguía abierta. El desarrollo cuantitativo y cualitativo del comunismo de guerra lo exigía, a menos de engendrar un sistema en que el racionamiento hubiese sido reemplazado por un salario pagado en especies. Con la mayoría de las condiciones de vida a partir de la NEP, obra de la reaparición legal de las mercancías, es decir, *de la circulación capitalista*, la senda hacia el socialismo quedó cerrada. Los instrumentos de producción, inactivos la mayoría, reanudaron el trabajo, pero su funcionamiento, su relación social con el proletariado era capitalista. También esos instrumentos producían mercancías y eran movidos (valorizados habría dicho Marx), por otra mercancía: la fuerza obrera de trabajo comprada por el Estado. Subsistía pues su antigua función social, y la supresión de la capitalistas individuales serviría tan sólo para hacerla todavía más dura. Así, el precio de la mejoría del suministro fue la reactivación del capitalismo estructurado por el Estado y para el Estado.

Constituye grave desvarío creer que la oposición dicha «obrera», también sometida a la disciplina obligatoria por el X Congreso, señalaba una salida a la situación esencialmente diferente de aquella en que estaba atascándose la fracción mayoritaria inspirada por Lenin. Su obrerismo de parada era de hecho sindicalismo, como su propio programa lo pone de relieve. Su predominio no hubiese alterado la reactivación de la economía bajo estructura capitalista. Todo lo más, la gerencia de los sindicatos habría otorgado a su burocracia el primer papel detentado por la burocracia del partido, en espera de que la acumulación ampliada integrase a los elementos de diversa procedencia en la misma casta odiosa y policíaca. Ninguna gestión de la producción o propiedad sindical abrirá calle al comunismo, ni tampoco la de cualquier organismo distinto de la clase obrera en lo inmediato, de la sociedad en lo mediato.

En el momento en que Lenin proponía la organización del capitalismo de Estado, el capitalismo de Estado entraba subrepticamente en escena a medida que los implementos industriales de trabajo reanudaban su función como propiedad estatal. A partir de ahí, esa forma de capitalismo se imponía por su propia función económica, aunque no fuese intencionalmente implantada. Lenin no veía en su proposición, ni tampoco la mayoría de los bolcheviques, sino otro expediente, un paso atrás precautorio de la revolución asediada, en espera de que el proletariado occidental levantase el sitio. De ahí la condición por ellos reiterada: un capitalismo de Estado *efectivamente* controlado por los soviets. Ahora bien, los soviets habían dejado de estar en condiciones de controlar lo que fuese, y menos que nada toda una economía. La clase obrera no tenía

entonces tiempo ni humor de acudir a los soviets. En medio del hambre general, la ocupación obsesiva de la mayoría de los hombres era la rebusca de alguna pitanza cotidiana. En tales condiciones, los soviets eran fácil presa de la burocracia y de los elementos arribistas, cuyo predominio se vería reforzado por la supresión de partidos y fracciones. Con todo, admitiendo por hipótesis que soviets realmente representativos hubiesen controlado de veras el capitalismo de Estado propuesto por Lenin, habrían contribuido a la reaparición y no a la supresión de «la vieja tramoya». Porque, en efecto, los instrumentos de producción modernos no pueden funcionar sino mediante el trabajo asalariado y la explotación aneja, o bien mediante la abolición radical de esa forma de trabajo que impide a todos, explotadores exceptuados, comer, obtener o hacer los que les pite, sin alquilar por dinero sus facultades creadoras. La función no depende de quienes controlan o gestionan, sino a la inversa: la función social de los instrumentos de producción impone sus propios gestores. De ese modo, creyendo los bolcheviques concederse un tiempo de respiro hasta la reanudación de la revolución europea, abrieron inconscientemente la puerta a una reacción de tipo enteramente nuevo, que iba a destruir, mucho más allá de Rusia, las tentativas revolucionarias del proletariado, y hasta el movimiento revolucionario en cuanto organización y pensamiento.

De la Commune de París, los revolucionarios sacaron lecciones de gran alcance. Entre otras, que el Estado capitalista no podía ser conquistado ni utilizado; había que desmantelarlo. Esa enseñanza, la revolución rusa la ahonda en forma terminante: el Estado, por muy obrero, por muy soviético (consejista) que fuere, no puede ser el organizador del comunismo. Propietario de los instrumentos de trabajo, colector del sobretrabajo social (plusvalía) a más del trabajo necesario, infla al máximo los gastos superfluos y criminales (burocracia, política, guerra) sacados de la plusvalía y lejos de perecer se carga de violencia, asfixia hombres y sociedad. Filosóficamente, la idea de un Estado emancipador es mero idealismo hegeliano, inaceptable para el materialismo dialéctico.

Otra enseñanza de largo alcance, atañedora a la conexión entre la clase revolucionaria y su organización política, se desprende de la experiencia rusa. La noción de proletariado erigido en partido, los bolcheviques la transfirieron de la clase a su partido. No lo hacían deliberadamente, menos aún de manera explícita; por el contrario, negaron tal identificación en cuanto principio, incluso en el preámbulo de la ley que prohibía las fracciones. Pero de hecho, la dictadura de la clase se deslizó pronto hasta la dictadura de partido, en parte por abandono de las tendencias soviéticas no bolcheviques. El X Congreso fija y refuerza la dictadura de partido. Eso haciendo, puso en marcha un proceso que llegaría hasta el exterminio físico de ese mismo partido, previa su transformación política en lo diametralmente opuesto.

Resumiendo, los dos afluentes principales de la contrarrevolución han sido la propiedad estatizada y la dictadura de partido. Continúan siendo su asiento principal.

La historia ha demostrado de esa manera cruel, pero inconcusa, la inanidad de la revolución permanente concebida por Trotzky y por Lenin para los países atrasados. Mas no por ello ha dado la razón, muy al contrario, a quienes postulaban en Rusia el desarrollo de las relaciones sociales burguesas. El tiempo que nos separa de los acontecimientos permite discernir a ciencia cierta que la toma del poder por el proletariado tenía el porvenir cerrado y no podía durar siquiera algunos años, hasta recibir refuerzos del exterior, sin implantarse sobre base económica igualitaria, por miserable que fuese. La tendencia, el empujón hacia el comunismo tiene que ser dado en el instante mismo de la revolución, pues en las condiciones modernas cualquier presión material sobre los hombres se revuelve contra ellos.

Marx creía que una revolución podría eximir a Rusia de tener que «atravesar el calvario del capitalismo». Pero a condición de que salvase las comunidades agrarias subsistentes, las generalizase y las desarrollase mediante la técnica moderna. Esas comunidades habían desaparecido casi por completo en 1917 y los bolcheviques desconocían el texto en que Marx se expresa así, publicado bastante después. De todos modos, la experiencia nos ha enseñado sin lugar a duda, que un país, atrasado o no, en el cual los trabajadores industriales y agrícolas toman el poder, no puede progresar en revolución permanente sino rompiendo la relación económica capital-salario y vedándose introducirla allí donde no existe. Sobre la base de esa relación, en las condiciones mundiales de hoy, el paso a la industrialización, en cualquier grado que fuere, es empresa reaccionaria, si no de lleno contrarrevolucionaria, caso el más frecuente. Basta aprontar como razón que en esta muestra Tierra existe cuanto hace falta para acabar con el milenarismo pisoteo del hombre por el hombre.

Es imposible datar con precisión el fin de la revolución rusa. No tuvo lugar en un día ni en un año, sino mediante procesos entreverados y a menudo contradictorios, que unas veces se modifican y otras se excluyen entre sí, y cuya significación no aparece evidente sino una vez llegados a término. Toda revolución lleva consigo, junto a su desenvolvimiento positivo necesario, desenvolvimiento negativo posible. Cada etapa, en el sentido que fuere, se desprende forzosamente de la etapa anterior, de donde el aspecto de continuidad entre lo

positivo y lo negativo mirándolos en corto plazo. Es innegable, sin embargo, que el año 1921 la revolución franqueó un linde allende el cual la esperaba el estrangulamiento. Su retroceso, a penas discernible antes, se transformó en retirada con la NEP, y ese descalabro, que la reactivación económica disimulaba, adquirió algún tiempo después las proporciones de una catástrofe. Ahí halló el stalinismo su primer impulso.

Una representación revolucionaria de la contrarrevolución tiene que desprestigiar las necesidades sobre el carácter burgués o cripto-burgués de los bolcheviques, así como los chismes con aires de pequeña historia sobre su avaricia de poder o su maldad. Llevan a negar la revolución rusa y la revolución en general. Son obra de escépticos, en una desbandada que no es sólo la suya, sino también y en un número creciente, la de stalinistas en renuncia.

En la pérdida de esa revolución han jugado factores históricos, y factores humanos a través de los cuales se expresan aquellos. Ante todo, la miseria de la vieja Rusia, llevada hasta la devastación por dos guerras. Producto directo de ella, la miseria moral depositada durante siglos en amplios sectores de la población: técnicos, intelectuales, hombres de cierto saber enemigos del cambio revolucionario. Constituirán la futura «intelligentzia» de Stalin. A ello se añadió el fracaso del proletariado alemán (1918-1919) del cual se esperaba la salvación. Frente a tales hechos, la revolución nada podía: ahí estaban, abrumados. Tan sólo le estaba permitido modificar cuanto pudiese la herencia que le había tocado en suerte y seguir en espera de una recuperación combativa del proletariado europeo. Los bolcheviques tenían plena conciencia de ello y eso precisamente es lo que se propusieron hacer. Justo en ese dominio, empero, su intervención como factor humano, en cuanto revolucionarios, abocó a un fiasco que engendraría la contrarrevolución.

En los momentos de mayor peligro durante la guerra civil, cuando Petrogrado iba a sufrir el asalto de los ejércitos blancos, los bolcheviques concibieron el proyecto, vigorosamente expuesto por Lenin, de no capitular en ningún caso ante el enemigo, de no cederle terreno sino forzados a ello, kilómetro a kilómetro, evacuando toda la clase obrera y teniendo siempre enhiesta la bandera revolucionaria, plantándola, caso de necesidad, en los Urales o en Siberia misma. El todo dependía de ganar tiempo, pues en Occidente la revolución no podía dejar de estallar. Sólo traidores o blandengues despavoridos podían contrariar ese designio. Pues bien, la misma determinación inspiró cada una de sus medidas posteriores, ¡la NEP comprendida!. No faltó determinación revolucionaria; sí acierto a partir de la libertad de comercio, y de la represión de kronstadt.

A medida que se alejaba el peligro de derrota militar de la revolución y que el poder político se convertía en un hecho coercitivo para la mayoría de los trabajadores, la férrea voluntad de conservarlo a todo costo se distanciaba de la necesidad de conservar la revolución, y del propio carácter político o permanente de ésta última. El asiento del poder pasaba de la clase trabajadora al partido. Y con ese desplazamiento, la representatividad histórica de la revolución, nunca completa y menos aún perfecta, se veía retraída y particularizada como distinta de la clase revolucionaria... Desde el momento que la dictadura del proletariado se concentra en la de El Partido y se ve circunscrita por él, basta modificar ese partido; entonces, por muy revolucionario, por muy puro que originariamente sea, puede convertirse en su propia negación, en el centro de la contrarrevolución. Cualquier organismo obrero es susceptible de padecer esa transformación; por el contrario, es imposible, incluso impensable en la clase revolucionaria como tal. La teoría comunista debe verse confirmada y justificada por la práctica, y la práctica está en las realizaciones por y para la explotados.

Al mismo tiempo que se oficializa la dictadura de partido, la NEP inyecta en ella un factor económico llamado a repercusiones lejanas y destructoras mucho más allá de Rusia. A flanco de la producción y del comercio libres, que no sobrepasaban los de «kulaks» y «nepman», es decir, de la pequeña burguesía agraria y de los modestos capitalistas industriales y comerciales, una producción y un comercio capitalistas de volumen creciente son organizados por el Estado. Estos mucho más que los otros son los causantes del encadenamiento reaccionario cuya gravedad se veía más tarde. En efecto, era un contrasentido, la más extravagante ilusión, confiar en que un capitalismo, siquiera de Estado, fuese controlado por los trabajadores organizados en soviets. Pero en momentos en que los soviets no era ya casi otra cosa que ficción y cuando el partido bolchevique, muy contaminado por burócratas y vividores, ocupaba toda la escena social, su control, único verdadero, único practicable en semejantes condiciones, lo convertiría en propietario colectivo del capital de Estado. De ahí en adelante, la multiplicación de los instrumentos de trabajo, por ende de la riqueza, tenía que reforzar la dictadura de ese partido y que llevar la dependencia de los trabajadores respecto de él a un grado jamás visto en el capitalismo individual.

A ese yerro de los bolcheviques, de suyo importante, se sumó un factor tanto más irresistible cuanto que su acción sorda, por completo imprevista, no aparece a plena luz sino bastante después. Los bolcheviques -menester es recordarlo- se dieron cuenta con exactitud y audacia de que la situación mundial y el carácter de

la burguesía autóctona, ya reaccionario pese su escualidez, posibilitaba una revolución proletaria. Ahora bien, esa misma circunstancia tenía su contrario, su antítesis dialéctica en el dominio del capitalismo, en lo que nadie reparó. En efecto, el crecimiento económico a base de la relación capital-salariado no podía desde entonces efectuarse en gran escala por medio de los capitales privados; únicamente por medio de monopolios riquísimos, o bien por el monopolio exclusivo del Estado. Este podía sobrepasar la concentración del capital en occidente, a falta de poder sobrepasar la calidad de sus productos en lo inmediato. El proceso que lleva de la propiedad privada al gran capital y a los monopolios se desarrolló en Europa y en Estados Unidos durante muy largo período, acompañado de circunstancias políticas y técnicas peculiares. Después no volvería a ponerse en marcha en parte alguna. El sobrepase político de la burguesía en cuanto clase motora era también sobrepase económico, se ha visto en todas partes después de Rusia. Sólo la inmensidad impersonal del capital consentía un crecimiento industrial de buena envergadura. Añádase que la resistencia del capitalismo a la revolución comunista, cuyas condiciones históricas están dadas desde principios de siglo, reclama una centralización del capital, de la represión y de la engaño política directamente proporcional a la presencia activa de aquella.

Por tal modo, la faz opuesta de las circunstancias mismas que consintieron la revolución rusa, condiciona después, ignorándolo los bolcheviques, la contrarrevolución como capitalismo de Estado, el stalinismo. Ella es, con mucho, la más importante de sus causalidades, el terreno de que fluyen las otras, incluso la vileza de los protagonistas contrarrevolucionarios. Eso permitirá comprender, más adelante, la ruptura de continuidad entre revolución y contrarrevolución, y por qué la oleada revolucionaria mundial originada por el grandioso Octubre rojo sería deliberadamente llevada al fracaso por el Kremlin. El asalto al poder fue dado en función de la inminencia de la revolución occidental; pero finalmente, ésta quedaría vencida durante largo tiempo *no por la burguesía*, sino gracias a la intervención política o policíaca, cuando no ambas a la vez, del Kremlin.

III.- EL PARTIDO-ESTADO Y LA CONTRARREVOLUCIÓN STALINISTA

Después de la NEP, un rebrote de la revolución en Rusia era apenas concebible, por ser tantos y tan premiosos los intereses conservadores nuevos que en ella coincidieron con los restos de intereses capitalistas antiguos. Estos tenían por soporte las capas sociales del pasado, y aquellos las capas de burócratas y arribistas que la miseria había multiplicado.

En ellas encontraría su máxima expresión estatal la ley de concentración de capitales, cuyo juego entraba simultáneamente en función. Pero todavía era tiempo, en cambio, de salvar el porvenir de la revolución mundial. A pesar del fracaso inicial del proletariado alemán, la revolución volvería a hacer acto de presencia en Europa y en otros continentes. Esa derrota, en realidad parcial y momentánea, inspiró a los bolcheviques la retirada económica y política de 1921, creyendo ponerse así en situación de espera. Ahora bien, la repercusión de sus medidas se reveló inmediatamente negativa para la revolución internacional, y lo sería cada vez peor, a medida de la reactivación económica mediante el esquema dado por la NEP. En todo el territorio, millones de representantes del poder, pequeños y grandes, se agarraban a sus prerrogativas y sobre todo a los emolumentos subrepticios o legales anejos a ellas.

La inclinación prevaricadora, surgida con la hambruna y el mercado negro, fue agravándose con la normalización mercantil. Para esa capa social que tenía en sus manos gran parte de los resortes del poder, el inmovilismo se imponía como una necesidad vital. Ella es la que debería formular pronto la reivindicación, *su* reivindicación de «socialismo» en Rusia sólo. El stalinismo flotaba en el ambiente incluso antes que se presentase el sujeto dispuesto a apenar con la faena.

A partir de ahí, la revolución mundial se convertía en simple figura retórica, cuya transposición en política exterior consistía en lo siguiente: «no se nos engorre con revoluciones que peligran comprometer nuestra mejoría económica». La proa iba ya en sentido contrario. Suponiendo que la «construcción del socialismo» hubiese sido real, la revolución en otros países habría sido para ella una necesidad absoluta cuyo éxito simplificaría en proporción sus propias tareas. Por el contrario, ese poder que había esperado su salvación del exterior empezó a oponerse a todas las tentativas de revolución, y con mayor alevosía cuanto más progresaba la construcción de su pretendido socialismo. La contradicción entre la revolución comunista mundial y la economía rusa aparece inmediatamente después de la NEP. Interviene, aunque de manera obscura, en la Alemania de 1923 y antes en Oriente Medio. En la misma medida en que la revolución rusa se apartaba de sus objetivos, el nuevo poder en gestación en el Kremlin se desinteresaba de la revolución internacional y le era

hostil. Su política exterior ¿podía ser otra cosa que reflejo más o menos velado de su política interior? Desde ese momento, la pandilla burocrática que se convertiría en casta stalinista, señoreaba en el Kremlin.

Aunque Lenin y numerosos bolcheviques no se decidieron a la virada de 1921 sino con gran aprensión, no sospecharon ni por asomo lo catastrófico de sus implicaciones. Obstinados en la identificación de la dictadura del proletariado con la del partido, captados por presuposiciones radicalmente equivocadas sobre las consecuencias sociales de la nacionalización del capital, pusieron en movimiento un proceso que escaparía a su control y se contrapondría a sus propios objetivos a corto y a largo plazo.

La misma ceguera dictó a Lenin su *Testamento Político*. Nos dice lo que en verdad pensaba del futuro «genial padre de los pueblos», pero sobre lo esencial en aquel momento se equivocaba de todo en todo. En efecto, la escisión del partido que se proponía evitar hubiese sido lo más benéfico en la tesitura dada, el tiempo se ha encargado de demostrarlo. El conservantismo burocrático cada día más arrellanado en la dirección de todos los organismos y alimentado por la desorientación ideológica de numerosos bolcheviques, habría salido vencedor de todos modos. Pero se hacía indispensable una ruptura, la más radical y espectacular posible, entre quienes continuaban en posición revolucionaria y quienes la abandonaban, entre quienes reclamaban la revolución mundial y quienes la temían. Necesitábase hacer llamamiento a los trabajadores contra partido y gobierno, en nombre de la continuidad internacional de la revolución. Lenin y Trotzky, o tras la muerte de aquél éste último con otros muchos, habrían sido seguramente fusilados. Pero el mundo entero habría comprendido. La clausura del período revolucionario francés puede datarse el 9 thermidor año II, cuando Robespierre, Saint-Just, Lebas, etc., que preparaban la insurrección contra los convencionales conservadores, fueron arrestados y guillotinado. Imposible establecer una datación siquiera aproximada al fin de la revolución rusa, circunstancia en extremo perniciosa. Ella alimentó el equívoco y facilitó luego la derrota de todas las tentativas de toma del poder por el proletariado, doquiera surgían.

En efecto, la simpatía de los trabajadores continuó yendo hacia quienes parecían representar la revolución rusa, los partidos «comunistas», mientras en verdad representaban ya a sus destructores, mismos que declaraban superflua la revolución mundial. Inspirado o manejado por los partidos ligados a Moscú, el proletariado corría invariablemente a su pérdida. A medida que la oleada revolucionaria inundaba un país tras otro: Alemania, China, Alemania otra vez, numerosos otros y finalmente España, más conscientes, más imperativos, más profundos se hacían los intereses reaccionarios del Kremlin. Y bien, sus acólitos de todas las nacionalidades no hubieran podido desempeñar su nefasto papel cerca del proletariado en lucha, si la delimitación entre thermidorianos y anti-thermidorianos en Rusia misma hubiese sido inconcusa.

Por otra parte, si la Internacional comunista se dejó tragar tan fácilmente por el stalinismo, las prácticas bajas y la corrupción disimulada que puso en juego éste, fueron eficaces ante todo porque la homogeneidad reinaba o parecía reinar en Moscú. La fidelidad a la revolución intervino al principio, es evidente. Pero, transformándose de hecho en una fidelidad al gobierno y al partido rusos, en plena metamorfosis reaccionaria, preparó el terreno a los manejos y a las malas artes que impondrían direcciones «comunistas» nacionales entregadas en cuerpo y en alma a sus feudatarios. Así fueron creados, con un puñado de lodo, tantos «hijos del pueblo», los Thorez, Pasionaria, Mao Tse-tung, etc.³¹. *Nunca se insistirá bastante en la enorme importancia de esa transformación*. Organizaciones que reunían a los revolucionarios más sanos y más lúcidos, quedaron convertidos en pocos años en criadero de arribistas, enemigos emboscados del comunismo, calumniadores y delatores cínicos de cuantos permanecían en la arena del proletariado mundial, o siquiera a izquierda de ellos. Semejante trastrueque sigiloso, a espaldas de la clase obrera y de los simples militantes alucinados por los «diez días que conmovieron el mundo», fue efectuado bajo la enseñanza de Octubre rojo, en nombre del marxismo (poco después, del «marxismo-leninismo-stalinismo», donde el último término deja ver su única verdad). La operación salió avante gracias, en primer lugar, a la forma encubierta del Thermidor ruso. Todavía estamos sufriendo sus consecuencias deletéreas.

Thermidor se introdujo por conducto del partido bolchevique y de su poder político. Lenin contribuyó a él sin quererlo, con la NEP, con las decisiones del X Congreso y con su propio *Testamento Político*. Trotzky también, por consecuencia. Y así, cuando éste, Rakovsky y la Oposición de Izquierda sospecharon que amenazaba, thermidor era ya un hecho y su denuncia incompleta en otro dominio también. La seducción de la revolución rusa no quedó rota en cuanto empezó a transformarse en contrarrevolución. Y por ende, cada insurrección proletaria volvería sus ojos hacia la primera, para ser aviesamente apuñalada por la segunda.

³¹ Los Carrillo, Berlinguer, Marchais, no han conocido un solo día de militantes revolucionarios. No han sufrido transformación; son engendro directo de la contrarrevolución stalinista ya consolidada.

He ahí, a mi parecer, la más abrumadora culpa de los bolcheviques. Culpa de Lenin en 1921 y con su *Testamento*; culpa de Trotzky, demasiado tiempo retenido por la recomendación unitaria de Lenin y por las malevolencias que su no bolchevismo anterior le granjeaban. Porque, si bien la estatización de la economía, la dictadura de su organización, la distribución de la tierra en usufructo privado e incluso la represión insensata de Kronstadt pueden ser tenidas como meteduras de pata difíciles de eludir en medio de la situación inextricable en que había caído la revolución, después de la NEP era palpable el resultado negativo de su recorrido. Guardar el rumbo a la revolución mundial, ponerse en condiciones de ayudarla en el porvenir y de ser ayudados por ella requería la escisión de los hombres internacionalistas, escisión sin ambages y a la faz del mundo entero. Habiendo hecho el poder existente, o sea la dirección del partido, un movimiento de retirada en espera de la revolución europea, empezó a temerla poco tiempo después, a ver en ella una perturbación de la estabilidad resultante de la NEP. Se hacía pues imperativo dejar camino abierto a la revolución comunista internacional cuya proximidad dio origen a Octubre del 17. Uno de los motivos del *Testamento* de Lenin, la contradicción entre el proletariado y los pequeños propietarios agrícolas, la unidad del partido serviría para encubrir, sin resolverla en ventaja del comunismo. Las tendencias económicas de ambas clases se expresaban respectivamente en el antagonismo de las fracciones de Trotzky y de Stalin. Pero no era sino una localización, mal expresada, velada por el laberinto de la política rusa, de una contradicción mucho más amplia y decisiva, que terminó siendo planteada con claridad: defensa de la revolución internacional, de un lado; del otro «socialismo» en un solo país, Rusia. Los intereses disimulados tras esa invención de Stalin eran incomparablemente mayores y más reaccionarios que los de los pequeños propietarios, de tierras o incluso de talleres. Abarcaban toda la economía industrial, a más del poder, y se pondrían sin tardar mucho en condiciones de subordinarse, por asimilación o por la fuerza, los intereses privados. Así empezó a asomar cabeza en Rusia el capitalismo internacional. A la inversa, la lucha por la revolución en otros países sostenida por la oposición de Izquierda trotskista, contenía los intereses proletarios por encima de las fronteras, en cuanto unidad frente a un capitalismo igualmente mundial, es decir, también contra el capitalismo de Estado que estaba fraguando en Rusia. Este último aspecto de la contradicción, sin embargo, nunca fue formulado por la oposición de Izquierda ni por Trotzky. Se lo ocultaban su definición de lo que era Rusia y también su programa interior. Añadida esa falla al retraso de la Oposición en levantar bandera contra la burocracia, los trabajadores y los revolucionarios de todos los países continuarían ignorando que la revolución rusa había muerto. Disparatado error de Trotzky y de los mejores bolcheviques, en concordancia con los errores de Lenin, cierto, pero son ellos los que posteriormente consintieron a Stalin y a su casta aniquilar toda tentativa de revolución, prostituir las ideas, y hombres por millares en todos los continentes. Ahí hay que localizar la peor falta de los bolcheviques.

Algún tiempo después de la NEP no quedaba otra cosa, en verdad, que el espíritu revolucionario, siquiera descaminado, de cuantos se negarían luego a mamar en las ubres del capitalismo de Estado en gestación. Precisando, ese mismo espíritu estaba empañado por la creencia -general entonces, no sólo entre los opositores rusos- de que la contrarrevolución adoptaría la forma de una restauración de la propiedad privada, si no del zarismo.

Medio siglo después del taimado resbalar a Thermidor y sus consecuencias, las repercusiones nefastas para la revolución mundial siguen haciéndose sentir. Por mucho que Trotzky, la IV Internacional y otros denunciaran el Thermidor o la contrarrevolución política misma, la jugarreta estaba hecha muy antes y su representación de la misma era incongruente. Una contrarrevolución plantada en un terreno socialista o parasocialista, tesis fundamental de la definición, «Estado obrero degenerado», es un contrasentido nada propicio, por añadidura, para desalojar de las mentes la venenosa influencia del Kremlin. La mentecatez del actual Trotskismo, su indigencia política, cuando no su capitulación, arranca de ese error del maestro, cuya rectificación aterroriza a los discípulos. Semejante impotencia, hoy llevada al cretinismo, es, hay que precisarlo, la peor de las repercusiones del abandono del internacionalismo en aras de la resistencia nacional, durante la guerra de 1939-1945. Una prevaricación lleva siempre por cauda otras muchas. Por eso desde entonces el trotskismo ha contribuido a la degradación del movimiento revolucionario, y a la delicuescencia de sus representaciones teóricas.

El mercantilismo introducido por la NEP no ha conocido término, pese a todos los decires, ni aún siquiera con lo que continúa llamándose «colectivización forzada». Fuerza hubo, sí, implacable, pero colectivización ni por asomo, aparte la reducción colectiva de los labradores al rango de trabajadores asalariados. La libertad de producir y de vender pasaba de los individuos al Estado, si bien éste, para apaciguar a los campesinos amotinados, en trance de arrasar todo, y para suplir sus propias incapacidades, tuviese que concederles lotes de tierra minúsculos en explotación privada. Misma absorción por el Estado de

las industrias y del comercio urbanos, con una diferencia significativa, sin embargo; esa burguesía media y pequeña no fue empujada a la dura condición de asalariados; fue incorporada a las filas de la burocracia, como a su medio natural. Un mercado negro ha seguido existiendo, más o menos tolerado; pero lo aprovisionan sobre todo las mercancías robadas en cantidad al Estado por sus propios burócratas, y algunas pocas sisadas por los obreros. La circulación general y legal de las mercancías la asegura el Estado.

Mercancías... La palabra rebosa de significación. Por sí sólo tiene el valor del más minucioso análisis. Vendidas en los almacenes estatales o en el mercado negro, son productos inaccesibles al consumidor salvo mediante compra, y a su vez la capacidad de compra depende estrictamente, para todo obrero, de la venta previa de su fuerza de trabajo. En semejante escamoteo económico -hay que repetirlo para la coherencia de lo expuesto- la diferencia entre lo que consume la clase obrera mediante el salario y el valor total de lo que produce, constituye el monto de la explotación, capitalizada, comida o malgastada a discreción por el detentador de los instrumentos de trabajo: el Estado. Mas como el Estado, por multiforme que sea en cuanto organismo, no es una entidad despersonalizada ni la representación siquiera imperfecta de la sociedad, son los hombres del partido depositarios de los poderes del Estado quienes ante todo encarnan los explotadores capitalistas. Tal es, en substancia y en esencia, «el papel dirigente del Partido».

Es indispensable ese condensado histórico para distinguir el término de un proceso social. Pero durante años éste ha discurrido por sendas tortuosas, sin que sus protagonistas hayan tenido conciencia de lo que estaba produciéndose, al principio al menos. Ni el burocratismo ni la corrupción ni la maldad de algunos individuos bastan para dar cuenta de lo sucedido. Stalin era, ciertamente, un caso raro, si no patológico, de carencia de escrúpulos, megalomanía, ignorancia y bestialidad primitiva. No obstante, un bípedo de tal calaña es, por definición, inepto para lo que sea, salvo para recibir bofetones toda su vida, a menos de encontrar dadas las condiciones sociales y las palancas organizativas con cuyo concurso sus taras personales aparecen como otras tantas características aptas para salvar determinados intereses inconfesos, igualmente dados. Las condiciones sociales de la contrarrevolución se presentaron por sí solas, sí, pero las palancas organizativas complementarias las ofreció el partido bolchevique, sobre todo a partir del X Congreso al conferirse la exclusividad gubernamental. Por añadidura, abandonó las principales palancas en manos de Stalin, gracias a las facultades totalmente arbitrarias conferidas a la Secretaria de Organización, que redoblaban la exclusividad gubernamental del partido.

Dentro de la ya amplia perspectiva contemplable hoy, diríase que el partido bolchevique, el del tiempo de Lenin y de Trotzky, de todos los mejores, se precipitaba ciegamente a su pérdida, al suicidio. En efecto, pues si bien el monopolio del poder apuntaba a los otros partidos y tendencias adictas también a la revolución, fue el partido bolchevique el que en fin de cuentas sufrió el más horrendo de los contragolpes. Sería diezmado físicamente, envilecido en lo político, revolcado en todas las charcas, vuelto del revés. La disciplina respetada por todos en nombre de una revolución que en realidad agonizaba ante sus propios ojos, de la cual les quedaba tan sólo la esperanza de auxilio del proletariado exterior, consintió al aparato inmovilizar a quienes se oponían a la marcha atrás. Unas veces utilizaba sus divergencias, otras se aliaba a los más vacilantes frente a los más enérgicos. Un ejemplo característico de esa ya perniciosa disciplina; a la muerte de Lenin, el aparato impuso la ocultación del *Testamento* en que recomendaba retirar a Stalin, por desleal, de la secretaría de organización; quienes proponían su publicación, Trotzky comprendido, se sometieron. Cuantos permanecían siendo revolucionarios se vieron desprovistos de medios de acción, sin que pudieran siquiera hacerse oír, precisamente por ese mismo aparato que ellos habían contribuido a erigir y permitiéndole ir colocando incondicionales en todos los puestos. Así se explica que, cuando Trotzky decidió al fin hacer acto público de oposición se viera tan impotente ante el aparato como cualquier campesino. No logró siquiera publicar el programa de la Oposición de Izquierda.

Esa situación de fuerza dada, se comprende que aún antes del primer Plan quinquenal, Stalin saliendo de la penumbra, se ciscase sin lacha en el centralismo democrático espetándole a la Oposición trozkista: «Los cuadros actuales no pueden ser cambiados sino por la guerra civil». Cuadros *actuales*, era decir los de Stalin, en contraposición a los anteriores, y a cualesquiera otros no stalinistas. Lo paradójico es que Trotzky y su izquierda no lo comprendiesen así. Continuaron proponiéndose cambiar los dichos cuadros desde el interior, por el juego del centralismo democrático. Pero ya no existía sino el centralismo policíaco, de donde el aplomo de Stalin. Oposicionistas y cuadros bolcheviques de la primera época eran encarcelados o conducidos a aisladores políticos en Siberia. La represión tomó enseguida por blanco principal el partido bolchevique mismo, y llegaría hasta el exterminio, no sólo de los trozkistas y otros opositores, sino también de una parte de los aliados y de los primeros cuadros de Stalin. El balance macabro de tal exterminio no encuentra parangón en los anales de la humanidad, ni por el número de asesinados y de muertos en los campos de

concentración, ni por la campaña mundial de calumnias de las víctimas. Eran invariablemente presentadas como trotskistas, lo que era verdad sólo de una parte de ellas, y el trotskismo como amasijo de golfos y espías a sueldo de Hitler (de Washington mientras duró el pacto Hitler-Stalin) cuyo único objetivo era destruir «la patria del socialismo» y matar al «genial Stalin». La represión alcanzó su máximo con los inmundos «procesos de Moscú» (1936-38). Una parte de los bolcheviques más conocidos recitaban ante el fiscal confesiones sobre Trotzky y el trotskismo, sobre ellos mismos, dictadas por Stalin y aceptadas por los acusados después de torturas físicas y morales soportadas a veces durante años. A pesar de todo, gran número de acusados resistió hasta la muerte y no sin acusar a Stalin y a los suyos de encarnar la contrarrevolución. A ellos irá siempre el recuerdo emocionado del proletariado en lucha.

Ha sido en fin de cuentas el stalinismo el que tuvo que desencadenar una guerra civil policíaca, cuyo número de muertos es superior al de la guerra civil revolucionaria. Y los cuadros de Stalin permanecieron y se reprodujeron allende las fronteras rusas.

Al terminar los «procesos por brujería», la contrarrevolución y su novísimo capitalismo de Estado nada tenían ya que temer. Habían transcurrido quince años desde el momento de su insinuación thermidoriana hasta el de consolidación indiscutida. Período largo y desorientador en demasía para cuantos lo vivieron no sólo en Rusia. Pero contemplado en la escala de los tiempos, cual empezamos a distinguirlo ahora, en él se ve, sin equívoco posible, la ruptura de continuidad entre revolución y contrarrevolución, entre bolchevismo y stalinismo. Imposible descubrir otra tan completa, tan sangrienta, tan internacional. El partido depositario de la contrarrevolución continúa llevando el nombre del partido que dio la señal de la revolución, pero aquél es respecto de éste lo que una guardia pretoriana es a una insurrección, lo que un estercolero es a un campo de amapolas.

La contrarrevolución fue política, porque la revolución no consiguió sobrepasar su estadio político. No empujó que sus progresos y su exteriorización hayan ido al par con su afirmación económica. La función social de los instrumentos de trabajo no había cambiado, pero de todos modos la contrarrevolución se sentiría insegura mientras la rotación capital-salariado-plusvalía-capital acrecentado no se efectuase holgadamente y no pusiese entre sus zarpas disponibilidades materiales muy grandes. Sobre el apoyo económico heredado del zarismo no hubiese podido surgir sino una contrarrevolución de tipo antiguo, con clase de propietarios privados. Pero el capitalismo individual quedó extinguido, sin renacimiento posible. Gracias a ese hecho, la contrarrevolución política resultó dueña de una economía de Estado y la experiencia le enseñaría enseguida que esa suerte de capitalismo era su más sólido basamento. Así se introdujo en la historia un tipo de contrarrevolución nuevo, pero en perfecto acuerdo con la concentración ya muy avanzada y reaccionaria del sistema mundial.

Así como la naturaleza de la revolución explica el carácter particular de la contrarrevolución, aquella misma esclarece las peculiaridades de los oponentes a esta otra. Es preciso dejar dicho, ante todo, que nadie, absolutamente nadie, ni en Rusia ni en cualquier país presintió siquiera de donde provendría y como se organizaría el reflujo contrarrevolucionario. Por eso los oponentes no vieron en la política del aparato (enteramente dictada por Stalin a partir de 1926, parcialmente antes) y eso con retrasos de tiempo diversos, otra cosa que un peligro, que errores de gravedad creciente, susceptibles de desembocar en una restauración del antiguo capitalismo. La junción entre la política derechista del aparato y el cometido social de los instrumentos de trabajo nadie lo descubrió, excepto más tarde, algunos, recapacitando en tétricos calabozos o en los aisladores siberianos. Resulta de todos modos que la oposición del stalinismo, incluso en los casos tardíos pero anteriores a los procesos de Moscú, contenía la defensa de la revolución contra sus enemigos, a despecho de las ideas incompletas o erróneas que la inspirasen. Ciertamente, los centenares de miles, los millones de hombres torturados, calumniados y asesinados por los *cuadros* de Stalin pagaron con la vida su irreductible enemiga a la contrarrevolución. Jamás partido alguno en la historia de todos los tiempos ha pagado a tan elevado precio su apego a la revolución proletaria... y sus propias inconsecuencias. Ningún régimen ha matado tantos revolucionarios, tantos obreros, tantos intelectuales, como el régimen stalinista.

La Oposición de Izquierda (trotskista) fue, entre las diversas fracciones adversas al stalinismo la que mejor formuló la lucha contra él. No ciertamente por su programa interior, cuyo descarrío puede verse leyendo la *Plataforma de la Oposición y Nuevo Curso*, de Trotzky, sino por su posición internacional. Inducido a error por las palabras y por una identificación superficial de expropiación de la burguesía y expropiación del capital, Trotzky no se dio cuenta de lo que en realidad disimulaba la «construcción del socialismo en un solo país» que valió a Stalin el grado de Jefe indiscutible de cuantos, situados alto o bajo, penaban por gozar tranquilamente de prebendas y mando. La formulación de Stalin le parecía quimérica e incluso de reaccionaria latencia. Sin embargo, no percibió que se trataba en verdad de construir el capitalismo.

Por el contrario, denunció vigorosamente que en el orden de ideas stalinistas la revolución mundial dejaba de ser indispensable, y que un poder así orientado terminaría traicionándola. La perspectiva internacional que sirvió de detonador a Octubre del 17, la Oposición trotskista la puso por centro de su combate teórico, y estuvo siempre presente en la multitud de hombres encarcelados, deportados o asesinados por el stalinismo. Un error grave, no obstante, limitó esa toma de posición. Traicionar la revolución, mundial, o sólo declararla no indispensable, era por fuerza signo inequívoco de traición previa a la revolución rusa. Y la calificación de Rusia como «Estado obrero degenerado» no dejaría de mermar las posibilidades de cualquier revolución, sin hablar de la inconsistencia teórica de tal definición.

Una vez llegado a término el proceso económico, poco después del proceso de reacción política y consecuencia de él, nos encontramos ante un capitalismo concentrado cual ningún otro, cuya descripción va dada en el capítulo I. El Estado dispone a discreción -uso y abuso- de las estructuras y superestructuras que sirven a valorizar los instrumentos de trabajo, clase obrera comprendida. A su vez, el Estado aparece como posesión exclusiva del partido gobernante, sin la menor falla en todos y cada uno de sus órganos particulares, los subordinados no menos que los subordinantes. No se contenta el Partido con fiscalizar o controlar las múltiples funciones del Estado, sino que ambos son una y la misma institución. Cada acto del partido es un acto del Estado, y en ninguna parte está el Estado sin que esté el Partido como su manifestación constante. Es indispensable pues hablar en singular: se trata del Partido-Estado. Monopolio absoluto del capital y monopolio absolutista del poder se encuentran enteramente fundidos. En el Partido-Estado se complementan sin cabida para un más allá, la concentración de la riqueza y del poder estatal que la civilización capitalista ha ido acentuando desde sus inicios. Tal es la naturaleza social del Estado ruso.

Ahí es donde se descubre, innegable, una continuidad, no entre la revolución bolchevique y el sistema actual, sino entre el capitalismo burgués y el de Estado. Resulta por ende, obligado, que la vasta pirámide del funcionariado que constituye la totalidad del Partido-Estado esté subyugada por la cumbre del partido, y que ésta se confunda, a su vez, con el gobierno, igual que el colegio cardenalicio se confunde con la Iglesia. En la cumbre residen todos los poderes: poder político, poder económico, poder legislativo, poder policíaco, poder judicial, poder militar, poder informativo, y aquel otro poder entre todos temible que es el monopolio de la cultura, desde las guarderías infantiles hasta las academias científicas, pasando por la literatura, la poesía, las artes. No se conserva memoria de despotismo tan rematado, tan meticulosamente enzarzado. El más odioso de los antiguos despotismos asiáticos no lo iguala en atrocidad, y menos aún en hipocresía.

El ateísmo del Partido-Estado se les antoja a ciertos librepensadores más rancios que perspicaces, particularidad favorable al desarrollo de la ciencias y de la cultura en general. Nada semejante ha ocurrido, está visto; la ciencia rusa se nutre, por lo general, de lo que aprende o espía en la ciencia occidental, y *su* cultura es la de mandarines prostituidos, siempre cabeza gacha y mano mendicante ante el poder. No podía ser de otro modo, porque el Estado es ateo, sí pero sólo respecto del dios de las religiones tradicionales, pues él mismo se ha constituido en iglesia y por consecuencia en dios terrenal. La propia clerecía ortodoxa tiene que adorar al dios Partido-Estado para conservar la adoración de sus fieles... y para comer. La coherencia respecto del origen de la idea de dios es completa. La facultad de castigo y dádiva apareció entre los hombres como prerrogativa de la violencia, del Estado pues, antes de desdoblarse en su aspecto imaginario. La materialidad del Estado precede a la inmaterialidad de la idea de dios, y le sobrevive. No otro es el pseudo-ateísmo del Partido-Estado.

El saber adquirido y de cimientos más firmes puede oponer obstáculos a la extensión de la investigación teórica en momentos cruciales, azarosos del devenir, es susceptible de engendrar confusión, error, y hasta degradación del saber mismo. Eso ocurre con la idea fecunda, verdadera siempre que se refiere a períodos de tiempo largos, que señala una clase como base de la expansión económica y de la cultura de cualquier sistema social, exceptuando el comunismo. Por ello, la ausencia de una clase propietaria en Rusia (y en los países imitadores) ha desorientado a numerosos revolucionarios, sin hablar de otros intérpretes más o menos inspirados en Marx. Sin clase poseyente no hay capitalismo y si explotación existe, débese a abuso de la burocracia, en contradicción con el sistema, pretenden los unos. Y otros: puesto que existe explotación, pero no burgueses propietarios de los instrumentos de trabajo, existe una nueva clase, base y dueña de un nuevo sistema, no socialista y tampoco capitalista. El primero que emitió tal aserto fue Bruno Rizzi, poco antes de la guerra. Después fue puesto en boga por el americano Burnhan bajo la designación de colectivismo burocrático o «managerial revolution». En ambos casos, la interpretación va dada por la idea aprendida de una clase poseyente para cada sistema económico no comunista; una y otra pasan por alto las relaciones de producción, que siempre circunscriben las de distribución. Ahora bien, dichas relaciones son en Rusia cualitativamente idénticas a las del viejo mundo burgués, a despecho de la inexistencia de la clase propietaria,

ni nueva ni vieja, de los instrumentos de trabajo. Los intentos hechos para definir la burocracia como una especie de burguesía son tan inconsistentes como tachar de burguesa la revolución de 1917, aunque sólo sea en su aspecto económico, cual hace el bordiguismo. Tratando atrás de la naturaleza de la revolución, quedó ya dicho que la burguesía tardó siglos en salir a flote del seno del feudalismo, antes aún de dominar la sociedad. No va a constituirse una burguesía pimpante en el momento en que la concentración y el desarrollo capitalista ha adquirido proporciones mundiales, que por su propia dinámica eliminan la función de los capitales privados en libre, caótica actividad. El proceso característico de la civilización capitalista no podrá repetirse en parte alguna, ni aún imaginando formas modificadas.

Con mayor razón aún aparece como una imposibilidad, como simplista y absurda cogitación, la presencia de una clase enteramente nueva asentada en su propio sistema, requerimiento del colectivismo burocrático. Poseyente o desposeída, una clase no la engendra la historia en algunos años, y no la lleva al poder sino cuando se convierte en indispensable al ciclo vital de la sociedad, rigiendo la cual ganan las condiciones materiales y culturales, libertad incluida. A menos de embrollar las concepciones que con mayor acierto guían nuestra interpretación del decurso histórico, la idea de clase dirigente debe relacionarse siempre con una función económica peculiar creada por la espontaneidad del devenir, dicho con mayor precisión, de la marcha hacia delante de los hombres. Y bien, lo que la espontaneidad histórica ha creado en cuanto clase es el proletariado y *nada más que el proletariado*, y al mismo tiempo capacidades de producción más que suficientes para garantizar la organización del comunismo en una sociedad mundialmente unida; ha creado la clase y su cometido histórico.

Una de las características más importantes de nuestra época consiste precisamente en la degeneración y la disolución de las antiguas clases privilegiadas, simultáneamente a la extensión del proletariado. Los «managers» americanos, los P.D.G.³² de Europa occidental y del Japón no son una clase, como tampoco lo son los «aparatchiks» del tipo ruso. En cuanto capa o escoria social, ésta última burocracia, igual que aquellas otras, sus homólogas, tienen hundidas sus raíces en el viejo mundo putrescente. Si dispone de todo con arbitrariedad mayor que la antigua clase burguesa, es precisamente porque su naturaleza de escoria social contrarrevolucionaria no le consiente desplegar sino una actividad reaccionaria en todos los dominios, una actividad a contrasentido del avance histórico. La sociedad capitalista no aboca a una alternativa en que uno de los dos términos fuese otra sociedad de explotación. La solución es unívoca: es el comunismo. En su defecto, no queda sino la marcha atrás, la putrefacción de la vieja sociedad hasta su desintegración y la vuelta a una magma social del que poco a poco surgiesen nuevas estructuras totalmente imprevisibles.

Pues bien, la descomposición del sistema capitalista, cuyos numerosos signos saltan cotidianamente a la vista y al entendimiento, único contrarresto al comunismo en perspectiva, no tiene empleo para una clase propietaria, cualquiera sea. Se lo veda su propia andadura destructora. De por sí, el crecimiento acumulativo del capital desquicia a la burguesía, mientras que el fracaso de las tentativas revolucionarias acelera o da término a esa tendencia. Ejemplos: la revolución rusa y toda la oleada de tentativas revolucionarias rota finalmente en España.

En ese terreno, el del capitalismo en putrefacción, el stalinismo desempeña en todas partes su papel contrarrevolucionario, ya bien adornado de trofeos. No obstante, ni el automatismo de la concentración en sus manos de la riqueza, ni la avidez de sus hombres lo han empujado a adjudicarse escrituras de propiedad privada. No menos lejos está de adoptar el sesgo de una «clase constitutiva», es decir, en vías de constitución, opinión que Pierre Naville me imputa en *Le salaire socialiste*³³. A decir verdad, me imputa tendenciosamente otras opiniones, resultantes también de su interpretación. Me conformo recogiendo la que se relaciona con mi razonamiento aquí y cedo a eruditos de su talento el cuidado de refutar sus tesis con la docta parsimonia que requieren sus cuatro volúmenes, a comenzar por su disfrute contrapuesto a la alienación³⁴.

Referente a lo que llegare a ser la burocracia stalinista caso de ausencia de revolución, sólo mediante las paulatinas modificaciones que el tiempo no deja de efectuar, es baldío emitir hipótesis alguna. No se puede tener seguridad sino de que la era burguesa no volverá, salvo, quizás, contemplando tiempo tan extenso como entre el Código de Hammurabi y el Código Napoleón, pero habría que volver mucho antes al arado y a la economía familiar. No es necesario demostrar que si la burocracia rusa no da signos de mutación en burguesía, el viejo mundo capitalista, por el contrario va aproximándose del modelo ruso, por la estatización

³² P.D.G.: Iniciales de Presidente Director General. Se utiliza como sinónimo de ejecutivos (N. del E.).

³³ Tomo III de su *Nouveau Léviathan*, p.286.

³⁴ *De l'Aliénation à la jouissance*, título del primer volumen de la obra de Naville.

dirigista de la economía y por sus coerciones policíacas y culturales. La burguesía se hace rala por resultado del movimiento social que ella misma puso en marcha. No será en el momento en que el contorno de la clase dominante va desdibujándose en todas partes, cuando se perfila en Rusia alrededor de los *aparatchiks* del Partido-Estado. Todo acontece en ese dominio como si las exigencias imperativas de la contrarrevolución hubiesen tomado en Rusia la delantera del automatismo característico del capital.

Inversamente el contorno del proletariado es en Rusia tan neto como en los países de antiguo industrializados. Ese hecho deja ver claro. El traspaso de la función económica detentada por la burguesía a su organismo más representativo, el Estado, endurece y ensancha la relación explotadora capital-salariado, aligera o suprime el papel de los particulares en posesión de instrumentos de trabajo, realizando simultáneamente la importancia del proletariado en la economía.

Nada contrario en eso a la espontaneidad del devenir desde el principio de la era industrial. La clase que asomó entonces como clave del porvenir se destaca con nitidez en el panorama social, mientras van haciéndose imprecisos los rasgos característicos de la clase del pasado. Ello precisamente en medio de un crecimiento del capital tan exorbitado, que sus más importantes dignatarios están en condiciones de aniquilar todo lo viviente en nuestro planeta, con un ligero movimiento del índice. Ningún otro sistema social ha llevado hasta tal grado su propia nocividad.

Va dada, por lo demás, una correlación estricta entre la centralización del capital y la amenaza incesante de exterminio termonuclear. Tras haber alcanzado la cima de su desarrollo, el capitalismo, sociedad de explotación, por ende de sacrificio del hombre por el hombre, está ya listo para el sacrificio físico universal. Es la conclusión, el tope de su tecnología. Hablar en tal estadio de una clase en constitución o ya constituida en Rusia, o bien de la ausencia de propietarios privados como signo embrionario de socialismo es un disparate que sólo sirve para embrollar los factores de una lucha revolucionaria.

Lo que sabemos de la antigüedad, desde el Primer Imperio egipcio hasta la civilización greco-romana, nos enseña que si el desarrollo de una civilización es principalmente obra de una clase, su decadencia no es cometido de una clase precisa, y menos que de ninguna otra de la antigua; ésta se descompone viéndose infiltrada, absorbida o eliminada por grupos parasitarios: líderes plebeyos, militares, policíacas, escribas, sacerdotes. Frente a la clase patricia, Cesar y Augusto pretendían representar a la plebe de ciudadanos romanos desposeídos, de libertos, de metecos; abrieron la puerta de par en par a la decadencia que fue carcomiendo todo el imperio bajo la cáscara del crecimiento económico del «siglo de Augusto».

En cuanto capa social superflua, parasitaria, la burocracia stalinista (y sus semejantes) nada tiene que envidiar a sus antepasados históricos, ni a las estratificaciones sociales dominantes en Occidente. Como éstas, su unidad totalitaria se subdivide en jerarquías políticas, económicas, militares, policíacas, sindicales, religiosas, incluso jerarquías intelectuales, científicas y artísticas. Y todas ellas sin excepción alguna ejercen funciones contrarias a los intereses inmediatos e históricos de la sociedad, lo que constituye la quintaesencia del parasitismo. La similitud cualitativa es sobrecogedora y por sí sólo fuerza a considerar el régimen stalinista como un fragmento del sistema económico-político mundial. Es que el recorrido de la contrarrevolución no era completamente empírico. El capitalismo occidental fue su paradigma a imitar y *sobrepasar*. Así se introdujo en el concierto internacional, y así su capitalismo reproduce, enconados, todos los rasgos decadentes del conjunto, desde el despotismo policíaco y económico, hasta la contrahechura cerebral en escala de masas. Sabido es que en numerosos dominios aventaja a sus maestros; incluso ha fundado escuela.

El estado actual de la economía no deja lugar para clase propietaria alguna, es decir, cuya dominación desempeñe un papel siquiera algo positivo. Lo que subsiste de burguesía y sus advenedizos sucesores, «aparatchiks» stalinistas, P.D.G. y toda suerte de funcionarios encopetados, despliegan una actividad negativa de punta a cabo, incluso en el simple aspecto del crecimiento individual, no digamos por relación al desarrollo de la sociedad. De mil maneras y casi en cada producto se constata hoy que la ciencia no puede ser aplicada de manera enteramente científica, o sea, no sólo sin perjuicio, sino con pleno beneficio par el hombre, sin hacer baratillo de la ley del valor capitalista.

Volveré sobre tal problema en el último capítulo, referido a la crisis decadente del sistema entero, Rusia e hijuelas comprendidas. Pero es indispensable ver antes por qué medios y a manos de quienes sucumbió la oleada revolucionaria que tantos países recorrió entre 1917 y 1937, lo que condujo a la guerra imperialista y luego al lodazal en que chapotea el mundo hoy.

IV.- POLITICA EXTERIOR RUSA Y EL STALINISMO MUNDIAL

Hay junción del pasado zarista y del presente stalinista:

«La manera tradicional en que Rusia persigue la realización de su finalidades está lejos de justificar el tributo de admiración que le rinden los políticos europeos. El resultado de esa política hereditaria indica bien las debilidades de las potencias occidentales, pero su uniformidad estereotipada causa igualmente la barbarie interior de Rusia... Recorriendo los documentos más famosos de la diplomacia rusa se constata que es muy astuta, muy sutil, maliciosa y matrera, cuando se trata de descubrir los lados débiles de los reyes de Europa, de sus ministros y de sus cortes, pero que su cordura naufraga invariablemente cuando se precisa comprender los movimientos históricos de los pueblos de Europa occidental... La política rusa puede, mediante sus ardidés, intrigas tradicionales y subterfugios, sobrecoger las cortes europeas, basadas ellas mismas en la tradición; pero no sorprenderá a los pueblos en revolución³⁵.

Esa palabras escritas hace un siglo bien largo han recuperado actualidad gracias a la contrarrevolución stalinista. Una vez destruido el impulso de Octubre 1917, Moscú vuelve a hacer suya la tradición, con la ceguedad de una época que se sobrevive y la crueldad característica del stalinismo. Toda la conducta de la diplomacia rusa y la política de sus partidos en el exterior están comprendidos en el citado juicio de Marx. Ni siquiera faltan los necios tributos de admiración de toda suerte de gobiernos y de politicantes. Y esta vez se les suman, a más de los mercenarios constituidos en partido «obrero», intelectuales de izquierda entre tembliques y estupor, líderes ex-reformistas y sindicalistas, y hasta trotskistas que se la dan de conocer la significación del stalinismo.

La primera manifestación declarada del poder stalinista en el exterior fue para forzar la retirada del proletariado y los campesinos de China, que en 1926-27 habían casi alcanzado la meta revolucionaria. Veinte años de dictadura de Chian Kai-chek y otros tantos de dictadura de Mao Tse-tung y Chu En-lai tienen su punto de arranque en la política dictada por el Kremlin a su partido chino, política que no estaba en contradicción con los intereses de Rusia, al contrario de lo que creyeron todos los críticos del stalinismo entonces. Un poder revolucionario se organizaba en China en torno a soviets de obreros y campesinos, en gran parte armados. Era el único poder en numerosas localidades y en zonas enteras. El Kremlin dio orden de disolución de los soviets y la orden fue aplicada por el mismo partido y los mismos hombres que desde 1940 despotizan en Pekín. La casta burocrática en trance de consolidarse en Rusia no podía dar aliento en parte alguna a una subversión semejante a la de 1917. Propiciaba ella una China «popular», o sea capitalista, más ligada a Moscú que a los antiguos imperialismos. Y pretendió instalarla por la fuerza cuando su amigo Chiang Kai-chek se le desmandó. Tales fueron las sublevaciones de Cantón y de Shanghai, que tuvieron más de *putch* stalinistas que de insurrección obrera.

Poco después se produjo el auge del hitlerismo en Alemania, que chocaba con una fuerte agitación revolucionaria susceptible de poner en movimiento decenas de millones de hombres junto al proletariado más numeroso de Europa. La política exterior del Kremlin puso su veto a la revolución, declaró *urbi et orbi* que la victoria de Hitler no tendría gravedad alguna, y dio a su partido orden estricta de no oponerse a la entronización del nazismo. Fue tan fielmente obedecido, que el partido stalinista alemán calificó de provocación una huelga obrera contra la constitución del gobierno de Hitler. Y cuéntase que Moscú no ignoraba que el *ōDram nach Ostenō* (marcha hacia el Este) anunciada por Hitler mismo en *Mein Kampf* (*Mi lucha*) implicaba la guerra. Pero, otra vez, los intereses del Kremlin a corto y a largo plazo le dictaban impedir la revolución proletaria y dejar a Hitler libertad de machacarla desde el poder. No hay gran misterio en esa opción que podría juzgarse contraria a los intereses nacionales rusos. En efecto, la guerra no pondría en causa sino la hegemonía entre las potencias y modificaciones de fronteras, mientras que la revolución proletaria habría acometido la destrucción de todas las potencias, de sus ejércitos y de sus fronteras, las de Rusia comprendidas. A mayor abundancia, los avatares de la guerra imperialista podrían tal vez aventajar los intereses nacionales rusos, lo que ha ocurrido.

La gran divisa revolucionaria *ō*contra la guerra imperialista guerra civilō fue desde esa época consciente y definitivamente *invertida* por los dictadores del Kremlin. En adelante, doquiera surgiese o amenazase la guerra civil, le opondrían ellos la guerra imperialista, sin tapujos o mal velada por el charlatanismo anti-imperialista unilateral del que tantos ejemplos hemos presenciado.

³⁵ Marx: *Oeuvres Politiques*, T. III, pgs. 101-102. Ed. Costes 1929.

Pero antes de dejar en suelta sus codicias extraterritoriales, los gobernantes rusos tuvieron que enfangarse aún más que en la Alemania de 1930-33. Bosquejando su prostitución, en China, ellos y su partido desempeñaron, en apariencia, el papel de una organización reformista, mediante su alianza con la burguesía en detrimento del proletariado; en Alemania se comportan abiertamente como traidores que entregan al enemigo las posiciones más fuertes. En ambos casos, permitieron el aplastamiento de la revolución por las antiguas clases poseyentes en beneficio de las mismas. Pero, cuando llega el punto culminante de la revolución en España, 1936-37, entonces es Moscú, con sus propios criados españoles, con su propia policía, con sus propias armas y en su interés directo, quien actúa sin lacha contra la revolución comunista y la apuñala por la espalda. Es que, a partir de julio de 1936 no se trataba ya en España de cortar el paso a una revolución amenazante. La revolución inundaba la calle y la sociedad entera; necesitaban pues dismantelarla. Había que desarmar al proletariado, que acababa de hacer morder el polvo al ejército nacional, había que arrancarle los instrumentos de producción industriales y agrícolas de que era dueño, había que disolver sus múltiples Comités-gobierno, los instrumentos de poder de que él mismo se había dotado. La inmundicia fue llevada a término con la sangre fría, la premeditación y la felonía del asesino asoldado. Pero no sin una lucha persistente de la clase trabajadora, que culminó en la insurrección de mayo de 1937. Todos los gobiernos imperialistas se sintieron colmados, además de Franco.

La insurrección de mayo 37 tiene una importancia capital en la historia de la lucha revolucionaria mundial. Las armas del proletariado apuntaban, en primer plano, al stalinismo, en el cual y a despecho de su designación, -Partido Comunista- los trabajadores habían identificado el guía ideológico y el brazo policíaco de la contrarrevolución, el enemigo de clase, en suma. Sobre el terreno, la insurrección fue una victoria fulminante y si quedó aislada en Cataluña se debió a que las organizaciones que disponían de medios para informar a todo el país y a las cuales estaban afiliados la mayoría de los insurrectos (C.N.T.-P.O.U.M.) utilizaron esos medios, sus estaciones de radio comprendidas, no para llamar a la insurrección general, sino para inducir el proletariado catalán a la retirada, calificando la insurrección de ofratricida. No consiguieron hacerse obedecer sino con mucha dificultad y cuando legiones de policías reclutados en la sombra y fusil ametrallador òmade in Moscú al hombro invadieron la región.

La insurrección de mayo 1937, hay que proclamarlo a la cara de cuantos ignoran la revolución española, constituye hasta hoy el supremo grado de conciencia del proletariado mundial. Después de haber vencido y disuelto en batalla el ejército capitalista, el proletariado se percató de la naturaleza contrarrevolucionaria del partido dicho comunista, le da el asalto, lo vence, y queda dueño del terreno... hasta que los dirigentes de sus propias organizaciones consiguieron, desmoralizándolo, mintiéndole, desmoronar la insurrección. Así quedó transformada su victoria en tremenda derrota política. Ni sombra del nacionalismo o democracia burguesa en el despliegue de ese combate, cual ha sido el caso de las insurrecciones anti-stalinistas posteriores en los países del Este; nada más que la defensa de la revolución comunista y el stalinismo apuntado como el enemigo más pèrfido de la misma. Octubre del 17, Julio 36 y Mayo 37 forman una trilogía ejemplar, cuya repetición simultánea abrirá de par en par las puertas al comunismo en los cuatro puntos cardinales.

Mucho tiempo antes, el stalinismo había manifestado en Rusia su carácter contrarrevolucionario. Conservaba sin embargo, en el exterior, una apariencia equívoca, una apariencia de «izquierda» o reformista, ya que no revolucionaría, fácil de fingir hallándose en la oposición. El Frente Popular acabó de golpe con esa apariencia, y el stalinismo mostró en todas partes su verdadera naturaleza, que nada tiene que ver con la del espíritu democrático-burgués y subordinado del antiguo reformismo. Sigue hablando de democracia, cierto, sabe prestar servicio a la burguesía hasta hacerse indispensable y está en condiciones de disimular pacientemente sus miras. Mas se trata invariablemente de trabajos de aproche a la propiedad de Estado, que sabe inscrita en el automatismo del capital y en los imperativos contrarrevolucionarios del mismo. No hay en ello maquiavelismo, sino, ramplonamente, intereses adquiridos, y por ende convicción empírica, unos y otros adquiridos a costillas de centenares de millones de hombres, desde Alemania oriental hasta Kamchaka y Shangai. Y fue precisamente durante la revolución española, y a su costa, cuando el stalinismo exterior adquirió la certidumbre de ese papel, que en lo sucesivo y sin posibilidad de cambio, seguiría siendo el suyo; contra ella planteó por primera vez su capitalismo de Estado como medio y lugar de *unión nacional* de todas las clases. Imposible descubrir antítesis más cabal de la revolución comunista.

Una vez liquidada por él la revolución en España, el desenlace de la guerra civil no podía ser otro que la victoria de Franco. Moscú habría podido inclinar la balanza militar a favor de sus hombres. Pero en aquel momento de la coyuntura interimperialista, y vista la posición geográfica de España, en el Kremlin esperaban más de Hitler que sus turiferarios españoles.

En resumen, la política de Frente Popular no era en el fondo otra cosa que táctica preparatoria de la guerra imperialista. Colma su objetivo en España mediante el aniquilamiento del proletariado por los hombres de Moscú, y el camino quedó así libre, de un lado a Franco, del otro a la guerra por el dominio del mundo. Tal fue la consagración del stalinismo como fuerza capitalista reaccionaria allende sus fronteras rusas. A partir de ese momento, sus pujos imperialistas antes retenidos, se descararon. En efecto, el Pacto Hitler-Stalin entregó a Rusia Estonia, Letonia, Lituania y la mitad Polonia, declarada por Molotov «país ficticio», a desmembrar. Esos dones de Hitler fueron confirmados por Estados Unidos y sus aliados, abandonando además al Kremlin, como botín de guerra, la otra mitad de Polonia, los llamados hoy países del Este, la mitad de Alemania, la mitad de Corea y parcialmente China, donde Roosevelt reconocía explícitamente a Moscú el derecho de ejercer fuerte influencia. A partir de España, es evidente, Moscú había hecho pleno mérito como enemigo de la revolución. Estaba en condiciones de ser honorable aliado de otras potencias imperialistas y de repartirse el botín con ellas. El Frente Popular no obedecía a otro objeto.

Con la revolución española queda clausurado un ciclo histórico preciso: el de la primera ofensiva internacional del proletariado contra el capitalismo. Acabo de indicar sus principales jalones, pero la ofensiva se manifestó con intensidad y explicitud diversas en decenas de países de tres continentes. He aquí su resumen histórico sucinto: iniciada por la revolución de Octubre de 1917, que ella debiera haber salvado, el poder ruso, a medida de su propia transformación reaccionaria, va apartándola de sus objetivos y traicionándola, y finalmente la reprime él mismo a sangre y fuego en la España de 1936-37, estremecimiento el más profundo de la revolución comunista. En éste apuntan ya los rasgos tácticos y estratégicos nuevos del periodo revolucionario venidero. Simultáneamente a la actuación policíaca de Moscú y de sus hombres contra la revolución española, tienen lugar las grandes falsificaciones judiciales de Moscú y el asesinato en masa de cuantos resistían poco o mucho al stalinismo. El todo representa con retraso, pero ratificado por ríos de sangre, el acto incuestionable mediante el cual la contrarrevolución se reconoce ella misma como tal.

Sale sobrando notar aquí los suministros sin cuento entregados por Moscú a Hitler, hasta el día en que éste rompió el Pacto. ¿No había suministrado antes petróleo a Mussolini, que se lo pasaba a Franco en plena guerra civil?. Lo que ante todo importa es ver el curso de la política exterior rusa desde vísperas de la guerra mundial. Primero, desde el Pacto Laval-Stalin, el Kremlin apoyó la diplomacia y los armamentos occidentales «contra el fascismo criminal». Los stalinistas franceses, ingleses, americanos, etc.; hacían alarde de nacionalismo a ultranza. A sus ojos, el único factor de guerra era Hitler. El día que se enteraron, por la radio, como cualquiera, de la firma del Pacto nazi-stalinista, su patriotismo se desvaneció como un gas ligero. Obedientes como un solo mercenario al mando de las ondas radio, apuntaron el índice a los occidentales como únicos responsables de la matanza imperialista. Moscú impuso la supresión de los periódicos stalinistas de lengua alemana, salvo uno de circulación limitada dentro de Rusia. En fin, las actividades de los stalinistas occidentales, ajenas por completo al internacionalismo, tenían mucho de común con la de los colaboradores de los ocupantes nazis. Son bien conocidos los tratos del Partido francés con las autoridades militares hitlerianas con vistas a la publicación legal de *l'Humanité*.

La guerra iniciada en 1939 fue peor acogida por la masa de trabajadores obligados a endosar el uniforme, que cualquier otra del mismo género. Pasividad y protesta abierta eran generales. Ni el más leve entusiasmo patriótico. Existía un estado de ánimo muy favorable a la actividad internacionalista. Incluso después, una vez desarticulados y en huida los ejércitos franceses, los reclamos de De Gaulle, desde Londres no despertaban en Francia impulso patriótico. En general, la burguesía continental capituló ante Hitler, a quien admiraba desde su acceso a la Cancillería del Reich, y bajo su égida realizaba grandes negocios. La capitulación de la burguesía era una de las consecuencias esperables de su propio sistema; por ello, más tarde, y en sentido inverso, llegaría el turno a la burguesía alemana y a la italiana. Por el contrario, el no patriotismo del proletariado significaba la ruptura con los valores nacionales del capitalismo y la posibilidad de acometer acciones revolucionarias supranacionales. En efecto, la guerra de 1914-1918 y el período revolucionario recién vivido habían carcomido la mitología nacionalista; el capitalismo continuaba siendo blanco de la hostilidad del proletariado, siquiera pasiva, y por otra parte, las condiciones concretas de los países ocupados presentaban facilidades para orientar la lucha, en las fábricas y en los ejércitos, hacia la transformación de la guerra imperialista en guerra civil internacional. El ejército italiano en Grecia se hallaba casi en descomposición, incapaz de batir las flacas fuerzas que le oponía Atenas. En el ejército francés, la rebelión de los soldados empezó enseguida, todavía cuando el partido de Moscú agitaba el pendón nacional y se prolongó después, con las represalias de consuno. En Alemania misma, al contrario de lo que la propaganda de los vencedores ha querido acreditar, ni la guerra ni los latiguillos hitlerianos sobre la raza aria eran

populares. No pocos soldados ocupantes manifestaban, pese al riesgo, su oposición a las tropas de asalto (SS) y al nazismo en general.

En suma, era indispensable, era posible, era la única solución revolucionaria, contraponer, a la unidad de Europa bajo la bota de un imperialismo, la supresión de las fronteras, y la disolución de los ejércitos por la revolución comunista. Ahora bien, el stalinismo era tan incapaz como la burguesía de acometer esa tarea, y en fin de cuentas por *razones idénticas*. También él estaba uncido a la salvaguarda del capitalismo nacional, habida cuenta de los intereses directos y de las alianzas del capitalismo de Estado ruso. Entraba pues de lleno en el juego criminal de la potencias, en los antípodas de la clase obrera. Por ello, en cuanto Hitler atacó a Rusia se volcó otra vez en el patriotismo francés, inglés, americano, etc. A ejemplo de su metrópoli, cambia de campo imperialista, como algo después harían naciones enteras, sin abandonar el terreno del capitalismo.

Después de esa segunda voltereta y ya a la vista de las primeras dificultades de Hitler, fue cuando, gracias en gran parte al stalinismo, la resistencia nacional -léase la *defensa nacional capitalista* en territorio ocupado- empezó a cobrar importancia. Iría ampliándose a medida que los ejércitos alemanes se atascaban en Rusia, hasta que la balanza imperialista cayó del lado opuesto al Eje Berlin-Roma.

Fue el remate de la política exterior de la contrarrevolución stalinista. La guerra imperialista por su sola declaración representa históricamente un toque de rebato contra la civilización capitalista; es la expresión suprema de su caducidad y la señal de lucha a muerte contra ella. Para torcer hacia el capitalismo la tendencia bien marcada de los pueblos a la guerra internacional de clase contra clase y aprisionarlos de nuevo en la defensa nacional, fue precisa toda la actividad de Moscú y sus partidos contra la revolución, desde Rusia misma y China, hasta España. El nacionalismo reaccionario y bárbaro naufragaba en su postrer orgía criminal; sólo la política exterior de Moscú, siempre en disfraz obrerista, consiguió izar aún las banderas nacionales («a cada francés un «boche»»^{36,1} y ahogar todo germen revolucionario. Las fracciones de la burguesía favorables a los aliados jamás lo habrían conseguido, ni aún teniendo en cuenta el apoyo anglo-americano y la inalterable sumisión de la social-democracia.

A medida que la derrota de Alemania parecía probable, luego segura, Moscú fue sacando de sus archivos las ancestrales antiguallas zaristas sobre el pan-eslavismo y la iglesia ortodoxa como instrumentos complementarios de dominación exterior. Con la victoria, seguro de sí, exultante, echa abajo todas las barreras y deja al desnudo sus verdaderas aspiraciones: ser el realizador de las ambiciones zaristas, por los métodos contrarrevolucionarios que le son propios. Se apropió el territorio oriental polaco, hasta la línea Curzón, considerada por Lenin injusta para Polonia; se apoderó también de Besarabia, de Bucovina, de Moldavia y de la península de Petsamo. En los países en que penetraban sus ejércitos, dichos hoy «democracias populares», saqueó la industria y la riqueza en general, capturó como esclavos millones de soldados de diversas nacionalidades, asesinó o envió a Siberia cuantos hombres eran sospechosos de ideas revolucionarias, impuso por doquier su ley, ejército, policías y mercenarios nacionales mediante. La misma o parecida conducta fue seguida por Moscú o por sus sirvientes, en Corea del Norte, en Manchuria, en Mongolia exterior, más tarde China y en Vietnam. Pero trataré aquí principalmente de Europa, porque en Europa se decidirá el éxito o el fracaso final de la ascensión stalinista.

Moscú ha extendido su imperio en tan vastos territorios, antes que nada por medios militares y policíacos, pero *no sin acuerdo explícito* de Washington. En segundo lugar, poniendo en juego los partidos stalinistas nacionales, que la progresión de sus tropas inflaba de arribistas, de burgueses, e incluso de fascistas y de colaboradores. Pero también se ha servido del paneslavismo y de la iglesia ortodoxa. Por entonces, Stalin se hacía fotografiar con la alta clérigalla, que había defendido el estado «obrero» tan incondicionalmente como quienquiera. Un consistorio religioso convocado por la iglesia ortodoxa con participación de las otras religiones consagró a Stalin, ya «padre de los pueblos», también «ungido del Señor». Es que la milenaria burocracia sacerdotal constituye uno de los canales más importantes de penetración del paneslavismo³⁷, viejo estribillo expansionista de los boyardos de la Gran Rusia. A mayor abundancia, y salvo trastorno revolucionario, de los tres ramales principales del cristianismo, el católico, el ortodoxo y el protestante, los dos últimos se disputarán la sacrosanta hegemonía, cada uno a cobijo del dispositivo termonuclear de su imperialismo. Roma se ve condenada a vivir bajo la potestad luterana o stalinista. De ahí su tan misericordiosa humildad presente.

³⁶ Término despectivo para designar a los alemanes.

³⁷ En los seminarios de Europa Oriental se enseña a los aprendices curas que la cristianización de sus países la realizaron misioneros procedentes de Bizancio, no de Roma. Moscú heredera de Bizancio, tercera Roma.

Un congreso paneslavo reunido por Moscú después de la guerra proclamó la fraternidad de todos los miembros de la familia, al estilo de la fraternidad de la raza aria caro a Hitler. Después, el paneslavismo no ha dejado estar presente, con mayor a menor espectacularidad, en la política exterior rusa. Ha podido verse todavía en la reciente utilización de eslovacos contra checos en 1968. Está siempre listo para rebrotar cuando se tercie con todo lujo de publicidad. Sobre la significación y los efectos del paneslavismo (léase stalinismo, su soporte actual) nada más pertinente que recordar la apreciación de Marx:

«El paneslavismo no es un movimiento de independencia nacional, es un movimiento que pretende borrar lo hecho por mil años de historia, un movimiento que no puede lograrse sin quitar del mapa de Europa Turquía, Hungría y la mitad de Alemania, un movimiento que, una vez alcanzada esa meta, no podría mantenerse más que por la subyugación de Europa»³⁸

Estaba reservado a los dinastas de la contrarrevolución stalinista acercarse a tal término más que ninguno de los Romanoff. La primera etapa está sobradamente cubierta. Lo que le queda a Turquía de territorio europeo no representa obstáculo, y si el mapa marca todavía las fronteras de siete Estados contiguos a Rusia, casi todos están a merced del Kremlin económica, política y militarmente. Su estatuto se acerca al de las colinas, más bien que al de Estados soberanos. El Kremlin mismo, arrogándose el derecho de imponerseles con sus divisiones blindadas (Alemania del Este en 1953, Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968) proclama con desfachatez que la independencia de dichos países ha de comportar sujeción a sus intereses, de grado o por fuerza. Cierne así un amago permanente sobre la cabeza de sus secuaces, incluso los más rampantes.

Desde la partición del mundo en Potsdam, consagración de la de Yalta, nos encontramos en verdad puestos ante la segunda fase de la inclinación expansionista dicha: la servidumbre de Europa occidental para mantener la hegemonía rusa. Momento de la guerra fría hubo en que su realización parecía inminente. Numerosas afiliaciones a los partidos pseudo-comunistas, de intelectuales en primer lugar, tuvieron entonces por móvil ansias medrosas de colocarse en proscenio para aplaudir ostensiblemente a la entrada de los tanques rusos. La partida quedó aplazada, pues el enfrentamiento mundial Rusia-Estados Unidos, poseyendo todavía éstos el monopolio del arma atómica, hacia por demás arriesgado el cumplimiento de las miras rusas. Los plazos han ido alargándose después, por encontrarse el Kremlin ante problemas cuya solución le escapa. En los países que subyuga ha tropezado, en efecto, con la rebelión del proletariado, que repercute, bastardeada en nacionalismo, entre los propios gobernantes stalinistas. En un apremio suplementario para extender su imperio a occidente. Se ve frenado, sin embargo, no sólo por la superioridad militar y económica de Estados Unidos, sino también por un proceso creciente de rebelión del proletariado ruso que podría provocar el hundimiento interno. La guerra inmediata sería un suicidio cierto. No se encontrará en medida de aventurarse a ella con ciertas probabilidades de éxito, sino dominando aquellos problemas y obteniendo en los viejos continentes una modificación muy importante en su favor, de las zonas de influencia económica, estratégica y política. A lo último se dedica de largo tiempo.

El paneslavismo y las santurroneías ortodoxas no pueden impresionar a nadie fuera del vecindario occidental de Rusia. Requeríase una engañifa explotable en otras partes. La lucha contra el imperialismo se prestaba a ello tanto mejor cuanto que seguían existiendo colonias donde un imperialismo a la rebusca de plusvalía podía sacar ventaja de la lucha contra el imperialismo establecido. Los Estados Unidos practicaron esa estafa, en nombre de la libertad, durante todo el período de su ascensión. Había llegado el turno a Rusia (en espera de China). Las citas de Lenin al respecto servían a placer de atrapabobos. Por ese canal, Moscú ha conseguido, desde la guerra de Corea hasta la de Vietnam³⁹, meter en su juego las organizaciones y grupos políticos de izquierda de todos los países, excepto los que ella domina. Los antistalinistas, con diversos pretextos, y salvo pocas excepciones, han sido en eso sus vasallos ideológicos también. Pero la gran masa del proletariado no consiguió enrollarla nunca. El instinto supera evidentemente a los conocimientos mal aprendidos, avejentados o falsos.

Evidentemente, los numerosos irredentismos nacionales, vestigio de una cultura antañona, eran terreno propicio a las jugarretas del Kremlin, máxime encontrando una casta de explotadores locales, lista para ser modelada a su imagen y semejanza. Pero el nacionalismo, incluso suponiéndolo no captado por Moscú o por

³⁸ Karl Marx, *Oeuvres politiques*. T.VI, p. 196. Ed. Costes 1930.

³⁹ En Angola, dos sectores nacionalistas, con patronatos diferentes se asesinaban entre sí desde su aparición. Al fin se ha impuesto el sector pro-ruso, pero con pleno consentimiento americano. La falsedad del anti-imperialismo es tan evidente como en el caso de Bengala.

otra potencia, cosa irrealizable hoy, no puede en ningún caso llevar un contenido siquiera revolucionario burgués, no digamos proletario. En una época en que la nación y la economía capitalista se han convertido en obstáculo al desarrollo social, el nacionalismo no puede servir sino de puntal y de desahogo económico a esta o aquella potencia. Tratándose de lucha internacional contra el pulpo yankee no hay otro recurso que la revolución comunista. Si Moscú se dio al anti-imperialismo, débese, no cabe duda, y está demostrado, a que hace su propio apaño imperialista... y a que el comunismo le horroriza no menos que a cualquier vejestorio reaccionario.

El envite del Kremlin ha sido y continuará siendo debilitar al imperialismo occidental, el americano en primer lugar, y sustraerle posiciones para un futuro encuentro militar. Luchas y guerras de pretensa independencia, «popularidad», «progresismo», etc., todas maniobras tácticas en un plan del Estado Mayor de la segunda potencia imperialista. En una palabra, se trata, ni más ni menos, de preparativos de una tercera guerra mundial, que combinan la propaganda y las guerras regionales, casi siempre originadas éstas desde un territorio «neutro». Con tal finalidad, el Kremlin y sus secuaces han recalentado el sentimiento nacionalista, despreciable escoria del pasado muy desacreditada entre las dos guerras; así han impuesto un retroceso intelectual y moral de más de un siglo. Más reaccionaria aún que el nacionalismo es la presentación de la independencia como obra socialista cuando da lugar a la estatización de la economía, casi siempre. Con todo, la realidad material de «soberanías» tan tardonas es una recrudescencia de la explotación y de la opresión política, mientras que la dependencia respecto de los sectores imperialistas permanece, deriven o no hacia nueva metrópoli. El sistema mundial no da para más y mejor.

En una época en que naciones tan fuertes como Inglaterra, Francia, Alemania, el Occidente europeo en general, cuna de la nación como entidad moderna, no tienen ya latitud para una independencia completa, orientar a los países atrasados en tal dirección es una vil estafa. La situación internacional reclama, y las condiciones económicas permiten la desaparición de las barreras nacionales, y por ende reclaman una lucha que abarque, en arrebato común, las masas pobres de los países atrasados y el potentísimo contingente proletario de los países más industriales. La marcha antihistórica de la política exterior rusa, hipócritamente desplegada en nombre de la progresividad y del socialismo, resulta tan innegable como repelente.

Tras haber impedido la victoria de la revolución China, en Alemania y otros países, después de haber apuñalado por la espalda la revolución en España, *cuya propia existencia negaba*⁴⁰, el Kremlin y sus hombres tenían que inventar revoluciones (China, coreana, vietnamita, cubana, argelina, egipcia, etc.) doquiera la recomposición del capitalismo local les permitía meter la mano en el saco. La falsificación, propagada en todas las lenguas, ha sido rentable en sentido económico directo y en sentido militar. Moscú ha realizado grandes negocios, no sólo de armas, su influencia es importante en los países árabes, en la India, decisiva en Cuba, dintel de su rival, en Vietnam, en Bengala, donde se hizo conceder una base militar y toma cuerpo en diversos países africanos. Sus flotas de guerra surcan mares y océanos. En contrapartida, sus éxitos de gran potencia convierten en innegable su carácter imperialista, y ello mucho antes de que contrabalanceen seriamente el poder de los Estados Unidos sobre el mundo.

Una síntesis parcial del recorrido político del Kremlin se impone en este lugar, en espera de la síntesis general a exponer en el último capítulo. La ruptura con el internacionalismo, o sea con la lucha del proletariado mundial, quedó oficialmente marcada a mediados del decenio 20, con la superchería del «socialismo en un solo país». Acarreó ésta la stalinización de la Internacional Comunista, y la consecuente transformación de sus partidos en organismos de defensa para-militar o militar según los casos, de las fronteras de Rusia. Por natural prolongación, también en organismos de expansión imperialista, puesto que entre la defensa y la expansión se interpone sólo una peripecia militar, cuando no sencillamente diplomática. La primera utilización directamente militar de un partido tuvo lugar en China. Poco después de la destrucción de los soviets por Chiang Kai-chek y Mao Tse-tung coaligados, Moscú dio orden de acometer contra el primero una guerra de hostigación indeclarada, suministrando el apoyo logístico indispensable y frontera protectora. El método fundamental de su política exterior quedó establecido una vez por todas: ante todo alejar, sí necesario aplastar, la revolución proletaria; después, defensa militar directa o indirecta de los intereses rusos. El abandono de Alemania a Hitler, el Frente Popular, la destrucción de la revolución española, se inscriben en esa línea política que niega e impide la lucha de la clase explotada en cada país e

⁴⁰ En España no existía otra cosa que la lucha antifascista pro independencia nacional, sostenía el stalinismo. Pero conviene recordar que la Izquierda germano-holandesa y el bordiguismo, dando por buena la falsificación, negaron también la existencia de la revolución española. Guárdense de empujarse en lo mismo sus retoños hoy.

internacionalmente. Con la guerra, dicha línea desemboca en la instalación de Rusia como segunda potencia imperialista, aunque no sin ayuda material de la primera. Entonces, queda destapada la significación de la política exterior inaugurada en China: rechazo de la revolución comunista a todo costo, como condición de libre juego entre potencias imperialistas. Todas las operaciones montadas por Rusia (Corea, Vietnam, Cuba, Bengala, etc.) no se distinguen de la intervención militar-policíaca en Berlín-Este, en Hungría, Checoslovaquia, Polonia, por su naturaleza, sino por mero accidente geográfico, por desarrollarse en zona americana. Hay estricta continuidad y completamiento entre la pretendida «larga marcha» de Mao Tse-tung, el aplastamiento de la revolución en España y la invasión de Checoslovaquia en 1968.

Llegada a su ápice, la casta stalinista se ha dotado de armas nucleares y electrónicas, de naves espaciales, de un ejército permanente de 6 a 8 millones de hombres, de una industria de guerra en proporción; se ha tajado un imperio enorme, pero tiene que ir a mendigar trigo hasta en Washington y no puede conseguir a su súbditos asomarse a ver lo que es occidente: ofrece contratos comerciales ventajosos a países del Pacto del Atlántico o «neutros», e impone a sus aliados condiciones leoninas. Es que, en resumidas cuentas, el papel imperialista que desempeña está muy por encima de su capacidad económica. Cuando sus discípulos chinos apuntan el dedo a Moscú como «el enemigo más pérfido», ellos, de siempre abrevados en pérfida stalinista, confiesan que sus relaciones con el imperialismo que los engendró son más onerosas y coaccionantes que con el viejo imperialismo. El Kremlin no puede remediarlo. Incluso si tuviera el designio de aligerar su dominación, carece de los recursos industriales y agrícolas indispensables. Le es imperativo avasallar la economía de su Bloque, extraerle un chorro de plusvalía creciente para ir dando cuerpo a sus intenciones. A los contratos comerciales abusivos y los planes de subordinación técnica se añaden las manipulaciones financieras. La banca del COMECON tiene su sede central en Moscú. Centraliza todas las disponibilidades y los tratos entre los países miembros, que tienen prohibidas las relaciones comerciales directas. Cuenta y presta en rublos, sin que las restantes monedas sean convertibles. El todo ofrece la imagen de un imperialismo primitivo. Necesita, en efecto, la exclusividad e incluso la ocupación militar para mantenerse, pues la libre concurrencia jugaría en ventaja de otras potencias.

La contradicción tan desgarradora entre el papel que desempeña en el mundo y su capacidad real, corroe irremediabilmente la dominación rusa y salvo intervención de la guerra acarreará su destrucción. Mas no podrá tratarse sino de una destrucción revolucionaria, que ponga las armas, la economía y el poder en manos de la clase obrera, con exclusión de todo poder que conserve el capital, nacionalizado o no. Las rebeliones en los países dominados por Rusia son ya numerosas. La última, (Polonia en 1971) arremetió contra el Partido-Estado, atrincheramiento del enemigo de clases. Otras sublevaciones aún más violentas engendrarán su aplastamiento, hasta que alguna abarque varios países y se propague a Rusia misma. Ello en el supuesto de que el impulso revolucionario mayor no venga del proletariado ruso, lo que no está excluido ni por asomo. Hablaré de ello al final de este trabajo.

La secesión de China, mucho más grave que la de Yugoslavia antes, no es parte a consolidar la posición de Moscú. Está preñada de repercusiones, a cual peor. Sabiéndolo, el Kremlin trató de retener a sus émulos insolentes mediante presiones económicas. Resistiéndole, éstos le han probado que su asistencia es más gravamen que ayuda. No quedaba sino la fuerza para recuperar el aliado-vasallo y el mercado de 700 millones de consumidores. Pero el Kremlin no podía operar en China como en Hungría o en Checoslovaquia, países pequeños vertiginosamente ocupados de un extremo a otro y abandonados a su merced por los acuerdos de Potsdam. A menos de iniciar el ataque por tiros de bombas atómicas, los ejércitos rusos quedarían con toda seguridad atascados en la vasta extensión territorial china. Periódicos americanos revelaron con *retraso* que en el momento de mayor tensión en la frontera ruso-china el Kremlin comunicó a Washington que quizás se vería en la necesidad de desencadenar contra China un ataque atómico por sorpresa. ¿Qué es lo que retuvo a Moscú, la repulsión que habría suscitado su ataque incluso entre quienes condenan radicalmente el régimen chino, o, con mayor verosimilitud, una «puesta en guardia» de Washington?. Por entonces estaban aún en el aire las baladronadas de Mao Tse-tung sobre el imperialismo americano «tigre de papel», lo que sin duda indujo los estrategas de Moscú a pasarse de la raya. Fuere lo que fuere, sólo después de ese episodio entre bambalinas empezaron a hablar de una alianza secreta Pekin-Washington⁴¹.

Las tentativas posteriores de reanexión del Partido Estado chino desde el interior, han fracasado con Liu Chao-chi, luego con Lin Piao. La llamada «revolución cultural» ha sido un simple episodio de la querrela

⁴¹ Suposición certera. Dieciséis años después del episodio atañido, Richard Nixon, presidente de los Estados Unidos en aquel entonces, confiesa que las armas nucleares estadounidenses disuadieron a Moscú de atacar a China. Lo hace en una entrevista a *Time Magazine* del 21-7-1985.

entre la alta burocracia china, en pro o en contra de la subordinación a Moscú. La campaña posterior contra el propio Lin Piao muerto y ... contra Confucio, lo confiesa sin ambages. La incompatibilidad de intereses y el odio entre la burocracia rusa y china, ambas de pura cepa stalinista, resultan muy acrecentadas. Ello comporta consecuencias peores para Moscú que para Pekín, en el futuro inmediato al menos. Volveré a considerar esa querrela más adelante, en el cuadro general del capitalismo. Aquí se trata sólo de su eslabonamiento en la política exterior rusa. Lo más importante a notar desde tal ángulo visual, es la aparición de un nuevo foco de guerra mundial posible, a partir de dos Estados gemelos. Eso basta para negar a cualquiera de los dos la atribución de socialista.

Que la política rusa en Asia está más directamente orientada contra China que contra Estados Unidos, no es una opinión, sino una constatación. Al mismo tiempo que continúa sus preparativos militares en la línea fronteriza con China, Moscú tiene casi ganada la alianza formal con la India, segundo hormiguero humano y posible frente militar con que atenazar a China. Si lograrse también la alianza con el Japón, el cerco de China sería estrechísimo. A las importantes ventajas económicas y militares concedidas a la India vino a añadirse la conquista-liberación de Bengala, que sella en la región los intereses estratégico-económicos de la India y de Rusia. En el momento mismo en que la untuosa y karmánica señora Gandhi ponía sus ejércitos en zafarrancho de combate, las volteretas simultáneas, de Rusia a favor de la India y de Bengala, de Estados Unidos y de China en contra, dan idea de la importancia estratégica del enfrentamiento. Mao Tse-tung tuvo que mandar al diablo en un instante la nombradía de campeón de los pueblos oprimidos que se había hecho fabricar. Por su parte, los embajadores americanos en Asia apremiaban en vano a Washington a pronunciarse por Bengala, condenando a Pakistán. No estaban al corriente de los tratos secretos con China, ni de que la flota de guerra del Pacífico había recibido orden de salir al encuentro de la flota rusa, que había puesto proa hacia Bengala. La entrevista Nixon-Mao Tse-tung pondría luego todo en claro, y sobre todo que en el mundo actual nadie escapará a un imperialismo sin entrar en la órbita del otro.

Desde hace años, los rusos hacen al Japón una corte asidua, de que su ex-enemigo saca parsimoniosamente ventaja comercial y alguna restitución territorial. Han llegado a ofrecerle participación importantísima de capitales en la industrialización del oriente siberiano. La escasa atención que el gobierno japonés ha prestado a tan fabuloso ofrecimiento no la explica veto alguno de Washington, cuyos capitales, muy entrelazados a los del Japón, con éstos pierden o ganan. No puede haber sino razones estratégicas y en primer lugar el conflicto ruso-chino, mismo que inspira el ofrecimiento ruso. Por lo general, la estrategia está al servicio de la economía; pero cuando puede determinar intereses más vastos, entonces es la estrategia la que toma el timón y se subordina la economía, incluso imponiéndole pérdidas hasta alcanzar su meta. Es evidente que la primera potencia industrial de Asia nada tiene que ganar, sí mucho que perder, de una reabsorción de China por Rusia, y que si ésta ocurriese militarmente constituiría un peligro mortal para ella. Rusia seguirá siendo, en el Continente, su mayor rival por tiempo indefinido. Japón siente necesidad de China, no de Rusia, incluso para una futura política anti-americana. De ahí la facilidad con que Pekín y Tokio se han entendido, inmediatamente después del cambio de rumbo señalado por la visita de Nixon a China. Chu En-lai se apresuraría, poco después, a reconocer el buen derecho y la cordura del Pacto que pone al Japón bajo la protección atómica estadounidense; implícito: a China también, aún sin pacto formal.

Una de las preocupaciones constantes de Moscú es obstaculizar la penetración de la influencia china doquiera se manifieste, Asia, Africa, América, u Oceanía. Así, en Indonesia, el golpe de Estado militar contra la coalición no menos militar Sukarno-stalinista local, sólo le mereció murmullos de protesta para la galería. El stalinismo indonesio era prochino. Aún no había terminado la matanza de decenas de miles de sus partidarios, cuando Moscú hizo ofrecimientos económicos a los militares vencedores. Tampoco Pekín tardó mucho en reanudar relaciones, pero ya sin detrimento alguno para Rusia ni para Estados Unidos, en adelante concurrentes principales en tierra indonesia. En Biafra, China y Rusia se encontraron en campos militares opuestos. Y sin hablar de otros casos menos trágicos, en Europa misma Pekín toma partido por la OTAN contra el Pacto de Varsovia. Igual contraposición en Asia y Oceanía.

La guerra de Vietnam ha sido el ejemplo más candente de la contienda Rusia-Estados Unidos, y tangencialmente de la inserción de China en la misma. Las dos primeras potencias permanecieron en trasfondo de la guerra hasta la división del país y la «independencia» del Norte y del Sur. Casi todo el mundo ignora que en el momento del derrumbe militar del Japón (1945) Ho-Chi-min y Giap, que habían servido en los ejércitos imperialistas aliados, utilizaron las armas puestas en sus manos por éstos para destruir un poder obrero instalado en Hanoi y el movimiento obrero en general. A traición, asesinaron a los principales dirigentes, entre ellos Ta Tou-tao, ayudaron a la represión francesa en Saigón y buscaron a continuación una entente con París. Así se pusieron en condiciones de acometer la guerra «anti-imperialista». Moscú les había

dado autorización, si no orden, desde el momento de la «guerra fría». Con la llegada a la frontera de las tropas de Mao Tse-tung, estaba cumplido un requisito decisivo para tal clase de lucha pseudo-libertadora; suministros militares asegurados y territorio de retirada táctica invulnerable. Tales fueron condiciones previas de la «guerra heroica».

Francia, aliada de Estados Unidos, China aliada de Rusia entonces fueron los principales promotores sobre el terreno, pero la guerra no habría comenzado sin los asentimientos respectivos de Moscú y de Washington. Explicar esa guerra por el sentimiento anti-imperialista es burda falsificación de los hechos. La expresión auténtica, revolucionaria de ese sentimiento, se puso de manifiesto en la lucha insurreccional de obreros y campesinos que *Ho Chi-min* y *Giap* reprimieron. A partir de ese momento ya no podía tratarse de guerra de explotados contra explotadores, sino de contienda militar entre explotadores. Y ésta, lejos de excluir la alianza con otros imperialismos, la reclama, incluso no siendo ese su origen. A todo lo largo de la guerra en Indochina se trasluce el forcejeo estratégico entre los bloques militar-económicos.

Una vez fuera de juego Francia, y habiendo quedado más embrollado que delimitado el reparto de influencias por la Conferencia de Génova, los verdaderos investigadores de conflicto hubieron de aparecer sin equívoco. Rusia y China no llegaron a enviar tropas, como Estados Unidos, pero sus militares y especialistas en retaguardia fueron tomando importancia creciente y sus suministros armamentales aumentando en cantidad y calidad; de lo contrario, el Norte se habría hundido pronto. Es regla convenida o tácita en tal clase de guerras, que los principales instigadores imperialistas eviten cañonearse entre sí y decirse respectivamente toda la verdad. Así, ninguna publicidad ha revelado que la flota y la aviación americanas no hostilizaron en ningún momento a los barcos rusos cargados de armas para el Norte, ni otras complacencias en el terreno de batalla mismo.

No menos reveladores son los cambios ocurridos de parte y otra durante la segunda fase de la guerra. En el campo stalinista, Rusia arrebató enseguida la preponderancia a China, que pasó de instigador de guerra a instigador de paz, anuncio de su posición actual. El cambio de decorado fue aún más neto en el Sur. En efecto, la antigua metrópoli, Francia, una vez expulsada de la arena, fue inclinándose cada vez más en pro del Norte, y en particular en contra de una victoria inequívoca de Estados Unidos con el Sur. Y no sólo Francia, sino también otros societarios del Pacto del Atlántico. Así hemos podido presenciar como la prensa más capitalista y tradicionalmente reaccionaria, privilegiaba en sus columnas al lado stalino-nordista, mientras que diversos gobiernos occidentales dejaban desarrollarse con simpatía manifestaciones callejeras y mítines del mismo bando. El todo inspirado por un humanitario anhelo de paz, ¡cómo dudarlo!

Basta interpretarlo. Es que las potencias occidentales que conservan intereses en Indochina, los verían menguar, si no perderlos, caso de victoria americana incontestada, y que por su parte, China quedaría eliminada de la Península caso de victoria completa ruso-nórdica. En el reparto del Sudeste asiático, los aliados de Estados Unidos buscan concesiones que Rusia ha de apoyar, mientras que las aspiraciones de China quedarán por lo menos en suspenso si Washington no les arrima el hombro. Obténgalo o no el precio de su «voluntad de paz» quedará pagado por los muertos y supervivientes de esa inmundia guerra.

El Vietnam ha sido la estratagema más sostenida y «valerosa» de la política exterior rusa, so capa de «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos». Desemboca en un nuevo reparto de Indochina, sin que el dominio del Kremlin sea incontestado. Cada país o trozo de país se encuentra más dependiente del exterior que antes, mientras la masa de trabajadores sólo ha obtenido matanzas, destrucción, lasitud y opresión redoblada tras la «victoria». Será incapaz de toda acción revolucionaria propia durante largos años. Y si las repercusiones para el proletariado internacional no son tan negativas, débese a que su mayoría no se dejó movilizar en tan tétrico manejo. Presintió bien que la propaganda vertida a mares sobre él desde todos los centros stalinistas, era la de su enemigo de clase.

Resulta, sin embargo, que el internacionalismo revolucionario ha sido escarnecido durante esa guerra, como ya lo fuera durante la guerra mundial. No es cuestión de reprochárselo a los secuaces de Moscú o de Pekín, pues son parte interesada en cada riña inter-imperialista, pero sí a los no stalinistas que han corrido en apoyo de los primeros con este o aquel pretexto. Han escarnecido el internacionalismo cuantos no señalaron como reaccionarios a los dos bandos y sus respectivos aliados. Son ellos quienes ha permitido que el sector más importante del proletariado mundial se muestre desorientado y apático ante una situación mundial de apariencia inextricable y abrumadora, cuando en verdad puede y debe hacerla añicos.

Es mero sin sentido ver oportunismo o reformismo en los partidos dichos comunistas, líguense a Moscú, a Pekín, o preténdanse autónomos. Se ven movidos, ante cada problema, por intereses inmediatos y perspectiva histórica muy diferentes de las que caracterizaban al antiguo reformismo. Lo propio de éste era su teoría

evolucionista, que le llevaba a colaborar con la burguesía, y en ocasiones graves a capitular ante ella. Actuaba como subordinado del capital y su apoderado de izquierda cerca de la clase obrera. Cualquier partido stalinista sabe también hacerse útil a la burguesía, cuando no indispensable. Es el caso, en particular, de los partidos italiano, francés, español y portugués mismo, hoy sillares clave en el edificio capitalista. Pero no les guía concepción evolutiva alguna, ni siquiera el espíritu democrático-burgués de que estaba impregnado el reformismo; tampoco actúan cual subordinados de la burguesía, por mucho que lo parezca. No hace falta ser muy perspicaz para percatarse de que actúan como futuros amos de esa burguesía y herederos del capital. Hacerse indispensable vendiendo a propietarios privados y monopolios la capacidad de trabajo del proletariado, no es sino servicio meritorio, indispensable para convertirse, mañana, en *compradores* directos de esa misma fuerza obrera, en calidad de propietarios de la totalidad del capital nacionalizado. No se trata en ellos de simple hipocresía y voracidad de partido. Una y otra existen, cierto, en grado superlativo, pero son un resultante cuyo determinismo reside en la contrarrevolución rusa, y tampoco por sí sola, sino en cuanto concreción localizada del mundo capitalista en putrefacción. Por lo tanto, los partidos dichos están indisolublemente ligados a la contrarrevolución tipo capitalista de Estado, vileza del stalinismo comprendida, y de manera más amplia al curso destructor del sistema, cualquier sendero tome. Aún estando en la oposición, se comportan como representantes del capital más legítimos que los burgueses individuales de ayer y de hoy. El stalinismo ha sido la correa de transmisión del capitalismo de Estado a Rusia y países imitadores; amarrados al stalinismo y al capitalismo de Estado permanecerán, con Rusia, sin Rusia, o contra Rusia llegado el caso. Ejemplos irrefutables de lo dicho los ofrecen el partido de Mao Tse-tung, y el de Tito en menor escala. Mas también partidos stalinistas que no acaparan el poder, en Europa occidental, podrían recibirlo en totalidad de manos del capitalismo nacional, sin dejar de ser lo que son. No se pierda de vista que la contradicción entre ellos y el mundo occidental no es de sistema social, sino de parcialidades imperialistas. Ahora bien, quien sirve a un bloque se califica para servir al otro. Añadiéndose a eso la crisis en agudización del régimen ruso, las querellas en sus altas esferas, y el peligro de hundimiento que le amenaza, los stalinismos italiano, francés y español se precaven haciendo ademanes lisonjeros al imperialismo occidental.

El hombre stalinista es un animalucho idiosincrático por todos conceptos. Un ojo avezado puede reconocerlo sin que hable y al primer vistazo, como se reconoce al polizone inveterado, y al cura por mucho que se disfracen de paisano. Su «curriculum vitae» ha ido cargando en su espíritu inmundicias que flotan en su mirada, se perciben en los rictus de sus músculos faciales si perora, y brotan de su boca en escupitajos argumentales. Dos generaciones de cuadros stalinistas han pervertido su ser en las más bajas abyecciones. Un inventario de tales abyecciones exigiría un libro de varios centenares de páginas. Y todas ellas, desde las menores hasta las más monstruosas, proceden de la falsificación congénita al stalinismo: decirse comunista, siendo lo más cabalmente anti-comunista de las organizaciones. Ese régimen político esencial le ha llevado a participar, exaltándolos en decenas de miles de crímenes de sangre, a calumniar a sus víctimas, a traicionar todo lo traicionable y a conchabarse con lo más degenerado del antiguo mundo. Nada resume tan perfectamente, la bellaquería del animalucho stalinista como la desfachatez con que pasó -previa orden del Vigésimo Congreso ruso- de la exaltación de Stalin, su hacedor, a la condenación de Stalin... muerto y momificado. Es un hampón de la política, moldeado y moldeable por los imperativos reaccionarios del mundo actual. Ahí está, con su gran aparato de funcionarios, chivatos y torsionarios, como postulante a la mejor dirección del capital.

A todo esto, la modificación de la correlación de fuerzas después de la guerra de Vietnam, no tiene la envergadura requerida por el Bloque oriental, y se ve contrarrestada en otras regiones del Globo. El resultado ha sido flaco en fin de cuentas, y habida cuenta de la defección de China, el Kremlin reconsidera una vez más su política respecto a Europa. Dominar el continente sigue siéndole estrategia imprescindible, pero ahora se ve obligado a mayor culebreo. Tiene que tener en cuenta, no sólo sus relaciones con China, sino también las relaciones de China con los Estados Unidos. Su primer intento es un «pacto de seguridad colectiva» que le permitiría retirar hacia las fronteras chinas buena parte de su dispositivo bélico, reclamando en contrapartida una disminución proporcional de las fuerzas americanas estacionadas en Europa. Por otra parte, halaga a gobiernos y monopolios proponiendo un acuerdo comercial entre el Mercado Común y el COMECON. Así aliviaría la situación económica de los países componentes de su Bloque, conservando el alto mando financiero. Pero el éxito de tales maniobras de largo alcance, muy improbable, representaría tan sólo una aproximación de la meta buscada. Rusia no está en condiciones de continuar su marcha hacia el Atlántico sin determinados prerequisites que por el momento parecen completamente excluidos. Necesitaría, en efecto, echarle otra vez mano a China, algo irrealizable «*manu militari*», sin certidumbre previa de neutralidad americana, también indispensable para desplazar adelante los cuarteles de sus ejércitos en Europa. Y ante

todo, necesitaría enderezar su propia situación económica a más de su situación política, cuya deterioración se ha hecho evidente. De hecho, Rusia está metida en un laberinto del que no le sacaría la guerra misma.

No por ello es irrealizable la dominación de Europa por Moscú. Ahora bien, tendría que introducirse por caminos que se entrecruzan con la crisis general de la civilización capitalista y con la rebelión de las masas obreras que la padecen, mismas que puede y deben sobrepasarla. Desde tal ángulo hay que considerar ahora el problema, y teniendo presente todo lo dicho hasta aquí.

V.- LACRISIS DE LA CONTRARREVOLUCIÓN RUSA ASPECTO DE LA CRISIS DEL SISTEMA CAPITALISTA

El capitalismo internacional en cuanto fuerza ideo-económica se abrió camino y finalmente se instaló como su ramal ruso mediante la contrarrevolución stalinista. Se ha visto cómo en los capítulos II y III. Ahora precisase considerar la incidencia de la misma en la situación mundial y la conexión de su crisis interna con la crisis del capitalismo en cuanto sistema social, desentendiéndonos de fronteras y de regímenes políticos.

Un maretazo revolucionario de la amplitud y la persistencia (20 años) característica del que recorrió el mundo entre las dos guerras demuestra, por el simple hecho de haberse producido, la posibilidad y la necesidad de la revolución comunista, tan inapelablemente como la caída del rayo demuestra la presencia de la tormenta. Es el «cogito, ergo sum» de la dinámica social, que tantos materialistas escolásticos no consiguen aprehender. En el grado de desarrollo alcanzado por los instrumentos de producción, su funcionamiento mediante el trabajo asalariado se había convertido en una traba, de cuya supresión, por ello posible, dependía un desarrollo social ulterior y superior. Cualquier crecimiento adicional era superfluo para entregarse a la destrucción del capitalismo. Al contrario, allende ese dintel tenía que empezar el declinamiento, y la acumulación industrial adoptaría aspectos aterradores.

Que las fuerzas productivas reclamaban la ruptura de su relación social con el trabajo asalariado, o sea con el hombre, Marx lo dijo de Inglaterra a mediados del siglo XIX. Hoy eso parece utópico a la mayoría de los marxistas. Friedrich Engels, por su parte escribía a Lasalle antes de finalizar el siglo, que después de la guerra europea en perspectiva los instrumentos de trabajo pasarían del capital a la sociedad. No emitía una hipótesis; su tono era el de la certidumbre de la suficiencia cuantitativa y cualitativa del dispositivo de producción para realizar el comunismo. Más contiguos a nosotros, los bolcheviques de 1917 tuvieron por pensamiento constante la revolución proletaria en Europa. Mejor. La tercera Internacional llamó al proletariado, desde su fundación, a negar su concurso a la reconstrucción de los implementos de trabajo capitalistas destruidos por la guerra, porque en tal caso redoblarían lo pernicioso del sistema. A relacionarlo con el «producir, producir, primer deber de los obreros» lanzado a los cuatro vientos, en 1945, por los partidos de Moscú en Francia, Italia, etc. Si recuerdo lo anterior, es con vaga esperanza de suscitar la reflexión asaz patristica de quienes colocan un signo positivo a cualquier crecimiento económico y esperan la revolución, ya de una crisis cíclica, ya de la saturación de los mercados en las zonas del mundo de capitalismo incompleto todavía.

No sería imposible poner en claro matemáticamente la posibilidad *inmediata* de una organización social comunista. Me falta el tiempo indispensable para coleccionar los datos pertinentes, y aún más el gusto de hacerlo. Tampoco tiene cabida en este trabajo, pero tal vez no resulte baldío esbozar los factores fundamentales que suministrarían la demostración en cifras bastante precisas, encanto de determinados espíritus.

Sería menester calcular:

1.- El rendimiento máximo, a plena capacidad, de todos los elementos disponibles, materias primas y productos alimenticios comprendidos y afectando las industrias de guerra a la fabricación de bienes de consumo o maquinaria;

2.- El número de trabajadores susceptibles de poner en actividad dichos instrumentos, contando en ellos cuantos hoy efectúan trabajos parasitarios, socialmente inútiles o perjudiciales: no sólo ejércitos, policías, burocracias estatales, sino también la mayoría de la burocracia administrativa, comercial e industrial.

El primer dato como dividendo, en segundo como divisor, arrojarían el número de horas de trabajo con rendimiento máximo en cualquier unidad de tiempo seleccionado, semana, día, mes o año. Bastaría tomar como base los 30 o 40 países más industrializados para contar una cifra de bienes de consumo varias veces superior a la actual, obtenidos mediante una cantidad de horas de trabajo individual muy inferior. Una segunda división de la cantidad de cada categoría de productos por el número de consumidores, ni más ni

menos que si se tratase de racionamiento, daría por cociente «raciones» mucho más copiosas que las resultantes de la compra mediante el salario, y eso, incluso si para encontrar una media del consumo actual se mezclasen indistintamente toda las porciones, desde de la más escasa, la del peón con salario mínimo, hasta la de potentados y explotadores. La desaparición de las clases se presentaría entonces, cifras en mano, como una exigencia *sine qua non* del metabolismo social y de la vida de cada quien en la libertad.

Mediante un cálculo similar, podría verse que la capacidad de producción de máquinas hasta la automatización completa, desde la recogida y transformación de basuras y detritus hasta el utillaje electrónico, puede ser bastante holgada para *dar* a los países atrasados nivel técnico y consumo óptimos en corto tiempo.

Demasiado simplista, se objetará. En el fondo el problema es simple; lo enmarañan la multitud de intereses heredados y los atavismos consecuentes. No obsta para que haya en lo dicho base para una demostración formal de que el comunismo puede ser organizado sin darle largas. Cuanto no depende directamente de la productividad, por más lenta que su realización haya de ser, comprendida la enseñanza superior universal, cae en el dominio de las dificultades de preparación, proporción, combinación, urgencia, etc., y hallará solución empírica, previa consideración de cuantas necesidades individuales y colectivas surjan y de las diversas actividades materiales de que su satisfacción depende. Pero podrían intentarse ya ensayos de aproximación.

Por mi parte, veo demostración suficiente de la necesidad de revolución comunista en las sacudidas sociales presenciadas entre guerra y guerra. Es, de hecho, la más suficiente de las demostraciones, porque henchida de pasión humana, del soberbio impulso de la lucha cuerpo a cuerpo, con sus arrebatos y sus fallos, sus fulgores súbitos, sus zonas oscuras, y su proyección fecunda allende la vida y la muerte de los hombres y de los movimientos. La inmundicia situación internacional en agravación continua, abunda en igual sentido.

Semejante criterio resulta aún más pertinente porque cuantos hablan hoy para el proletariado o en su nombre, ahuecan su pensamiento con logicismo resecaado en proporción a la larga espera de un nuevo período revolucionario.

Precisamente respecto de las mentadas condiciones para el comunismo, el curso de los acontecimientos post-revolucionarios en Rusia tuvo incidencia nefasta en determinados dominios, muy negativa en otros y esterilizante en terceros. La oleada internacional de rebeliones obreras, quede sentado ante todo, conllevaba una contradicción, que causó su pérdida por no haber conseguido superarla. Los trabajadores en rebeldía miraban hacia la revolución rusa a través de los partidos dichos comunistas, que se daban por representantes de la misma. Ahora bien, a poco de iniciado el decenio 20 el poder ruso dio la espalda a la revolución mundial, aún antes de ponerse a obstaculizarla y a combatirla con plena intención. La revolución estaba así traicionada de antemano, doquiera surgía. Tanto, que a partir del rebrote de la revolución alemana (1923) hasta el asesinato de la revolución española, no puede decirse sin demagogia deliberada o pésimo error que el proletariado haya sido vencido en buena liza por la burguesía. El proletariado español ha padecido a Franco tras el desenlace de la guerra civil, entregado a él por el partido de Moscú. Su prensa reiteraba en todos los tonos, «Quiénes hablan de revolución social son agentes de Franco»; sus polizontes atacaban a los revolucionarios. Y nadie objete que la derrota de una revolución -la española o cualquier otra- no puede explicarse por traición de algún partido, sino por causas sociales. En la medida en que éstas existen, son inseparables de la sociedad de explotación y no desaparecerán sino con ella. Independientemente de que ya hay traición alevosa en llamarse Partido Comunista, siendo lo contrario, para sobreponerse a traiciones del calibre de las ocurridas en el mundo desde China y Alemania hasta España, sería necesario que fuesen confesadas antes de ocurrir, y además, que el proletariado dispusiese de los múltiples resortes orgánicos indispensables para salir al contra-ataque con prontitud. No viendo así el problema, se impondría concluir que la presencia de las condiciones sociales requeridas para la victoria excluye, por su propia naturaleza, cualquier posible derrota. Lo mismo daría creer en la predestinación.

Así pues, entre las dos guerras la revolución fue rechazada dondequiera surgió, después de haberlo sido en Rusia. Las consecuencias de ese hecho han sido tremendas y de larga duración. La más inmediata de todas fue la degollina generalizada de 1939-45. Nadie ignora las causas de esa guerra. Las grandes potencias, fascistas o democráticas, sin distinción, cargan con la responsabilidad. Y Rusia misma, convertida también en gran potencia. Tenía de ello tan clara conciencia, que puso su empeño en eliminar la actividad independiente del proletariado internacional, a tiempo que fronteras adentro asesinaba a cuantos podían representar, siquiera potencialmente, una oposición. ¿No llegó hasta perpetrar el asesinato de León Trozky en México?. Así, y a despecho de sus decires sobre «un socialismo soviético», tuvo un papel directo en la declaración de la guerra mediante el Pacto que autorizaba a Hitler a tragarse la mitad de Polonia, mientras Rusia se tragaba la otra mitad y de propina los países bálticos. En suma, pretendiendo estar «cercada por las potencias capitalistas»,

las potencias capitalistas se disputaban sus favores. En efecto, una delegación gubernamental anglo-francesa y otra hitleriana se encontraban en Moscú, muy poco antes de la guerra, haciendo ofrecimientos a porfía, hasta el momento en que la delegación fascista se alzó con el Pacto Hitler-Stalin. Una vez desmembrada Polonia, Churchill transmitió al Kremlin datos obtenidos por su servicio de espionaje referentes al ataque a Rusia ya preparado por Alemania. Negándose a creerlo, el Kremlin ofreció a su aliado ayuda acrecentada. Tiempo después, Hitler propuso repetidamente la paz a los occidentales, a fin de «acabar con el peligro bolchevique». Negativa, pues los gobiernos occidentales estaban bien percatados de que «los perros rabiosos de la revolución habían sido exterminados en Rusia más sistemáticamente que en ningún otro país»⁴². Los dos bloques imperialistas más potentes de la época se aliaron sucesivamente a Rusia y la salvaron. Su actitud habría sido por completo opuesta si Rusia hubiese conservado de socialista siquiera fuere la intención. He ahí la segunda de las iniciativas de la contrarrevolución stalinista en la situación mundial.

Se impone intercalar aquí una reflexión dedicada a quienes pretenden, todavía, que en Rusia existe otro sistema económico. Nada puede ser tan incompatible, tan mortalmente contradictorio como el capitalismo y el socialismo. Frente a éste, las contradicciones entre las naciones y los imperialismos amainan, pasan a segundo plano con el objeto supremo de aniquilar el monstruo. Lo que sucedió antes, durante y después de la guerra es exactamente lo contrario. Las naciones más imperialistas sin excepción, acorrieron en auxilio de Rusia, mientras que ella iba estableciendo sus cuarteles como segunda potencia mundial. Ni asomo de contradicción de sistema. Todo ha acontecido como si se tratase de la Santa Rusia Zarista.

En tercer lugar, tras haber revigorizado el patriotismo en la Europa ocupada por Alemania, Moscú y sus sirvientes acometieron la desmovilización en estrecho acuerdo con los Estados Mayores. Operación peligrosa, pues numerosas fuerzas armadas eran irregulares, es decir, no encuadradas por los antiguos cuerpos de oficiales militares, mal reconstruidos a seguidas de la «liberación». Había que desarmar dichas fuerzas, dispersarlas en «el orden» y amarrarlas al trabajo de reconstrucción del capitalismo. Los novísimos gobiernos no habrían conseguido realizar esa faena sino a tiros, arriesgando su propia existencia. Pero tuvieron el concurso decidido y decisivo de las organizaciones políticas y sindicales de obediencia rusa. Thorez, Togliatti, multitud de mentidos comunistas, recién desembarcados de Moscú, transmitieron a sus partidos los órdenes correspondientes fijadas en sendas resoluciones de los Comités Centrales que quienquiera puede consultar. A fin de que tales órdenes fuesen obedecidas, las tropas anglo-americanas respaldaban las palabras y los pactos de los líderes stalinistas. Fueron operaciones de policía rutinarias. ¿No se habían declarado conjuntamente responsables del orden los signatarios del acuerdo de Potsdam? ¿El órgano periodístico del alto mando ruso, *Estrella Roja*, no había advertido que no toleraría ser acogido, en Europa oriental, por las masas en insurrección? De hecho, no ha sido necesario esperar 1953 ni 1956 para ver a las tropas del Kremlin abrir fuego sobre multitudes que en ese fin de guerra esperaban todavía actos revolucionarios de parte de aquél. Un informe inglés de la misma época, publicado en *The Economist*, reconocía que occidentales y rusos habían encontrado en todas partes poblaciones en revuelta, que se apoderaban de las armas de los fascistas y les ajustaban cuentas. Cada uno de los dos ejércitos victoriosos -indicaba el informe-restableció el orden en su zona. Hubo también casos de colusión entre ambos ejércitos, y entre ellos separadamente y los ejércitos fascistas, que les transmitían de mano en mano las riendas del poder.

En Grecia, se produjo un caso extremo de colusión reaccionaria contra el proletariado. El traspaso de poderes de las tropas alemanas a las occidentales se efectuó a través del arzobispo Damaskinos, colaborador del ocupante. Los trabajadores se sublevaban en masa contra el restablecimiento del antiguo régimen. Más o menos armados, dominaban la calle. En Salónica, luego en Atenas, resonaba el grito: «¡Todo el poder a los soviets!». Tan cerca estuvo de convertirse en realidad, que Churchill voló a Atenas, conferenció con los líderes stalinistas, que disponían de tropas suyas, con Damaskinos a quien respaldaban las tropas stalinistas y las inglesas, y decidieron ahogar en sangre la insurrección. Centenares de muertos en las calles y más de cien asesinatos selectivos de hombres de tendencias anti-stalinistas: trotskistas, archiomarxistas, maximalistas. De vuelta a Londres, el suspiro de satisfacción de Churchill ante los Comunes resume a la perfección una connivencia contrarrevolucionaria que será constante hasta que sobrevenga la muerte del capitalismo: *Acabamos de destruir en Grecia, con ayuda del partido comunista, la verdadera revolución comunista, aquella que también arredra a Moscú*. Poco tiempo después, las tropas stalinistas, tintas de sangre obrera,

⁴² Palabras de Musolini a Hitler queriendo convencerle de no atacar a Rusia. Fueron referidas por un almirante italiano que asistió a la entrevista y publicadas en una revista de Estados Unidos poco después de la guerra.

iniciaban en el norte del país, la guerra dicha de guerrillas, dicha libertadora, etc. No se trataba sino de intentar meter a Grecia en la órbita rusa. Aquello era condición de esto.

Se oye afirmar con frecuencia que la última guerra no ofrecía posibilidad de revolución. Yo me levanto en contra. Las hubo más o menos acusadas en diversas partes, incluyendo Rusia. Mas para que una posibilidad se convierta en hecho consumado se requiere que su objetividad material coincida con su complemento, es decir, con un pensamiento revolucionario lo bastante influyente y neto para emprender el combate y llevarlo a buen término. Ahora bien, este factor complementario no existía; había sido eliminado en el período inmediato anterior. Y si fue en Grecia donde tuvo lugar una lucha revolucionaria abierta, debióse precisamente a que los trabajadores disponían de organizaciones anti-stalinistas con buena audiencia en la clase. En ninguna otra parte ocurriría lo mismo.

Es ese un resultado más, y de gran magnitud, de la incidencia de la contrarrevolución rusa en la situación mundial. Sus partidos exteriores, siempre cuadrados ante ella, militaban contra la revolución comunista, recurriendo incluso a las armas cuando les fallaban los métodos políticos. Desde 1936, el hecho no admite la menor duda para quienquiera estudie el sucederse de las luchas proletarias. Los obstáculos se vieron por tal modo multiplicados en el camino de la revolución. Tanto, que en lo sucesivo -cabe asegurar sin lugar a equivocación- doquier esos partidos dispongan de aparato orgánico importante, el proletariado no podrá realizar su propia obra sin destruirlos. Aún encontrándose en la oposición, constituyen, de hecho y a menudo en derecho, una tropa capitalista disciplinadora del proletariado.

Tampoco podía reconstituirse un polo revolucionario nuevo a partir de las tendencias no stalinistas. El trotskismo, herido desde sus compadrecos con las resistencias nacionales, ha ido degenerado de mal en peor. Otras tendencias estaban demasiado apegadas a ideas caducas, y siguen estándolo. Porque está muy lejos de bastar en la actualidad saber que en Rusia impera un capitalismo estatal. Requiere también una representación crítica de la revolución de 1917, y sobre todo echar por la borda cuantas nociones aparecen erradas en el contraste de la experiencia, o bien superadas por el propio giro del capitalismo. Ejemplos: la revolución permanente en cuanto concernía a los países atrasados, la nacionalización de la economía, el control obrero de la producción, confundido casi siempre con la *gestión*, la visión de los partidos stalinistas cual organismos reformistas, y de los sindicatos como agrupaciones de defensa obrera a mejorar o a conquistar. Sin citar más, los proyectos tácticos y estratégicos que se desprenden de tales nociones son negativos para la lucha obrera. Esa incapacidad de las tendencias enemigas del stalinismo es también una repercusión, aunque indirecta, de lo peculiar de la contrarrevolución rusa.

No puede afirmarse taxativamente que el capitalismo occidental por sí sólo no habría conseguido dominar al proletariado al final de la guerra. Pero es baldío hablar de una contingencia que no se ha presentado. Lo que ha ocurrido en presencia de todo el mundo es que la Rusia sedicente socialista con sus partidos sedicentes comunistas, llevaron el proletariado del matadero capitalista a la fábrica capitalista; de la guerra pro-explotadores a la reconstitución y al aumento del capital de esos mismo explotadores. Reforzaban así el imperio del sistema sobre los asalariados y también el de dichos partidos sobre los mismos asalariados, más el de Rusia en una gran pedazo de la Tierra.

Impeliendo las masas obreras al antiguo orden carcomido, el trabajo asalariado, la productividad por hora-hombre, la concordia mediante la negociación, etc., quedaba establecida la condición más indispensable para la reanudación del crecimiento industrial capitalista. El Plan Marshall aportaba dólares, cierto, pero los hombres de Moscú llevaban al tajo, cuerda al cuello, una mano de obra sin la cual los capitales nada son. Tanto se ha vociferado sobre «el crecimiento sin precedente», la «nueva revolución técnica», la «integración del proletariado al capitalismo», la «sociedad de consumo» y de «espectáculo», los «milagros económicos» y otras patochadas, que se ha perdido de vista la innoble ramplonería de lo acontecido. Lo que en verdad no tiene precedente, ni tan siquiera similar, es que el capitalismo haya podido disponer a su albedrío, sin la menor resistencia, de las presuposiciones más indispensables a su funcionamiento, y precisamente en un período en que despeñarlo en la noche de los tiempos no es ya problema sino de organización y de querer de sus asalariados.

En efecto, desde el «producir, producir» stalinista de la post-guerra inmediata, la clase obrera se ha visto constreñida a aceptar el infame salario base, el trabajo a destajo, las cronometraciones, las primas, bonificaciones y otras socialías, una diferenciación grande de salarios, las horas extra, de las cuales dos a tarifa ordinaria en algunos países, y una disciplina cuartelaria en las fábricas. Todo ello «garantizado», o sea impuesto, por contratos dichos colectivos, en verdad suscritos entre el patrón-Estado y los sindicatos, traficantes de mano de obra que el mismo estado asuelda confiriéndoles, por añadidura, una exclusividad de representación que no les corresponde siquiera por el número de adherentes. Lo que defienden los sindicatos

no es otra cosa que el *derecho* de los trabajadores asalariados y de su descendencia a continuar vendiendo sus capacidades al capital.

Se comprende enseguida, sin error posible, que lo que ha sido integrado al capitalismo no es la clase obrera, sino los sindicatos y los partidos y clanes agazapados tras de su apoliticismo estatutario. Añádase a ello que desde entonces la perspectiva de supresión del sistema explotador parece perdida, excepto para grupos raros, pequeños y aislados, y se tendrá el factor más importante de desorientación y de resignación del proletariado. La clase es por tal medio diluida en sus componentes individuales, cada uno para sí y contra todos los demás. Para colmo, lo que hoy es ofrecido como «vía nueva hacia el socialismo» es la prolongación indefinida de los métodos centralizados y dirigistas del capital, hasta el monopolio único.

El crecimiento industrial, siguiente a la reconstrucción de la post-guerra está basado en todo lo dicho. Esos son los ingredientes de los «milagros» económicos. ¿Desarrollo de un sistema no agotado todavía en cuanto estructura de un tipo de civilización?. Ni mucho menos; se trata de la repercusión más profunda y vasta de la incidencia de la contrarrevolución rusa en la situación mundial. El capitalismo occidental debe su existencia a la contrarrevolución rusa, igual que ésta debe a aquél su entronización y su desbordamiento extraterritorial. Fue necesario todo el proceso retrógrado en el interior de Rusia, todo el despliegue de su política exterior, hasta su participación en la guerra imperialista y en el botín de los vencedores, siempre en nombre del socialismo, para que el proletariado quedase amodorrado, el seso vacío de ideas revolucionarias, sin resuello e inerte ante el aparato del Estado y ante los aparatos complementarios de partidos y sindicatos. Así se le ha hecho pasar por el aro de la productividad redoblada y de un crecimiento capitalista teratológico de todo en todo, porque no era necesario para asegurar el paso al socialismo, y porque aplasta al hombre. Sólo queda recordar como información que los métodos utilizados por el capitalismo occidental y japonés⁴³ son practicados en Rusia desde los primeros planes quinquenales.

El crecimiento obtenido es monstruoso porque *se opone al desenvolvimiento social e individual*. No por el volumen, sino por su forma capitalista superfetatoria, perjudicial desde todos los puntos de vista e incluso atentatoria ya a la salud y a la supervivencia de la humanidad. Los propios culpables de este último crimen se ven obligados a reconocerlo, prometiendo una enmienda que obstaculizará siempre la circulación de los bienes como mercancías. No obstante, importa precisar que la producción de instrumentos de muerte en cantidad y potencia ha adquirido la magnitud aniquiladora sabida, porque la organización social está basada en la explotación material y espiritual del hombre. La capacidad asesina de la producción de guerra se *limita* a extrapolar al nivel del Planeta, la naturaleza intrínseca, molecular del sistema, que en cada instante mata algo en cada persona, a más de las personas que mata de hambre, enfermedad, etc. El capitalismo se hipostasía en megatones, igual que su sistema de trabajo se hipostasía en esclavitud. Nada prueba en forma tan irrefutable la putrefacción de un sistema que ha agotado hace tiempo cuanto constituyó su derecho de existencia.

A más del «humanicidio» sin cesar amagante, la nocividad del crecimiento industrial capitalista tiene manifestaciones numerosas en el dominio social, cultural, psíquico (individual y colectivo), así como en el dominio económico estricto, el último afectado cuando una civilización particular se convierte en retrógrada. La corrupción de los valores de la moral burguesa no excluye en la hora actual ningún aspecto, si bien algunos de los más repulsivos son preciados como anti-burgueses por buena copia de pseudorrevolucionarios. Trátase de negocios, de política, de información, de espectáculos, de literatura, de arte, de enseñanza, de ciencia, de trabajo o de ocio, la estafa y la impostura aparecen siempre, más o menos flagrantes, más o menos graves; y se trata de estafa y de impostura relativamente a las nociones capitalistas, no ya a las revolucionarias. Ese aspecto de la decadencia de la civilización capitalista era menester señalarlo en el contexto de este trabajo, pero merece por sí sólo un estudio circunstanciado.

Tocante al dominio industrial, no cabe la menor duda de que el crecimiento último ha puesto en grave peligro el equilibrio ecológico de la Tierra, esa monumental y maravillosa simbiosis de donde mana perpetuamente la vida, desde el microorganismo hasta el hombre. La enormidad de los daños causados ya y en curso cotidiano de causación no se remediarán estancando la industria en su nivel presente, cual proponen los autores del informe del *Massachusetts Institut of Technology*; pero si reclaman premiosamente suprimir los intereses que la impulsan hoy. Después de haber parido la ciencia, el capitalismo la utiliza contra la vida. En cambio, una organización comunista de todos los recursos de la industrialización, y del consumo de los

⁴³ En determinadas industrias japonesas, los obreros, militarmente formados, están obligados a recitar un salmo patriótico cuyo tema es la productividad salvadora. Con diversas formas, esa religión es inculcada en Rusia en China y también en el mundo occidental.

productos, requiere para su propio establecimiento estimular la simbiosis del reino orgánico y su equilibrio con el reino inorgánico, al máximo permitido por los conocimientos científicos.

En fin, si se consideran las mercancías vertidas al consumo de masas, lo que cada uno constata a cada compra es no menos repulsivo. La adulteración de los productos alimenticios, desde el pan y el agua hasta la leche, las carnes y las golosinas es de regla y llega hasta la toxicidad. Insecticidas, abonos químicos, productos de crecimiento acelerado y de conservación, cuyo principal criterio selectivo es el porcentaje de beneficios, alteran cuanto la tierra y los animales dan. A su vez, los productos industriales salen a la venta con degradación estudiada de su calidad, a fin de forzar su nueva compra en corto tiempo. La circulación de capitales así acelerada, acelera también el proceso de formación de plusvalía en el curso del trabajo. En todos los dominios, por consecuencia, desde el cultivo de la patata hasta la producción de cohetes intercontinentales, la ciencia es puesta a contribución en detrimento de la sociedad entera, y muy particularmente de la clase obrera sobre cuyas espaldas reposa el edificio capitalista mundial. En una palabra, bajo el capitalismo la ciencia niega la ciencia, igual que el hombre niega al hombre y reniega de él. Entre la amenaza de exterminio mediante la energía intranuclear y el envenenamiento de la Tierra, ríos, mares, aires, productos alimenticios, la correlación es estrechísima y sobrado demostrativo de la corrupción del sistema capitalista.

Cincuenta años después de la primera guerra mundial, treinta y ocho años después de los últimos combates de la oleada revolucionaria originada en 1917, una riqueza colosal, jamás imaginada por nadie, está concentrada como propiedad de los Estados y de las gigantescas compañías que hacen un solo cuerpo con los Estados. Paralelamente, la parte de su trabajo que revierte a cada trabajador en forma de salario ha menguado relativamente a su único punto posible de referencia: la productividad, mientras que aumenta a saltos largos la sustracción del trabajo general con fines suntuosos y asesinos. Y si la porción de cada obrero y de la clase nacional o mundialmente considerada ha disminuido en muy fuerte proporción, al mismo paso ha ido fortaleciéndose el imperio despótico del capital sobre la sociedad entera. Las dos magnitudes se alejan en direcciones opuestas, de donde se desprende irremisiblemente una tiranía económica, política, policíaca y cultural cuya invasión es evidente incluso en las democracias burguesas mejor institucionalizadas. Es pues ocioso mayor argumentación.

La Rusia de la contrarrevolución stalinista se halla inscrita en ese mundo capitalista a cuya supervivencia tanto a contribuido ella misma. Al describir los factores de decadencia del sistema he pensado en Rusia no menos que en cualquier otro país. Todo lo dicho, y con agravantes, la concierne del mismo modo que concierne a sus remedos, China incluida. No es Rusia sino una parte del capitalismo mundial, lo que rubrica su calidad de jefe de banda económico-militar. Países de veras socialistas, sobre todo establecidos hace tantos decenios, dispondrían frente a cualquier capitalismo exterior de factores de defensa y ataque muy superiores a los del armamento moderno; dispondrían de relaciones sociales entre los productos del trabajo y los hombres, y de los hombres entre sí, de mortalidad cierta para el capitalismo; no para los hombres de otros países. No se trataría entonces de obtener una victoria militar, ni siquiera de disuadir a un enemigo cualquiera, sino de sublevar a los hombres contra sus respectivos explotadores. Ahora bien, el capitalismo de Estado stalinista es uno de los aspectos más avanzados de la decadencia del sistema entero. Igual que en otras partes, la fuerza de trabajo es allí vil mercancía, maltratada incluso como tal mercancía; su porción en el producto total es menor, incluso teniendo en cuenta la productividad inferior. Tampoco el crecimiento de su economía puede efectuarse sino en detrimento de la sociedad en general, de los trabajadores en particular. Perecerá por la revolución comunista, o bien prolongará su existencia con todo el sistema en la siniestra, policíaca, envilecedora decadencia.

Rusia se ha encaramado pues a la posición que ocupa, cuando la civilización capitalista, sin nada de progresivo ya, no tiene otra alternativa propia que ir asfixiando la sociedad en un largo declinamiento o diezmarla mediante la guerra. Cuanto más elevadas sean las técnicas que utilice, más opresivas, insoportables, destructoras van revelándose; más reaccionarias, como en la zona capitalista occidental. Tales técnicas habrían servido a la revolución comunista -le servirán en el porvenir- para abrir a cada hombre grandiosas perspectivas; a la contrarrevolución no podrán permitirle sino revolcarse en la barbarie. Desde el momento en que la toma del poder por el proletariado no accedía a la fase socialista la contrarrevolución resultante tenía que encontrarse metida, pronto o tarde, en un callejón sin salida, pues ningún crecimiento del capital, estatal o privado, cuadraba con los factores históricos existentes. Los motivos de decadencia del sistema son múltiples, pero todos ellos tienen por raíz común este otro: que los instrumentos de trabajo han traspasado el dintel de la productividad allende el cual la organización comunista de los hombres es cuestión de vida o muerte. La opulencia tan venteada los últimos tiempos, tampoco cambiaría nada, aún suponiéndola real. Es preciso que

las técnicas existentes sirvan para suprimir el salarido y la venalidad general. No hay pues un tipo de crisis diferente para cada sector, sino una y la misma crisis con manifestaciones varias según los regímenes políticos, la historia inmediata anterior, los atavismos, el nivel de abundancia o de flaqueza económica. En semejante cuadro, la crisis interior de Rusia no puede ser considerada, ni siquiera comprendida, sino como un caso sectorial, mera variante del encharcamiento general. Tal es la estricta relación entre la decadencia del capitalismo como sistema, y la crisis particular de la contrarrevolución stalinista.

Ostentando disfraz idéntico al de Rusia, China, su actual enemiga, entra en el mismo caso sectorial, con alguna vulnerabilidad suplementaria. En Rusia, la tentativa marrada de revolución comunista originó un tipo de contrarrevolución inesperado, cuya definición está dada capítulos atrás. Nada parecido en China. Lo que Mao Tse-tung y su partido imitan desde el principio es la contrarrevolución stalinista en pleno auge. Mientras que la primera accedió a tientas al capitalismo decadente, si bien impulsada por el estado de cosas mundial, la segunda se introdujo en él deliberadamente, copiando el modelo establecido. Por eso el gobierno chino ha sido parte en todos los enjuagues interimperialistas desde el primer día de su instalación, y aún antes. Entre el Mao Tse-tung fierabrás («el imperialismo americano, tigre de papel») y el de la mansedumbre con Kissinger-Nixon, no existe la más pequeña diferencia desde el punto de vista revolucionario, pero diferencia muy importante desde el punto de vista de las potencias en disputa por la hegemonía mundial. La rivalidad entre los dos mayores representantes del Partido-Estado capitalista es una de las consecuencias amenazantes de la negatividad de sistema explotador. Pero ayuda a comprender la importancia del capitalismo de Estado para la supervivencia del mismo y su completa identidad social con la forma burguesa o de grandes monopolios. Dentro de la putridéz de unos y otros, la rivalidad Rusia-China agrava por un lado la tendencia general y muestra por otro los lados débiles del imperialismo moscovita. Ha sido, en efecto, incapaz de ofrecer a China condiciones de alianza económica y militar mejores que las de su primer enemigo. Así han llegado, tanto Rusia como China, a disputarse los favores de Washington, que por ahora manda en el juego. Debido a ello, la contradicción entre esos dos capitalismos, por mucho que digan ser socialismos, es más peligrosa en lo inmediato que la contradicción imperialista principal entre Bloque Ruso y Bloque americano. Dicho con mayor precisión: la contradicción imperialista principal puede estallar en guerra a través de aquella otra, precisamente porque le está subordinada, tanto como contradicción particular, como por el conjunto de problemas y amenazas suscitadas por el capitalismo decadente.

Con ese trasfondo tejido por sesenta años de historia se desenvuelven dos contradicciones de naturaleza diferente, tan incompatibles entre sí, que la afirmación de cualquiera de ellas excluye la afirmación de la otra. Me refiero a la contradicción entre imperialismos, centrada en la rivalidad-colaboración Estados Unidos-Rusia, y por otra parte a la contradicción que contrapone irreductiblemente la humanidad al sistema de explotación. Centrada ésta, hasta su desenlace explosivo, en el enfrentamiento salarido-capital. En la primera se perfila la tercera guerra mundial, en la segunda la revolución comunista y ambas representan entre sí la más absoluta de las contradicciones.

Resulta imposible negar que la guerra pueda estallar en momento cercano. Después del episodio de los cohetes de Cuba, más de una vez hemos escapado por un tris a la leve presión del índice que desencadenaría la desintegración termonuclear. Pese a todo, la enormidad incalculable de los armamentos atómicos, químicos, bacteriológicos, electrónicos, etc., cuyo monopolio escapa a Estados Unidos, aunque tenga superioridad, seguirá imponiéndole la más cautelosa retención. Y por su parte, Rusia no progresa sino que retrocede en los trabajos de aproche que le consentirían una victoria militar siquiera pírrica. Caso de sobrevenir la guerra, son de prever sorpresas políticas muy importantes, en particular en Rusia y en su Bloque, pero también en Europa occidental. El análisis proyectivo, empero, no debe contar con las posibles sorpresas; sólo con lo existente. Sobre esta base, lo más probable es que dispongamos de tiempo bastante durable para que la contradicción salarido capital juegue a sus anchas, tome virulencia, y para que la lucidez revolucionaria indispensable consiga ponerla a punto de explosión.

No pocos síntomas permiten creer que están en gestación luchas encarnizadas. Por todas partes, la calma chicha subsecuente a la derrota de la oleada revolucionaria anterior, que los resultados de la guerra imperialista consolidaron, cede ante la protesta. Bajo el charlatanismo publicitario de las «sociedades de abundancia», van emergiendo todos los problemas que plantea el crecimiento teratológico del sistema, desde las horas de trabajo hasta la utilización de los recursos del Planeta, de los conocimientos científicos y culturales en general; desde el género de vida diaria hasta la amenaza de muerte incesante; en una palabra, todos los problemas planteados por una sociedad de esclavitud y de guerras, sin razón de ser de tiempo atrás. Aquí o acullá, la protesta asciende a rebelión contra el patronato, sea Estado, burgués o monopolio, y contra ése segundo patronato que son los sindicatos. Y cualquiera sea el aspecto de los conflictos, huelga

desmandada o lucha semi-insurreccional, conlleva invariablemente la irreductible enemiga entre el capitalismo padecido y el comunismo cada día más indispensable. Las «soluciones» que dichos conflictos encuentran en el marco de la sociedad existente son mero aplazamiento de conflictos mucho más virulentos por donde asomará el contenido latente. En resumen, la crisis tan aguda ya de la civilización capitalista no dejará de suscitar rebeliones, cerca de las cuales los acontecimientos de 1968 en Francia y otros países, los de Polonia mismo en 1970-71, parecerán tímidas algaradas protestatarias.

Con todo, por importantes y valientes que en sí sean, no bastarán algunas rebeliones para que se produzca una nueva oleada revolucionaria internacional. Vencidas por el terror, por la negociación con los poderes existentes o por una combinación de ambas, cual ocurrió en Polonia y 14 años antes en Hungría, el orden actual será reconstituido sin que el proletariado mundial entre en liza. El legado nefasto del período anterior, que se entrama a las rivalidades interimperialistas, de que se hablará a continuación, exige, para que se desate una ofensiva persistente por encima de las fronteras, la presencia de una o varias organizaciones que hayan puesto en claro la copiosa experiencia del pasado y suficientemente conocidas para atraer la atención del proletariado en lucha. Las condiciones objetivas de la revolución comunista no bastan para garantizar su victoria, y las condiciones subjetivas no serán necesariamente engendradas por las primeras. Las condiciones subjetivas no son otra cosa que la conciencia teórica de la experiencia anterior y de las posibilidades máximas ofrecidas al proletariado; es el conocimiento anhelante de acción humana y listo para mudar su existencia subjetiva en existencia objetiva. Ahora bien, jamás la preparación teórica ha estado tan descentrada, tan en zaga de la experiencia y de las posibilidades como hoy. Es otra consecuencia, directa e indirecta, de la superchería aún vivaz de la contrarrevolución stalinista. Y tal retraso explica que la práctica esté tan alejada de las posibilidades inmediatas. Desde hace no pocos años, la revolución se encuentra en medio de la calle, clamando, por así decirlo, ser estructurada, pero los revolucionarios siguen en las nubes de un pasado mal o nada asimilado, cuando no están mareados por su fatuidad personal.

Por lo mismo, quienes cuentan con una crisis de sobreproducción con su cortejo de obreros en paro por millonadas, para que se produzca lo que ellos llaman «toma de conciencia por el proletariado», se equivocan muy gravemente. Son más bien augures siniestros. Además de tener una idea ruin de la función cerebral humana, consideran al proletariado incapaz de dar el asalto al capitalismo sino espoleado por el hambre. Pero lo que el hambre estimula son sobre todo las secreciones gástricas, que pueden obnubilar la conciencia en cuanto aparece un cebo. Una masa enorme de obreros parados buscará ante todo trabajo, y nada más que trabajo, es decir, lo necesario para restablecer en un momento u otro el deletéreo circuito de la mercancía. Idéntico comportamiento tendrían los propios pseudomaterialistas que tanto se alegran de la amenaza de paralización industrial... si por acaso ellos también padeciesen hambre. Ahí están aparatos dirigistas y sindicatos para reorganizar el salariado, si es necesario imponiéndose a los capitales privados. Verdad que Lenin, Trotzky e incluso Marx han creído percibir ocasiones revolucionarias en la crisis cíclicas, sin tenerlas nunca por indispensables. Lo sucedido ha sido inverso a lo esperado, muy en particular con ocasión de la más estremecedora crisis de sobreproducción, la de 1929-33, hasta la fecha última verdadera. Mas por otra parte, la amenaza de capitalismo de Estado no era entonces discernible, mientras que los problemas *concretos* de la revolución comunista tampoco se dibujaban con la precisión de hoy, a través de cada una de las relaciones sociales del capitalismo, cada vez más sentidas como otras tantas coacciones insostenibles, superfluas, destructivas. A partir de ahí, y no de una avería cualquiera del funcionamiento económico, debe organizarse el proletariado contra el sistema.

Por añadidura, el Capitalismo de Estado se halla inscrito en la prolongación de la decadencia del sistema, sea automática, sea convulsiva. Peor, sigue gozando de amplio crédito cual si fuese socialismo y caso de crisis no dejaría de ser presentado como tal a las multitudes ansiosas de encontrar el trabajo que fuere. La faena la tienen bien calculada partidos y sindicatos cuyo presente y porvenir está estrechamente vinculado al advenimiento de la fase suprema de centralización del capital. He nombrado a los partidos falazmente llamados comunistas, pero hacen su juego cuantos ven en la nacionalización de la economía siquiera un progreso. Eso sentado, ¿por virtud de qué inspiración milagrosa las multitudes en busca de trabajo descubrirían súbitamente que los falsarios les ofrecen la peor de las engañosas?. Envidar a la crisis de sobreproducción es negarse al combate en otro terreno que el más ventajoso al enemigo. Quienes lo hacen, no se encontrarían en condiciones de hacerse oír siquiera, ni de los parados ni de los obreros que conservasen trabajo. Quizás entonces adquirirían conciencia de su tórpida inconsciencia.

Las acciones de clase que reanimarán las luchas revolucionarias y por ende la conciencia en decenas de miles de obreros, a continuación en millones y millones, deberán ser acometidas a partir de las condiciones de trabajo, no de las de paro, a partir también de las condiciones políticas y de las condiciones de vida en sus

múltiples aspectos; de cuanto, en suma, el funcionamiento del sistema infringe a los explotados y a la sociedad en general.

No se trata de dar trabajo a quienes no lo tienen, sino de reducir al mínimo el trabajo de cada uno; no de dar pan al hambriento, sino de colmar todas las necesidades mucho más allá de las subsistencias; tampoco de garantizar el cobro de un salario, flaco o abundoso, sino de liquidar el salariado. La práctica revolucionaria en el momento presente arranca de la negación de todos y cada uno de los aspectos del funcionamiento capitalista, contraponiendo a cada uno de ellos la solución ofrecida por la revolución comunista. Mientras una fracción, por lo menos, de la clase obrera no emprenda ese tipo de luchas, cualquiera sea la coyuntura capitalista aunque se dé una crisis de venta de mercancías diez veces más fuerte que la última, la consciencia revolucionaria seguirá contrayéndose. Porque, fuera de la lucha por cambiar las estructuras y superestructuras ya reaccionarias y asfixiantes incluso funcionando en las mejores condiciones, no puede existir consciencia en el proletariado, ni en los revolucionarios.

Así pues, lo que debe servir de reactivo a la clase obrera no es el accidente de la gran crisis de sobreproducción que haría añorar las 10 o 12 horas de trabajo en la fábrica o en la oficina, sino la crisis del *sistema de trabajo y de asociación* capitalistas, que es permanente, no conoce fronteras y *se agrava incluso con un crecimiento óptimo del sistema*. Sus pésimos efectos no dejan indemnes zonas industriales ni atrasadas, ni Bloque ruso ni Bloque americano. Esa es la palanca más poderosa del proletariado mundial. Y su manejo para trastocar el mundo lo comprenderán los obreros mucho mejor en condiciones «normales» que enturbiadas por una situación de miseria.

La coincidencia entre la crisis en Rusia y su Bloque y las manifestaciones tan evidentes ya de la crisis de decadencia del capitalismo en general, está lejos de ser meramente cronológica. Ha hecho falta que el crecimiento consentido al capitalismo de ambos Bloques por la derrota del proletariado alcanzase determinado nivel, para que revelase su nocividad y su mezquindad constitutivas. Necesitábase también tiempo para recuperar aliento y para reaccionar contra las falsificaciones stalinistas. Por fin, el señuelo: «URSS, país del socialismo» atrae cada vez menos, mientras que aumenta sin cesar el número de quienes comprenden su odiosa mentira. Los gestos, hazañas y conchabanzas de los dictadores del Kremlin y sus clientes no dejarán de remachar la verdad en todas las cabezas no interesadas. Al cabo, incluso parece innegable que el crecimiento capitalista de su feudo es inferior al de los países occidentales y del Japón, y que no consiguen sacarlo de una media atrasada sin importante cooperación de sus concurrentes imperialistas. Rusia no queda salva de ninguna de las lacras antes descritas que aquejan al capitalismo en general. Pero lo idiosincrático de su caso en el conjunto mundial, estriba en el agudo aspecto político que su crisis adopta en lo inmediato. Si el capitalismo ruso es tan o más perjudicial que cualquier otro para el proletariado y sociedad, la crisis política, la del régimen de la contrarrevolución stalinista, aparece por ahora como su exteriorización directa. Y podría escamotear *la crisis del sistema* caso de que el proletariado atacase sólo el régimen político y preservase su fundamento, el sistema económico. La crisis política no es, en verdad, sino la revelación más inmediata, más desgarradora de la obra capitalista de la contrarrevolución, política también ella.

La revolución rusa hizo época y plantó un jalón importantísimo en la lucha por el comunismo en el mundo. Al revés, la contrarrevolución stalinista ha sido el asunto más tenebroso de la historia contemporánea, y habida cuenta de la falsificación de su propia naturaleza, constituye la estafa más inmundada de todos los tiempos. Habrá que contar, siempre de forma crítica, con la experiencia de la primera, pero a menos de hacer frente a la segunda sin la menor tergiversación, cualquier rebelión del proletariado será sumida en la impotencia. De cualquier manera que fuere, sublevaciones mucho más violentas que las de 1905 y 1917 están fraguando bajo ese nuevo despotismo asiático. El odio y la desesperación contenidos durante interminables decenios se desencadenarán con la fuerza de un cataclismo. La no existencia de patronos privados, agranda el abismo entre explotadores y explotados, entre los dueños del Estado-patrón y la innúmero multitud de desposeídos y tiranizados. La lentitud que se observa en el proceso de rebelión, nada tiene de sorprendente. No existe país en que el stalinismo no haya conseguido, con la complicidad directa o indirecta de las autoridades, pervertir las nociones revolucionarias, hasta las más elementales. Pero en Rusia misma, la perversión ha sido impuesta, inyectada a todos los cerebros mediante un terrorismo sin precedente por su persistencia y por su diversidad. Va desde la porra policíaca y la tortura inquisitorial hasta los procedimientos químicos y psicológicos. Los déspotas del Partido-Estado creían moldear así una sociedad y una cultura a su imagen y para sus sórdidos apetitos. No han conseguido sino emponzoñar todas las relaciones sociales y destruir o asquear a las personas. Así, un historiador ruso encarcelado y deportado, Amalrik, se ha preguntado, por razones brumosamente comprendidas por él, pero sobrado contundentes, si la actual Rusia sobreviviría en 1984.

Una población sometida a semejante terror, a más del hambre o la penuria casi crónicas, a la cual se le inculca desde la infancia que *eso* es el socialismo, no podía recuperar el resuello y plantar cara a sus esbirros sino muy paso a paso y por sendas desviadas. El proceso de recuperación está iniciado desde hace años y tal vez pueda adquirir pronto formas más directas. Los déspotas del Kremlin están todavía en condiciones de hacer aclamar tal o cual decisión por decenas de millones de hombres, o bien la condena de los opositores. Pero se saben despreciados y execrados por esas mismas decenas de millones de hombres que ellos manipulan y brutalizan sin tregua. Tal clase de aclamaciones, sabido es, mudan fácilmente en linchamiento de sus organizadores; basta que los verdaderos sentimientos encuentren ocasión de manifestarse. Los estados mayores del Partido-Estado tienen conciencia de la relación de enemigos normales entre ellos y las masas trabajadoras industriales y agrícolas. No desdeñarían suavizarla para prolongar su poder. No pueden, sin riesgo de desencadenar un torrente insurreccional que haría añicos régimen y sistema; el absolutismo del Partido-Estado y el capitalismo de Estado-Partido.

La tan stalinista superchería de la destalinización se consumió en un soplo, en cuanto obreros e intelectuales la interpretaron como prenda de libertad. Apuntaba, por una lado, a arrojar sobre Stalin muerto toda la culpa del terror, por otra a ocultar que el terror gubernativo dimanaba y sigue dimanando del régimen en su totalidad, debido al más monstruoso de todos sus crímenes: la destrucción de la revolución en Rusia y en todas partes. Nadie ignora cómo los «destalinizados» ametrallaron a los obreros húngaros en 1956, ocuparon Checoslovaquia en 1968, y cómo siguen manejando la policía, los campos de trabajo forzado, las falsificaciones judiciales y propagandísticas.

Para la burocracia, de todos modos, hacer recaer la culpabilidad de sus crímenes sobre la persona de Stalin, era una forma de reconocer, a más del terror y los asesinatos, el odio que ella inspira, que así trató de apaciguar. Lo que en fin de cuentas forzó la denuncia del venerado criminal en Jefe fue la hostilidad irremisible del proletariado frente a régimen y sistema. Desde entonces, las altas instancias del Partido-Estado se encuentran divididas tocante al grado de violencia policíaca a utilizar. Al mismo tiempo va aumentando de un año a otro el número de opositores intelectuales. Algunos, tal Soljenitzin, son reaccionarios de viejo estilo. Llegado el caso, arrimarán el hombro a la alta canalla burocrática contra los trabajadores insurrectos, pues su denuncia de la misma no es otra cosa, que una añoranza de la Santa Rusia zarista. Otros, en cambio, no dejarán de ser atraídos por las fábricas, donde han surgido ya luchas airadas y donde circulan a menudo textos llamando a la revolución contra el capitalismo de Estado. Luchas y textos pasados en silencio por Moscú y sus «pluralistas» acólitos a la Carrillo, Marchais, Berlinguer. El todo no puede ser interpretado sino como signos precursores de una gran conmoción revolucionaria, y uno de los aspectos más avanzados de la crisis mundial del sistema.

Tres rasgos caracterizan a la contrarrevolución stalinista. Terrorismo policíaco incesante, falsificación de su propia naturaleza y de la naturaleza de sus enemigos en general, en particular de los revolucionarios, más explotación de los trabajadores mediante el capital de Estado. Forzada por un futuro ataque del proletariado, retrocedería de seguro sobre el primero de sus rasgos, tal vez hasta consentir el ejercicio de libertades de tipo burgués, a fin de continuar asida a los dos otros, al tercero sobre todo, fundamento de cuanto la contrarrevolución comporta, incluso la psicología de sus exculpadores intelectuales, de sus delatores y de sus verdugos. En el recinto del Kremlin, tiznes de «facies humanas» están ya listos para una vasta maniobra de diversión de tal catadura, pues la rebelión podría estallar en cualquier momento. Igual que cualquier otro poder amenazado, el de la contrarrevolución stalinista hará concesiones de amplitud proporcional a la gravedad del peligro (para ella), pero al cabo se reconstituirá, a menos de que la propiedad estatal sea expropiada por el conjunto de los trabajadores, y sus instituciones aniquiladas, empezando por el partido-Estado.

En resumen, la crisis de la civilización capitalista apesta en Rusia tanto como en cualquier otra parte y se redobra y complica allí por la crisis de su tarado régimen político. A su vez, esta última repercute en el exterior debilitando y desconsiderando a organizaciones y personas de su parentela. Es ese un factor positivo importantísimo para la revolución comunista venidera.

En tales condiciones llevan los hombres del Kremlin el juego de la colaboración-rivalidad con Estados Unidos. De todos modos, debe quedar entendido que cualquier colaboración o «coexistencia pacífica», por durable que fuere representa un rodeo de la rivalidad, maniobra a largo plazo de la cual cada uno cuenta sacar ventaja sobre el otro y ponerse en condiciones de reducirlo militarmente.

Por completo diferente a la contradicción interimperialista y a cualquier otra contradicción inherente al sistema, es aquella otra que contrapone el sistema entero al devenir humano. Característico del funcionamiento capitalista es desenvolverse por medio de contradicciones que él mismo resuelve o abole,

vuelve a crear o plantearlas en forma modificada, sin salir nunca de su propio círculo vicioso. A esa categoría pertenecen las contradicciones interimperialistas, las que engendran las crisis de sobreproducción y muchas otras. Pero la contradicción que opone los hombres al sistema de asociación capitalista, éste no puede sino ampliarla y ahondarla. En semejante área, que es la de producción y reproducción del individuo y de la sociedad, la contradicción se manifiesta entre la capacidad de los instrumentos de trabajo y su limitación y adulteración productivas; o lo que es igual, entre el trabajo organizado por y para el capital, y el trabajo organizado por y para los trabajadores, cifra de otra sociedad. Se trata de un malthusianismo impuesto artificialmente por la continuidad innecesaria del trabajo asalariado, cimiento del capitalismo. Esa contradicción no será abolida sino por la revolución comunista, que en todos los dominios y en escala histórica expresa la necesidad de suprimir toda coacción.

Tal contradicción emergió con el siglo y su intensidad ha ido aumentando con la acumulación y la centralización cada vez más teratológicas del capital, cuya demostración irrefutable es la amenaza de asesinato universal. Se trata, por consecuencia, de una contradicción supracapitalista, dimanante del desarrollo humano convertido en imposible por el sistema actual. Ella engendró las luchas revolucionarias entre las dos guerras. Parecía haberse esfumado a consecuencia del fracaso de esas luchas, pero su agravación subyacente era discernible, y en el momento actual reaparece a plena luz en la nocividad innegable del crecimiento industrial, en la mayoría de las huelgas dichas salvajes, en los múltiples signos de descontento, cuando no de asco, tocantes a las condiciones de trabajo y de vida diaria, en la aversión hacia los antiguos partidos y sindicatos, tan neta entre la juventud, en el salpicado de grupos surgidos fuera de las filiaciones conocidas en búsqueda de horizontes revolucionarios, y en las arremetidas insurgentes observadas aquí y allí. Con todo, lo que está latente en eso tiene mucha mayor importancia que lo hasta ahora manifestado. En efecto, desde el fondo del inconsciente colectivo, va emergiendo y precisándose la convicción de que el sistema actual tiene que ser radicalmente cambiado. Por tales recovecos van forjándose los mayores acontecimientos históricos venideros, tal vez inminentes.

Por muy turbio que su comienzo sea, el proceso de recuperación del proletariado no dejará de extenderse y de decantarse en lo político y en lo económico, cualesquiera sean sus zigzags. Cuanto el capitalismo hace padecer al proletariado y a la sociedad se convertirá en motivo de lucha, por simple reflejo defensivo o apostá, por voluntad revolucionaria.

Y al contrario de lo acontecido antes de la última guerra, el proletariado ruso, muchísimo más numeroso hoy, no está fuera de combate; al contrario, empieza a estremecerse a compás del proletariado occidental.

Del porvenir de ese proceso, hasta su desenlace, dependerá la apertura de la revolución mundial o la subyugación de toda Europa por Rusia. Rusia no podrá conservar sus conquistas, a despecho de la complicidad yankee, sin dominar también el Oeste del continente; hoy aún menos que ayer, porque en sus conquistas mismas las fuerzas centrífugas terminarían sobreponiéndose a las centrípetas. Un ataque de sus ejércitos sería irresistible para Europa Occidental, tal vez incluso contando con el apoyo de las armas clásicas americanas. Pero antes de que sus vanguardias alcanzasen la costa Atlántica sería desencadenado el dispositivo termonuclear de Washington. Es pues muy improbable que el Kremlin se aventure en tal operación, cualquier motivo invente, o tenga de veras.

No por ello se le hace inaccesible el objetivo europeo. Sólo que deberá esperar la oportunidad y cubrirlo por otros medios que la guerra con el Bloque Atlántico. Precisa encontrar una situación tal, que los Estados Unidos se viesan en la necesidad de conseguir, como mal menor, la ocupación del resto de Europa por Rusia, sin perjuicio de arreglar militarmente cuentas después.

Semejante situación no puede ser otra que un gran movimiento revolucionario a machacar en aras del sistema capitalista mundial. En cuanto las luchas obreras en gestación adquieran envergadura y aspecto comunista, los pseudo-comunistas multiplicarán sus esfuerzos para desnaturalizarlas; lo que están haciendo ya, en realidad, preventivamente. Es difícil que lo consigan mediante sus habituales falacias propagandísticas, a despecho de sus montañas de oro y de su ya bien dispuesto aparato de funcionarios y torsionarios ansiosos de Partido-Estado. También porque, desde hace mucho tiempo, esos partidos no despiertan en las masas obreras nada auténtico, ni pasión, ni esperanza, sí apetitos sórdidos, no sólo entre sus incondicionales. Para no verlo, ha hecho falta el zurdo izquierdismo actual, reivindique a Trotzky o a Bakunin. Llegado ese caso, los partidos stalinistas fingirán ponerse a flanco de las masas, a tiempo que atacarán a los partidarios de la revolución comunista, mediante la calumnia y físicamente, querencia irreprimible en ellos. Si la lucha se avecina a la revolución, abundarán en fraseología pseudo-ofensiva, reclamarán el poder *en nombre* de la clase obrera, enarbolarán consignas como control obrero de la producción, nacionalización de propiedades burguesas y de trust y otras monsergas engañosas. Podrían llegar, si no consiguen destruir antes la

revolución, hasta aceptar consejos obreros o soviets elegidos. Lo decisivo para ellos es encaramarse al poder y ante todo a los ministerios de la policía y del ejército. Ahí está la experiencia de Rusia y de tantos otros países, más sus propias avideces, para darles la certidumbre de que la centralización del capital, es decir, la supresión de los propietarios privados, confiere al poder un imperio económico y represivo ilimitado sobre los trabajadores.

Resumiendo al máximo: instrumentos de trabajo y policía en manos de un Partido-Estado, he ahí lo que permitiría destrozarse cualquier tentativa de revolución comunista, dejar vía libre al capitalismo estatal... y desplazar hasta el Atlántico las fronteras del coto amurallado ruso. Los Estados Unidos encajarán sin levantar un dedo esa grave amputación de su propio imperio, pues la solidaridad de sistema frente a la revolución tiene primacía respecto de las codicias de cada imperialismo, aunque después se asesinen entre sí. Por su parte, los burgueses y reaccionarios locales encontrarían sitio y puestos de buen vivir, en la política stalinista de unión nacional.

Con mayor motivo aún se resignarían los Estados Unidos a entregar Europa a Rusia, caso de que los partidos stalinistas sucumbiesen al asalto revolucionario del proletariado y que Moscú decidiese apoyarlos con sus divisiones blindadas.

La pseudo democratización actual de los partidos stalinistas español, italiano y francés, la distancia respecto a Moscú que tanto se esfuerzan en exhibir, cuadran perfectamente con la estrategia imperialista rusa. Aunque comporte, en el segundo aspecto únicamente, algo de verdad, limítase a la renuncia de los Carrillo, Berlinguer, Marchais y corifeos, a verse convertidos, una vez gobernantes, en simples criados despreciados y despreciables del Kremlin. Querrían ser, o por lo menos parecerse. Digan y hagan lo que les dé la gana, su porvenir en cada país es el capitalismo estatal, su sino agachar la cabeza ante «los intereses superiores» del imperialismo ruso; su obrerismo, el de las ametralladoras haciendo fuego sobre las multitudes.

Existe la posibilidad, antes señalada, de que la iniciativa revolucionaria proceda del proletariado en Rusia o en sus dominios. Pero tendría que sobreponerse a sus importantes desventajas relativamente al proletariado occidental. El martilleo de la propaganda oficial, única y totalitariamente planificada, no deja intersticios que permitan, siquiera a minoría obrera, como en la democracia burguesa, adquirir conocimientos revolucionarios, organizarse, tener publicaciones. La acción ilegal misma comporta riesgos incomparablemente superiores. Sin embargo, esas y otras desventajas tienen una compensación de mucho bulto. Los partidos stalinistas, señores de horca y cuchillo durante luengos años, a nadie engañan; todo el mundo los ve actuar cotidianamente tal cual son. A la menor sacudida, el proletariado no puede dejar de chocar contra ellos, como ya se ha visto repetidamente, no sólo en Polonia y en Hungría. Las posibilidades de resistencia a un ataque generalizado del proletariado en Rusia y en su zona, son vecinas de cero. Sólo una matanza de decenas de millones de personas podría dar cuenta de él. Ahora bien, en situaciones insurreccionales de envergadura, la policía resulta insuficiente. La faena tiene que ser ejecutada por el ejército, y los soldados de ese ejército sienten hacia sus jefes y hacia el poder el mismo odio que la clase obrera de que han sido temporalmente destacados. Aprovecharán el momento tan esperado de dispararles sus armas, cual se produjo, en casos aislados por desventura, en la Hungría de 1956, a despecho del carácter confusamente proletario de la rebelión. No quedarían, en un caso así, más que los secuaces de la «revolución política» para echar otra vez cerrojo a las masas tras la prisión del capitalismo estatal.

La caída de la contrarrevolución stalinista resquebrajaría el sistema mundial del capitalismo muchísimo más que la caída del zarismo en 1917. La victoria de la revolución comunista en Europa ya no encontraría sino obstáculos menores. Con todo, es el proletariado europeo, americano, japonés, el que tiene por el momento mayores posibilidades de suscitar un movimiento revolucionario que repercuta en Rusia y dependencias. Debe en verdad considerar esta última tarea como una de sus principales incumbencias. No sólo por solidaridad de clase, sino porque él dispone de condiciones de acción inmediata de que el proletariado ruso está por completo privado, y también porque sin el aniquilamiento de la contrarrevolución stalinista no habrá porvenir para el comunismo, ni aún siquiera después de la revolución en varios países.

Con tal objeto, el proletariado debe concertar internacionalmente su ataque a cada capitalismo y forzar la intervención solidaria con el proletariado del otro Bloque. Motivos directos de lucha contra la esencia misma del sistema sobreamaban en todas partes. Apuntan, aunque mal formulados, en numerosas huelgas, enseguida desnaturalizadas y convertidas en estériles regateos salariales. Mientras que el proletariado, y con él la sociedad entera, no puede dar un solo paso adelante sin atacar todos y cada uno de los aspectos funcionales del capitalismo, sin declarar caduco y deletéreo este sistema, sindicatos y partidos le ofrecen por cebo reivindicaciones dichas obreras, que en realidad son desperdicios de la programación capitalista. Varias veces, semejante situación ha estado en un tris de ser rota y la han restablecido, no el patronato o el Estado, sino los

partidos y sindicatos cuya profesión es *negociar* con aquellos. Negociar, porque cuentan trocar un día su papel de vencedores de fuerza de trabajo obrera en compradores de la misma. Con toda seguridad, los trabajadores no se dejarán siempre confiscar sus luchas y vaciarlas de contenido. Es imposible prever donde y cuando tendrá lugar una lucha revolucionaria abierta. Por el contrario, es seguro que, por su forma, tomará el aspecto de una ruptura deliberada con los profesionales de la negociación; por su contenido el de una arremetida frontal a los cimientos económicos y políticos del capital, comprendida la primera de sus relaciones sociales: la esclavitud salarial. Es indispensable un éxito importante en tal dirección para que se produzca en escala internacional un nuevo período de luchas por la revolución comunista.

Conviene precisar todavía: tal éxito que ha de encender otra vez la llamarada de la subjetividad revolucionaria, no podrá producirse en Europa sino en contra de los partidos stalinistas. Sin dislocar sus aparatos, el proletariado no conseguirá acercarse siquiera al poder... El porvenir inmediato y a largo plazo de los explotados, se juega en este dilema: o la revolución comunista que ha de emprender inmediatamente la supresión del trabajo asalariado, única manera de suprimir el capital, o la suprema concentración de éste en capitalismo estatal. Dilema de vida o muerte para la revolución, y eso en los cuatro puntos cardinales. Y si la revolución fuese rechazada, ya no quedaría sino la contradicción entre Bloques imperialistas y la guerra en perspectiva.

Resumendo: la contrarrevolución stalinista mató la revolución entre las dos guerras. Contribuyó así decisivamente a la sobrevivencia del sistema capitalista históricamente sobrepasado, es decir decadente. Por ese hecho, ella misma entraba en el sistema y en su decadencia. Pero el crecimiento industrial por tal conducto consentido al viejo mundo, y al suyo propio ha agravado y hecho más evidentes al cabo todos los efectos de la corrupción del sistema, comprendidos los de las asesinas rapacidades imperialistas. Al término de ese proceso reaccionario en que nos encontramos hoy, la revolución comunista reaparece como la única salida para la humanidad, como una necesidad ineluctable y urgente.

Las voces pérfidas de los secuaces del capitalismo ruso me reprocharán con seguridad preterir al capitalismo más fuerte, el americano. Hay que decirles pues que desde hace cuarenta años debe él la vida, y *la conformidad de su proletariado*, a la existencia de la contrarrevolución stalinista y a su interminable rastra de crímenes. El propio capitalismo americano se encarga, secundado por esas voces pérfidas, de presentar dichos crímenes como actos característicos del socialismo. Mas el proletariado americano empieza a desembarazarse de engaños. Podría, tanto como cualquier otro, tomar la delantera revolucionaria. Deberá, claro está, pisotear las Trade Unions y convencerse de que lo que le presentan como socialismo sus capitalistas y sus stalinistas a una, vale tanto como cualquier «socialismo» que la CIA pretendiese organizar. De cualquier manera que fuere, el día en que el proletariado ruso revuelque por el suelo el régimen stalinista y el sistema económico que lo sustenta, el capitalismo americano no tardará en derrumbarse. Y viceversa.

Enero-Abril 1974. G. MUNIS.

EN RUSIA, SEGUNDA DEESTALINIZACIÓN STALINISTA

(Alarma nº 24. Mayo 87)

El cadáver de Stalin apesga como montaña plúmbea sobre sus descendientes directos, sobre todos y cada uno de los componentes de la casta esquiladora, sin perder de vista sus émulos y secuaces, los que gobiernan en otros países sobre todo. La razón de ello es sencillísima porque Stalin está vivo y, -sin retruécano- seguiría estándolo en cuanto hay y acontece de oficial en los vastos dominios oteados desde las torres del Kremlin. Nada nuevo en la faramalla gesticulante del lucio secretario general de todas las Rusias. Ya Stalin en persona organizó espectáculos como el que ahora escenifica Gorbachev. Entre otras, el de la constitución de 1936, que culminó en el exterminio de los bolcheviques de 1917 mismo que dio sus características definitivas al sistema. Más audaz que Gorbachev fue Jrutchev siquiera de labia señalando la bestialidad de Stalin, y por ciertas medidas. Como Gorbachev hoy y el fundador antes, Jrutchev hizo críticas a la burocracia de manera imprecisa reconoció «imperfecciones» a corregir sin precisarlas, corrupción de funcionarios sin precisiones, escasa productividad del trabajo, sin precisiones, mala calidad de los productos y penuria de abastos, siempre sin precisiones. Prometió libertad, mejoría de todos los dominios y el oro y el moro hacia 1980. Apenas doblada esa fecha, he aquí una nueva escenificación con iguales críticas, las mismas imprecisiones, la misma autosatisfacción respecto a sistema y gobierno, y promesas no menos engañosas de próxima abundancia, libertad, fruición general. Siempre con un estilo estoposo, enteramente hueco (lengua de palo, dicen en Francia), que rezuma la superchería.

La recurrencia de esas situaciones y la bullanga publicitaria que se les imprime trae a la mente un antiquísimo ceremonial: ¡El rey ha muerto; viva el rey! La similitud con lo que sucede en Rusia es aún más de fondo que formal: ¡El secretario general ha muerto; viva el secretario general! El buen gobierno y la salud los imparte un individuo secretado por una institución inamovible, férrea, monarquía o partido. El sujeto secretado dice por revelación, lo que es error y lo que es acierto, señala el mal y el bien, más, a recaudo siempre de oposición lo que hay que hacer. El buen pueblo no tiene más que aplaudir, ejecutar disciplinadamente lo que se le manda y admirar tan sabia dirección así como el nuevo rey despertaba esperanzas, el nuevo secretario general causa expectación, inclusive algunas ilusiones pese a que él se limita a recalentar el viejo «plato picante» de Stalin (Lenin dixit) antes reservado por Jrutchev. No debiera hacer falta decir que sólo una multitud humana sojuzgada, explotada, humillada, asqueada de sus gobernantes puede ver con beneplácito la llegada de un nuevo amo, secretario general o rey. En este caso, la interminable represión, la miseria, el constante lavado cerebral que padece la gran masa obrera, basta para explicar que cualquier palabreo de tartufo a la Gorbachev encuentre acogida. Lo mismo explica el alcoholismo.

Tanto el flamante secretario como los pasados, se presentan como remediadores de un mal que dimana del conjunto del Partido-Estado, de la totalidad de la *nomenklatura*, y de ellos en lo personal, por parte empingorotada de la misma. El mal no puede curarlo aquello que lo origina y agrava. La incompetencia y la venalidad de la jerarquía en completo, inclusive entre los intelectuales, no es de ahora. Víctor Serge la denunciaba en su libro *El asunto Tulaef* (1936). Antes que él, Rakousky, en un artículo escrito en Siberia poco antes de ser asesinado por Stalin, señalaba que el partido ruso había dejado de atraer a los obreros para convertirse en covacha de trepadores venales. Por añadidura, hay el atraso técnico, la poca productividad, la desgana en el trabajo del proletariado; todo aquello, en suma, que Gorbachev quisiera atenuar al menos. Pregúntese quién lo necesita; ¿cómo es que ha podido producirse, ¡y durante medio siglo largo!, en un país dicho socialista? Allí donde todo debiera marchar mucho mejor y con libertad incomparablemente mayor que en los países democráticos-capitalistas, resulta que es al contrario. No hay enigmas. Las lacras señaladas, y otras, representan afectos y defectos característicos e inseparables del capitalismo en una u otra proporción; lo único singular en Rusia es su enormidad. Con sólo eso, la verdad se hace incontrovertible: la economía rusa es capitalista de punta a cabo y la *nomenklatura* que la explota es el anti-socialismo por su función, por sus más profundos intereses, por su mentalidad y por sus orígenes también.

En efecto, es la casta que ahogó la revolución de 1917 en un mar de sangre, la sangre de los hombres que la dirigieron y de *millones* más que la hicieron; la que ha mantenido desde entonces un feroz terrorismo policíaco; que se ha amamantado y formado psicológicamente en la explotación estatal y en la falsificación de ideas -más de la historia- en Rusia y en escala mundial; en una palabra, es la casta y el sistema de la contrarrevolución. Gorbachov no habría conseguido en modo alguno ser lo que es, si no se hubiese arrastrado a los pies de esa casta y prestándole inmundos servicios, hasta trepar a sus altas esferas. En lo personal, él procede, sabido es, de la policía o KGB, a saber, del sector del Partido-Estado que constituye el principal instrumento de gobierno, su núcleo preponderante y el más temido, el epicentro de la contrarrevolución por

excelencia. Declarando que el KGB está exento de corrupción, le rinde pleitesía, hace inequívoco acto de gran jefe policíaco y sobre todo tranquiliza a la *nomenklatura*, la habida casta burocrática cuya buena digestión depende del mismo KGB.

Por todo ello se trata para Gorbachev, como ayer para Jrutchev, de una tentativa de menguar la hostilidad del proletariado, de la población en general, con miras a facilitar la explotación del trabajo asalariado y mejorar los negocios del capitalismo estatal-policíaco. *Eso es el stalinismo, no el sujeto durante cuyo reino se instauró.* Por ello, todas y cada una de sus creaciones y de sus viradas llevan la marca indeleble del stalinismo. La llevan inclusive sus disidentes. En efecto, ninguno de ellos ha sido capaz de denunciarlo como capitalista, ni a sus gobernantes como estafadores políticos diciéndose socialistas. Gobernantes y disidentes a una, incluso Soljenitzin, exhiben su patriotismo, sentimiento despreciable, antípoda del ser socialista, gobierno o individuo. Véase a Sajarov, tan maltratado en Rusia y tan ensalzado en Occidente, aplaudiendo al juego burdo de Gorbachev y el Foro de Moscú sobre desarme y paz.

El problema grave, el atolladero en que se encuentra el Partido-Estado, del que dimanan los múltiples problemas particulares, inclusive las borracheras y el robo generalizados es el odio reprimido que respecto de él siente el proletariado, y con él la mayoría de la población. Cincuentitantos años de contrarrevolución stalinista han suscitado un desprecio y una resistencia pasiva tales que nada marcha allí bien, excepto, quizás, las privilegiadas industrias de guerra. La resistencia pasiva podría transformarse bruscamente en rebelión. Añádase la situación internacional, en peoría continua para Rusia, no debido a la amenaza de guerra, sino porque su antiguo prestigio -USURPADO- ha ido convirtiéndose en desprestigio a medida que se conoce la realidad social interior, y que se han hecho patentes sus andanzas exteriores imperialistas.

El círculo máximo de la casta burocrática tenía que hacer algo procurando salir del atolladero. Las muertes sucesivas de tres secretarios generales y la relativa juventud de Gorbachev eran ocasión pintiparada. Pero, quienquiera proceda del Partido-Estado, poco o nada podrá hacer más allá del paripé publicitario que siempre ha constituido el mascarón de la estafa ideológica gobernante. Será la segunda destalinización stalinista, enderezada a revigorizar el sistema. Lo desvelan quiéranlo que no el XXVII Congreso y el dictador general en persona: «Nuestra política internacional está determinada por nuestra política interior» -dicen gedeónicamente uno y otro-. La trampa la descubren ellos mismos hablando de reestructuración técnica, lo mismo que está en curso en cualquier país occidental. Tampoco difieren los procedimientos: «...supervisar la medida del trabajo y del consumo, establecer una dependencia más rigurosa del salario respecto de la productividad del trabajo y de sus indicadores de calidad»⁴⁴. Ya lo dijo, entre otros muchos, un tal Franco a huelguistas españoles: «Queréis ganar más, producid más». Uno para vosotros; diez para nosotros, es la *supervisión* del XXVII Congreso y ley capitalista universal. Reconocimiento explícito de ello, en la página 144 del librejo citado. Es un guiño de compinche al otro Bloque: «la dialéctica real del desarrollo contemporáneo reside en la conjugación de la emulación del enfrentamiento histórico de dos sistemas y de la creciente tendencia hacia la interdependencia los Estados de la comunidad mundial». Interdependencia de capitalismo y socialismo: la desfachatez de la casta dictatorial alcanza ahí el sùmmum. La anti-explotación excluye a todas luces su contrario, la explotación; en ningún caso y para nada puede ser interdependiente de ésta, ni lo inverso.

Si la función económica rusa fuese socialista su política exterior estaría vuelta hacia la revolución proletaria, nunca hacia los Estados. Para extenderse y triunfar, necesitaría, no armamentos ni Afganistanes, sino abrir de par en par sus fronteras a fin de que los explotados occidentales fuesen a cerciorarse de lo bien que viven sus colegas rusos y de que éstos viniesen a ver con sus propios ojos la situación material y política del proletariado en Occidente. El socialismo resplandecería y su superioridad enorme lo haría invencible. Pero esa es una *transparencia* temible para el Partido-Estado.

Muy otra es la realidad. Una vez destruida la revolución el capital concentrado en el Estado permitió llevar la explotación del hombre por el hombre, no sin latigazos, crímenes y saqueo de otros países hasta el crecimiento económico actual. Cualquiera sea, Rusia llega a la carrera del desarrollo capitalista con un retraso tan grande como negativo, cuando el sistema entero se encuentra ya en decadencia, y su crecimiento industrial se revuelve contra el desarrollo, es socialmente perjudicial, teratológico. Tanto y peor que a cualquier otro capitalismo (desde el menos al más industrializado) se le impone, por imperativo de su propio rotar en acumulación ampliada, utilizar técnica y ciencia para intensificar la explotación y la dominación de las masas trabajadoras. Exactamente lo opuesto haría, desde sus inicios, una economía socialista. Por más

⁴⁴ Edición española oficial del informe sobre el XXVII Congreso, página 150. Ediciones Novosti, Moscú 1986.

«faz humana» que intente adoptar el Partido-Estado, -y no pasará de zurdo remedo- el sistema ruso es parte del capitalismo mundial, y parte indisolublemente atada a su decadencia.

Añadiendo Gorbachev su propia falsía a la de sus antecesores y semejantes -herencia obligada- se ha permitido hablar de «un nuevo hábito de la revolución». Se trata en verdad de conjurarlo de un exorcismo, de un vade retro, Satanás, del nuevo Papa de todas las Rusias, pues sabe bien que cuando se produzca será una insurrección generalizada que pulverizará todas las instituciones existentes.

¡Abajo el Partido-Estado! ¡Viva la revolución comunista rusa y mundial!

LA GORBATCHÍADA EN TECNOLOGÍA Y TRANS-PARENCIA

(ALARMA nº 25. Julio 88)

De seguro que faces «humanas» están preparadas, desde ahora. Para una vasta maniobra de diversión (a la Khrutchef), pues la rebelión podría estallar en cualquier instante.

Partido-Estado, stalinismo, revolución. (1974)

No es la primera vez que altos jefes de la falsamente llamada Unión Soviética, hablan de nuevas implantaciones técnicas. Pero ahora su rezago en tal aspecto es del dominio general, peligroso por varios conceptos, y la intención de colmarlo, mucho más cacareada, constituye una de las diversas bribias sembradas a voleo por Gorbachev bajo el lema, *transparencia*. Se revelará éste de imposible realización porque, al revés de lo que en sí dice, es pregonado para mejor ocultar la cruda realidad.

Opacidad hay ya, en efecto, y aún tiniebla, en el hecho enorme de que a estas alturas tenga que hablarse, allí igual que en cualquier país atrasado, de modernización instrumental. Se comprende a la primera reflexión que si la economía rusa fuese socialista, su técnica ocuparía, de muy largo, la delantera mundial. Porque el principal y más fecundo factor técnico del socialismo es una relación entre el trabajador y el utillaje, entre los productores y los productos, entre la sociedad entera y la tecnología, que facilitan y requieren al máximo sus innumerables aplicaciones prácticas, más el saber científico que las determina y guía. Pregúntese pues quienquiera: ¿Cómo diablos ocurre que 70 años después del gran Octubre de 1917, casi la totalidad de la población viva en la penuria, cuando no en la privación, bastante peor y con menos libertad que en los países occidentales reconocidamente capitalistas? La razón más general de tal fiasco es que la economía rusa guarda, *arreciada*, la relación entre fuerza de trabajo e instrumentos de trabajo característica de la explotación, tratándose, por consecuencia, de vulgar capitalismo, al contrario de lo que propala.

Ese es el fondo estructural de la explicación, pero no da cuenta cabal de la realidad cotidiana en Rusia. Otro factor inmediato, político e importantísimo, ha hecho que la técnica no haya acarreado en sus parajes efectos semejantes a los de otros capitalismos. Es que el capitalismo estatal ha sido coactivamente impuesto allí, a contrasentido del curso comunista inscrito en, y determinado por la revolución de 1917. No se trata de un capitalismo que haya proseguido su crecimiento como cualquier otro, es decir, sin solución de continuidad. Hubo una ruptura tajante, y tan radical que su único sentido era entrar en la estructuración social comunista. Aniquilando ese impulso a sangre y fuego, la contrarrevolución introdujo una distorsión enorme y destructiva en todos los aspectos; trabó y pervirtió inclusive las relaciones sociales de la explotación, y de la cultura de su propio capitalismo de Estado, diametralmente opuestas a la marcha hacia el comunismo. Si durante tantísimos decenios la economía rusa se ha mostrado incapaz de igualar tecnológicamente a sus semejantes occidentales, la principal razón de ello se encuentra en el exterminio y la calumnia de los revolucionarios de 1917, en la bárbara represión de millones y millones de hombres incompatibles con el reaccionario camino atrás; se encuentra también, y no secundariamente, en la inmundicia de decirse socialista siendo lo contrario⁴⁵. A partir de entonces, el mérito más relevante y el mejor pagado, fue el servilismo hacia el poder. Una contrahechura social tan monstruosa tenía que causar efectos devastadores, no sólo en la economía rusa, ni limitados a eso. Todavía duran.

Prueba contundente de su presencia nos la ofrece la faramalla de la «reestructuración» tecnológico-administrativa, la «transparencia» y otros camelos de la gorbachíada. El capitalismo es siempre, por su

⁴⁵ Véase un análisis completo del paso de la revolución a la contrarrevolución en *Partido-Estado, Stalinismo, Revolución*.

propia trama y circulación social, un obstáculo a la máxima renovación técnica posible en cada instante. Acogiéndose a él, la contrarrevolución añadía a ese obstáculo congénito al sistema, los creados por su propia actividad destructora, también congénitos a ella, y de ella inseparables mientras siga en pie. He ahí la causa de que *su* capitalismo se haya revelado de eficacia tecnológica tan endeble relativamente a otros. Lo mismo explica que de cuando en cuando sus prohombres hagan alardes de charloteo en busca de mayor eficacia. De todos modos, nada, absolutamente nada lo pondrá en condiciones de sobrepasar la mezquindad y la bestialidad de su contrarrevolución.

No hay disquisición en recordar que los líderes chinos -pura escuela moscovita- declararon hace tiempo a visitantes occidentales que se equiparían con armas atómicas aunque la población tuviese que ir descalza. Tenemos ahí una definición involuntaria, siquiera incompleta, de la perversidad de las aplicaciones tecnológicas en el mundo actual, si bien el grado de desnudez de las masas varía de país a país. La verdad entera respecto de la tecnología es muchísimo peor. Verlo en toda su amplitud e interpretarlo, requiere huir de una señalización detallada de sus aplicaciones concretas y focalizar la atención en sus impulsos determinantes. De ellos derivan todas las consecuencias sociales, inclusive la pugna concurrencial y militar. Así pues, precísase verlo panorámicamente, en cuanto función de producción y reproducción del tipo de civilización existente. Imposible descubrir otra clave interpretativa. Además, cifras verídicas al respecto son inalcanzables, no ya por nosotros, revolucionarios a seco de finanzas, sino también por los grandes centros estadísticos del capital. Pero sí es factible calibrar de cerca el trajín económico de la sociedad actual y de cada una de sus partes alícuotas, las condiciones y los adyacentes de cualquier innovación técnica.

Aislado imaginativamente un ciclo cualquiera de producción *mundial*, lo primero a señalar es que su valor redondo, incluyendo el representado por la riqueza inmueble, (acumulación anterior) cantidades tan ingentes que resultan imprecisables, es propiedad de las capas privilegiadas de la sociedad. La proporción de éstas en el conjunto es, con seguridad, inferior al 15% de la población total del Planeta, unos 5.000 millones de personas contando largo. Que tal propiedad sea de grandes compañías, del Estado o individual no hace al caso. Una vez cumplido el ciclo de producción, el valor mercantil, o sea dinerario de todo lo producido, pertenece a ese 15% de poseyentes, como quiera les corresponda entre ellos.

Del total hay que restar el monto de los salarios pagados a la población que efectúa la producción general, monto que se encuentra contenido en las mercancías resultantes del trabajo. Habida cuenta del rendimiento moderno eso no representa, inclusive deduciendo la parte de amortización del utillaje, también contenida en el producto, más de un 20% de la cifra global. La otra parte, o sea el 80%, son productos de nueva creación, propiedad exclusiva de la capa social dirigente que dispone de ella como le da la gana. Antes de pasar adelante, precísese: el 85% de la población, la que ha hecho directa, o indirectamente el esfuerzo recibe alrededor de un 20% de lo creado por ella misma; en cambio, el 15% de jefes arrampla con el 80%, o sea, con su valor mercantil, siempre con la mira puesta en la continuidad de su imperio económico-político sobre toda la redondez terrestre, lo que no niega sino que engendra su partición en zonas nacionales rivales o conchabados. Tan colosal, tan ingente riqueza es aniquilada en su mayor parte, se volatiliza, sin otra utilización que apretar las amarras del capital sobre la sociedad. Y no importa cual de los sectores preponderare.

Una parte nada exigua del 80% dicho, es despilfarrada en gastos suntuosos o atesorada por el 15% de privilegiados, desde los más modestos hasta los más encumbrados. En segundo lugar vienen los gastos de policía y sobre todo los militares, industrias bélicas y compra de armas incluidas, cantidades en aumento incesante; a continuación los gastos de administración y fisga de los incontables sectores particulares en el proceso general de la producción, en crecimiento acelerado (es lo que infla el llamado sector terciario); después, los gastos escolares -todas las categorías comprendidas- y los de sanidad, si bien una parte indiscernible de ellos, representando trabajos correlativos a la producción necesaria, se encuentra incluida en el 20% que reproduce la fuerza de trabajo utilizada en el ciclo entero. En fin, y pasando por alto segmentos menos visibles, el remanente, de importancia varía según los ciclos, arroja la acumulación ampliada del capital, o riqueza agrandada un ciclo tras otro.

Esta es la que alimenta todas las inversiones nuevas, y, con ella y para ella, las investigaciones científicas y las aplicaciones tecnológicas subsecuentes.

Menester es afinar aún el examen. De todas las porciones en que se desgaja el 80% de la producción, la absorbida por el consumo fastuoso o individualmente atesorada por los privilegiados, con ser copiosísima, queda en cuantía muy por debajo de cualquier otra, en particular de la que devora lo militar. En cambio, es la parte determinante y decisiva en todos los dominios, inclusive en los de enseñanza elemental, la sanidad y en la científica. Por y para ella funciona el sistema de cabo a rabo. Quienes disfrutan de la dicha primera

porción constituyen el elemento subjetivo del mecanismo económico mundial, *son los impostores del orden y de la patria en cada coto nacional*, el cuajo antropomórfico de la civilización capitalista. Nada, absolutamente nada de oficial o de semi-oficial se hace en ella que no responda a la conveniencia actual y a la afirmación futura de *su* sistema. En suma, su conveniencia de clase, o de capa social explotadora. Dicho de modo más restricto y directo, cualquier aplicación tecnológica, desde la más sencilla hasta la más perfeccionada, ha de servir para agrandar la parte de los privilegiados y restringir la de los trabajadores: todavía más del 80% para los primeros, y menos del 20% para los segundos. Referido a las cifras humanas correlativas, la modernización tecnológica da a los 750 millones de jerarcas, parte mayor del 80% de la producción, y parte menor del 20% a los 4.250 millones de habitantes de la Tierra⁴⁶. Y la tendencia divergente continuará en medida proporcional a los perfeccionamientos técnicos. De no ser así, ninguna innovación la aplica ningún capitalismo, es de cajón. Tanto, que las existentes en cada momento funcionan con calculada, planificada cortapisa. Otro resultado por completo negativo de la tecnología al servicio del sistema, es el paro obrero.

El añade, al empobrecimiento relativo de quienes trabajan, un empobrecimiento absoluto de los sintrabajo de toda clase, pues la propia técnica va aumentándolo, sin hablar ahora de la regimentación semi-militar de todas las actividades, cuyo modelo está en el Japón. Ha sido este país del Lejano Oriente el que, poniendo en todos los continentes un diluvio de mercancías, de buena calidad y más baratas a pesar del larguísimo transporte, ha desencadenado la carrera a la competitividad en que todavía se encuentran embargados los occidentales, y que ahora Gorbachev quiere remendar en Rusia.

Ni Gorbachev ni nadie de los de su bordo podrá escapar a los imperativos del sistema mundial en que Rusia se ha incrustado. Los jerarcas del partido dictador han pretendido siempre que en sus dominios el paro obrero está ausente. Franco pretendía otro tanto para España, porque también disimulaba. Franco lo hacía por «caridad cristiana», los dictadores rusos, por exigencias de su inveterada falacia. Pero, han llegado a tal punto de degradación mental, que ni siquiera se dan cuenta de que su propia expresión les inflige un rotundo mentís. En efecto, el único, pero insoslayable requisito para que no haya ni pueda haber paro, es que la clase obrera en cuanto tal haya desaparecido. Ralo, profuso, mal o bien escondido, el paro es inseparable de la funcionalidad misma del trabajo explotado. Hasta ahora, la ocultación del paro en Rusia se hacía mediante la vuelta al pueblo original; los campos de trabajo forzado el vagabundaje favorecido por la corrupción, mediante ocupaciones peor pagadas que cualquier parado occidental, y también por la baja productividad, redoblada por el atraso tecnológico precisamente. Añádanse 7 u 8 millones de movilizados militares en permanencia. Todo eso, más lo dicho sobre los efectos arrasadores de la contrarrevolución, es lo que hace la debilidad material de Rusia como potencia imperialista, su fragilidad doquier domina, e incluso fronteras adentro, donde la población desprecia cuanto viene del poder o con él se relaciona, y lo que deja por los suelos su competitividad internacional.

Tan sólo para intentar corregir esos males o fallos, la gorbatchiada tiene que recurrir a la escuela de sus semejantes occidentales y japoneses. Ya no le valdrá esconder el paro aunque sus estadísticas lo minimicen.

Más de 15.000 obreros han sido despedidos sólo en los ferrocarriles de Bielorusia. «Se habla» (porque la opacidad tildada transparencia deja poco trasluz), de centenares de miles en la región industrial nórdica, millones seguirán, aparte los anteriormente ocultos. Mientras más efectiva sea la reorganización tecnológica mayor número de trabajadores parados arrojará, amén de los diversos efectos negativos redundantes. Dentro del sistema existente, es un resultado no sólo insoslayable, sino *necesario* para la prosperidad del mismo en cada país e internacionalmente. En Estados Unidos la reanudación del crecimiento está lejos de reabsorber todo el paro. En Inglaterra, el crecimiento y la buena marcha de los negocios conlleva aumento del paro. En Alemania, igual, en Francia, responsables gubernamentales hablan de dos millones y medio de parados, *incomprensibles*, una vez alcanzado el máximo crecimiento.

La concurrencia mercantil, la tan cacareada competitividad, cuenta por mucho en los proyectos de Gorbachev y adláteres, puesto que es en definitiva el fondo material que enfrenta el Bloque militar capitaneado por Rusia, al capitaneado por Washington. Empero, su acometida preliminar consiste en hacer marcar a su economía interna, tan macilenta, el paso exigido hoy por cualquier mediano capitalismo. No se les escapa a los cabezas del Partido-Estado su peligrosa inferioridad en ese dominio. Ello enfeeblece también su capacidad militar, a despecho de ser allí la más esmerada y dispendiosa de todas las producciones. Esa doble consideración inspira las maniobras tocantes al armamento atómico. Se trata pues de un determinante de la concurrencia mercantil mundial, y *por ende militar*, a largo plazo, salvo incidencias imprevisibles. De

⁴⁶ Los porcentajes dados no pueden ser exactos; pero dan idea clara y más bien mitigada del funcionamiento económico capitalista.

todos modos, el aspecto concurrencial del capitalismo en su actual coyuntura, a partir de la cual el perfeccionamiento tecnológico, sea abundoso o escuálido, lejos de comportar desarrollo social lo obstaculiza y lo carcome, no nos interesa a los revolucionarios sino para denunciar lo que es: un requerimiento reaccionario a desbaratar. Es una de las condiciones indispensables para la reanudación de la actividad revolucionaria en general.

Está dicho en documentos de nuestra tendencia, y lo respalda cuanto ocurre hoy en ambos Bloques, en países delanteros y zagueros por igual, que el capitalismo ya no está en condiciones de utilizar la ciencia de manera plenamente científica, sino al contrario oponiéndose a los intereses inmediatos de cada individuo, cuyo conjunto da el interés colectivo e histórico de la humanidad. Por ende, también contra la ciencia misma.

Mucha mayor consideración que la cháchara tecnologizante de Gorbachev o de quien fuere, adquiere para nosotros, revolucionarios, el quite político de la *transparencia*. Como Khrutchev tiempo atrás y otros en la penumbra, el nuevo Secretario General se da cuenta, chitacallando, de que el impedimento mayor al funcionamiento siquiera normal de la economía rusa, sin inferioridad respecto de las principales potencias, procede de la resistencia pasiva universalmente opuesta a las condiciones de vida, de trabajo y de avituallamiento, más a la mentira informativa cotidiana, que padece la población, en particular la clase obrera. Por consecuente añadidura, débese al desprecio, hasta la náusea, que inspira la casta dictatorial. Mientras no se suprimen tales impedimentos, ni robótica, ni informática, ni descubrimiento científico alguno hará al apaño de los gobernantes fronteras adentro; tampoco fuera de ellas, donde el desbande en los partidos pro-rusos nada lo invertirá.

A obviar tales dificultades se endereza la tan venteadada transparencia o netitud (*glasnost*). Gorbachev en persona espeta en uno de sus discursos refiriéndose a ella y a sus proyectos de reorganización: «Será una segunda revolución de 1917». El anzuelo así echado revela -felicitémosnos- que continúa existiendo, en el proletariado, un rescoldo de 1917, todo lo contrario de lo que abrigan tantas mentes intelectuales incubadas en el serrallo de la casta burocrática. Suscitar una esperanza en el sentido de Octubre Rojo concedería al poder un crédito nuevo, temporal al menos, y amonedable en plusvalía. Al mismo intento responden las rehabilitaciones, los retoques a la historia oficial, lo proclamado como libertades. Mas todo ello lleva el cuño inconfundible del sistema: KGB. Puede tenerse por cierto que la masa de explotados quedará a la expectativa, pero no morderá el cebo, que le arroja el Kremlin. Mejor, la posibilidad, es decir, la *necesidad* existe, de que los oprimidos, truequen su hostilidad pasiva en activa y acometan en torrente insurreccional la madriguera del Partido-Estado. Precisamente procurando conjurar ese peligro se sirve Gorbachev como señuelo de 1917. Sabe que en recurrencia revolucionaria el proletariado hará tabla rasa del régimen político y del sistema económico. Ante tal necesidad, quienes mendigan democracia y rehabilitaciones respaldan la maniobra del KGB contra el proletariado. Mención especial de desprecio a tal respecto merecen las organizaciones que dicen reivindicar a Trotsky, Ensucian su memoria y le lavan la cara a la contrarrevolución.

La estafa ideológica en que se ha basado el stalinismo desde sus primeros balbuceos estará presente en cualquiera de sus fases. La puesta en juego por Gorbachev, no lo es menos, pero sí una culminación de la estafa constante y general. Tiene algo de desesperación por parte de los todopoderosos gobernantes, que no han conseguido en medio siglo largo de absolutismo en todos los dominios, poner en marcha un capitalismo medianamente normal, ni aplacar la aversión de sus gobernados. No cabe entregarse a conjeturas sobre cual será su desenlace, tanto menos cuanto que la orientarán en un sentido u otro, situaciones y sucesos dentro del Bloque ruso, y también fuera de él. Una cosa es tan indudable, sin embargo, que no admite si quiera discusión: para que el desenlace caiga del lado revolucionario hace falta que el proletariado dé el asalto al poder y haga trizas toda la obra de la contrarrevolución, o sea, del stalinismo. En ese sentido, los revolucionarios del mundo entero tenemos la obligación de ayudar al proletariado ruso.

Palabreo engañoso más o menos, Gorbachev no puede ocultar su filiación contrarrevolucionaria. Tranquilizando a los suyos les dijo en especial: «El stalinismo es una invención del enemigo».

Alude a los enemigos de la contrarrevolución, primeros que la calificaron de stalinista, y al mismo tiempo ofrece una garantía a la casta autora de la misma, comprendiendo sus descendientes, cuyo portavoz actual es el Secretario General. Bajo el suyo u otro dictado cualquiera, cuanto emprende el Partido-Estado llevará por mira remozar y perfeccionar las relaciones de explotación y el despotismo de los gobernantes. Sin perjuicio, no obstante de lo destinado a engatusar a los trabajadores y de las garantías a sus semejantes del aparato, la alta burocracia se ve constreñida a descararse recurriendo al imperialismo rival. Ha solicitado la pertenencia al Fondo Monetario Internacional (FMI) y a otros organismos del mismo bordo; ha proclamado la «interdependencia de los Estados de la comunidad mundial», algo que sólo consiente la igualdad de sistema económico, aunque los regímenes políticos difieran. Más recientemente, el gárrulo Secretario ha declarado:

«la Unión Soviética es también parte de Europa», en guiño descarado de asociación económica y tecnológica de la Comunidad capitalista europea; procura, también, introducirse entre los accionistas (Buygues del lado francés) constructores del túnel bajo el canal de la Mancha. Y ha encontrado oídos complacientes y hasta cómplices. En una conferencia de los países occidentales sobre la gorbatchiada, reunida en Minnesota a tiempo de terminar este artículo, se dijo con todas sus letras y sin oposición de nadie, que era muy conveniente ayudar a Rusia a salir de su condición de ñenano económico.

Ninguna ayuda occidental, ninguna medida interior sacará a Rusia del marasmo social y de la degradación en que la ha ido enfangando, durante interminables decenios, la casta stalinista. Sin mencionar otras razones también importantes, esa imposibilidad la interpone la razón histórica fundamental: la tecnología, en manos del capital, ya no puede ser utilizada -téngase presente siempre- sino contra el hombre. Es un hecho mundial cada día más agobiador. Es así como se manifiesta la crisis de la civilización capitalista, dentro de la cual se introdujo, so capa de «socialismo» en un sólo país, la contrarrevolución burocrática. Ello con doble corroboración en Rusia, puesto que a ese efecto negativo añádesese, exasperante, el régimen político instaurado como garantía de tan enorme contrahechura histórica. A nosotros no nos cabe sino poner en la picota la gorbatchiada y denunciarla en todos sus aspectos con el máximo vigor y precisión. Prestarle ayuda o siquiera crédito es una traición a la futura revolución rusa y mundial. He ahí la única *transparencia*.

Hay que hablar para los explotados. Aunque nuestra voz no alcance por ahora hasta Rusia, lo mismo vale para China, Estados Unidos, Europa Occidental, Asia, Africa, América latina desde Cuba y México hasta Argentina y Chile. A ellos hay que decirles: ninguna solución alcanzaremos sin cambiar de todo en todo la distribución del producto social del trabajo referido al principio de este artículo. El 85% de la población (4.500 millones de personas) hoy racionada con sólo el 20% del producto de su trabajo, debe apoderarse de él, suprimir todo gasto, toda actividad que no responda a su propio consumo, incluso el cultural, el sanitario, etc. Para ello es indispensable arrebatarse el poder al 15% de capitalistas colectivos o individuales que acaparan el 80% de la riqueza. Así la clase trabajadora se convertirá en el factor subjetivo de la economía, en representación de la sociedad entera. Se inaugurará así una nueva civilización mundial, sin clases, Estado, ni opresión. A empezar por donde se tercié. Y puede, debe terciarse en Rusia.

La resistencia pasiva deja vía libre a lo existente, y en Rusia el KGB continuará acechando en cada esquina, en cada barrio, en cada fábrica. Contra él hay que organizarse en cuanto clase explotada, y como partido revolucionario en el seno de ella.

Septiembre-Octubre 1987. G. Munis